CARAS Y CARETAS

1816 · 9 de JULIO 1925

SEÑORITA MARIA TERESA FILGUEIRA RISSO

Vinos

ARIZU



EL CAGUARÉ



Pocas cosas parecen más comprobadas que el amor de los osos hormigueros por las hormigas y la miel. Y pocas cosas más difíciles, en cambio, que criar uno de estos animalitos con aquellos manjares.

De las dos especies de osos hormigueros conocidas en Misiones, una de ellas posee una cola fantásticamente rica que lleva enarcada a la rastra, y que enarbola como un penacho a la menor sorpresa. Es el ñurumí, o *tamanduá bandeira,* como dicen los brasileños. La otra especie es más pequeña y posee una cola prehensil, muy semejante a la de las comadrejas. Vive en los árboles, y se la denomina caguaré.

En cierta ocasión tuvimos en casa un caguaré, y la primera insinuación sobre lo extraño de su pelaje, me la dió mi chico, prendido de mi mano ante la vista del animal.

— Papá — me dijo luego, levantando los ojos a mí: — Parece que tuviera puesta una camisa escotada de sport.

No camisa, sino negro corpiño, es lo que en realidad parecía vestir mi huésped amarillo, a favor de las dos

negras cintas que pasadas sobre los hombros, sujetaban el negro cuerpo del lomo y pecho.

Desde una y otra cinta arrancaban de los hombros macizos, los dos más cortos y musculosos brazos que sea posible ver. Las patas delanteras del puma, aun ejemplares, parecían endebles comparadas con la robustez atlética de las del caguaré. Tan vigorosas eran dichas patas, que al pretender levantar del suelo a su dueño, se sufría la impresión de arrancarlo, por el esfuerzo que parecía hacer con sus patas tendidas para afirmarse en algo.

Ningún animal manso, por lo demás, demuestra más claramente con su actitud que la finalidad de toda persona que se acerca a él, es levantarlo del suelo. Su largo y lento paso, con las uñas dobladas hacia adentro, se suspendía apenas sentía una proximidad extraña, encogiéndose y tendiendo los brazos. Reemprendía otra vez la marcha si no se le inquietaba, para suspenderla otra vez al menor alerta.

Nuestro caguaré procedía en un todo como sus hermanos, y en los ocho días que estuvo con nosotros, no hizo sino desplazarse de un lado para otro, buscando con ahinco no sé qué, y tocando apenas con la punta de la lengua la miel puesta a su alcance. Hormigas, ni una sola; ajustando también en esto su proceder al de todos los ejemplares de que yo tenga noticias en Misiones.

Evidentemente, a mis manjares les faltaba o sobraba algo, algún tufo salvaje, en el primer caso, o una para él perceptible infección de domesticidad—en el segundo,—lo mismo que falta y sobra a los serios animales inadaptables, que se dejan morir de extenuación, con las entrañas devoradas por el hambre.

No creo que nuestro caguaré hubiera alcanzado a vivir mucho con nosotros, a pesar de que en los ocho días que estuvo en casa, no disminuyó sensiblemente de vitalidad ni de peso.

Dos noches después de haber huído, un vecino amigo nuestro se vió forzado a levantarse a altas horas de una noche de helada, ante el escándalo de su perro a la vera del monte. Fué allá, sin vestirse y con la escopeta en la mano, llegando justo a punto en que su perro y un animal que no podía reconocer en la obscuridad, se trababan en lucha.

Dice mi amigo que la pareja rodaba y aullaba entrelazada de tal modo, que no se atrevía a disparar sobre la bestia incógnita, por el temor de equivocarse en la obscuridad y matar a su perro. Que al fin, en un momento propicio, echó la mano para arrancar, ayudando a su perro, lo que él suponía ser zorro o irara, cuando sintió que algo como serpiente se enroscaba velozmente alrededor de su puño.

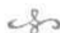
Mi amigo dió un salto atrás, — de tres metros, dice él, — siempre con la serpiente arrollada, mientras que su escopeta caía entre los combatientes. Pero al parecer esta maniobra había dado tiempo al perro para desprenderse de su enemigo, pues logrando hacer presa en el cuello de aquél, lo dejó en breve tiempo tendido, aunque sacudiéndose aún violentamente.

Mi amigo llevó al animal a su casa, y vió allí que era un caguaré, — posiblemente el mío. Su perro se desangraba por los profundos agujeros hechos por las garras del oso, garras bastante fuertes y largas para abatir a un tigre mismo, en sus eventuales luchas con el ñurumí.

Yo perdí así por segunda vez a mi caguaré, y mi amigo perdió a su perro. Pero esta pérdida — como él dice — grande y todo para él, no es nada al lado de la impresión de sentir en las tinieblas enroscarse en su muñeca la cola prehensil del caguaré.

H. Q.

GULISTAN
o
EL JARDIN
de
LAS ROSAS



DEL

POETA PERSA SAADI

POR EL

EMIR EMIN ARSLAN



I

Un ignorante quiso un día enseñar a hablar a su burro, y el tiempo pasaba en tan vana ocupación.

Un sabio que pasara, al verlo, le dijo: — La naturaleza ha hecho mudos a estos animales. ¿Para qué está usted haciendo inútiles esfuerzos para hacerle hablar? Mejor sería que aprendiese de ellos a callarse...

II

No descubras nunca las faltas de los demás, pues, al destruir su reputación, destruyes también la tuya al mismo tiempo.

III

No es suficiente una cara hermosa para ser perfecto, porque el sitio de la virtud no está en el rostro, sino en el corazón.

IV

Los cobardes odian y calumnian a la gente de bien y de corazón. Son como los perros de cocina que, cuando ven a un perro de caza, empiezan a ladrarle, pero desde lejos, sin animarse a luchar con él.

V

Nada más insensato que comunicar nuestros proyectos a las mujeres y participar nuestra fortuna a los pródigos.

VI

El polluelo, al salir del huevo, sabe por instinto buscar su alimento. En cambio, el niño, privado de su juicio y de su raciocinio, perecerá fatalmente si se le abandona a sí mismo. Pero el ser que pareció nacer perfecto, no alcanza ninguna perfección con la edad, mientras que el niño cada día gana en raciocinio y en inteligencia.

VII

Ir despacio y lentamente en los negocios, a menudo conduce al éxito final. He visto en el desierto que aquellos menos apurados han llegado antes que los demás. Al caballo le ocurre que cae en su carrera, mas el camello, que anda paso a paso, llega siempre tranquilo al término de su viaje.

VIII

El hombre inteligente que se encuentra con ignorantes no debe esperar de ellos ninguna consideración, y esto no ha de extrañarle. Si un ignorante logra hacer callar a un sabio es como una piedra que rompe una perla. La piedra más vil puede romper un vaso de oro, pero no será por eso más preciosa; en cambio, el oro, aun en pedazos, tendrá siempre el mismo valor. Un ruiseñor puede hacer oír la melodía de su voz aunque esté encerrado en la misma jaula de un cuervo sin que aquélla pierda nada de su encanto. Un diamante puede caer en el lodo, sin ser desestimado en su precio; la tierra, elevarse puede hasta las nubes, y siempre quedará vil.

El ignorante es parecido a un tambor hecho de viejas pieles; siempre vacío, y siempre de lejos se oye su ruido.

IX

El espíritu cautivo bajo el yugo de las pasiones es como un marido, muy complaciente, entre las manos de una mujer ambiciosa.

X

La riqueza y el poder en manos de un insensato, con frecuencia se vuelven contra él.

XI

Las gentes que viven en la abundancia no pueden conocer el estado de los pobres que mueren de hambre. No se llega a ser sensible a la pena de los desdichados si no se lo ha sido nunca.

XII

El alumno que aprende a pesar suyo, es como un amante que no tiene dinero.

El viajero que no conoce su camino es como pájaro que no posee alas.

Un sabio que no practica lo que sabe es como un árbol sin frutos, como una abeja sin miel.

XIII

Un hombre sin coraje es una mujer. El devoto avaro es una especie de ladrón.

XIV

El pan y la manteca ganados con el sudor de la frente, son más sabrosos que una comida en la mesa de los ricos.

XV

Preguntaron un día al célebre teólogo Mohamed el Gazali cómo había podido acumular tantos conocimientos. Y él contestó:

— No teniendo vergüenza para preguntar lo que ignoraba, pues preguntar no cuesta nada y es la llave de la ciencia.

XVI

No frecuentes a los malos, porque aunque no pierdas tus virtudes pierdes tu reputación. Como consultara cierta vez a un sabio experto, me dijo: — Hijo mío, no te ligues en amistad con un necio, pues si tienes juicio no tardarás en perderlo, y si no tienes mucho te volverás completamente estúpido.

XVII

La mentira es como una herida. Aunque se cure queda la cicatriz.

XVIII

Dicen que el hombre es la más noble creación de Dios, y el perro, la más vil. No obstante, el hombre ingrato no vale lo que el perro agradecido. El perro no olvida jamás el pedazo de carne que le tiran, y por más que le eches cien veces siempre volverá al lado tuyo. Pero a una alma baja, puedes hacerle todos los bienes del mundo; todo lo olvidará a la más ligera ofensa y siempre estará lista para hacerte la guerra.

DESDE FRANCIA

EL ALFILER

POR

VENTURA GARCIA CALDERON



La bestia cayó de bruces, agonizante, rezumando sudor y sangre, mientras el jinete, en un santiamén, saltaba a tierra al pie de la escalera monumental de la hacienda de *Ticabamba*. Por el obeso balcón de cedro asomó la cabeza fosca del hacendado, don Timoteo Mondaraz, interpelando al recién venido, que temblaba.

Era burlona la voz de sochantre del viejo tremendo:

—¿Qué te pasa, *Borradito*? Te están repiqueteando las choquezuelas... Si no nos comemos aquí a la gente. Habla, no más...

El *Borrádito*, llamado así en el valle por su rostro picado de viruelas, asió con desesperada mano el sombrero de jipijapa y quiso explicar tantas cosas a la vez — la desgracia súbita, su galope nocturno de veinte leguas, la orden de llegar en pocas horas, aunque reventara la bestia en el camino, — que enmudeció por un minuto. De repente, sin respirar, exhaló su ingenua retahila:

—Pues le diré a mi amito, que me dijo el niño Conrado que le dijera que anoche mismito agarró y se murió la niña Grimanesa.

Si don Timoteo no sacó el revólver, como siempre que se hallaba conmovido, fué, sin duda, por mandato especial de la Providencia, pero estrujó el brazo del criado, queriendo extirparle mil detalles.

—¿Anoche?... ¿Está muerta?... ¿Grimanesa?...

Algo advirtió quizá en las obscuras explicaciones del *Borradito*, pues, sin decir palabra, rogando que no despertaran a su hija, "la niña Ana María", bajó él mismo a ensillar su mejor "caballo de paso". Momentos después galopaba a la hacienda de su yerno Conrado Basadre, que el año último casara con Grimanesa, la linda y pálida amazona, el mejor partido de todo el valle. Fueron aquellos desposorios una fiesta sin par, con sus fuegos de Bengala, sus indias danzantes de camisón morado, sus indias que todavía lloran la muerte de los Incas, ocurrida en siglos remotos, pero reviviscente en la endecha de la raza humillada, como los cantos de Sión en la terquedad sublime de la Biblia. Luego, por los mejores caminos de sementeras, había divagado la procesión de santos antiquísimos que ostentaban en el ruedo de velludo carmesí cabezas disecadas de salvajes. Y el matrimonio tan feliz de una linda moza con el simpático y arrogante Conrado Basadre terminaba así... ¡Badajo!...

Hincando las espuelas nazarenas, don Timoteo pensaba, aterrado, en aquel festejo trágico. Quería llegar en cuatro horas a *Sincavilca*, el antiguo feudo de los Basadre.

En la tarde ya vencida se escuchó otro galope resonante y premioso sobre los cantos rodados de la montaña. Por prudencia, el anciano disparo al aire, gritando:

—¿Quién vive?

Refrenó su carrera el jinete próximo, y con voz que disimulaba mal su angustia, gritó a su vez:

—¡Amigo! Soy yo, ¿no me conoce?, el administrador de *Sincavilca*. Voy a buscar al cura para el entierro.

Estaba tan turbado el hacendado, que no preguntó por qué corría tanta prisa el llamar al cura si Grimanesa estaba muerta y por qué razón no se hallaba en la hacienda el capellán. Dijo adiós con la mano y estimuló a su cabalgadura, que arrancó a galopar con el flanco lleno de sangre.

Desde el inmenso portalón que clausuraba el patio de la hacienda, aquel silencio acongojaba. Hasta los perros, enmudecidos, olfateaban la muerte. En la casa colonial, las grandes puertas claveteadas de plata ostentaban ya crespones en forma de cruz. Don Timoteo atravesó los grandes salones desiertos, sin quitarse las espuelas nazarenas, hasta llegar a la alcoba de la muerta, en donde sollozaba Conrado Basadre. Con voz empañada por el llanto, rogó el viejo a su yerno que lo dejara solo un momento. Y cuando hubo cerrado la puerta con sus manos, rugió su dolor durante horas, insultando a los santos, llamando a Grimanesa por su nombre, besando la mano inanimada, que volvía a caer sobre las sábanas, entre jazmines del Cabo y alelíes. Seria y ceñuda por primera vez, reposaba Grimanesa como una santa, con las trenzas ocultas en la corneta de las carmelitas y el lindo talle prisionero en el hábito, según la costumbre religiosa del valle, para santificar a las lindas muertas. Sobre su pecho colocaron un bárbaro crucifijo de plata que había servido a un abuelo suyo para trucidar rebeldes en una antigua sublevación de indios.

Al besar don Timoteo la santa imagen, quedó entreabierto el hábito de la muerta, y algo advirtió, aterrado, pues se

le secaron las lágrimas de repente y se alejó del cadáver como enloquecido, con repulsión extraña. Entonces miró a todos lados, escondió un objeto en el poncho y, sin despedirse de nadie, volvió a montar, regresando a *Ticabamba* en la noche cerrada.

*

DURANTE siete meses nadie fué de una hacienda a otra ni pudo explicarse este silencio. ¡Ni siquiera habían asistido al entierro! Don Timoteo vivía clausurado en su alcoba olorosa a estoraque, sin hablar días enteros, sordo a las súplicas de Ana María, tan hermosa como su hermana Grimanesa, que vivía adorando y temiendo al padre terco. Nunca pudo saber la causa del extraño desvío ni por qué no venía Conrado Basadre.

Pero un domingo claro de junio se levantó don Timoteo de buen humor y propuso a Ana María que fueran juntos a *Sincavilca*, después de misa. Era tan inesperada aquella resolución, que la chiquilla transitó por la casa durante la mañana entera como enajenada, probándose al espejo las largas faldas de amazona y el sombrero de jipijapa que fué preciso fijar en las oleosas crenchas con un largo estilete de oro. El padre la vió así; y dijo, turbado, mirando el alfiler:

—¡Vas a quitarte ese adefesio!...

Ana María obedeció suspirando, resuelta, como siempre, a no adivinar el misterio de aquel padre violento.

Cuando llegaron a *Sincavilca*, Conrado estaba domando un potro nuevo, con la cabeza descubierta a todo sol, hermoso y arrogante en la silla negra con clavos y remaches de plata. Desmontó de un salto, y al ver a Ana María tan parecida a su hermana en gracia zalamera, la estuvo mirando largo rato embebecido.

Nadie habló de la desgracia ocurrida ni mentó a Grimanesa; pero Conrado cortó sus espléndidos y carnales jazmines del Cabo para obsequiarlos a Ana María. Ni siquiera fueron a visitar la tumba de la muerta, y hubo un silencio enojoso cuando la nodriza vieja vino a abrazar a "la niña" llorando:

—¡Jesús, María y José, tan linda como mi amita! ¡Un capulí!

Desde entonces, cada domingo se repetía la visita a *Sincavilca*. Conrado y Ana María pasaban el día mirándose en los ojos y oprimiéndose dulcemente las manos cuando el viejo volvía el rostro para contemplar un nuevo corte de caña madura. Y un lunes de fiesta, después del domingo encendido en que se besaron por la primera vez, llegó Conrado a *Ticabamba* ostentando la elegancia vistosa de los días de feria, terciado el poncho violeta sobre el pellón de carnero, bien peinada y luciente la crin de su caballo, que "braceaba" con escorzo elegante y clavaba el espumante belfo en el pecho, como los palafrenes de los libertadores.

Con la solemnidad de las grandes horas, preguntó por el hacendado, y no lo llamó, con el respeto de siempre, "don Timoteo", sino murmuró, como en el tiempo antiguo, cuando era novio de Grimanesa:

—Quiero hablarle, mi padre.

Se encerraron en el salón colonial, donde estaba todavía el retrato de la hija muerta. El viejo, silencioso, esperó que Conrado, turbadísimo, le fuera explicando, con indecisa y vergonzante voz, su deseo de casarse con Ana María. Medió una pausa tan larga, que don Timoteo, con los ojos cerrados, parecía dormir. De súbito, ágilmente, como si los años no pesaran en aquella férrea constitución de hacendado peruano, fué a abrir una caja de hierro de antiguo estilo y complicada llavería, que era menester solicitar con mil ardides y un "santo y seña" escrito en un candado. Entonces, siempre silencioso, cogió allí un alfiler de oro. Era uno de esos *topos* que cierran el manto de las indias y terminan en hoja de coca; pero, más largo, agudísimo y manchado de sangre negra.

Al verlo, Conrado cayó de rodillas gimoteando, como un reo confeso.

—¡Grimanesa, mi padre, Grimanesa!

Mas el viejo advirtió, con un violento ademán, que no era el momento de llorar. Disimulando con un esfuerzo sobrehumano su turbación creciente, murmuró, en voz tan sorda que se le comprendía apenas:

—Sí, se lo saqué yo del pecho cuando estaba muerta... Tú le habías clavado este alfiler en el corazón... ¿No es cierto?... Ella te faltó, quizá...

—Sí, mi padre.

—¿Se arrepintió al morir?

—Sí, mi padre.

—¿Nadie lo sabe?

—No, mi padre.

—¿Fué con el administrador?

—Sí, mi padre.

—¿Por qué no lo mataste también?

—Huyó como un cobarde.

—¿Juras matarlo si regresa?

—Sí, mi padre.

El viejo carraspeó sonoramente, estrujó la mano de Conrado y dijo, ya sin aliento:

—Si ésta también te engaña, haz lo mismo... ¡Toma!...

Entregó el alfiler de oro solemnemente, como otorgaban los abuelos la espada al nuevo caballero; y con brutal repulsa, apretándose el corazón desfalleciente, indicó al yerno que se marchara en seguida, porque no era bueno que alguien viera sollozar al tremendo y justiciero don Timoteo Mondaraz.





EL TÍO DON NICASIO DE ORELLANA

HABÍA algo más insoportable que el señor Nicasio de Orellana, y era su sobrino Pedro Fernández. ¡Ay! este terrible sujeto tenía en el pecado la penitencia, como dice el cura de mi parroquia. Pedro Fernández, como jamás nadie se atrevería a sospecharlo, era el aristócrata más furioso e implacable. Para él no había más méritos que los del abolengo. Ya podía ser un Marconi, un France o un Benavente; si no tenía abolengo, no valía nada. Y este aristócrata, digno de haber muerto en la guillotina, tenía el más espantoso castigo de su apellido: Fernández. Fernández y Pedro, que es, casi casi, como llamarse X. X. Pero Fernández, en la hinchazón de su vanidad, pronunciaba de una manera tan especial su apellido, que, cuando decía: *Pedro Fernández, a sus órdenes*, parecía que hubiera dicho: *el Duque de Alba*...

¡Ah! pero él sufría horrorosamente con su apellido vulgar e insignificante. ¡Qué no habría dado por cambiarlo! ¿Agregarse el materno? Peor que peor: la madre se llamaba Rodríguez.

— Sería ser vulgar dos veces — aseguraba a su tío. — Fernández lo soporto; pero Fernández Rodríguez me aplastaría...

Y como Pedro Fernández no podía vanagloriarse de su apellido, se vanagloriaba del de don Nicasio de Orellana, primo segundo de su padre, y un señor con tan remota ascendencia que, si escarbaba un poco, resultaba sobrino de Adán... No era posible hablar de ningún rey, príncipe o campeón latino que hubiera brillado en la Era Cristiana que, por fas o por nefas no resultara pariente de don Nicasio. Y esto tenía a don Nicasio muy orgulloso, muy empacado, haciéndole mirar por arriba del hombro a la *gente nueva y sin tradición*.

Pedro Fernández se hacía valer por el tío, y viniera o no a cuento, no dejaba pasar una conversación en que, por lo menos tres veces, no nombrara a: *mi tío don Nicasio de Orellana*.........

¡Jesús, qué pobre e insoportable sujeto este Pedro Fernández!

— Creo, sobrino — le dijo cierta tarde el tío don Nicasio de Orellana, — que debes pensar en casarte. Tienes una magnífica posición económica, que mejorará con los cuatro reales que yo te deje al morir, pues no pienso llevármelos en el cajón.

— Verdad es, mi tío — repuso Pedro, algo indeciso. — Pero es difícil tratar a muchas mujeres, y elegir. Las fiestas no se prestan gran cosa para cultivar relaciones.

— ¡Sobrino, no digas tal! — protestó el empacado don Nicasio. — ¿No hay ese Mar del Plata que, me dicen, es una feria de gente?... Y de gente muy distinguida — agregó con cierta pesadumbre.

— Efectivamente, tiene usted razón; allí es donde mejor y más íntimamente se puede conocer a una niña.

—Pues, si no tienes inconveniente, lárgate allá, sobrino, y trata de encontrar una buena compañera. Ya a mis años, me agradaría mucho tener unos sobrinos nietos que me tiraran de los bigotes.

Pedro Fernández, que algo había pensado en eso, al sentirse empujado por *mi tío don Nicasio de Orellana* (tal era su costumbre en llamarle así que hasta en su monologar *in pello* lo llamaba) se decidió, y como tenía la mala cualidad de ser activo, inmediatamente arregló sus valijas y a los dos días viajaba hacia Mar del Plata.

Ni el lindo balneario se conmovió por la llegada del viajero—una gota más en aquel revuelto mar,—ni éste se inmutó por el espectáculo, si conocido no por eso menos bello, de aquella gente elegante, hermosa y aburrida, que se pasea por la rambla con la prisa del que no sabe adónde va.

Pedro Fernández, que tenía muchos amigos—era un porteño *difundido*, como decía cierto cronista social,—trató de aislarse, de andar solo, porque cualquier compañía le habría molestado para obrar libremente en la busca o búsqueda de la futura esposa. Solo, como un romántico fuera de marco, recorrió los salones de los clubs, el «golf» y la rambla, mirando, mirando mucho...

A los cinco días de estadía, o estada, que tanto vale, escribió a *mi tío don Nicasio de Orellana* una melancólica carta en la que, entre otras cosas muy bellas, decía: «... este mar es un desierto donde no hallo esa dulce compañera que ha de compartir mi hogar y perpetuar nuestra raza..."

¡Demonios con el hombre, las cosas que decía!

La segunda carta se hizo aguardar cuatro días, pero valía la pena la espera:

«Sí, he conocido en el baño, en una forma casual y graciosa, a una mujer tan bella como encantadora. Dejándome llevar por la sugestión de su gracia y la suavidad de sus maneras, estoy casi enamorado. Sé que se llama Gertrudis, nombre muy aristocrático; el apellido no he querido averiguarlo aún, porque, perdóneme esta veleidad, quiero rodear esto de un poco de misterio, etc., etc.»

La carta siguiente decía:

«¡Estoy enamoradísimo! ¡No se imagina, tío, qué delicia de mujer!

»Es la quinta vez que nos encontramos en el baño—en otra parte no nos vemos,—y con esa intimidad, y ese encanto de bañarnos juntos y charlar tirados en la arena, he descubierto una alma de mujer que es una maravilla».

La quinta carta era tan entusiasta, que don Nicasio, contagiado, tomó el tren y se presentó a visitar a su sobrino.

Convinieron en que la conocerían al día siguiente en el baño.

Tío y sobrino, a la hora convenida, ¡zas! al agua, y a pocos minutos la trastornadora sirena. Pedro no lo presentó a su tío; mas, como ella viera que eran amigos, habló con don Nicasio, y le dijo muchas cosas sensatas y graciosas que lo cautivaron.

—Es una bellísima persona—le declaró luego don Nicasio a su sobrino.—Me parece que has hecho una gran elección. ¡Qué elegancia de maneras! ¡Qué finura de lenguaje! ¡Cómo se ve a la gente bien nacida!

—¿De modo, tío, que usted cree que debo pedirle visitarla?

—¡Volando, sin pérdida de minuto! Es milagroso que una mujer así permanezca soltera.

No necesitó más Pedro Fernández, y al día siguiente, antes del baño, charlando tendidos en la playa, le dijo a Gertrudis... en fin, todas esas cosas huecas, sosas e indispensables en su situación. Ella aceptó todo de muy buen grado, y convinieron que aquella tarde, a las seis, se encontrarían en la Rambla, donde ella iría con sus padres.

El tiempo que transcurrió entre uno y otro suceso, o, mejor dicho, entre el baño y el encuentro en la Rambla, el pobre Pedro Fernández no vivió... ¡Qué razón tienen los poetas: la fuerza del amor para anular la vida, suspender las facultades, en fin, atontar!...

Llegó la hora de la cita, pues, como también dice el poeta:

Todo llega en la vida,
es proverbio indudable...

¡Qué emoción la de Pedro Fernández!... Allí estaban tío y sobrino, sentados junto a una mesa, en un «bar», engañando la impaciencia con una charla que no conseguían ligar.

—Allá viene...—dijo Pedro Fernández, poniéndose de pie.

Venía Gertrudis linda, elegante, hecha un tesoro. Más atrás... venía tanta gente que no podía saberse quién la acompañaba. Llegó junto a ellos, y saludándolos con una gracia y desenvoltura encantadora, se volvió, e indicándoles una pareja que estaba detrás de ella, dijo:

—Mis padres...

La mujer saludó con un brusco movimiento de cabeza, el hombre estiró su mano derecha, diciendo con un magnífico acento cocoliche.

—Gaetano Cappelletti, para servirles a ustedes...

Don Nicasio ensayó una reverencia, y quedó petrificado. Pedro quiso hablar, hacer un ademán, y cayó como muerto, largo a largo en el suelo. Se hizo un tumulto, en fin, sacaron al pobre Pedro que parecía muerto...

—¿Y?—interrogó don Nicasio de Orellana al médico del hospicio.—¿No cree usted que ha mejorado el enfermo?

—Está mejorcito, y creo que la curación es cuestión de tiempo; un año tranquilo—aseguró el médico.—Pase a verlo, señor.

Don Nicasio cruzó el jardín y entró en la celda de Pedro:

—Bien, muy bien, mi tío don Nicasio de Orellana—le dijo Pedro, antes que le preguntara nada;—me encuentro admirablemente bien, sólo que... He realizado una prolija investigación, hallando que en 1651 hubo en Nápoles un famoso conde de Cappelletti... Así como suena, con dos pes, dos eles y dos tes... Vigoroso, el conde éste, mató a tres de una estocada... Tiene su escudo con ocho cuarteles. Como lo oye, mi tío don Nicasio de Orellana, Cappelletti, con dos pes, dos eles, y dos tes...—y con una verba vertiginosa habló de la nobleza del conde, haciendo resaltar a cada paso aquellas letras dobles. De pronto, guardó silencio, y, como si lo hubiera pensado mucho, preguntó, pero, mirando muy serenamente, con ojos de cuerdo:

—La nobleza, el abolengo ¿será lo más importante en la vida?

Don Nicasio se separó del sobrino con una desazón, con una inquietud horrible: aquel rostro de Gertrudis era de una princesa, de una reina, de una diosa... ¿Por qué no habría de ser igual o mejor que tantas nobles? Y con esta duda, horrorosa y terrible, su pensamiento se internó por esas galerías del recuerdo donde dormían petrificados sus prejuicios, repitiéndose: ¿Por qué no habría de ser igual o mejor que tantas nobles?

SARA H. MONTES

DIBUJO DE REQUENA ESCALADA

CARAS Y CARETAS



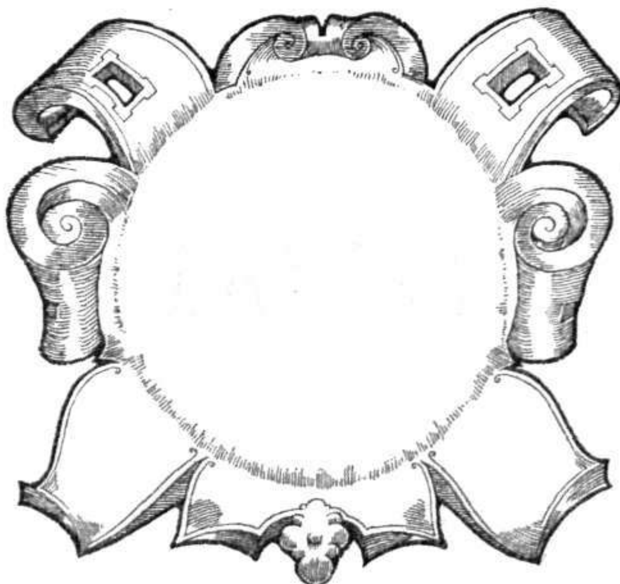


La Moda

Chaqueta de tela de fantasía, con adorno de "loutre" y gamuza roja. El abrigo compañero es de otomana con piel de castor.

Revillón combinó estos abrigos; uno confeccionado en lana y piel de castor, y el otro, en piel de leopardo y "civette" lustrada.

Apellidos Argentinos



Bastante más difícil que un problema de palabras cruzadas resulta la etimología de este apellido ilustre. La terminación *ez*, como ya sabemos, equivale a hijo, y Láinez, por lo tanto, a *hijo de Laín*. Pero, ¿de dónde viene Laín?

Godoy Alcántara nos va a responder inmediatamente: «LAIN. Preciábanse muchos próceres godos de descender de la *gens Flavia*, ilustre por los tres emperadores que había dado al trono de los Césares, y se honraban llevando este prenombre, que no tardó en extenderse a clases más inferiores, firmando: *Flavinus, Flaginus, Flacinus, Placinus, Flainus, Flaynus, Fraino, Flayn, Flaviniz, Faviniz, Flaginiz, Fláiniz, Fláinez, Fiainz, Llainiz, Láinez;* y con desinencia gótica: *Flavila, Favila, Flajila, Fajila, Bafila, Babila, Fafilaz, Fafilez*».

La palabra llama, del latín *flamma*, nos da idea de la caída de la *f* original y de su transformación en *ll*. Sin embargo, la ecuación filológica

FLAVIA = LAÍN

es dura de pelar, digan lo que quieran los sabios.

Mientras ellos no busquen algo mejor, es necesario conformarse con esta hipótesis. Pero siempre cabe dentro de lo justo cualquier duda ignorantona, y de ahí que nos preguntemos cómo el populacho — el mejor constructor de palabras — ha transformado Flavia en Laín.

Si en vez del pueblo castellano, que se distingue por su poca inclinación a masticar voces y dejarlas limpias de carne, como pata de gallina en poder de hambrientos — se tratara del vulgo andaluz, pronto encontraríamos una conjetura. Laín sería el apócope de un apócope: valga, por ejemplo, *Ladín = laín = laíno = ladino*. Porque, naturalmente, la gracia popular fué quien desfiguró el apellido hasta reducirlo a su presente estado. Ladino, de la palabra latina *latinus*, significó, andando el tiempo y el capricho del vulgo, tanto como sagaz, astuto, etc. De *ladino* pudo decirse *ladín*, como los andaluces pronuncian *laíno*, que apocopado daría *laín*.

Por lo menos puede suponerse que los castellanos contemporáneos del célebre Laín Calvo concederían esa significación al nombre. Laín Calvo es el segundo de los portadores de este nombre que se convirtió luego en apellido. El primero fué Favila, rey de Asturias, hijo de don Pelayo, que, según la tradición, fué muerto por un oso a los dos años de obscuro reinado.

Laín Calvo ejerció en Castilla el poder con el título de juez supremo. Era una especie de republicano que luchó por la independencia de Castilla contra Ordoño II de León y contra los moros. Como detalle curioso de aquella administración ejemplar, diremos que Laín Calvo implantó el sufragio universal para elegir los procuradores o diputados.

Concedido que Laín viene de la palabra Flavia, veamos el origen de ésta.

Flavus significa rojo, rubio, de color de oro. Se conserva en el actual vocablo español *flavo*, «de color entre amarillo y rojo, como el de la miel». La etimología de *flavus* es muy intrincada. Baste decir que *flavo* y *agrado* tienen un mismo origen y que se refieren ambos a esos monosílabos misteriosos ya citados en estas páginas: *fra, fro*, etc., que designaban el fuego en los idiomas prehistóricos. Si desea el lector más detalles, consulte el diccionario de Calandrelli, palabra *agrado*.

Flavius, es decir los hombres de pelo rojo, rubicundo o jaro, es el apodo de una familia plebeya de la Roma primitiva. Entre la gente latina no es común el hecho de tener ese color de cabello. Lo mismo sucedería en aquellas épocas en que fué fundada la Ciudad Eterna. ¿De dónde vinieron los flavios o flavos? Indudablemente representaban en el conglomerado de pueblos una raza del septentrión, cuyo vigor había conseguido resistir terribles obstáculos hasta llegar a la campiña romana, al Lacio. La energía de aquellos rubios guerreros supo distinguir frente a la energía de los morochos latinos. Dominados por éstos, al principio, se les puso entre las tribus plebeyas. Después de tomar parte activísima en las luchas entre la plebe y los patricios, llegó a apoderarse del mando la gente Flavia. El emperador Vespasiano y sus sucesores hasta Nerva eran Flavios; Constantino el Grande, también. Y muchas personas tuvieron a honor adoptar el apellido.

Ya en la época del cristianismo hubo Flavios y Flavius mártires y santos. En el nombre y apellido de un historiador y filólogo italiano de la Edad Media ocurre un fenómeno curioso. Flavio Biondo, es decir, Rubio Rubio, reune de esta manera el significado antiguo y su traducción italiana.

ARGANTONIO

Una APUESTA GENTIL *y* ORIGINAL



CON su gravedad habitual, míster Nelson calzó su monóculo de oro e inquirió con su flema inconmovible:

—¿Se refiere usted, mi estimado caballero Duggans, a la última noche que tuvimos el placer de pasarla en la risueña velada de aquella espiritual lady Elkeingt?

—No se ha equivocado usted—replicó su joven interlocutor.—Precisamente, si mal no recuerdo, fué en aquella simpática velada cuando usted tuvo la ocurrencia de poner, con suma diplomacia, sobre el tapete de nuestras intenciones caballerescas, lo que hoy constituye mi felicidad epitalámica. En su estilo anglosajón, fantásticamente armonioso, nos planteó el hurto desvergonzado de un ósculo de amor a los seductores labios de nuestra pequeña miss Dolly, de esa Dolly que, con sus ocurrencias encantadoras y sus gracias parlanchinas, obró sobre su ánimo con una eficacia más desastrosa que el sinnúmero de botellas de espumante delicioso que, en una noche, se habían descorchado en su homenjae. Para llevar a feliz término la conquista de ese ósculo ignorado, usted nos dió un plazo de diez días, y para el triunfador del torneo, una cena epicúrea, fastuosa, mágica, exquisita, que usted nos haría servir en homenaje al triunfador, con la asistencia obligatoria de todos los testigos de esa apuesta donjuanesca y presuntuosa. El trofeo, bien sabe usted, tamaña empresa merecía. Yo no he visto en Buenos Aires una boca más sugerente, más preciosa y tentadora que la de miss Dolly. ¿No es de mi opinión, mi estimado míster Nelson?

Míster Nelson, suavemente, movió su gentil cabeza blonda, y en su rostro liso e impasible se diseñó una sonrisa extraña al evocar, uno por uno, los pintorescos detalles de esa apuesta gentil que a él se le había ocurrido hacer a costa de los labios de miss Dolly, en una noche de locura mundana y de abandono personal.



—¡Oh, mi respetable caballero Duggans!—murmuró cordialmente el blondo hijo de la rubia Albión.—¡Si aun me parece estar viendo el desparpajo casi escandaloso con que nuestra encantadora miss Dolly acogió mi propuesta inverosímil! Cómicamente nos invitó a ensayar, en seguida, con ella, la presunta conquista de ese beso prometido, sin preocuparse muy en serio del estupor de sus hermanas mayores ni de la presencia de lady Elkeingt, su asombrada mamá. Nos anonadó con sus ocurrencias llenas de hilaridad, poniéndonos en una situación cómico-trágico-azorada. Y así, con estos antecedentes tan espeluznantes y espantosos, ¿quiere hacerme saber, mi estimado caballero Duggans, de qué recursos milagrosos se valió usted para haber triunfado de esa apuesta en un término menor al de diez días?

—Pues muy sencillo—repuso su interlocutor, sorbiendo, con suavidad de sibarita, de su vaso, el dorado «cocktail» que había pedido.—Puse en movimiento todo ese suntuoso tren de sugestiones pasionales a que recurren, invariablemente, según los casos, ya los espíritus nebulosos, los meridianos, los impulsivos o apáticos, complicados o sencillos. Le hice el amor en mil distintos modos seductores: *a la francesa*, *a la inglesa*, a la italiana, a la alemana, a la musulmana, a la judía, a la española y, por último, a la norteamericana. Me hallaba convertido en un genial poliglota del amor. Versos furtivos, suspiros alados, cartas milagrosas, serenatas, raptos místicos, contradicciones, apasionamientos, indiferencias, cortesías, descortesías y desconcertantes golpes de *teléfono* que a mi adorada miss Dolly, tras de hacerla salir precipitadamente de la cama o del baño en hora intempestiva, la tenían a mal traer desde la mañana hasta la noche.

Puede usted imaginarse la inconmensurable estupefacción en que se hallaría miss Dolly, ella que siempre se había manifestado tan despreocupada por estos menesteres idílicos. Muchas veces, en su primoroso «boudoir» femenino, hubo de pasarse las horas pensativa, absorta en comprender la razón y sin razón de este trascendentalismo pasional mío, al cual ella, por idiosincrasia, hubo de sentirse siempre una especie de impermeable natural. Una dulce tarde rumorosa me definió lisa y llanamente como de soberano estúpido, y me preguntó, airada, si la estaba confundiendo con la «María» de Jorge Isaac. Y así, ya tan presto suscitaba su cólera como sus sonrisas, en arranques desmedidos. En cuanto a mí le juro a usted, míster Nelson, que ya me hallaba poco menos que exasperado por el carácter indomeñable de miss Dolly. Ella, por su parte, sabía rabiar con muy buen gusto, y parecía hallarse en mis mismas condiciones espirituales. Como quien no quiere la cosa, después de esas explosiones catastróficas hacía como que todo lo había olvidado; pero, en realidad, la muy sinvergüenza se desquitaba de estas rabietas ¿sabe usted, míster Nelson, de qué manera?... Pues, considere usted. Como en su intuición de mujer había adivinado mis deseos hondos, extraños, de gustar de un ósculo de sus pícaros labios y recordándome el término expirante en que finalizaba el plazo de nuestra apuesta, con sus mimos burlescos, sus finuras y artificios, se complacía en hablarme de sus propios labios rojos y sedeños, de sus encías húmedas y de sus dientecillos como cuñas de marfil divino; dientecillos que, a veces, se entretenía en hincarlos en la pulpa lechosa de las manzanas doradas y redondas. Astutamente me preguntaba del placer que experimentaría yo con hurtar un beso a sus labios cárdenos y suaves, y si eran realmente tan profundos y sinceros mis deseos de besarla. ¿Comprende usted, mi querido míster Nelson, lo terrible de mi situación de enamorado y lo rencorosa que era esa canallita de miss Dolly? Era simplemente una diablesa de nueva especie. Y no le exagero en nada si le digo que con la mitad de sus truhanerías mundanales y graciosas había de sobra como para sacar de su sano juicio no sólo al Padre Eterno, sino también a San Pedro en persona, a Saturno, a Satanás, a Jehová y a toda la corte celestial que preside el universo. Ni siquiera por sorpresa me era posible sorprender a esta chicuela inaccesible. Sin embargo, puedo asegurarle a usted que a esta altura de nuestra apuesta, ya miss Dolly había adquirido un concepto muy conspicuo de mi personalidad moral e intelectual. Sobre todo, gustaba de mis contradicciones caprichosas con fruición maligna, de niña regalona y agraciada. Pero aun no podía declararme vencedor. Me faltaba la última jugada.



B

Y esta última jugada, mi querido míster Nelson, la realicé el penúltimo día en que se vencía el término feliz de nuestra apuesta y en el que, como verá usted, demostré mi aptitud para ganarla. Como de costumbre, esa noche llegué a casa de miss Dolly en medio de una borrasca de viento y agua que me calaba hasta los huesos. Ya en la sala de su casa, di comienzo a esta última jugada en un estilo tan *perfecto* que, pocas veces, mi querido míster Nelson, el ingenio humano se ha aguzado tanto para poner en juego sus más singulares cualidades de invención y fantasía. Las hermanitas mayores de miss Dolly, que son miss Helvia y miss Ethyn, iniciaron una pintoresca charla en un buen tren de comentarios a cual de ellos más interesante. Estábamos a media luz, entre una penumbra vaga que, por lo indecisa, se nos hacía muy poética y extraña. Este detalle no era más que un recurso preliminar fraguado previamente por mí mismo. Esa noche, como al descuido, mucho antes de entrar en el vestíbulo, con la ayuda del bastón, con una maestría a lo Marconi, había hecho estallar tranquilamente la resistencia de la instalación eléctrica de la casa, dejándola sin luz. Suplía este inconveniente una media docena de candelabros de sarmentosos brazos retorcidos, burilados en bronce como el oro. Sus resplandores largos ponían a nuestro alrededor una transparente claridad celeste, como una sugestión de ensueño. Disimuladamente, yo había adoptado un aspecto reconcentrado y lúgubre. El gemido tétrico del viento y el redoble de la lluvia contribuían a dar un viso de verdad a mis anhelos macabros, de tristezas metafísicas y grises. Miss Dolly, todo lo contrario, se hallaba en vena de ocurrencias saladísimas.

»Hube de hablarles de mis supuestas vacaciones intelectuales, y, en un tono intencionadamente bajo y desolante, les dije que éstas consistían en estudios cintíficos y arqueológicos; por cuya causa me había visto obligado a transformar el viejo mirador de nuestra casa en un gabinete pomposamente lúgubre, de reliquias prehistóricas, donde, cabe las ánforas egipcias, los detalles babilónicos, los manuscritos del antiguo sanscrito, los vasos etruscos, piedras milenarias se veían alternar en profusión dantesca reptiles disecados, de pupilas ígneas, glauca y áspera epidermis y retorcidas patas, esqueletos albos de remotos tiempos, osamentas calcáreas, calaveras desdentadas, antropomorfos simiescos de robustas mandíbulas, animalejos espeluznantes, cráneos dolicocéfalos de enormes órbitas negruzcas que, entre las penumbras, al mirarnos, parecían sonreírnos con sonrisa macabra y dolorosa, desde su insondable ensueño de ultratumba.

»Al oírme referir con tanta gravedad semejante relato, tan luctuoso y lleno de rarezas, mis gentiles interlocutoras no fueron dueñas de reprimir un estremecimiento de angustioso espanto. Instintivamente, al oír, de improviso, el estallido atronador de un rayo, acercaron simultáneamente sus tres sillas hasta el lugar donde yo me hallaba, dirigiendo miradas asustadizas y recelosas a los ámbitos obscuros de la sala, donde la luz de los viejos candelabros, al diluirse en destellos blanquecinos, titilantes y temblorosos, daba una apariencia desmesurada y monstruosa a los objetos retirados. Tanto miss Dolly como sus hermanitas mayores se hallaban cohibidas y nerviosas. Por mi parte, a fin de impresionarlas en una forma más espantosa todavía, juzgué *conveniente* darles una difusa explicación sobre el hábito del miedo macabro, sepulcral y funerario.





Les dije que a fuerza de habituarme diariamente al contacto de ese mundo yacente, polvoriento y silencioso, ya me había inmunizado por completo de los miedos de ultratumba; tanto era así que en las condiciones psicológicas en que me hallaba, bien podía pasarme varias veladas apacibles en cualquier viejo cementerio abandonado. Con frecuencia me había sucedido que, rendido por las vigilias y el esfuerzo cerberal, me había quedado dormido sobre mi dura mesa de trabajo, mientras afuera, a través de las cornisas, en los viejos ventanales, en las frondas lejanas, en los árboles copudos y en los hilitos telefónicos, el viento frío del sud aullaba su gemir inconsolable. Y me sucedía que, al despertarme, a media noche, rodeado de silencios, la vaguedad de las penumbras me permitía vislumbrar en relieves fabulosos, las figuras cenicientas de los esqueletos, los viejos calcos, hieráticos y pulcros, las calaveras marfilinas, los reptiles verduzcos, los ejemplares antropomorfos, braquicéfalos y horribles que parecían, como siempre, obstinados en mirarme con su eterna sonrisa de dolor y de tristeza.

»Al llegar a esta altura de mi narración, mis espantadas interlocutoras no pudieron resistir por más tiempo su ansiedad.

»—¡Jesús, caballero Duggans, cállese usted — exclamó miss Ethyn. — ¿Qué le acontece en esta noche, que se nos ha venido tan horrorosamente lúgubre?

»—¡Por favor! — agregó miss Helvia, su hermanita. — No prosiga usted en ese tono.

»—¡Es tan horroroso, miss Helvia?

»—¡No sea usted cruel, Dios mío!... Si prosigue en esa forma, esta noche no podremos conciliar el sueño ni cerrar los ojos.

»Y de improviso, algo horripilante se realizó en torno nuestro. La salita primorosa, confidencial, saturada de buen gusto y de recogimientos femeniles, tembló, estremecida, traspasada de parte a parte por una de esas descargas estruendosas que, según parece, en esa noche, Júpiter tonante, en su indignación homérica, se desquitaba vomitándolas sobre la tierra en forma de relámpagos, truenos y rayos exterminadores. Hubo un crujido seco, y la ventana de la sala, con el picaporte falseado por mi mano, se abrió de par en par, como impelida por una cuádriga de centauros invisibles. Un alud de viento huracanado y húmedo, explotando en su interior, apagó las luces, embarulló los cortinados y provocó un sombrío desorden entre todos los objetos de la sala. Miss Ethyn profirió un grito de terror y, en desalada fuga, ganó las habitaciones interiores de la casa; miss Helvia buscó refugio detrás de mis espaldas, y miss Dolly, aterrorizada, se precipitó alocadamente en mis brazos, con tal ímpetu que casi dió conmigo en la misma alfombra de la sala.

CUANTO sucedió después, mi estimado míster Nelson, bien se lo puede imaginar. En mi afán de proteger a miss Dolly de un posible peligro, la estreché entre mis brazos, dispuesto a defenderla hasta del mismo Júpiter tonante. Y ella, por su parte, asustadiza y temblorosa, cuando más la apretujaba contra mi pecho, más se esforzaba en ampararse en mis brazos. Su cabellera revoltosa se arremolinó ante mis narices, entre ese raro perfume turbador que gasta ella: «narcise noire». ¿Lo conoce usted? Tuve la impresión de un vértigo inefable que me inclinó hacia ella, y, luego, con el mayor respeto, mucha dulzura y mucho mimo, besé a miss Dolly en sus labios, en esos labios por los cuales usted había apostado una cena magnífica y espléndida. ¿Me ha comprendido usted, mi querido míster Nelson?

—¡Oh! dioses anglosajones... Confieso, mi estimado caballero Duggans, que es usted una maravilla. Y miss Dolly ¿qué hizo después de esa profanación de sus labios exquisitos?

—Hizo lo que hacen todas las mujeres en circunstancias similares. Se quedó con una carita de ángel que daba gusto verla. Con ese beso, toda nuestra incompatibilidad latino-anglosajona, de súbito, al unísono, se nos vino candorosamente al suelo. Y ahora, mi querido míster Nelson, le puedo asegurar a ciegas que miss Dolly, como mujer y como novia es una maravilla, y sus besos, una delicia. ¿Desea usted alguna prueba más elocuente que mis palabras para creer en la verosimilitud de mi narración?

—Mi estimado caballero Duggans, para un «gentleman» como yo basta la palabra de un caballero como usted. Ha ganado en buena ley y, por lo tanto, la cena le corresponde con todos los honores de su triunfo. ¡Mis felicitaciones!

Y al día siguiente, por la noche, ya en la cena prometida, al servirse el champaña, míster Nelson levantó su fina copa de oro, y con su graciosa acentuación anglosajona brindó con elocuente parquedad:

—¡Por miss Dolly, la chica más encantadora de Buenos Aires, y por míster Duggans, el caballero más ingenioso, más inteligente y más afortunado de la tierra!

Y las copas, al chocar sus cristales entre sí, hicieron irrupción con un sonido cristalino y delicado como una suave risa de mujer, comprimida y deliciosa.

CÉSAR GARRIGÓS



Don Benigno y la muerte



Don Benigno iba pensando en la fragilidad humana. Una cuestión ni profunda ni tenebrosa, sino todo lo superficial y clara que puede ser una cuestión. Pensaba, simplemente, con una simplicidad reveladora y desconcertante, que la vida es algo muy frágil, demasiado frágil quizá. Por lo pronto, de una fragilidad asombrosa, si se atiende a lo que tiene por término medio que durar y al número de peligros y asechanzas que la esperan.

— ¿Cómo se admite que un rasguño?... Bueno, un rasguño no. ¿Cómo se admite que un tajo en la garganta baste para morir? Morir, entiéndase bien. Eso no es broma, ni accidente. El caso es grave. *Todo lo demás pasa; ¡pero morir!*

Para don Benigno este pensamiento era un derrumbadero mental. No le daba de dónde asirse para hacer juicio. Había en ello algo tremendo, excesivo, desproporcionado, y por modo tan evidente que debía saltar a la vista de todo el mundo. Pero no le bastaba con «ver» y sentir así; tenía necesidad de demostrarlo como si debiera hacérselo comprender a otro menos intuitivo. Buscaba en vano el concepto estricto y terminante.

— Supongamos que se nos va la navaja o que tenemos un antojo, porque cada cual es dueño... una ocurrencia, vamos; pero sin ninguna intención, ya se comprende... En fin, que la hundimos de propósito, no muy hondo, como quien no quiere la cosa. Decididamente, está mal, es demasiado, no guarda relación... Eso es, no guarda relación de causa a efecto... causa y efecto, ¡justamente!

Dentro de su indignación, don Benigno hizo una pirueta imaginaria. Había encontrado la fórmula.

— Porque la vida es cosa seria, ¡eh! Nadie lo discute. En cambio, un tajo... Y si fuera sólo la navaja, ¡vaya! Pero ¡cuántos riesgos distintos donde quiera que se esté! O que se aprieta con exceso la corbata; o que algún mal intencionado, sin imaginarse, por supuesto...; o que me duermo junto al brasero... ¿Ven ustedes?: dormido ¿qué culpa tengo? Hasta puede caerse un ladrillo, sin que se sepa nada. ¿Y por eso hay que morir, encima de la desgracia? ¡A quién se le ocurre! ¡Ya! Y lo que viene de adentro, de adentro de uno mismo, ¿qué me dicen? En cualquiera de los órganos, o en todos, ¡qué no puede estar pasando! Uno lo más tranquilo, y, de pronto... Después, dígase que se muere mucha gente. Nada; todavía es poco. Y gracias que yo haya llegado hasta aquí. ¡Qué diablos! Si a cada paso...

Evidentemente, don Benigno estaba exaltado. Consideraba todo ello como si se tratase de errores de gobierno, de algún modo remediables:

— Señores: esto no puede seguir. Y la prensa, ¿qué hace que no habla?

Nadie tan sincero como él para rebelarse contra las injusticias y los excesos.

Cuando cayó en la índole del asunto, se espantó como un caballo al borde de un precipicio. Ya no tuvo quejas, pero terrores místicos, enjuagados de sudor, en una lividez de aparecido. Su rebeldía, chocando contra la muralla que separa lo terreno del «más allá», volvió a su covacha humana, convertida en desesperación. Exactamente lo que ocurre a menudo con los deudos del que acaba de morir; primero, reniegan de Dios, ofenden al cielo, blasfeman, y, después, reconocen su impotencia y se postran en un rincón para llorar... o para rezar.

Debía atravesar una calzada y se detuvo a esperar a que el tráfico cesara, del mismo modo que si estuviera ante una zona de guerra batida por el fuego, surcada en los cuatro sentidos por proyectiles mortíferos e invisibles. ¡Clic!, y la vida se rompe, como una copa. Pasó, rápidamente, volviendo la cabeza a todos lados, con inquietud, aunque la calle estaba libre; porque la muerte puede venir por la espalda, sin que se la sienta. Junto a la acera, al ruido de una bocina distante, se espantó nuevamente.

— Es una calamidad. Los vehículos deberían prohibirse, por lo menos en las calles. En el campo, bien; que disparen, que se los lleve el diablo. Pero en la ciudad, donde hay tanta gente ¿es eso tolerable? ¿Qué necesidad tienen

de andar en automóvil? ¡Vayan a pie, señores, y si no, quédense en su casa! No hay ningún apuro; si, de todas maneras, van a morir. Ante todo la vida de las personas. ¿Qué tengo yo que ver con que a ustedes les guste la rapidez y la comodidad?

Ya se advierte que don Benigno no había nacido para metafísico. Fatalmente, volvía siempre al lado terrenal de lo supraterreno.

Sin embargo, al tiempo que andaba, dió en concebir la muerte misma prescindiendo de su substancia, se sobreentiende, de su ser en esencia y «per se», que para tanto no le daba la imaginación, y limitándose a su exterioridad y forma de presentarse. En definitiva, no pensaba en la muerte, sino en lo muerto, y sólo en lo muerto humano. Concretando aún más su pensamiento, se figuró su propio cadáver, al mismo don Benigno en persona pero difunto.

Había entornado los ojos. La imagen le chocó; no cabía bien en su mente. Por otra parte, no era plástica, ni mucho menos. Todo lo más un diseño difuso, sin expresión, «sin vida», sin actitud ni rasgos personales. Podía tomarse por el cadáver de cualquier otro. Pero él lo tenía por suyo, y eso era suficiente para acongojarlo.

Desde luego, no resultaba repugnante ni macabro. Era bien sencillo: un cuerpo rígido.

En medio de su amargura esa rigidez le fué llamando la atención. ¡Qué cosa tan extraña! Caminaba sin sentirlo, y se adormecía. Lejos, un carro rodaba sobre las piedras. Le pareció que transcurría mucho tiempo. El carro había seguido rodando y el cuerpo continuaba así rígido. ¡Qué extraño!

Tropezó... ¡plum!... ¡Eh... eh!... Unos cuantos traspiés, pero no llegó al suelo.

—¡Al diablo con las aceras!... ¡Qué ha de ser extraño, pues! ¿Dónde has visto tú que los cadáveres se muevan? Pero, la verdad, uno se agita tanto... El contraste, claro está... ¿Y por qué te agitas? Esta es la cuestión. Veamos, ¿por qué te agitas?

Don Benigno se quedó pensando en por qué se agitaba. La pregunta era imperiosa y había que responder.

—Pues para vivir, ciertamente. No es bastante haber nacido. Te dan la vida, pero tienes que cuidarla y mantenerla; de lo contrario, te la quitan. ¡Lo que cuesta estar vivo! No es como estar muerto, no. Te mueres, y ya eres difunto para siempre. He aquí una ventaja que no había calculado bien. Es asombroso, por cierto; el único ejemplo de movimiento continuo. ¡Oh!, puedes estar tranquilo. No corres el riesgo de vivir.

Que los muertos no tuvieran que preocuparse por la «subsistencia» resultaba para don Benigno consolador, y, en todo caso, una superioridad del otro mundo sobre el de acá.

—Es imperdonable; sí, un error imperdonable. ¿Por qué no ocurrirá otro tanto con los vivos? La vida continua, ni más ni menos; así debería ser. Indiscutiblemente, la muerte es mucho más perfecta que la vida; está visto... Sin embargo, no es malo vivir; trae muchas satisfacciones, muchas alegrías; ¿qué duda cabe? Muchos bienes deseables, que no se disfrutan después. ¡Ah!, después no queda nada. Vale la pena de vivir, entonces. Te desazonas, es cierto; pero, en cambio, tienes tus recompensas. El mundo es así. Claro: la ley de las compensaciones.

Mientras generalizaba por un lado de esta suerte, don Benigno, positivista de suyo, hacía por otro —digamos entre telones— un balance de su conciencia, para extraer una muestra de esos bienes deseables que le proporcionaba la vida. Infructuosa busca. Todo era obscuro, chato y precario en su existencia, cuando no fatigoso, violento y exasperante. Pero no se atrevía a confesarlo. Buscaba y removía, a semejanza del comerciante que quiere por fuerza tener el artículo deseado por el cliente, aunque por más serio motivo. Sabía que, dándose por vencido, iba a llegar a una convicción peligrosa: que es preferible morir. Peligrosa, porque don Benigno tenía gran respeto por sus convicciones.

Por fortuna, estaba ya en su casa, y se excusó de seguir reflexionando.

—Sí, muchos bienes deseables. Y la vida es cosa seria, ¡eh! Nadie lo discute.

Roberto Ledesma





Ese día, el doctor Ancel se iba a la cárcel sin ganas. Había pedido la gracia de su cliente Ambrosio Pachot, condenado a muerte y se la habían rehusado. Anunciar a una persona que uno de sus parientes se está por morir es poco agradable, pero anunciarle que es ella misma quien se va a morir, eso es sumamente desagradable. El doctor Ancel tenía que resignarse. Se hizo abrir la puerta de la celda, miró al condenado, y no supo qué decir.

Pero Ambrosio lo adivinó:

— ¿Y? ¿Fracasó, doctor?

El pobre Ancel levantó los brazos, suspiró y se dejó caer sobre el escabel de madera roída. ¡Daba lástima! Ambrosio, conmovido por el espectáculo de ese dolor sincero, se acercó, y poniéndole la mano sobre el hombro, dijo:

— ¡Coraje, doctor! Es un mal momento, pero pasará. ¡Vamos! ¡Repóngase! Parece un condenado a muerte.

El doctor levantó la cabeza.

— ¡Si usted se imagina que me hace gracia tenerle que decir esto!

— ¿Qué quiere? Tarde o temprano nos hemos de morir todos. Usted también. ¿No lo cree?

— Una cosa es creer y otra tener la seguridad.

Hubo un silencio. Pachot movió los labios; algo quería preguntar, pero temía parecer darle mucha importancia a un detalle personal. Por fin se decidió y dijo:

— ¿Y usted sabrá, doctor, qué día me he de morir?

— ¡No lo sé! Es una desgracia, amigo. Andamos con mala suerte: la guillotina está rota, el verdugo anda con licencia, tiene la madre enferma... Una serie de contratiempos... Tendremos que esperar un mes, seis semanas, quizás más.

— ¡Paciencia!

Y como el abogado hiciese un ademán de duda, el condenado agregó:

— ¡Sí! Ya sé que tengo fama de nervioso desde que en un momento de mal humor maté a mi mujer y a mi suegra... pero, ¿qué quiere? Vivíamos juntos... Son cosas que usted no las puede comprender: ¡vive solo!

Calló un momento, y luego prosiguió:

— Además, si no me engaño, yo no moriré sino cuando la madre del verdugo se haya muerto. Eso ya es un consuelo. Porque, al fin y al cabo, la pobre vieja no asesinó a nadie, y sin embargo morirá antes que yo, en los mismos brazos del verdugo. Pensándolo bien, mi caso es general: he de morir, y no sé cuándo. Entre usted y yo no hay diferencia; ¿para qué me voy a afligir?

El abogado, algo incómodo, se puso de pie:

— Volveré — dijo. — Pero si usted algo desea, pídalo no más. A los condenados no se les rehusa nada.

Ambrosio se dignó sonreír.

— Entre usted y yo, es la única diferencia. Pero, llegado al punto en que estoy, pocas son las cosas que se desean... y usted mismo...

El doctor huía. Andaba preocupado. La idea, que, en efecto, algún día dejaría de existir lo absorbía de tal modo que ni oía, al atravesar las calles, los gritos desesperados de los chofers.

Varios taxis, queriéndolo evitar, chocaron, rompiendo vidrios, guarda-barros y clientes. No se sabe qué accidente habría causado, si por suerte no se hubiese encontrado por fin en el camino de un autobús de seis ruedas, de los que no perdonan.

Cuando supo la muerte trágica de su defensor, el pobre Pachot cerró los ojos, a ver si lloraba. Pero no lloró. Preguntó:

— ¿Podré ir al entierro? Sería para mí un placer.

Se lo rehusaron, e hicieron bien, porque ese día el frío era tan cruel que el mismo juez cayó con una congestión antes de haber terminado su discurso, de lo cual no se hubiese consolado si, por desgracia, hubiese sobrevivido.

Al condenado Pachot, lo impresionó esta nueva catástrofe.

— Ahora no más me dejan solo — dijo.

Y preguntó por la madre del verdugo. Seguía mal, y el verdugo, poco acostumbrado a tan larga agonía, también se había metido en cama.

— Es cosa de nunca acabar — dijo Pachot, con amargura.

No es que tuviese apuro de morir. Pero cuando uno ha resuelto tomar viaje, lo mejor es irse, no más.

Al día siguiente, cuando tocó la campana para pedir el baño, vió entrar un carcelero nuevo.

— ¿Y Pancracio? — preguntó.

— Está enfermo.

— ¿Grave?

— No ha de pasar la noche.

Pachot quedó anonadado. Pensaba que a cada momento en el mundo morían personas que no las habían condenado y que él solo seguía viviendo. Y eso lo irritaba.

Y, a la semana, vió entrar tres hombres, vestidos de negro.

— ¡Al fin! — dijo el condenado — ¿Me vienen a buscar?

Los hombres negros, que sin duda eran empleados del gobierno, no se dignaron contestar. Uno de ellos se adelantó y dijo:

— El Presidente de la República ha muerto.

— ¡Caray! — dijo Ambrosio, y soltó la carcajada.

Corta fué su alegría; a los tres días, los hombres negros volvieron.

— ¿Qué otra desgracia traen? — gritó.

— El nuevo Presidente se ha dignado firmar vuestra gracia.

— Entonces ¿estoy libre?

— ¡No! La muerte se conmuta con presidio.

— Y ¿en qué se mete? — dijo entredientes el condenado.

Sabía ahora que la muerte es fatal; lo que le daban era plazo, demora, engaño. Sabía que moriría y que la espera de la muerte envenena la vida. Sabía todas estas cosas, y fué por eso, sin duda, que, al día siguiente, lo encontraron colgado, en su celda.

Y castigaron al carcelero que lo había dejado morir, porque la ley prohibe que un hombre se haga, a sí mismo, justicia.

MAX DAIREAUX



CARAS Y CARETAS.

NUMERO DEDICADO AL PRINCIPE DE GALES.

"Caras y Caretas", cuyos números extraordinarios siempre se han distinguido por sus caracteres de amenidad y suntuosidad, y por la valía de sus firmas artísticas y literarias, sorprenderá nuevamente al público con el brillante exponente de cultura que, como homenaje a S. A. R. el Príncipe de Gales, está preparando. ∽ Los materiales en nuestro poder de notas interesantísimas históricas, biográficas e informativas, todas ellas logradas especialmente para "Caras y Caretas" por nuestro enviado especial en Inglaterra el Vizconde de Lascano Tegui, su presentación de relevante valor estético harán de ese número-álbum la mejor prueba del progreso del periodismo ilustrado argentino.

DICHO NUMERO EXTRAORDINARIO
SERA ENTREGADO AL PUBLICO
SIN RECARGO DE PRECIO

SEPTENARIO del AMOR PERFECTO



LAS TRES VIRTUDES

Fidelidad del negro diamante de mi audacia.
Esperanza del huerto de mis rosas tardías.
Caridad de sus manos, que deshojó en las mías,
La palidez fragante del lirio de su gracia.

LOS CUATRO ELEMENTOS

El agua en su sonrisa y el fuego en su mirada;
El aire en su suspiro, la tierra en su pisada.
Frescura de las rosas el agua en su sonrisa.
Oro de las estrellas el fuego en su mirada.
Su suspiro, delicia del aura perfumada,
Blandura de la seda la tierra que ella pisa.

Leopoldo Lugones

DIBUJO DE PARPAGNOLI

LA VUELTA DEL PRESIDIARIO

POR

HUGO WAST

DIBUJOS DE PARPAGNOLI



L sol acababa de romper el negro perfil de la cordillera, y las sombras de la noche se replegaban hacia el fondo misterioso de las quebradas.

Un hombre descendía, a pie, hacia el valle, donde estaba el pueblo, pero no seguía el camino de herradura, donde hubiera podido encontrarse con alguien, sino un senderito apenas visible entre la maleza.

Era Roque Carpio, que volvía del presidio.

Un ancho sombrero le cubría a medias el rostro pálido, ennegrecido por una barba naciente. Tomó por el medio de un sombrío bosque de chañares, para acercarse al poblado con más libertad, sin ser visto, escalando los picos o descendiendo al lecho de los torrentes. Llevaba al hombro las alforjas con provisiones, y empuñaba un winchester, con una mano potente, que hubiera podido quebrar la zarpa de un león.

Hacía veinte años que no respiraba el aire de sus montañas nativas; y, ahora, al hacerlo, sentía una frenética embriaguez, una especie de ansiedad, como si estuviera seguro de que no le duraría mucho tiempo aquella dicha.

Y buscaba con la mirada, más allá del pueblito, que blanqueaba al pie de la loma, una casita solitaria, a la orilla del camino, y cerca de un arroyo que regaba sus chacras.

La distinguió, y su puño cerrado se levantó para señalarla.

Hacía veinte años que una noche — dos semanas después del crimen que acababa de purgar en el presidio,—cuando aun estaba libre, porque la policía no se animaba a perseguirlo en aquellas montañas que él conocía piedra por piedra, salió de su escondrijo y bajó hasta el pueblo, acosado por el hambre, y llamó a la puerta de aquella casa, donde vivía su amigo Sancho Bracamonte.

La puerta se abrió, y una mujer le alumbró la cara con un candil, para ver quién era, y, al reconocerlo, retrocedió espantada.

—¡Roque Carpio!

—Sí, doña Deidamia... Me estoy muriendo de hambre... No puedo más de cansancio... Denme asilo por esta noche, y antes del alba partiré. Nadie, nunca volverá a saber de mí... Si tienen buen corazón, no me cerrarán su puerta...

Un hombre salió del fondo del rancho.

—Adelante, amigo — díjole, tendiéndole la mano. — La casa de Sancho Bracamonte es tu casa.

Carpió entró, y puso en un rincón su winchester, junto a sus alforjas vacías. Diéronle unos mates amargos, mientras se asaba en las brasas un pedazo de carne de vaca.

El criminal, extenuado de hambre y de fatiga, comió de prisa y fué a tenderse en un rincón, cubriéndose con unos haces de paja que Bracamonte había amontonado allí para renovar el techo de su rancho.

No tardó en dormirse.

La mujer, que lo observaba, se acercó a su marido y le dijo, en voz baja:

—El comisario tiene interés en tomar preso a este bandido, y ha ofrecido una mula nueva y una vaca con ternero al que se lo entregue...

Bracamonte bajó la cabeza para que su mujer no adivinara que estaba pensando en lo mismo.

—Va a llegar el invierno — prosiguió ella, al oído del hombre.—Esa mula nos serviría para arar la chacra y esa vaca para leche de los chicos...

Bracamonte miró las gavillas de paja que ocultaban al huésped dormido, se envolvió en su poncho, empuñó su rebenque y salió para ir en busca del comisario.

Cerca del amanecer, obscuro el mundo todavía, Roque Carpio se incorporó en su rústico lecho y se dispuso a partir, con los bríos que le infundía el buen descanso; cuando oyó ruido de caballos que invadían el patio, voces de hombres y rumor de sables.

La puerta del rancho se abrió y entró Bracamonte guiando una partida de policianos; pero no tuvo necesidad de mostrarles el escondrijo donde había



Y CUANDO SU AMIGO PASÓ ENGRILLADO Y SILENCIOSO...

dormido Carpio, porque éste mismo se levantó y dijo, tendiendo las manos a las esposas:

—¡Aquí estoy!

Bracamonte dió un paso atrás, y cuando su amigo pasó engrillado y silencioso por delante de él, palideció bajo su ardiente mirada, y se afirmó a la pared de adobes, como si le faltara la vida.

Su mujer siguió a los policianos que se llevaban al preso, y antes del mediodía volvió trayendo del ronzal una mula y arreando una vaca con ternero.

Sancho Bracamonte permanecía sentado en su umbral de palo, sumergido en cavilaciones. Si el hombre a quien traicionara no moría en la cárcel, algún día volvería al pueblo y se vengaría de él...

II

Roque Carpio volvió, cuando en el pueblo su nombre y su historia se relataban en las noches de invierno, alrededor del fogón, como un cuento de viejas.

Con su trabajo de veinte años ganó un miserable puñado de dinero que le entregaron al salir del presidio. Habría podido comprar un caballo, para hacer las ochenta leguas que lo separaban del pueblo, o pagar un pasaje en el tren, para llegar, cómodamente, en un día.

Prefirió comprar un winchester y unas alforjas, que llenó de provisiones, y partió a pie, siguiendo los rieles del tren, que era el camino más corto.

Nadie interrumpió su marcha. Unos, le tenían miedo; otros, examinaban sus papeles, en regla ya con la justicia de los hombres, y lo dejaban pasar. Los perros de las alquerías llegaban hasta los vallados y le ladraban desde allí, prontos a disparar en cuanto él se agachaba para recoger una piedra.

Por fin respiró el aire de sus montañas nativas. Estiró los brazos poderosos, como si un vigor nuevo los animara.

En el cielo azul de cobalto volaba serenamente un águila.

Carpio quiso ensayar su puntería; se tendió de espaldas en el suelo, y apuntó, conteniendo la respiración. Su vista era tan clara y su pulso tan firme como antes; el cañón de su winchester no se movía un décimo de milímetro: Disparó el tiro, y los ecos de cinco o seis quebradas vecinas devolvieron el eco del estampido; y el águila dió una voltereta en el aire cristalino y cayó pesadamente, atravesada por la bala.

Roque Carpio lanzó un rugido de salvaje alegría.

¡Ay, del que se dejó tentar por la oferta de una mula y una vaca con ternero y vendió a su huésped!

Roque Carpio conocía todos los senderos de la montaña, que no cambian en siglos. Todo estaba como en los tiempos en que él era joven y recorría aquellas soledades, en su caballo, persiguiendo al león que diezmaba los rebaños o buscando al animal que echó de menos en el rodeo de su hacienda.

Al divisar las casas del pueblo, en el valle, y más allá la de Sancho Bracamonte, se detuvo, como si desde ese punto hubiera de empezar una nueva jornada.

Sintió hambre, y tanteó sus alforjas. Aun quedaba en ellas un pedazo de pan moreno, cocido en el horno de adobes de una campesina. Sintió sed también; pero, no lejos de allí, un torrente, hinchado por las últimas lluvias, se despeñaba por entre dos inmensas piedras rojas coronadas de matorrales floridos.

Las aguas turbias y leprosas de espumas se hundían en un remanso obscuro, que hervía como el agua de una cacerola.

Carpio conocía aquel sitio y sabía que ese remanso tenía fama de ser sin fondo y de no devolver jamás los cuerpos que caían en él.

Pero quiso beber antes de cortar su pan. Dejó el winchester apoyado al tronco de un algarrobo y buscó una veredita perdida entre los matorrales, por donde podía bajar, como una cabra, hasta una playa de arena, donde se apagaba el hervor de las aguas.

Cuando llegó a la orilla del remanso, oyó el grito de un niño, y divisó a dos criaturas trepadas en un árbol, que nacía en el filo de aquel acantilado, por donde se despeñaba el torrente.

Era el tiempo en que los nidos tienen pichones, y Roque Carpio pensó: "Andan buscando zorzales para vender en la villa", y se agachó a beber. Pero el grito se repitió, un alarido penetrante, que dominaba el fragor de las cascadas.

Una rama se había roto en el árbol y uno de los muchachos cayó con los brazos abiertos, en la parte más honda del remanso.

Roque Carpio se levantó, se desprendió el tirador en que guardaba las balas de su winchester, tiró al suelo el sombrero y el saco y entró en el agua.

A un metro de la orilla perdió pie, y la corriente lo arrebató y lo arrojó, como la piedra de una honda, hacia la otra parte, cerca del sitio donde se había hundido el muchacho. Logró mantenerse a flote y asir de los cabellos a la

infeliz criatura, que se ahogaba, y, con todas sus fuerzas, pugnó por acercarse a la orilla.

Era mal nadador, y a cada instante se hundía y tragaba agua, pero la misma corriente lo volvía a la superficie. Miraba el cielo azul y brillante, las márgenes escarpadas, el agua negra, y hasta oía los gritos del otro muchacho, que se agachaba sobre el remanso tendiéndole una rama. Respiraba con ansiedad, y se hundía otra vez, para surgir de nuevo, manteniendo siempre aquella cabeza desgreñada, que parecía la de un muerto y que pesaba como una bala de plomo.

El remanso era un abismo insondable, cavado en la piedra por el torrente durante millares de años; y el agua formaba allí un remolino, a cuya perfidia nada, hasta entonces, ni hombres ni animales, habia escapado con vida. Roque Carpio recordó las siniestras leyendas que se contaban del sitio, y pensó que iba a morir, sin castigar al que lo vendió, y se lamentó de haber cedido a un impulso generoso, que le costaba la vida.

Pero la corriente, que lo aprisionaba con sus brazos fríos y traidores, lo arrojó contra las rocas escarpadas, donde el agua era más profunda, tranquila y pérfida, y aquello que debió ser su muerte, vino a salvarle. Allí estaba, sólidamente encajada entre las grietas, la rama que se rompió al caer el muchacho. La agarró con desesperación y se mantuvo un rato, sin moverse, atinando sólo a llenar los pulmones de aquel aire dulcísimo, hasta que recobró el aliento.



ROQUE CARPIO TANTEÓ LA RESISTENCIA DE AQUELLAS PLANTAS.

Luego, sin soltar su presa, tirando prudentemente de la rama, para que no se le rompiera, fué acercándose a la orilla, y, por fin, logró asirse a una punta de piedra resbaladiza, pero firme.

Si el otro muchacho, que contemplaba la escena con el pavor en los ojos, tenía bastante habilidad para trenzar algunas enredaderas y arrojárselas, como un lazo...

¡Ah! Se conocía que aquel muchacho era montañés y sabía cuáles eran las plantas de tallos resistentes y flexibles.

No bien Roque Carpio le indicó qué auxilio esperaba de él, sacó su navaja, cortó un manojo de larguísimas enredaderas, hizo una torcida con ellas, y las arrojó al que había estado a punto de morir por salvar a su compañero, reteniendo con fuerza la punta. Roque Carpio tanteó la resistencia de aquellas plantas y el vigor del muchacho, y empezó a escalar aquel paredón de piedras bañadas por las espumas del torrente.

Cuando las ramas crujían o el muchacho daba señales de haber llegado al límite de sus fuerzas, Carpio hacía pie en el morro saliente o en alguna grieta, y aligeraba la carga.

Y así llegó a lo alto, tras uno o dos minutos de ascensión que valían por una vida, y, sin perder tiempo, acostó sobre la hierba el cuerpo que arrebató a las aguas, y se puso a friccionarlo para hacerlo revivir.

—¿Está muerto? — interrogó, ansiosamente, su compañero.

—No puede estar muerto, porque ha respirado más que yo, que me hundía para tenerle la cabeza fuera del agua. Está desmayado, solamente...

Y así fué; al cuarto de hora, el muchacho abría los ojos, unos ojos azules, raros en la sierra, y que a Roque Carpio le produjeron la impresión de una brasa en la mano.

Se estremeció, dejó la tarea y se apartó con repulsión o con miedo.

—¿Dónde he visto yo estos mismos ojos? — se dijo en secreto.

—¡Está vivo! — exclamó alborozado el compañero. —¡A usté le debe la vida!

—¿Cómo se llama este muchacho? — preguntó sordamente Carpio; y el interrogado no contestó porque no oyó la pregunta, y siguió charlando con volubilidad:

—Habíamos venido a sacar un nido de zorzales que desde el comienzo de la primavera teníamos en este árbol. Ya los pichones estaban para volar. El sabe mejor que yo subirse a los árboles, pero como la rama quedaba sobre el mismo remanso, perdió la cabeza, manoteó en el aire, rompió otra rama y así cayó... Pero usté lo ha salvado... Don Sancho va a quedar contento, porque es el nieto que quiere...

—¡Sancho! ¡Ah! ¿Se llama Sancho Bracamonte?

—Sí; ¿cómo sabe?

—¿Es nieto del dueño de la casa que se ve a la orilla del camino, al naciente del pueblo?

—¡Sí, sí! ¿Cómo sabe? ¿Quién es usté?

El muchacho, que volvía a la vida, se incorporó, recordó su caída y, al ver a aquel hombre chorreando agua junto a él, comprendió lo que había pasado, y, en un ímpetu de gratitud, le tomó las manos y se las besó, sin decir palabra.

Roque Carpio lo rechazó con un gesto duró.

Cuando partió para el presidio, dejó en el pueblo una hijita, que tenía entonces

seis años. La criatura murió, poco después, de miseria y de abandono. Si no hubiera muerto, se habría casado, y él tendría ahora un nieto como ese muchacho.

El otro principió:

— ¿Usté conoce a las gentes del pueblo? ¿Lo conoce a don Sancho Bracamonte? Hará bien en llegar hasta su casa, para que él mismo le dé las gracias.

Roque Carpio no oía sino palabras sueltas de aquella charla. Zumbábanle los oídos. Recordaba que la mujer de Sancho Bracamonte tenía los ojos azules como los de aquel muchacho, y preguntó por ella.

— ¡Murió! — le contestaron a la vez los dos chicos.

Y el nieto de Bracamonte añadió, posando en Carpio una dulce mirada:

— Todos los de la casa han ido muriendo. Sólo quedamos mi abuelito y yo...

Roque Carpio pensó que el destino le ponía en la mano la más completa de las venganzas.

De un empujón podía arrojar al remanso al último vástago de aquella familia de traidores, y a su acompañante, para que nadie supiera la causa de esa muerte. Después, cuando llegara la noche, bajaría hasta el pueblo, llamaría a la misma puerta donde llamó la postrera noche de libertad, y la puerta se abriría. Sancho Bracamonte, que no lo esperaba, no lo conocería de pronto, y lo dejaría entrar.

Y así, los dos solos, frente a frente, en un cuarto alumbrado por una oscilante vela de sebo, conversarían de las cosas que en el pueblo nadie recordaba ya, pero que ninguno de ellos dos podía olvidar. Y él le diría: "Tu nieto ha muerto en mis manos hoy. Vos también vas a morir."

Le dejaría para que rezara un padre nuestro, nada más, y lo degollaría sin prisa, para no ensangrentarse las ropas. Eso era mejor que matarlo de un balazo, porque los que oyeran el estampido harían la denuncia en la comisaría, y el hecho se sabría antes de que él hubiera podido alejarse mucho del lugar.

Los dos muchachos lo miraban sorprendidos de su silencio. El nieto de Bracamonte se había levantado y se acercó lentamente al borde de piedra del torrente y miró el remanso. En el agua quieta y obscura, flotaba un puñado de pajas entretejidas.

— Lo que siento — dijo — es mi nido de zorzales. Lo tenía en la mano con dos pichones, cuando me caí. Allá está el nido. Los pichones se habrán ahogado...

— Nos iban a dar cinco pesos, en la villa, por la yunta — agregó el otro.

— Mi abuelito habría tenido con qué comprar pan y yerba durante una semana.

Roque Carpio se había acercado y oía aquella conversación. ¿Así, pues, el hombre que lo traicionó estaba pobre, y su nieto lo alimentaba? Por lo visto, la traición no lo había enriquecido. Había quedado solo, el único de su raza, a más de aquel niño, y miserable como un pordiosero. ¡Dios había descargado la mano sobre él!

El odio que llenanaba su pecho como un humo asfixiante, pareció disiparse, y Roque Carpio respiró con fruición el aire provinciano de sus montañas.



¡VAMOS A CASA!, MI ABUELITO SE ALEGRARÁ DE CONOCERLO.

El muchacho de los ojos azules lo miraba, y como él sonriera levemente, le dijo:

— ¡Vamos a casa! ¡Mi abuelito se alegrará de conocerlo!

Aquella dulce voz infantil lo arrancó de sus malos pensamientos. Con su mano velluda y fuerte, acarició las mejillas del muchacho, y su sonrisa fué más franca.

— ¡No puedo! ¡Voy de camino, y ya es tarde!

— ¿Va lejos?

— Sí.

— ¿Muy lejos? ¿Hasta dónde va?

— Voy hasta más allá de esa sierra, donde el cielo se junta con la pampa...

— ¿Y no volverá nunca más por aquí?

— No, nunca...

— Pero, ¿quién es usted?...

— Yo soy... un serrano como vos...

El otro muchacho, entretanto, había ido a traer el winchester y las alforjas de Carpio. Abriéronse las alforjas y el ex presidiario repartió sus víveres con ellos.

— ¡Adiós! — les dijo.

El nieto de Bracamonte se apoderó de sus manos y se las besó otra vez; y Roque Carpio, enternecido, se agachó sobre él y besó aquella frente sin malicia.

Echó el winchester al hombro y empezó a remontar la sierra, sin mirar hacia atrás.

Hugo Wast

La muerte del amor

Si ella estaba triste, más lo estaba yo pensando que habíamos sepultado para siempre nuestro amor, sin esperanzas de verlo resurgir algún día; pensando que nuestros labios no se unirían jamás. Y arrastrado por la ceguera de mi egoísmo, parecíame que debía agradecerme aquella tristeza mía, que debía consolarse al advertirla, pues era como un reflejo del amor ya lejano.

Hubo un tiempo en que los dos soñábamos, no era el amor sino la pasión hasta la muerte, *usquet ad morten*. Ambos creíamos en nuestro sueño, y más de una vez, embriagados, proferimos las dos grandes palabras: ¡Siempre! ¡Nunca! Habíamos creído en la inteligencia de nuestra carne, en aquella afinidad rarísima y misteriosa que liga a las criaturas humanas con el tremendo lazo del deseo insaciable; lo creímos porque la agudeza de nuestras sensaciones no disminuyó cuando el obscuro genio de la especie hubo realizado, por nosotros dos, su único intento.



—¡Salvados, María! Hay un barco a la vista.
—¡Bueno, permíteme un momento! No dejes que me vean todavía...

La ilusión había desaparecido, la llama estaba extinguida. Mi alma, lo juro, lloró sinceramente sobre las ruinas. Pero, ¿cómo oponerse a un fenómeno necesario?

¿Cómo evitar lo inevitable?

En medio de todo era una gran ventura que, muerto el amor por la necesidad fatal de los fenómenos y sin culpa por parte nuestra, pudiéramos todavía vivir en una misma casa ligados por un mismo sentimiento, quizás menos profundo que el antiguo, pero ciertamente más elevado y más noble.

Gran dicha era que una nueva ilusión pudiera suceder a la antigua y establecer en nuestras almas un cambio de afectos puros, de conmociones delicadas, de exquisitas tristezas.

Gabriel D'Annunzio.

Un buen consejo

Por qué gritáis tanto al hablar? ¿No comprendéis que así os estropeáis la voz? ¿No os dais cuenta de que le restáis toda su musicalidad?

¿No sabéis que con vuestros gritos destemplados todos os cierran los oídos al igual que las puertas?

Y luego, el solo hecho de gritar para hablar, denota mal gusto. A nadie le gusta que le traten como si fuera un sordo o un tonto. Todos nos suponemos que, cuando levantáis demasiado la voz, os figuráis que no comprendemos vuestras sencillas palabras; nada de extraño tiene que nos neguemos a oíros cada vez que incurráis en esa fea costumbre.

Desde un principio os hemos entendido perfectamente; lo que sí es posible que no hayamos estado de acuerdo con vosotros: entonces volvéis a repetir lo que habíais dicho antes, pero gritando, y nuestros oídos y nuestras inteligencias quedan cerrados para vosotros, dando por terminada la charla. Si hubieseis hablado con corrección y nos dieseis más detalles tratando de ilustrarnos acerca del verdadero significado de vuestros conceptos, por lo menos os hubiésemos escuchado; pero lo hicisteis gritando tanto que realmente no nos fué posible entenderos.



—¡Pero nuestro bote no ha sido aún bautizado!
—Bueno, lo llamaremos "Gracias a Dios" si logramos volver a tierra...

Por regla general, todo ruido es señal de esterilidad e indeficiencia. Las grandes máquinas se mueven con facilidad y sus ruidos son de tono suave, como un rumor. Y cuando cualquier máquina produce al moverse un "clic-clac" irregular y crujiente, es indicio seguro de que ha sido puesta en movimiento de modo equivocado y sin haber consultado antes al maquinista. Las cosas que en verdad valen, no hacen nunca ruido.

Lo lógico es que, al hablar, tratéis de persuadir de algo a vuestro interlocutor. Sería absurdo suponer que lo hacéis por mero ejercicio. ¿No se os ocurre pensar que a la gente no se convence a golpes? ¿O es que sólo os proponéis que se os haga resistencia? Tened en cuenta que todo ser humano retrocede ante una tempestad de palabras que hiera sus oídos dolorosamente y, por el contrario, se acerca más al orador cuanto más suave sea el musical rumor de las frases que a él llegan.

Ensayadlo la próxima vez que queráis persuadir a alguien de vuestro modo de pensar. A mayor resistencia, mayor suavidad de tono y de concepto. Los gritos destemplados son siempre de mal tono, pero donde ya no son tolerables es cuando se habla en lugares públicos.



— Triunfó la anarquía.
Los hombres del día
son hombres sin fe.
Ninguno respeta mi origen preclaro.
Me trata el casero
de un modo grosero.
¡Ni el sastre me fía!
De veras que es raro.
¿Por qué?
No lo sé.

Mi abuelo era ilustre.
Tenía un castillo,
castillo lacustre,
con muchas almenas,
con fuerte rastrillo,
con varias docenas
de arqueros que daban un miedo feroz.
¡Y a mí no me entrega, si voy sin la plata,
el vil comerciante Prudencio Batata
ni un kilo de arroz!

Yo soy muy amigo
del duque del Congo
que tuvo un abrigo
de piel de morrongo,
color de merengue
y fué, según dicen, famoso blandengue
en Berna y Orán.
¿Por qué es, cielo santo, mi vida un desastre?
No soy un pillastre.
No soy un truhán.

Yo soy primo hermano
del grande, del noble
marqués del Redoble,
señor de Secano,
al cual adoraban las tribus del sud.
¿Por qué, por mezquina
cuestión de intereses,
se busca mi ruina?
¿Por qué han de tratarme los rudos burgueses
con tal acritud?

Yo soy el compinche
del joven y afable
barón del Berrinche,
que ha sido banquero y ha sido fakir.
Y trato al amable
vizconde del Chucho.
Y al conde del Ferno
no trato hace meses ni poco ni mucho.
Si nadie lo ignora, ¿por qué, Dios eterno,
me quieren hundir?

Tener relaciones como éstas: barones,
condesas,
duquesas,
vizcondes, ¡la mar!
Y andar afligido, pasar sofocones,
detrás de unos pesos correr como un gamo
que, triste y sin bríos, apenas respira...
¡Y yo que me llamo
(parece mentira)
Felipe Donoso Cansino del Bar!





DISCOS DOBLES NACIONAL

SON LA EXPRESION MAS GENUINA DEL CANTO Y LA MUSICA CRIOLLOS

GRAN PREMIO EN LA "EXPOSICION DE LA INDUSTRIA ARGENTINA"



MI PIERROT
SHIMMY DE
B. GERMINO
DISCO Nº 4083



LAS NOVEDADES DE LA SEMANA

Disco Doble "NACIONAL" de 25 cm. a $ 3.25

Dúo GARDEL - RAZZANO
Con acomp. de 4 guitarras RICARDO-BARBIERI

18132 { **Caricias.** Tango. Solo Gardel. Caruso-M. I. G.
Salve, patria. Estilo. Solo Gardel. Cárdenas-Barbieri.

Discos Dobles "NACIONAL" de 25 cm. a $ 3.00

ROBERTO FIRPO. — Orquesta Típica y Jazz-Band.

6357 { **Chanteclair** (Cantaclaro). Orq. Típica. Julio de Caro.
El rincón. Tango. Típica. A. Millán.

6360 { **Rosas de España.** Pasodoble. Jazz-Band. Juan Rodríguez.
Ni una palabra más. Tango. Típica. Juan Rodríguez.

FRANCISCO CANARO. — Orquesta Típica y Jazz-Band

4078 { **Macachin, flor de los llanos.** Tango. Típica. F. Aranaz.
Si vous saviez comm'je fais ça (Si Vd. supiera como hago eso). Fox-Trot. Jazz-Band. J. Szule.

4083 { **La Porota.** Tango. Típica. B. Germino.
Mipierrot. Shimmy. Jazz-Band. B. Germino.

JUAN MAGLIO. — Orquesta Típica PACHO

7443 { **Viejita.** Tango. Víctor Fiorentino.
Garabito. Tango. E. Maciel.

ELEUTERIO YRIBARREN. — American Jazz-Band

8065 { **Ce soir** (Esta noche). Vals Hawaya. R. Mercier.
Si le public. One-Step. R. Moretti.

Disco Doble "NACIONAL" de 25 cm. a $ 3.25

AZUCENA MAIZANI
Con acomp. de Orquesta FRANCISCO CANARO

11016 { **Silbando...** Tango canción. Cátulo Castillo-Sebastián Piana.
Acuarelita de arrabal. Tango. Castillo-González Castillo.

Discos Dobles "NACIONAL" de 25 cm. a $ 3.00

MARIO A PARDO. — Con acomp. de guitarra

6591 { **Virgencita.** Tango. Lozano-Moreno.
Todo florece. Zamba. Bastardi-Maffia.

DUO RUIZ-ACUÑA
Con acomp. de 3 guitarras I. GOMEZ

10298 { **Las dos mariposas.** Zamba. Dúo. A. Pelaia.
Luna gaucha. Tonada. Supparo-Olmos.

LOS ULTIMOS GRANDES EXITOS
Editados exclusivamente por los
Discos Dobles "NACIONAL"

Mano Mora. Tango. Por el dúo Gardel-Razzano. (Solo por Gardel). Disco N.º 18130.

Organito de la tarde. Tango. Por el dúo **Gardel-Razzano.** (Solo Gardel). Disco N.º 18128.

Mi querido Agustín. Fox-Trot. Por **Orquesta Firpo.** Disco N.º 6359.

Marinero. Tango. Por **Orquesta Firpo.** Disco N.º 6361

Hasta la vuelta. Tango. Por **Orquesta Canaro.** Disco N.º 4079.

Destellos. Tango. Por **Orquesta Canaro.** Disco N.º 4089.

Hay que aprender a bailar. Fox-Trot. Por **Orquesta Lomuto.** Disco N.º 7618.

Virgencita del Talar. Tango. Por **Ignacio Corsini.** Disco N.º 18433.

NOTA. — Los discos Dobles "NACIONAL" están en venta en todas las casas del ramo en la República, y en la Casa Max Glücksmann y sucursales.



Púa "CONDOR" (Marca Reg.)

ES LA MEJOR Y LA MAS POPULAR
Exija la palabra "Cóndor" en cada púa. Caja de 200 $ **1**

MAX GLÜCKSMANN



BUENOS AIRES
CALLAO y B. MITRE
FLORIDA y LAVALLE



ROSARIO
CORDOBA 1048/52
MONTEVIDEO
18 DE JULIO 966



Cómo vuelve a extenderse la lepra

En los tiempos bíblicos, los faraones expulsaban de Egipto a los hebreos propagadores de la lepra.

En la Edad Media, medidas rigurosas de internado y de aislamiento extinguían por unos cuantos siglos los focos leprosos. Recientemente, en Noruega, medidas análogas, paliadas por el espíritu moderno, conducían al mismo resultado: es decir, la casi desaparición de la enfermedad de marras. Igualmente, en los Estados Unidos los leprosos están confinados en el aislamiento de una isla.



— Me persigue un chico muy simpático. Pero no creo que sea hombre de mucho vuelo, aunque usa cuellos "palomita"...

En la Francia actual, por el contrario, los leprosos gozan en la metrópoli de entera libertad, y libres o secuestrados en las colonias, según sean poderosos o miserables.

En la Guayana y en la Nueva Caledonia, la lepra abunda. Muchos de los presidiarios la adquieren allí. Suponiendo que el forzado liberto y atacado de dicha enfermedad pueda pagarse el viaje de regreso a la metrópoli, ¿se le autorizará el acceso a su país natal?

Sería imposible negarle dicha autorización sin incurrir en una arbitrariedad, toda vez que ninguna ley existe que pueda justificar un veto semejante.

Evidentemente, desde el punto de vista de la salud pública, los leprosos son en absoluto *indeseables,* como ahora se dice. No es menos cierto, sin embargo, que la situación no está del todo clara, y que no hay derecho a retener en la Guayana o en la Nueva Caledonia a condenados que han saldado su deuda, y se hallan, por consiguiente, en regla con la sociedad.

Además, si estos condenados hubieran expiado sus culpas en la metrópoli, hubieran dejado de contraer tan triste enfermedad.

En Francia, los leprosos se pasean libremente y siembran a su alrededor la enfermedad, sin que ley alguna, hasta ahora al menos, pueda serles aplicada.

La arterioesclerosis

La arterioesclerosis, mal de insenescencia. — Los depósitos lipoides. — La acción del sistema nervioso

La arterioesclerosis, si no es un mal de senilidad confirmado, es un mal de insenescencia, a lo menos, pues, en efecto, se manifiesta al momento de pasar los cincuenta años, escogiendo como víctima, más particularmente, al artrítico, cuyos vasos tienen tendencia a envejecer prematuramente y cuya irrigación sanguínea comienza a volverse defectuosa. No hago otra cosa que anotar aquí los principales síntomas observados: opresión más o menos marcada, disnea de esfuerzo, cabeza habitualmente pesada, dolores de costado, calambres, hormigueos en los miembros, algunas veces ligera angustia precordial, con resonancia clamorosa del segundo ruido hacia la derecha, agitación nocturna con polakiuria, somnolencia diurna, pulso duro, estados congestivos variados, epistaxis, imposibilidad sin fatiga de ejercer una atención sostenida y de ejecutar un trabajo anhelante, pérdida de la memoria y del intelecto, vértigos, zumbidos de oído, ráfagas luminosas en los ojos. Algunos autores notan igualmente una notable intolerancia para el alcohol.

Lemoine, de Lille, insistiendo sobre la abundancia de la colesterina encontrada en las arterias esclerosadas, piensa que este depósito lipoide es la espoleta de la sedimentación que se efectúa por un llamado de los compuestos calcáreos, normalmente mantenidos en disolución en la sangre. Es cierto que la alteración vascular no podría explicarse más que por la acción continua, sobre las túnicas de los vasos, de una sangre adulterada. Pero el ácido úrico debe contribuir a la realización de esta alteración, en muy gran parte, y sobre este respecto pienso que el aforismo de Huchard tiene valor en clínica: "La gota es a las arterias, lo que el reumatismo es al corazón."

Hemos visto un anatómico inglés, que después de la disección de un gran número de momias egipcias archimilenarias, ha demostrado que la arterioesclerosis era tan extendida en los tiempos pasados como lo es ahora. Lo único moderno es el estudio de la enfermedad. Por otra parte, las autopsias de centenares de musulmanes totalmente abstinentes de carne y alcohol nos prueban que las teorías banalmente invocadas para explicar la arterioesclerosis están muy lejos de ser verídicas. Notemos que ciertos herbívoros exclusivamente, como el conejo, son muy propensos a esta enfermedad.

A mi modo de pensar, el sistema nervioso juega un papel capital en la evolución de la arterioesclerosis; esta opinión desde el punto de vista anatomo-patológico, parecerá verdadera a todo observador imparcial. Es evidente que los excesos en la edad madura, las preocupaciones constantes del jefe de familia, el cansancio latente, las fatigas emocionales de la cólera, del juego, de la política, las tristezas, las pérdidas de dinero o las ambiciones no satisfechas, los cambios de situación inherentes a nuestras sociedades contemporáneas, excitan de una manera permanente la sensibilidad cardi-arterial haciendo oscilar la presión y el ritmo vasculares, determinando poco a poco las localizaciones esclerosas, sobretodo cuando el terreno está preparado por el artritismo. Por estas razones de etiología se tiende a confundir la arterioesclerosis con la neurastenia sobrevenida a los cincuenta años o con esa decadencia neuro-circulatoria. Temamos como a la peste esos diagnósticos optimistas y formemos nuestro juicio después de atentos exámenes. Es más racional que la arterioesclerosis sea precedida de una fase de hipertensión preesclerosa, fuera de que se trate mejor de un período de uricenia.



TIPOS PROVINCIANOS
EL BIBLIOTECARIO

Desde la punta de la nariz hasta el papel hay cuando más cuatro traveses de dedos, y en los suyos se alarga la lapicera más allá de la oreja, moviéndose en lentas oscilaciones. El delgado cuerpo doblado en gancho se asienta en el borde de su silla, y más abajo las puntas de los botines parecen consultarse sobre una grave cuestión, mientras los tacones separados entre sí y del enladrillado piso, están como dispuestos a aplastar cualquier alimaña de las tantas que habitan subrepticiamente la biblioteca del pueblo.

Una luz amortiguada y perezosa apenas se descuelga de una acristalada claraboya, estirándose sobre los estantes de libros, en cuyos dorsos reluce una que otra inscripción dorada, y pone una mancha lívida en la semi encalvecida y ovóidea cabeza de Patricio León.

Luego, a causa de que esa luz no le basta, Patricio enciende la lamparilla eléctrica y continúa su concienzuda tarea.

Felizmente, los lectores que, aunque escasos, siempre van a importunarle con sus solicitudes y conversaciones insípidas, están ausentes ahora y León puede dedicarse con tranquilidad a la confección de su libro.

A ratos levanta el rostro y murmura algunas palabras:

— Hay que estereotipar en los cerebros selváticos las ideas regenerativas... Hay que desbastar los espíritus retrógrados que conculcan con su estulticia ásnica las concepciones creatrices del talento...

Y de nuevo se dobla sobre su papel haciéndolo chillar bajo la lapicera.

Una rata asoma sus picarescos ojillos entre dos gruesos infolios que seguramente son su actual casa de comida, y atusándose los bigotes pasea la mirada por la desierta sala.

— Despiadada debe ser la brega, — continúa Patricio. — No debe tenerse en consideración a los criticastros que, como los ratones, roen en los libros pero no son capaces de escribirlos...

La rata lo mira con curiosidad y regresa a su comedor, retrocediendo.

En los diez años que lleva en su empleo, Patricio se ha puesto en condiciones de colocar una obra propia en las abigarradas estanterías de la biblioteca. Diez años son suficientes para un cerebro como el suyo. No en vano los cabellos han ido cayéndosele y la vista perdido su primitiva fuerza, hasta verse en la necesidad de usar unos anteojos con cadenilla de oro. El libro que se le caerá de entre las manos, como dijera su tocayo Fray Luis, será como una bolsa de oxígeno en el ambiente rarefacto del pueblo, y Patricio León, a quien hasta los pilluelos de la calle le señalan con el dedo y las gentes de criterio le aprecian como se merece un hombre con ideas en la cabeza, se desengancha, es decir se endereza y en sus pupilas disminuídas por los anteojos tiene una expresión de triunfo.

Acaba de poner la última palabra de la obra: Fin, y a continuación, su firma. Al llegar a la postrera circunvolución de la rúbrica, alguien entra ruidosamente y ese alguien que es nada menos que don Bartolomé, el director de

la casa, saluda y se sienta del otro lado del escritorio, apoyándose en él y tecleándolo como si fuera un clave.

— ¿Cómo va esa obra, amigo?

— Ya no va.

— ¿La interrumpió?

— Sí... al final. La acabé.

— ¿Se acabó?

— Es decir, sólo falta enviarla á las cajas.

— ¿No le basta con una?

— ¿Por qué?

— Decía no más... por lo de los ataúdes.

— Siempre irónico, don Bartolomé. Lo invito a tomar una copita.

— ¡Ah, eso es hablar en plata! Vamos.

Guardados los originales y hechos otros menesteres, Patricio y don Bartolomé abandonan la biblioteca, donde la rata de los infolios y sus numerosas congéneres comienzan a pasearse a sus anchas bajo la protectora sombra de las estanterías.

II

Han transcurrido seis meses, vale decir, el tiempo indispensable para la impresión, encuadernación y exposición de «¡Claridad, más claridad!», obra de aliento por el escritor local don Patricio León, editada por Grandi Hnos., unos gringos sinvergüenzas a juicio del bibliotecario.

Los diarios del pueblo, como pasquines que son — lo ha manifestado siempre Patricio, — se han expedido de la misma manera compasiva y desdeñosa. Pero como ya lo dijo el autor en su obra, «no debe tomarse en consideración al criticastro»... etc., y su cuerpo delgado ha paseado con porte altivo y digno su sempiterno jaquet por entre las estultas muchedumbres, que sólo saben comprender el talento cuando su poseedor ha bajado a la huesa y remontado el vuelo hacia la inmortalidad.

Con mirada furtiva ha venido fijándose en los escaparates de las librerías donde se colocan las muestras de «¡Claridad, más claridad!» para cerciorarse si se vende o no se vende, y ahora con la mano en la mandíbula no quiere convencerse de que la obra sigue intacta y, lo que es peor, ileída, salvo por uno que otro redáctor de pasquines y algún pariente o amigo que no pudo eludir la tarea.

Pero donde quiere probar si, en efecto, su obra sirve o no, es en su misma biblioteca.

Aunque hace tres días, en un sitio de honor, uno de los ejemplares ostenta su clarífico título, ningún lector tuvo la ocurrencia de pedírselo. Mas la gloria verdadera es tardía y con paciencia se gana el cielo.

Desde su escritorio observa a los que entran, con un gesto que bien puede ser de orgullo o de súplica, y con el alma en un hilo espera el ansiado pedido.

Como nunca, la sala va llenándose de concurrentes, y a la hora de haber sido abierta sólo queda una silla desocupada. Los lectores no se ocupan más que de leer y no se dan cuenta de las angustias del insipiente *(sic)* escritor.

Por fin entra un personaje de aspecto un tanto ridículo, pero que Patricio con su golpe de vista considera digno de respeto. Es calvo, grueso, tiene patillas abultadas y cenicientas, saco abundante y pantalones rizosos.

— ¿Deseaba el señor?

— Quiero leer.

— Ah... muy bien. ¿El título de la obra, señor?

El calvo lo mira fijamente con unos ojos bolsudos y balbuce:

— Para decir verdad... yo quiero cualquier libro... Vea... deme una obra de aliento.

— ¿Una obra de aliento? Casualmente tengo una que acaba de aparecer.

El bibliotecario se dirige prestamente al sitio de honor, saca su propio libro y sonriendo lo pone en las manos del nuevo lector.

Cuando éste se arrellana en la silla hundiendo la cabeza entre los hombros, Patricio lo mira anheloso.

— Es un sabio... no hay duda — se dice. — Esa frente... esos ojos, esa indumentaria negligente. Es un sabio. Ya le pediré su opinión.

Transcurren dos horas.

Todos los que leían se han ido unos tras otros excepto el que llegó al último.

No ha cambiado de postura desde que se sentara, y León se hubiera aburrido de verle las anchas espaldas, el cuello carnoso y la calva brillante, si no tuviera la satisfacción de que un sabio como ese se estremecía por las *definitivas* y *audaces concepciones* que había estampado en «¡Claridad, más claridad!» Otras dos horas pasan.

El bibliotecario, que en estos momentos se cree algo más, no quiere interrumpir a su hombre diciéndole que la biblioteca ha de cerrarse, pero se ve obligado a ello por los rigores del horario y se le aproxima de puntillas.

— ¿Señor? — susurra tocándole con un dedo en el hombro. Como no obtiene respuesta le da una palmadita.

— ¡Uf! — hace el sabio dando un respingo.

Patricio cree que el techo se le viene abajo. El hombre no había abierto siquiera su libro y desde hacía cuatro horas dormía el sueño más profundo en que puede caer un atorrante después de andar un día entero vagando por las calles.

El autor siente que la rabia le inunda en toda la longitud de su cuerpo. Aquello es inicuo, odioso. Venir a dormirse a la biblioteca... y con su obra en las manos... No, eso no puede pasar sin un correctivo ejemplar. Le arrebata el libro y tomando al durmiente por los hombros a empellones y con una que otra patada lo coloca en la acera, lleno de una energía que nunca sospechara en su menguada contextura.

II

Una semana más tarde, don Bartolomé llegaba a la biblioteca por tener deseos de conversar con Patricio.

— ¿Qué tal, León? ¿Siempre haciendo honor a su apellido?

— Así... así...

— ¿Y la obra?

— No me hable de eso.

— Ya le decía que aquí... en este ambiente no vale la pena trabajar con la cabeza. Pero no se decepcione. Escriba otra. Tanto va el cántaro al agua...

— Es lo que estoy haciendo.

— Vamos, no bromee.

— Sí... empecé la segunda.

En efecto, el poco afortunado bibliotecario, después de rogar a don Bartolomé que lo deje tranquilo y cuando éste se va, otra vez como al principio se inclina sobre su papel haciéndolo chillar bajo la lapicera.

La rata sale de sus infolios y camina despacio. Llega hasta el sitio de honor, se queda un rato sobre «¡Claridad, más claridad!» y torciendo el hocico desdeñosa, sigue adelante. La distancia que hay desde la cara de Patricio León hasta el papel es siempre de cuatro traveses de dedos, pero el hombre, aunque está convencido de que hay algo en su ovóidea cabeza, para continuar la tarea tendrá que comprarse unos anteojos más gruesos.

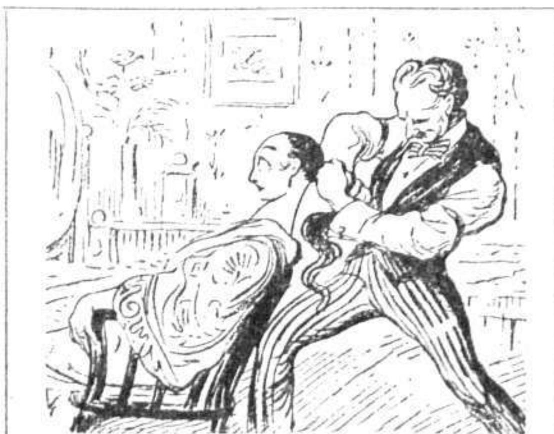
GREGORIO GUZMAN SAAVEDRA

DIBUJO DE R. ESCALADA

El petróleo mejicano

En el siglo XIX Méjico no producía petróleo para el mercado mundial; en 1901 su producción alcanzó 10000 barriles de 160 litros, y en años posteriores ha seguido aumentando prodigiosamente su producción, hasta el extremo de producir unos 200 millones de barriles en 1921. Esta producción se ha obtenido en la pequeña región al presente explotada, que se encuentra en la parte norte del estado de Veracruz, y que tiene apenas una extensión de 25.162 hectáreas. Para tener una idea del desarrollo que puede alcanzar esta industria en Méjico, basta tener en cuenta que la superficie total del terreno petrolífero alcanza una superficie de 60.750.000 hectáreas. Actualmente, con la pequeña parte explotada, ha logrado Méjico, por sí solo, una cantidad de petróleo superior a la que producen todos los países del globo unidos, exceptuando los Estados Unidos de Norte América.

La mayor parte de este petróleo es exportado por medio de una red de oleoductos que alcanza un desarrollo de 5.736 km. y con una capacidad de conducción al punto de embarque de cerca de doce millones de barriles diarios. Casi todos estos oleoductos llevan el petróleo a las grandes instalaciones terminales de embarque establecidas en las márgenes del río Pánuco. Otra gran red concluye en las costas de Tuxpán en el golfo de Méjico, a lo largo del cual se encuentran establecidas siete grandes terminales de las que el petróleo es enviado a los barcos por tuberías submarinas. La capacidad actual de las grandes terminales de embarque establecidas en Tampico y en Tuxpán es tal, que por ellas pueden cargarse diariamente 38 barcos petroleros de 10.000 toneladas.



—Cuando usted no pueda cerrar los ojos, entonces estará bien peinada...

Con el crecimiento de la producción ha habido necesidad de desarrollar en gran escala las instalaciones para el almacenamiento del petróleo. En la actualidad se cuenta con una capacidad total de almacenamiento de 78.366.262 barriles, capacidad que en su mayoría está constituída por grandes tanques de acero de 55.000 y 66.000 barriles.

Para la refinación del petróleo existen actualmente 17 establecimientos, con una capacidad de refinación de 568.000 barriles diarios.

El Secreto de la Hermosura Perpetua

Por Hélene Du Bléry

Cutis nuevo, en una noche. La cara rejuvenecida durante el sueño.

Es cosa que parece increíble, pero que no es nada más que la pura verdad. ¿Sabía usted que la epidermis de su cara va muriendo paulatinamente y de un modo continuo, para ser constantemente renovada por células nuevas? Precisamente son las muertas escamas cutáneas las que dan al semblante ese amarillento y feo aspecto que el polvo puede ocultar sólo momentáneamente. Así que resulta evidente que, si su cutis se halla en constante estado de desarrollo, de cambio y de renovación, usted está en condiciones de ayudar a la Naturaleza contribuyendo al desarrollo de ese continuo proceso de rejuvenecimiento.

Elimine el gastado cutis exterior que ya ha desempeñado su papel, haciéndose para ello aplicaciones de cera mercolizada. Esta fragante substancia constituye un maravilloso descubrimiento, pues ella disuelve y elimina por completo el velo mortecino formado por la cutícula vieja, revelando así la aterciopelada y brillante tez que se halla debajo. Todas las imperfecciones y erupciones que se producen en la cara, provienen del hecho de haberse permitido la acumulación de las partes muertas de la epidermis. La cera mercolizada posee maravillosas propiedades de absorción que tienen la virtud de realizar el rejuvenecimiento del cutis mientras uno se halla durmiendo.

Pida, en su farmacia, cera mercolizada, y, después de lavada su cara con agua tibia, aplíquese un poco de dicha cera mercolizada como si fuera cold-cream, y no la retire hasta la mañana siguiente. Si hace usted ésto todas las noches, dentro de diez días, más o menos, usted quedará asombrada por los resultados.

Supresión del bozo en la mujer.

Para las damas que ven su belleza desfigurada por este molesto crecimiento de vello, constituirá una gran noticia saber cómo se extirpa de un modo permanente ese vello. Para este propósito debe usarse el porlac puro pulverizado, de cuya substancia casi todos los boticarios pueden venderle a usted una onza. El tratamiento se recomienda, no sólo para la desaparición instantánea del vello que os desfigure, sino para matar por completo las raíces, sin que por esto sufra la belleza de vuestra piel.

Mejillas rosadas.

Para que sus mejillas aparezcan naturalmente sonrosadas, no use nunca rouge, carmín, ni otras pinturas, sino exclusivamente rubinol en polvo, que puede obtener en cualquier farmacia o perfumería. El rubinol no tiene efecto nocivo alguno sobre el cutis; da a las mejillas un tinte rosado tal, que nadie puede percibir que no es natural. Las mujeres de mejillas descoloridas notarán la enorme y beneficiosa diferencia que produce en sus rostros un poco de rubinol.

Tanto en pleno sol como bajo la luz artificial, el rosado que produce el rubinol es de efectos encantadores.

Acerca de shampoos.

Hay un sinnúmero, que pueden ser calificados como buenos, innocuos o malos. Es imposible que una marca de shampoo pueda resultar apropiada para cada diferente especie de cabello. En algunos casos, saca demasiado del aceite natural; en otros, insuficiente. Las personas de cabello claro necesitan un shampoo más suave que las de cabello obscuro. Lo lógico, pues, es que uno mismo prepare su propio shampoo, graduando su fuerza de acuerdo con las necesidades de su cabello. Como una planta en tierra fértil y bien cuidada, el cabello crecerá abundante y hermoso si se le cuida apropiadamente; pero si abúsase de él, como hacen muchas mujeres que lo lavan con fuertes soluciones alcalinas, se obtendrán los mismos efectos que si se echa un veneno para yuyos sobre una planta delicada. Antes de concluir, debo manifestar que mi farmacéutico me recomendó el empleo de stallax sencillo, en lugar de los shampoos en polvo, ya preparados: y debo hacer constar que esta substancia resulta ideal para el fin indicado. Hace que el cabello se vuelva suave y ondulado.

¡Viva la juventud!...

LA juventud es la vida llena de savia; también es el genio en flor. La juventud reside en la gracia que tiene un ser cualquiera. Todo el mundo la quiere, todo el mundo la perdona, todo el mundo sonríe ante ella. ¿Mas por qué todo el mundo la quiere? ¿Por qué todo ante ella sonríe? Porque la juventud es una gracia; porque es una esperanza o, mejor dicho, una promesa. Si la juventud permanece eternamente siendo una gracia, jamás será fuerte; si permanece eternamente como una esperanza, jamás se convertirá en realidad; si permanece eternamente como una promesa, jamás fructificará. Es necesario que la misma naturaleza, aun la más fecunda, cumpla algún día lo que ha prometido. Sin duda es muy bello ser joven, no tener más que alegres sueños de la mañana en el corazón, deslumbramientos del despertar en los ojos, carcajadas o tiernas sonrisas en los labios; es muy bello, como en el genio encantador de la mañana que representa el cuadro de "La Aurora", lanzarse sin tocar la tierra delante del carro del día, con la antorcha del amor en una mano y el ramo de rosas en la otra, con las cuales cubre para no ver las tumbas, el sendero de la vida. Pero si es bello florecer, si es bello madurar, es más bello transformar la débil adolescencia en fuerte virilidad: es más bello descubrir horizontes más tristes, más verdaderos, sin palidecer y sin volverse atrás a medida que se avanza en el camino; es más bello ver retroceder y sin llorar las rosas de la aurora que palidecen y se secan a los fuegos y sudor del medidia; es más bello avanzar siempre con brío, tiñendo con sangre de los pies las rudas asperezas del camino. Si es bello ser niño, es bello ser hombre, hijo, esposo, padre consagrado asiduamente a los deberes penosos de la existencia, artista serio, ciudadano útil, filósofo pensativo, soldado de la patria, mártir de la razón, desenvolviéndose por la reflexión y por el tiempo. Cuando los antiguos, nuestros maestros de todo, porque ellos han marchado los primeros, quisieron expresar en una sola figura la suprema belleza física del hombre, no esculpieron un niño, esculpieron a Apolo, el dios de la belleza, a los treinta años; esculpieron a Hércules, el dios de la fuerza a los cuarenta. Y cuando quisieron expresar en una sola figura la belleza intelectual y moral, esculpieron la figura de un viejo, el viejo Homero, de rostro casi cadavérico, en el cual la ceguera misma, enfermedad de los sentidos, añade belleza a la belleza moral e intelectual, reconcentrada en el espíritu de la vejez; porque si es bello ser niño, es más bello ser joven, y es quizás todavía más bello envejecer con los frutos amargos, pero sanos de la vida, en el espíritu, en el corazón y en la mano.

A. DE LAMARTINE.


La madre: — ¡Ya te he dicho muchas veces que no vengas con tus amigas a casa!

QUEJA INTERIOR

Posa tus manos blancas sobre mi frente triste,
Esposa bien amada, mujer mil veces santa,
Y apártame la sombra de que mi alma se viste
Con la ternura inmensa que en tus pupilas canta.

Tranquilo ha sido siempre el gesto de tu mano
Para enjugar mis lágrimas, para atenuar mi pena.
Tu voz sigue vibrando como un eco lejano
En mi vida, a que un sino de dolor la condena.

Asilo invulnerable para amparar mi duelo
Es tu pecho amoroso y tu firme cariño.
En tu mirada suave hay reflejos de cielo;
Entre tus bellos brazos, terciopelo y armiño.

Confidente serena, piadosa de mis horas,
Compartes mi existencia con amor abnegado,
Porque también tú sufres, porque también tú lloras,
Altiva, ante las iras impávidas del Hado.

Soporta, esposa mía, con fe tu sacrificio,
Juntando a mi tristeza tu mística arrogancia;
Desvía con tus manos mi áspero cilicio
Y esparce en mi camino consuelos y fragancia.

Ningún poder humano podrá destruir el lazo
Que ligó nuestra vida y encadenó la suerte.
Estaremos unidos en un estrecho abrazo
Más allá de la Vida, más allá de la Muerte.



Eugenio Díaz Romero

DIBUJO DE PARPAGNOLI.

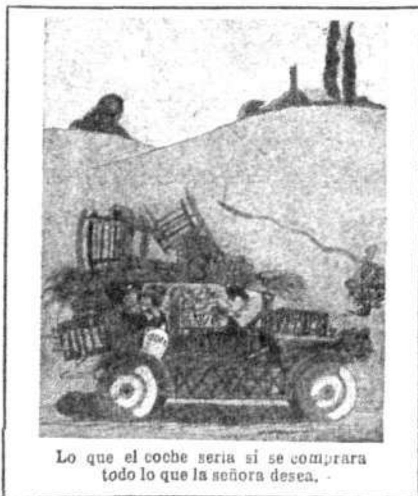
La buena esposa

La buena esposa hay que buscarla con la linterna del amor desinteresado, porque no es amiga de exhibirse en esas ferias de muestras femeninas que la moda instala hoy día en teatros, conciertos, tómbolas, paseos, excursiones, tertulias, o es esclava de la moda, o por lo general no es rica.

Pero en cambio ¡cuán rico tesoro halla quien la encuentra! ¡qué corazón tan puro, tan animoso, y al propio tiempo tan femenino! Al verla os parecen maniquíes de obrador las jóvenes que exhiben su artificiosa belleza de gabinete en los círculos sociales. Si obtenéis el amor de aquella mujer que sin hipócritas afeites ostenta por única gala su castísima denudez espiritual, habréis convertido los millares en millones.

No os pedirá palacios, ni joyas, ni automóviles. Vestirá con modesta elegancia, mantendrá la casa pulcra y nítida como taza de reluciente plata, y cuando volváis del trabajo os recibirá de modo que os parezca entrar en el vestíbulo del cielo.

Mucho más juicioso es el joven que se casa con una analfabeta exquisitamente afectuosa, capaz de llegar en profundo amor al sacrificio, que quien se casa con una joven de brillante cultura, que toqué el arpa, el violín y el piano, que sepa francés e inglés, alemán e italiano, que pinte y esculpa, que monte a caballo y sea campeona de tennis, ornamento de los salones, árbitro de la moda, versada en ciencias, letras y artes, pero que desconozca el valor de un dólar y tenga una piltrafa de carne viscosa en donde la analfabeta tiene su sensitivo corazón.

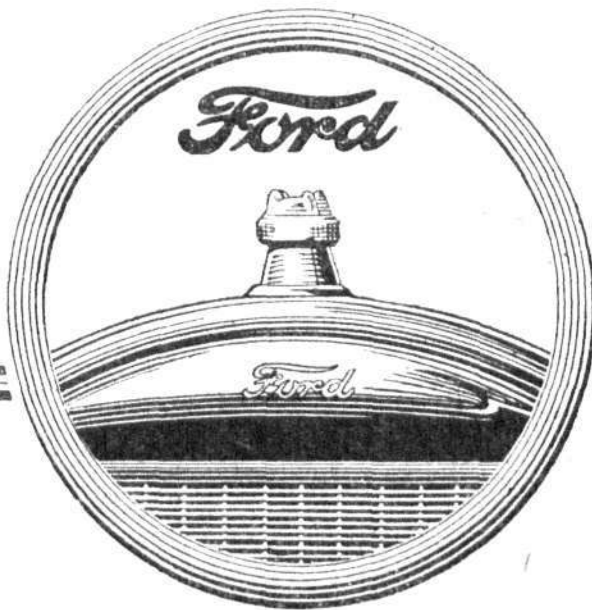


Lo que el coche sería si se comprara todo lo que la señora desea.

No quiere esto decir que sean incompatibles ambas condiciones ni mucho menos que la erudición vaya en inseparable compañía de la bondad, sino que en la alternativa de elección es preferible que en la mujer predomine la afectividad del temperamento con todas aquellas cualidades de simpatía, prudencia, discernimiento y buen sentido que constituyen el fundamento de la dicha doméstica.

Por regla general, las jóvenes que mayormente prometen ser amantes esposas y excelentes madres, pertenecen al no muy numeroso sector de la clase media social, que sin envidiar a la aristocracia ni confundirse con la plebe, se mantienen en aquella "áurea mediocritas" que según Horacio es prenda de tranquila paz.

Nace y se educa buena esposa en el lugar donde se aprende el verdadero significado del amor, y al paso que adquiere la cultura necesaria para alternar decentemente en sociedad, no desdeña el aprendizaje de las más humildes tareas domésticas y comprende las graves responsabilidades del matrimonio y de la maternidad.



¿Por qué los Ford se venden más?

Por su calidad excelente; por el buen resultado que siempre dan; por su mayor valor a precio tan reducido; por la facilidad de su manejo; pero, sobre todo, por el excelente servicio mecánico que la Compañia ofrece a los poseedores de Ford.

En efecto, aún en el más apartado lugar se consigue fácilmente piezas de repuesto Ford y las 340 agencias y 2500 Talleres de Servicio Mecánico Ford, ubicados estratégicamente en la República, aseguran a todos los poseedores el funcionamiento regular del producto adquirido. Esta protección, esta garantia de buen funcionamiento que ofrece el Servicio Ford, debe tenerse muy en cuenta al comprar un auto, un camión o un tractor, porque es muy enojoso encontrarse desamparado, sin auxilio, con un producto que no funciona en el momento que se necesita, por falta de Servicio Mecánico conveniente.

El Servicio Mecánico más Próximo es Ford.

VISITE NUESTRA FÁBRICA

Todos los días a las 10 y a las 15 horas, habrá un guía a su disposición.

W. VILLAFAÑE 40, BS. AIRES.

Sobre el beso en la pantalla

No es un placer para los artistas el "beso cinematográfico". Es una mortificación. El público en general cree lo contrario, seguramente. ¡Y cuántas veces los espectadores que presencian una cinta, al ver a dos artistas, hombre y mujer, unir sus labios con arrobación, con éxtasis, alzando la mirada hacia lo alto o entornando los párpados, no han chasqueado la lengua intencionadamente, creyendo que aquel beso es todo pasión, locura o amor grande!

No. Según las más altas autoridades en la materia, el beso en el cine se ha transformado en arte, ejecutado con todo el artificio que pueden disponer los artistas.

En la vida social el beso es un asunto de discreción; en las películas, un asunto de dirección. Por esto es por lo que debemos compadecer a los galanes que, estrellas, literalmente, tienen que abrirse fama a fuerza de besuqueos.

El público no sabe lo que pasa "entre bastidores". El primer actor envidia al villano que no tietiene papel en el reparto de besos. La vampiresa envidia a la primera actriz, que besa mucho menos que ella, o que la besan.

Muchos actores adquieren repugnancia por el beso, debido a su excesiva y forzada práctica... Un caso de hartazgo pudiéramos llamarle.



El abuelo, la abuela, el padre, la madre y los hermanos mayores, todos a una voz.—A ver, ¡¡apágame esta cerilla!!
La nena. — No. ¡Yo quiero un cigarrillo!!...

Cuando el director ordena el último abrazo, las parejas suspiran de gozo, pues se acerca la hora del descanso. Los espectadores que contemplan la pantalla interpretan este suspiro como de adoración mutua, y las pocas palabras precipitadas que preceden al beso final, como prenda de amor apasionado. No hay tal cosa; tanto el beso como las palabras, en la realidad son balbuceadas exclusivamente para el director que les está gritando que pongan en la representación un poco más de calor, de entusiasmo, de fibra y de emoción.

¡Si la pantalla recogiera el suspiro que lanzan los artistas al terminar la representación!... ¡Este sí que sale del fondo del alma!...

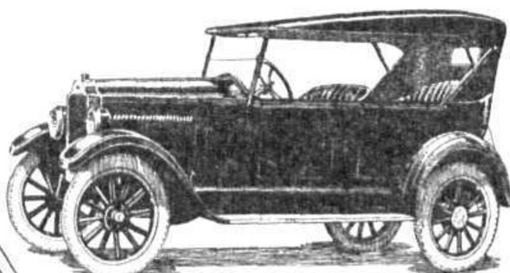
Si el beso en la cinematografía fuera distinto de lo que es, es decir, si tuviera alma, el lector puede imaginarse los escándalos y calumnias que se tejerían alrededor de él.

¡Tal actor, delante de su mujer propia, besando a otra dama, en las mismas narices del esposo de ésta!

Quizás sea ésta la razón por la que los divorcios entre los artistas americanos son más escasos de lo que el público puede suponer.

Aunque parezca extraño, los divorcios son más frecuentes por rivalidades artísticas que por infidelidad amorosa, según dicen los que de cerca siguen estas cosas.





El Aristócrata de los Automóviles livianos

!

Nuevo Precio: $ m/n 2695.- s/w Bs. As.

Es una verdadera maravilla de conjunto; su elegancia, confort, mecanismo y sensible economía en el consumo de nafta, así lo atestiguan.

Su lujosa carrocería, dotada de hermosos y mullidos asientos, tapicería de larga duración y atractivamente pintada, es el ejemplo patente de la abnegación desplegada por sus fabricantes en obsequio del público, consiguiendo con ello ofrecerle un coche de lujo al más bajo costo.

Examine usted el coche "GRAY" de turismo, que reune todas las comodidades y posee la calidad de un coche de precio elevado.

Motor cuatro cilindros (suave y silencioso), tres velocidades, arranque eléctrico, velocímetro, luz en el tablero, cuatro puertas, etc.

Tenemos existencia permanente de repuestos. Hay plazas disponibles para Agentes activos.

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS

OBIGLIO & HIJOS

Bme MITRE 1215

BUENOS AIRES



DE UN EPISTOLARIO DE AMOR



ESDE el fondo de estas montañas, en la soledad de este retiro religioso, no acierto a escribirte de otra cosa que de la mujer que es al mismo tiempo alma, flor y llama abrasadora del lugar. Tienes razón si me acusas de ser hombre de una sola idea. Pero ¿cómo evitarlo? De la mañana a la noche mis ojos y mi pensamiento giran en torno de esa mujer encantadora, y cuando me siento a escribir y hago un índice de mis impresiones, siempre resulta que no me ha ocurrido ni he visto nada que no sea Teresa.

¡Si hubieras podido escucharla, ayer tarde, como yo la escuché!... Ahora mismo tiemblo de emoción al recordar sus palabras.

Se hallaba en una especie de meseta que domina el Monasterio, bajo una gran encina. Muchas veces nos hemos reunido allí para conversar amigablemente. Hacía labor de bordado, o lo fingía. Me acerqué con cierta turbación; pero me recibió tan amable, tan alegre, que desaparecieron todos mis temores. Hablamos. Inmediatamente nuestra conversación tomó un rumbo confidencial.

Ahora me doy cuenta de que la hermosa joven sentía verdadera impaciencia por revelarme lo que yo llamo su «secreto». Creo también que mi aparición en este solitario sitio ha sido para ella un acontecimiento trascendente. Te ruego que no interpretes esto como una baladronada de vulgar tenorio. Lo dijo ella misma, bien categóricamente:

— Yo estaba aguardando a alguien... Necesitaba que alguno pudiera oírme, para lograr abrir las puertas de este tormento interior, y descansar después de abrirlas. No tenía a nadie. Mi pobre padre es incapaz de comprender ciertas sutilezas íntimas, y los otros son gentes demasiado simples y toscas. Pero ha llegado usted, por último...

Te ahorraré las palabras intermedias, para conducirte al fondo del asunto. Después de algunos preámbulos, de algún titubeo por su parte y de fervientes seguridades de discreción por parte mía, la joven me refirió la historia de su angustia. Hablaba un poco atropelladamente y con vehemencia; otras veces se detenía, inquieta y temblorosa. A veces, también, como si quisiera huir de una vi-

sión repugnante, su mirada se posaba en algún punto amable, en una flor, una golondrina, una nube arrebolada sobre el horizonte. Y su pecho mecíase anhelante... ¡Ah! ¡Cuántas veces sentí la tentación de envolver aquel pecho entre mis brazos y decirla al oído palabras de fe y de esperanza!

— Conoce usted ya — me dijo — que en este escondido lugar soy una especie de ser maléfico que no hace más que esparcir tentaciones de amor. El ambiente de este místico paraje se halla, por mi culpa, infestado de paganismo. Es que poco a poco esas ideas de amor que yo sin querer sugiero han ido corrompiéndose, hasta derivar en la mayor impureza... ¡Sí! En vano tratará usted de atenuar el sentido de mis palabras; estoy demasiado cierta de lo que digo. Este lugar se halla infestado. Todo respira aquí amor, pero un amor sucio, sensual, repugnante. ¡Y yo soy la culpable!... Al principio no me daba cuenta de lo que sucedía; acababa de salir de la adolescencia, y mi inocente juventud era ajena a todo pensamiento torpe. Iba a través de la vida como un pájaro, cantando y riendo. Como los pájaros, yo no conocía la belleza de mis plumas, ni la tentación que mis plumas causaban. Hasta que un día un pastor, al pasar por el camino de la montaña, me miró de tal modo, con una mirada tan honda, tan hambrienta y bestial, que me quedé aterrada. El velo que antes cubría mis ojos fué descorrido, y comprendí que en el mundo hay algo más que inocencia...

Aquí la joven se interrumpió un momento. Yo callé, para que no se malograra la confidencia. Al reanudar su relato, su voz tenía un acento ligeramente ronco.

— Otro día, no recuerdo en dónde fué, sorprendí la mirada fija de aquel fraile que luego se volvió loco. Era una mirada que materialmente me estaba quemando... Empecé a sufrir inconfesables torturas, y desde entonces ha desaparecido de mi alma la serenidad. Se llevaron al pobre fraile loco lejos del monasterio. Pero otro ha ocupado su lugar. Y el de ahora me persigue con mayor obstinación todavía... ¡Dios mío! ¡Yo terminaré por enloquecer también! ¿Quiere usted conocer lo más horrible de todo, lo más alucinante? Pues óigame: Una tarde salí de casa para meterme en la iglesia y rezar un rato. Sobre la carretera viene a caer el corredor o pasadizo cubierto que, como usted sabe, une el monasterio con la iglesia. Se me ocurrió mirar hacia arriba. ¡Jesús! Allí, tras el enrejado en forma de persiana que cubre el corredor, había un hombre... un hombre que me estaba mirando con una mirada terrible, tan terrible como la del pastor. Entré en la iglesia, completamente desierta en aquella hora. Me arrodillé. Pero cuando más fervorosa era mi oración a la Virgen, oí que allá arriba, en el coro, sonaba un nombre: *¡Teresa!*... Se oyó muy apagado. Tanto que, al transcurrir el primer momento de estupor, pensé que pudo ser una alucinación mía. Pero, en seguida, volvió a sonar mi nombre, *¡Teresa!*..., tan bajito, tan apagado como el siseo de unos labios que oran. Entonces me invadió un miedo muy grande. Temí que del fondo de los confesonarios surgiesen hombres para llevarme. Me levanté de un brinco, huí a la carretera... ¡Allí estaban los ojos mirándome a través de las persianas del pasadizo! Desde aquel día ya no he vuelto a pasar por delante de aquel corredor, si no es acompañada o cuando hay gente. Desde aquel día el monasterio se me figura que está lleno de ideas de amor impuro, y que tras de cada ventana hay dos ojos voraces que me miran y que me queman... Por eso acudo con frecuencia a este sitio; aquí no veo más que el cielo y las montañas. Aquí me siento un poco más tranquila. ¿He dicho tranquila?... No puedo estarlo. Una ola de sensualidad viene a envolverme, como si el infierno me hubiera escogido precisamente a mí como sujeto de perdición. Yo no sé cómo explicarle mi anhelo. Quisiera... Quisiera poder despertar un amor que fuese lo contrario de esa inmunda pasión que a pesar mío sugiero. Un amor limpio y sin vergüenza...

Al decir esto, el pecho de Teresa, todo tembloroso, se hinchaba, se redondeaba. Sus ojos adquirían un tono brillante, con un punto húmedo en las obscuras pupilas. Por sus mejillas pálidas aleteaba un ligero rubor. Sus labios carnosos se entreabrían anhelantes... Hablaba la joven de un amor puro y sereno, y yo pensaba ¡oh mi querido amigo! que el amor de aquella extraordinaria mujer no podría ser completamente puro jamás. Había, sí, un extraño maleficio en ella... Pero necesito decírtelo todo. Yo mismo me sentía en aquel momento bajo la fatal influencia de ese maleficio, y a pesar de mi voluntad, no obstante el gesto de mis maneras, saltando a través de mis sentimientos compasivos, había algo en las sumidades de mi ser que gritaba con voces de deseo...

Después de un silencio volvió a decir ella:

— Alguna vez le he propuesto a mi padre que debiéramos abandonar este sitio contaminado por la impureza. Le he recordado el clima, los inviernos crudos, la soledad embrutecedora. Pero mi padre me ha respondido siempre que es aquí, con nuestra hospedería, donde nos ganamos la vida bastante bien, y que ya no tiene edad para aventurarse en nuevos negocios y en lugares desconocidos. ¿Qué puedo yo responderle? Mi pobre padre tiene razón. Entre tanto, sueño...

— ¿Qué sueña? — exclamé en un irreprimible arrebato.

— Sí. Muchos días sueño con poder huir a países remotos, a ciudades lejanas y rumorosas, a esas tierras claras que conozco solamente a travás de los libros y de los grabados. Debe de haber en la tierra países donde la vida sea fuerte, diversa y hermosa. Donde exista la libertad. Yo quisiera huir a ese mundo...

— ¿Por qué no? — le dije. — Usted tiene derecho a ese vuelo de golondrina que va hacia el ideal de una vida mejor, más clara y más fuerte...

Pero Teresa me atajó irrevocablemente:

— Dejemos esto — murmuró. — No hablemos más de volar. Está mi pobre padre...

Te escribo a media noche. Corre un viento cálido del sur. Todo duerme en torno mío. A pesar de que todo duerme, siento como que la tierra late con inquietud, con la profunda y eterna inquietud del amor.

Y es que todo, debajo del cielo y más arriba del cielo, es amor...



DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA

El monte Líbano

EL Jebel Libnan es una región montañosa, de unos 160 kilómetros, que se encuentra en el extremo oriental del Mediterráneo. Sus picos más altos tienen más de tres mil metros y sus cúspides, cubiertas de blanca nieve (leban), han dado el nombre a la región.

Los poetas árabes dicen que el Líbano lleva el invierno en la cabeza, la primavera en los hombros, el otoño en el regazo y el verano en los pies.

El número de cristianós que habita esa región es grande y muy superior al de los otros credos.

Los maronistas son, probablemente, los descendientes de aquellos hombres que, con sus hachas, recorrieron los bosques de cedros para procurar maderas a Salomón y a los faraones. Esta secta, que es la más numerosa, tomó su nombre de Maro, su primer obispo. Lucharon, junto con los cruzados, contra los sarracenos. Predominan en Kes Kawan; Sidón es el país de los griegos, y en las extremidades septentrional y meridional habitan los mahometanos, de origen persa, según se cree. Los drusos, mezcla de sirios y árabes, habitan la parte sur de la región. Creen en la divinidad de el Hakin, el monarca egipcio loco, que desapareció misteriosamente en el siglo X.


Una cerradura con muchas vueltas.

Los árabes beduinos no son muy numerosos; pero en primavera y verano no dejan de verse sus negras tiendas de campaña por los valles.

El feudalismo ha durado en el país desde las Cruzadas hasta mediados del siglo XIX, y entre los príncipes maronitas y drusos ha habido constantemente sangrientas luchas, fomentadas por los turcos.

Las antiguas familias feudales decayeron rápidamente, y hoy se encuentran príncipes ocupados en los más humildes menesteres.

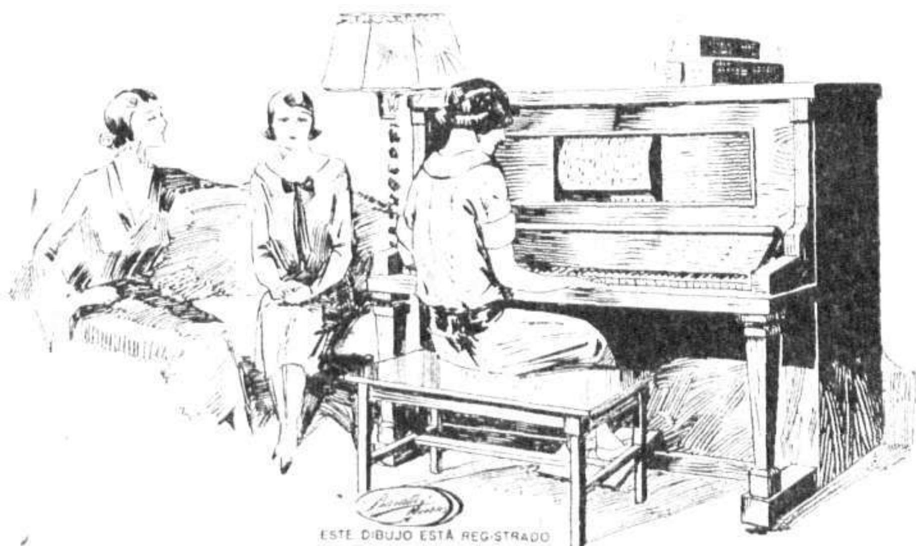
Muchas veces el Antiguo Testamento describe "la montaña". Sus primeros pobladores fueron semitas procedentes de Arabia. La región fué sucesivamente dominada por los fenicios, babilonios, asirios, griegos y romanos.

Los turcos invadieron el país en el siglo XVI, y los egipcios lo poseyeron desde 1830 hasta 1841.

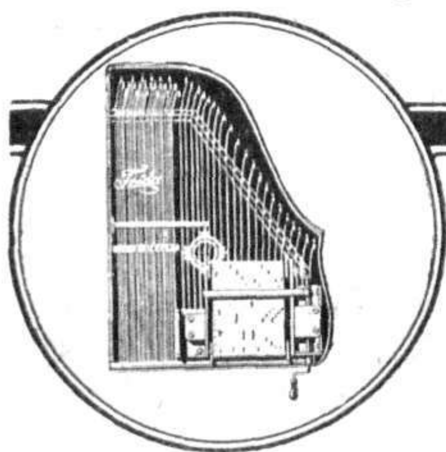
Al hablar del Líbano no pueden dejarse en el tintero sus cedros famosos, popularizados por la historia y la poesía. En tiempo de Hiram había muchísimos, pero hoy sólo se encuentran cerca de Enden, en el denominado "Bosque sagrado de Salomón", que consta de unos 400 cedros, de los cuales 13 tienen un perímetro de 11 metros próximamente y se les atribuye una edad de dos mil a tres mil años.

El Consejo Supremo, reunido en San Remo, el 1 de Septiembre de 1820, dió a Francia el poder mandatario sobre Siria y declaró ser el Gran Líbano un Estado que se extendía, de Norte a Sur, desde Oahr el Kodib hasta la frontera de Palestina, y de Oeste a Este, desde el mar hasta la cordillera del Antilíbano.

Su capital es Beirut, con unos 91.000 habitantes.



AUTOPIANOS (N. Americanos)
Pianos "EMKE" (Alemanes)
En **16** y **25** mensualidades.



AUTO TRIOLA

Un maravilloso instrumento musical con ROLLOS perforados (como la pianola).

PRECIO DE PROPAGANDA

6 cuotas de $ **10.-**

(Con 6 rollos de REGALO)

CREDITOS



La gran muralla de China. Su próximo derribo

La gran muralla de China va a ser derribada, destinando los ladrillos y las piedras que la componen a otras construcciones más prácticas y más necesarias en estos tiempos.

A propósito de esto, es interesante recordar algunas cifras relativas a la obra de fábrica más gigantesca del mundo.

Los astrónomos dicen que la famosa muralla es la única obra de la mano del hombre que podría ser visible para el ojo humano desde la Luna. Con sus vueltas y recodos, mide más de 2.250 kilómetros. El grueso es de 7,65 metros en la base y 5,60 en lo alto. Su altura varía entre seis y doce metros. Además, tiene veinte mil torres o atalayas.

Con los materiales que la forman habría suficiente para hacer una tapia de cerca de dos metros y medio de alto, por uno de grueso, todo alrededor de la tierra, siguiendo la línea del Ecuador. En la colosal muralla hay más piedras y ladrillos que en todos los edificios de Inglaterra.

Y, sin embargo, esta colosal fortificación, que cruza varias cadenas de montañas, fué construída en quince años nada más. Dispuso su erección el emperador chino Huang-Ti, unos doscientos años antes de nuestra era, para impedir las incursiones de los bárbaros pobladores del Norte. En la obra tomaron parte trescientos mil soldados y todos los presos que había en las cárceles del entonces Celeste Imperio.

No se conservan datos de su coste; pero los ingenieros modernos calculan que la construcción de otra muralla semejante costaría seiscientos cincuenta millones de pesos.

Siempre que la mano de obra empleada fuere como la anterior tan sólo por la alimentación.



El tío. — ¿Has pensado, Luisita, lo que quieres que te traigan los Reyes?
Luisita. — ¡Sí, tío! Pero no se lo voy a decir a nadie, porque quiero que sea una sorpresa.



LA DEMANDA DE LAS VIZCACHAS





Ya no se puede más con esas tragonas — dijo el viejo Justo penetrando en el rancho y dejándose caer con abandono sobre una petaca que servía de asiento. — Las himos augáu con agua, con humo; las himos corríu con perros, con plomo, pero si hacen las zonzas.

— ¡Malditos bichos! — contestó la vieja, sin dejar de sobar sobre la rústica mesa de algarrobo la torta cotidiana que luego doraría al caliente rescoldo. — Nu hay más que demandarlas.

— Nu hay más. Lo mandé llamar a mi compadre; él sabe "las palabras", y va a ser juez.

Los demandados serían los habitantes de un poblado vizcacheral, que diezmaban los alfalfares y maizales, y para quienes habían sido inútiles todas las tentativas de desalojo.

— ¡Cómo! — dije, interrumpiendo la conversación, — ¿van a demandar a las vizcachas?

— ¡Claro!

— ¿Y ante quién?

— Ahí mesmo se les pide que se vayan. "Las palabra" no las saben toitos, y el que las sabe no las dice porque no puede usarlas más, como el que cura e palabras.

— ¿Y qué van a enteder esos pobres animales?

— ¡Qué no van a entender, si han siu cristianos! Por castigo esas pícaras son tan dañinas y fierazas.

Junto al fuego, mientras ella "enterraba" el amasijo y espesaba el apetitoso locro, me relató la maravillosa historia de cómo las vizcachas perdieron su forma humana, que pasó de padres a hijos, viniendo de un tiempo tan remoto que ya nadie podía precisar.



Salimos al patio.

En la profunda serenidad de la tarde se escuchó nítido el acompasado galopar de un jinete que llegaba. Ladrando, acudieron al guardapatio los flacos perros campesinos, mil veces heridos por la garra del león, azotados otras tantas por las tempestades, pero resistentes siempre a las hambres sin cuento y a las interminables correrías.

Cuando llegó el esperado, como les fuera conocido, callaron, y agitando la cola agachada, movible la cabeza de orejas bajas, dulce la mirada y alargado el cuerpo en actitud confiada, le rodearon con el más demostrativo y cariñoso de los recibimientos.

El dueño de la casa salió a su encuentro.

— Güenas tardes, compadre — dijo el viajero.

— Güenas se las dé Dios, compadre. Apiesé.

Después, con religioso recogimiento, hablaron de "la demanda" y concertaron, con el mayor secreto, a fin de que no perdiera su eficacia, el modo cómo se efectuaría la notable ceremonia del desalojo forzado.

Con la irresistible curiosidad de los niños, y gracias a que no se me tenía muy en cuenta, pude enterarme de estas prácticas de la vida campesina y presenciar la escena, oculta entre los alpatacales vecinos al lugar en que se desarrolló, hecho que con la fabulosidad de su contenido impresionó tan vivamente mi imaginación infantil, que no podré olvidar jamás uno solo de sus detalles.

El crepúsculo acentuaba con su grave silencio y sus sombras inciertas el secreto insondable y misterioso que palpita en el amplio seno de la naturaleza dormida.

Llegados los hombres a las proximidades de las madrigueras, se hicieron la señal de la cruz, musitaron por separado "algo" entre dientes y avanzaron hasta la entrada de las mismas. Allí golpearon fuertemente con los tacones de sus botas, y cuando desde adentro, contestando, un viejo vizcachón rompió el silencio con su gruñido de bronce: "cum-cum-cum...", el juez inició la acusación. Don Justo estaba frente a éste y hacía de defensor. En ningún lugar de la tierra se debe condenar sin defensa.

Y principiaron el diálogo, serios y profundamente convencidos, los intérpretes, del papel que desempeñaban:

— Mi han dicho, señoras, que son ustedes unas dañinas, que se comen los maices aquí plantáus.

— ¡Nu es cierto, no comimos nada!

— ¿Y esas chalas y esas corontas que han traido p'acá?

— ¡Es cierto!

— Mi han dicho, señoras, que ustedes son unas ladronas, que arruinan los campos.

— ¡Nu es cierto, si somos güenas!

— ¿Y esa leña que tienen ahí amontonada?

— ¡Es cierto!

Y así seguían el juez y el defensor, hasta que, anulada la defensa y comprobadas las acusaciones, se dictó la sentencia:

— ¡Están condenadas, entonces — dijo el juez, con tono sentencioso, — a mandarse mudar en el plazo de quince días, si no quieren que intervenga la autoridá! ¡Ya saben!

Al verano siguiente me aseguraron que, después de la demanda, no quedó uno solo de aquellos insaciables roedores que asolaban los campos y sembradíos hasta gran distancia de sus sombrías moradas.



BERTA ELENA VIDAL

Lo que ocultan las mujeres

La mujer tiene fama de charlatana, de no saber guardar secretos, de contar todo cuanto se le cuenta y hasta más de lo que le cuentan... Sin embargo, en un manuscrito reciente, caido en nuestras manos, vemos que hay algo que aun la mujer más habladora lo oculta y lo calla: ese algo son sus decepciones amorosas. No la decepción causada por el novio picaflor; la decepción en el marido. Leamos:

"La decepción más grande de mi vida, la que siempre oculto y que por nada del mundo dejaría transparentar, es la que me causó la realidad del amor conyugal. De soltera creía que el matrimonio con el hombre elegido de mi corazón, sería una dicha eterna, que el novio amante, capaz de pasarse horas enteras contemplándome, el que se sentia feliz sólo con estrechar mi mano y para quien una sonrisa mia era felicidad suprema, no cambiaría jamás, seguiría siempre mirándose en mis ojos, siempre murmurando en mis oidos las palabras dulces del amor.

"Me casé al fin, con el hombre bueno que sinceramente me quería, que durante el noviazgo me hizo imaginarme un porvenir color de rosa para la vida sentimental de mi alma..., y al mes de casados estoy segura que hubiera preferido le pegasen un tiro — él tan audaz de novio, — a que alguien le viese darme un beso o hacerme una caricia.

"Jamás me dió malos tratos, siempre atendió puntualmente a todas mis necesidades, pero no siguió siendo el eterno enamorado que yo había soñado. En mi, el matrimonio no efectuó cambio alguna; hubiera podido continuar amando siempre en la misma forma que cuando era soltera; mas tuve que aprender a reprimirme, que aprender a pasar hambre de amor, que dejar deslizarse mi vida sentimental en medio de una soledad, de una frialdad abrumadora. Hasta que los hijos vinieron a consolar en parte mis horas de tedio y mis horas de angustia, pasé por la horrible tortura del hogar helado.

"Años de vida hubiera dado por oir repetir nuevamente aquel "te amo", que con toda su alma — estoy segura, — pronunciaba antaño, y el tiempo que pasa no logra borrar de mi mente ese deseo, no logra consolarme; me resigno a la impasibilidad del matrimonio, pero siempre suspiro por los tiempos que han pasado.

"El *primer aniversario de nuestro casamiento* lo recordamos ambos, y hasta lo celebramos... Ahora para él suele pasar inadvertido si no se lo recuerdo, y mis palabras sólo tienen la virtud de arrancarle esta frase: "¡Ah, sí!..., seis años..., ¡cómo pasa el tiempo!...; y enciende su cigarro, se sienta en la butaca y busca en un libro, en una revista, en un diario, en su trabajo, el lenitivo a tanto aburrimiento.

"*Diariamente deseo su llegada, espero con ansias* que regrese a casa, sintiendo exactamente los mismos sentimientos, las mismas corazonadas que sentia cuando siendo novios le "tocaba visita", y llega al fin, y cada vez que llega, sufro un nuevo dolor al hacer comparaciones entre el ayer y el hoy...

"¡Y, sin embargo, me quiere, y es bueno!... Quizá mejor que los maridos de algunas de mis *amigas; pero el vacío que en mi espíritu femenino* dejó el novio, el dia feliz que nos casamos, no se ha vuelto a llenar.

"Hacerme el amor, le parece tontería; que se lo haga yo, le mortifica.

"¿Les pasa lo mismo a todas las mujeres que se casan? ¿Es un hecho fatal que el amante muera en el marido, para tortura eterna de la esposa?

"Hoy estoy convencida de que todas sufrimos la misma decepción, de que la psicologia del matrimonio no tiene otra variante, aunque se trate del marido perfecto. Todas, al casarnos, perdemos ilusiones que jamás volverán, y todas, sin ponernos de acuerdo, sin pensarlo, sin darnos de ello cuenta, ocultamos esa desilusión suprema del alma fe-

Unicamente mi casa puede hacer una oferta excepcional como ésta

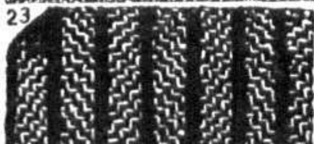
100 mil cortes de 2.20 ms. para tapados de señoras, traje tailleur o sobretodo de hombre, a $ 8.90 el corte.

100 mil cortes de 3 ms. para traje de hombre, a $ 10.90, en colores marrón claro y oscuro y gris claro y oscuro.

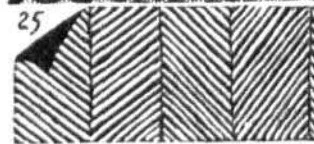
Cortes de 2.20 ms. para tapados de señoras, trajes tailleur o sobretodos de hombre de estos mismos dibujos en tonos marrón, gris y gris oscuro, a $ **10.90**

















También ofrezco 30 mil frazadas gris de pura lana, de 1.50 ms. por 2 metros, a

$ 5.90

10.000 frazadas de lana, blancas y de colores, en todos los tamaños, con pequeños defectos de fabricación. SE LIQUIDAN a PRECIOS INCREIBLES.

Grandes saldos de sargas, gabardinas, cheviots, mantas, ponchos, franelas, etc.

Los pedidos de la campaña

Pueden hacerse solicitando los gustos que se deseen, de acuerdo al número que llevan estos grabados, de los cuales hay en 3 colores: indicando el color, los que serán atendidos previo giro del importe correspondiente, más 0.40 ctvs. de franqueo.

Si es Vd. comerciante

y no compra en mi casa, no podrá competir con los demás.

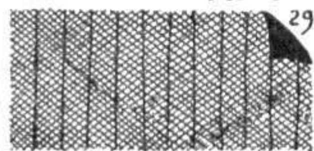
Se trata de buenos casimires de pura lana en tipos ingleses de mucho abrigo y duración que se venden en plaza al doble del precio que nosotros ofrecemos.

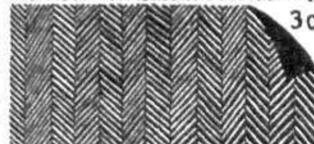
Los sábados abierto todo el día

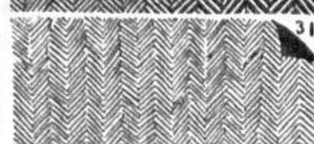
FERNANDO SANJURJO

ALSINA 1000 - Bs. Aires
U. T. 4862, Rivadavia

Para trajes de hombre, cortes de 3 mts. en estos mismos dibujos con tonos marrón gris y gris oscuro, a $ **14.80**

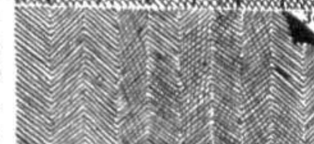


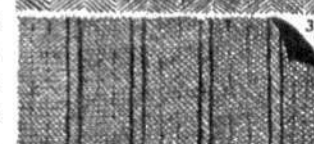














Curiosidades de los huevos

Los huevos puestos por aves salvajes tienen más vitalidad que los procedentes de aves criadas en domesticidad.

Colocado en las condiciones más favorables, el huevo pierde su facultad de desarrollarse a los treinta y dos o treinta y cinco días; las nueve décimas partes de los huevos, antes de los veinte y ocho días pierden esa propiedad.

La textura de la cáscara del huevo de ave doméstica no presenta la regularidad de espesor que la de los puestos por aves en libertad.

Cuanto más intenso es el color de la cáscara tanto mejor se verifica la incubación. Las gallinas holandesas tienen los huevos tan blancos, que la menor variación de temperatura hace perecer el embrión. Lo cual físicamente tiene la explicación en el diverso poder diatermano que tiene un mismo cuerpo según esté recubierto de uno u otro color.

Los huevos de perdiz pueden en todos los períodos de la incubación resistir un enfriamiento de veinticuatro horas, sin que el embrión sufra sensiblemente: los de gallina común mueren en tal caso a las cuatro horas; las de gallina cochinchina, a las seis, y los de pato, a las doce.

Siendo la temperatura de la incubación de 41°, los huevos de gallina común se abren a los veintiuno o veintidós días: durante los siete días, el embrión puede soportar, durante una o dos horas, variaciones de unos cinco grados, poco más o menos respecto aquélla; la segunda semana no debe haber una variación de tres grados por encima o por debajo de 41°; en el tercer período basta una hora de sufrir 44° para matar al pollito, pero puede resistir durante cuatro horas una baja de 15 grados.

Resulta de estas experiencias que, cuando el embrión está poco desarrollado, puede sufrir variaciones de temperatura bastante grandes; en tanto, que más tarde, algunos grados más le matan; y que, cuando por su desarrollo tiene calor propio, resiste enfriamientos mayores.



HOMBRE DE PROGRESO

— ¿Observas la luna?... ¿Y para qué si no iremos nunca?
— ¡Qué sabes tu! ¡Se han visto cosas más extraordinarias!



CUENTOS DE ANIMALES



I

EL BUEN CAMINO

TRES potros salvajes, uno viejo y dos jóvenes, llegaron ante el bivio de un camino. ¿Para dónde tomar? ¿Cuál seguir de los caminos, el de la izquierda o el de la derecha? Uno — ellos lo sabían — era el bueno. Otro conducía a los pantanos. ¿Cuál era el bueno y cuál el malo? Ante tal incertidumbre, los dos potros jóvenes comenzaron a disputar: uno sostenía que el de la izquierda era el buen camino y el otro sostenía que el de la izquierda llevaba a los pantanos. Acaloráronse en la discusión, y tanto, que el potro viejo hubo de intervenir:

— ¡Basta! ¡No discutan más! Así sólo perdemos tiempo. ¿Usted dice que el de la izquierda es el buen camino? ¡Vaya por él! ¿Usted dice que el buen camino es el de la derecha? ¡Vaya por él!

— ¿Y usted por cuál va a ir? — preguntaron los jóvenes.

— Yo espero aquí. ¡Vayan!

Partieron ambos potros jóvenes, uno por la derecha y otro por la izquierda. El viejo se quedó ramoneando los pastitos verdes, a la sombra de los árboles. Pasaron unas horas. De pronto vió llegar al potro que había tomado por el camino de la derecha.

— ¿Qué ocurre, amigo? — preguntó el viejo.

— Que ese camino lleva a los pantanos — balbuceó, mohino de vergüenza, el potro joven.

El viejo, muy tranquilamente, respondió:

— Pues tomemos el otro; ¡y adelante, amigo!...

Ya trotando, explicó el viejo potro:

— ¡Así tenía que ser, pues! Uno de los dos debía estar equivocado. Me dije yo: Esperaré entonces a que vuelva el equivocado. En la vida, mi amigo, más hay que fijarse en los que se equivocan que en los que aciertan. Esto lo hacen muy pocos. Casi siempre se sigue a los que aciertan. Sin embargo, más enseña uno que se equivoca que cien que aciertan. ¡Adelante! Ahora sí podemos ir confiados, seguros de que éste es el buen camino; pero yo voy seguro de que es el camino bueno, no porque el otro haya acertado, ¡no!, sino porque se equivocó usted. ¡Adelante!...

II

LOS JEFES

Patrius y *Bélicus* eran dos mastines guardadores de sendos rebaños. Fornidos los músculos, terribles las dentaduras, atronadores los ladridos; Bélicus y Patrius mantenían la ley de los pastores en sus rebaños.

Cierta vez Patrius alegó a Bélicus que al rebaño de éste se le había pasado un cordero del suyo. Lo negó Bélicus, y ambos fieros mastines se declararon guerra.

No lucharon entre ellos. Uno y otro echaron delante suyo a sus sendos rebaños, ¡a que se topasen!; pero los mansos corderos no se toparon sino que mezcláronse los unos a los otros, fraternalmente. Y en vano fué que Bélicus y Patrius ensayasen las robustas patas y los afilados colmillos y el ladrar aterrorizante; los mansos corderos huían balando, pero no se topaban, ¡no se topaban!...

Al fin hubo quien de ellos habló a los mastines: los corderos no pelearían porque a ellos nada les importaba pertenecer a uno u a otro de los mastines; de ambos oirían idénticos ladridos, de ambos sufrirían mordiscos iguales. Ya que se disputaban la pertenencia de un cordero, que pelearan los mastines, y el vencedor sería el amo. Así se decidió: sólo pelearían los dos jefes.

Separáronse los rebaños, y los mastines avanzaron, fieros, amenazadores; y plantáronse uno frente al otro. Enseñaban los filosos dientes, distendían los púgiles músculos, arrastraban los ensordecedores gruñidos, chispeaban los sanguinolentos ojos...

Pero no pelearon. Después de una larga conferencia, trajeron al corderillo de la disputa; ¡y matáronle entre ambos, a dentelladas!

Y allí, a la vista de sus rebaños, que clamoreaban como asustados chiquilines; los mastines, en señal de paz, decidieron comerse el corderito.

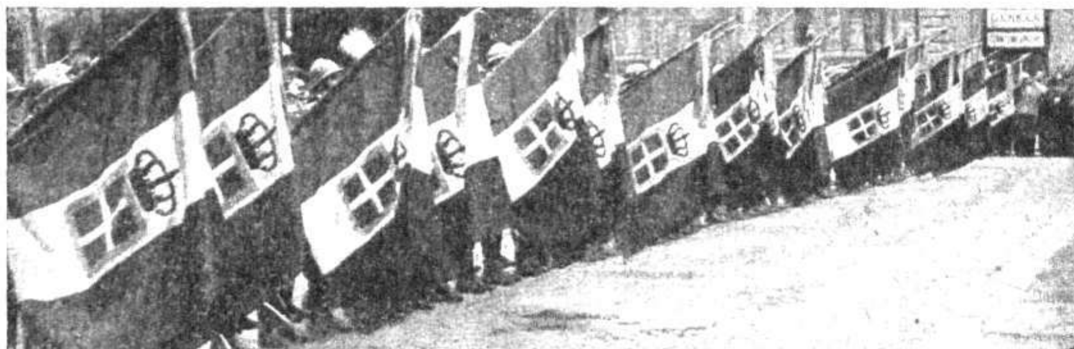
III

LA PIEL DEL TIGRE

EN una de sus correrías, el viejo mastín Juncho halló un tigre muerto. Y como ya dudaba de su fuerza, pensó que con astucia, cualidad de viejos, pudiera sustituirla. La astucia, sea dicho al pasar, es cualidad de viejos, no porque la experiencia la haya creado en ellos, sino porque su propia debilidad, al obligarlos a caminar despacio y meditativos, los hace encontrarse con ella tirada entre el polvo del camino. Los jóvenes pasan a saltos sobre ella, no la ven. Sus músculos demasiado briosos y sus pupilas ebrias del ardor de su sangre buscan una presa en movimiento; y la astucia se pasa las horas muertas, a la espera de que alguien que pase con la cabeza gacha y al pasito, se tope con ella. Esto le aconteció al viejo mastín Juncho. Al volver de una de sus correrías, más apaleado que con huesos para roer, se encontró a la astucia tirada en medio del camino en la forma de un tigre muerto. Juncho le sacó el cuero, se lo ajustó a su raída pelambre y, apareciendo de noche en los villorrios lejanos o a los retardados transeuntes, siempre conseguía infundir el pavor inmediato que le permitiese arrebatar alguna presa. Así vivió algunos meses. Mas la astucia, burladora de la fuerza, cae también bajo sus colmillos; tal le ocurrió a Juncho. Descubierto por un mastín joven, el que, ojo avizor, pudo ver bajo la careta de la tigruna faz, la roma nariz, y bajo las colgantes patas de la piel de tigre, las patas sin garras de su colega; Juncho, el viejo astuto, fué atacado por el joven mastín, vencido y muerto en la lucha.

Hete aquí al mastín joven frente al cadáver del viejo Juncho, cubierto con su piel de tigre; y se puso a reflexionar. ¿Iría al villorrio a llevar la nueva de haber matado a un falso tigre? ¡No! Y, ocultando el cadáver, cogió la piel y fuése a pasearla entre los suyos, a proclamar que había degollado a un tigre. Allí estaba el trofeo de la piel que lo abonaba. ¿Cómo dudarlo? El joven mastín hallóse así héroe, vencedor del odiado tigre, el amo temido de las selvas. ¿Cómo no admirarlo? Aureoleóse el mastín con las miradas de asombro de los pacíficos y timoratos; y comió cómodamente a la luz de ellas. Porque es de ley que los falsos méritos, sirvan para alimentar la fama de los falsos héroes.

ÁLVARO YUNQUE



UN DETALLE DE LAS NUMEROSAS BANDERAS QUE TOMARON PARTE EN EL DESFILE REALIZADO EN ROMA ANTE LA TUMBA DEL SOLDADO DESCONOCIDO Y EN PRESENCIA DE UNA ABIGARRADA MUCHEDUMBRE.



EL PRIMER MINISTRO ITALIANO, SEÑOR MUSSOLINI, Y EL POETA D'ANNUNZIO, DURANTE UN PASEO POR EL LAGO DE GARDA.





LOS ABANDERADOS, LLEVANDO LAS GLORIOSAS ENSEÑAS QUE TREMOLARON EN LOS CAMPOS DE BATALLA, DESFILAN SOLEMNEMENTE FRENTE AL REY.

"CARAS Y CARETAS" EN ITALIA

D'Annunzio es objeto de entusiastas homenajes en Roma

EL HONORABLE MUSSOLINI, A QUIEN LE SIRVE DE CICERONE GABRIEL D'ANNUNZIO, SE DISPONE A EFECTUAR UNA VISITA A VILLA CARGNACCO.

VISTA GENERAL, TOMADA EN LA PLAZA VENECIA, DE LOS ABANDERADOS ESPERANDO TURNO PARA COMENZAR EL IMPONENTE DESFILE.



Diez consejos para la mujer

LEYENDO revistas antiguas, donde siempre encuentro algo interesante, tropezaron mis ojos *investigadores con el título que encabeza estas* líneas.

¡Consejos para la mujer! Es un título sugestivo tanto para nosotras como para ellos.

Por eso, no sólo los leí, sino que los traigo a mi página por encontrarlos acertadísimos y de gran provecho para todas. Los consejos son éstos:

1. Ama plenamente; pero has de fijarte mucho en el hombre que elijas.
2. Reserva tus besos para el hombre a quien amas: la que a muchos besa, a ninguno quiere.
3. Puedes amar cuanto quieras: amar no es pecado, si se ama como Dios manda.
4. Ejercita tu inteligencia, cultiva tu alma y cuida tu cuerpo.
5. Sé afectuosa, hazte agradable y no olvides que mujer desaliñada ahuyenta el amor de su casa.
6. No trates de enmendar en el marido las faltas que notaste en el novio.
7. La verdad: siempre di la verdad; esto te evitará más de una desavenencia.
8. Olvídate de todos los demás hombres después de haber elegido al que amas.
9. El respeto mutuo consagra el amor eterno; la excesiva confianza engendrará menosprecio.
10. Sé feliz; esto es muy difícil, pero no imposible.



PROGRESO FEMINISTA

Lo que le pasaba al tipo "fresco", en otras épocas... y lo que le pasa ahora...

Estos consejos se ve que han sido dictados por la experiencia, y que pueden orientar perfectamente a *la mujer cuya voluntad vacile, llevándola* por el camino suave y dulce de la virtud y de la paz moral.

Hacer feliz a todo aquel que tenemos a nuestro alrededor, es la misión de la mujer.

Para ello debemos de valernos de la virtud, las buenas costumbres, la dulzura y los atractivos de eterna seducción con que nos ha dotado la naturaleza.

El hombre y la mujer.

LA aspiración del hombre es la suprema gloria; la aspiración de la mujer es la virtud extrema. La gloria hace todo lo grande; la virtud hace lo divino.

El hombre tiene la supremacía; la mujer la preferencia. La supremacía significa la fuerza; la preferencia representa el derecho.

El hombre es fuerte por la razón; la mujer es invencible por las lágrimas. La razón convence; las lágrimas conmueven.

El hombre es capaz de todos los heroísmos; la mujer, de todos los martirios. El heroísmo ennoblece; el martirio sublimiza.

VÍCTOR HUGO.

Augusto Wassermann

El día 16 del pasado marzo falleció en Berlín el profesor alemán Augusto von Wassermann, que había nacido en Bamberg (Baviera) en el año 1865. Siguió la carrera de medicina en Munich, y una vez terminada realizó estudios de investigación en Estrasburgo, Viena y Berlín, donde tuvo por maestro a Roberto Koch, y con él estudió las enfermedades infecciosas. En 1903 fué nombrado profesor titular de la Universidad de Berlín; cuatro años más tarde ingresó en el departamento de terapéutica de investigación de sueros de la misma Universidad, y en 1913 se le nombró director del Instituto del emperador Guillermo, dedicado a terapéutica experimental y situado en Dahlem, cerca de Berlín.


Ella. —¡Cómo se está poniendo de gorda Filomena! Parece un modelo de Rubéns.
El. —¡No conozco ese modisto!

El nombre de Wassermann es muy conocido por la llamada reacción de Wassermann, que descubrió en colaboración con sus discípulos Bruck y Neissen.

Se le deben también notables trabajos realizados en colaboración con Ehrlich relativos al tratamiento de la difteria por antitoxinas, y otros referentes a la inoculación contra la fiebre tifoidea, cólera y tétanos.

Hace pocos años se dedicó a estudiar el tratamiento de la tuberculosis; y en el congreso médico alemán celebrado en octubre último presentó un trabajo sobre la serodiagnosis del cáncer.

Escribió artículos, que llamaron justamentete la atención, en las principales revistas médicas.











"8 HERMANOS"

Hay siempre una botella a mano en todos los hogares porque compone en seguida el estómago.

FREIXAS & Cía







COPLAS GAYAS

I

Soy ducho en juegos de amor,
Y una vez jugué riendo
Con una que no sabía...
Y esa vez salí perdiendo.

II

Me olvidaste, me olvidaste;
Yo sólo dije: está bien;
Mas nunca supe la causa
Ni la quisiera saber.

III

Para sanar de amores
No hay más remedio,
Para sanar de amores,
Que un amor nuevo.

IV

Un santulón se prendó
De una moza muy bonita;
Por no perder las novenas
Siempre iba tarde a las citas.

V

Morenita, morenita,
¿En qué momento te has hecho
Tan anchita de caderas,
Tan redondita de pechos?

VI

Me querrá o no me querrá,
Porque sí o porque no,
Que amor tiene esas razones:
Porque sí o porque no.

VII

No espere engañar muy fácil
La mujer que quiere a un tuerto,
Que si no abre nunca un ojo
Duerme con el otro abierto.

VIII

Le he dicho que no me gusta
Que ande en la calle solita;
Si lo hace será por algo...
La espina no se me quita.

IX

Solcito en el invierno
¡Qué bien calienta!
Así es todo amorcito
Cuando comienza...

X

—¿Qué me has hecho, qué me has hecho?
Que esto sólo es brujería...
Y la muy brujita, amigo,
Me miraba y se reía...

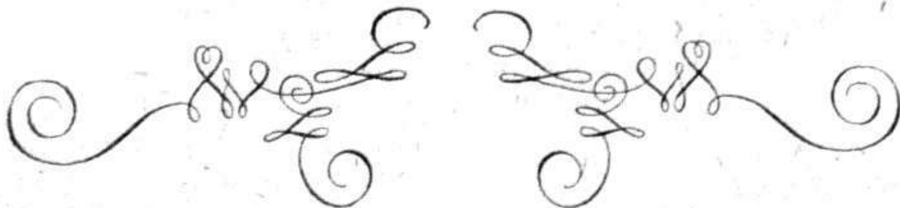
XI

El día que me quisiste
Me mostró el diablo sus cuernos:
— No es el primero — me dijo —
Que irá por ella al infierno.

XII

No sé si es rubia o morena
Y de ojos negros o verdes;
Sólo sé que hay un perdido
Que esta vez sí que se pierde.

LUIS L. FRANCO



NOCTURNO



Para que no estuvieras triste
puse esperanza en mi canción
y dió en decir mi corazón
cosas que nunca me creíste.

De ti apiadada me escuchabas
y sin consuelo sonreías.
¡Oh, tú, que todo perdonabas
porque todo lo comprendías!

Mi corazón fué dulce y fuerte.
Tuve una voz que no tengo hoy.

Para ser digno de quererte
yo fuí mejor de lo que soy.

Si me arrodillo a recordarte,
pienso que clama mi egoísmo,
y me avergüenzo de llorarte
pues tal vez lloro por mí mismo.

Dulce maestra de bondad
y camarada de pureza.
Te reemplazó la soledad.
Te substituye la tristeza...

CORDOVA ITURBURU



EXIJASE EL ENVASE ORIGINAL
Y RECHACE SUBSTITUTOS



Sanos y Enfermos deben adoptar como sistema y tratamiento este poderoso tónico reconstituyente:

Bajo su acción los organismos debilitados se reconstituyen rápidamente ganando en peso y toda la economía experimenta su beneficiosa influencia. Las propiedades vigorizantes del VINO IODOTANICO NELSON lo hacen indispensable a todos y particularmente a los ancianos, niños, débiles, anémicos y convalecientes.

Una copita 5 minutos antes de cada comida estimula el apetito y facilita la digestión y asimilación de los alimentos.

*Precio $ **3.60** la botella. En toda buena farmacia. Interior agregar **0.50** para franqueo. Cajón de 12 botellas $ **41.-**, flete aparte.*

ELABORADO EN LOS LABORATORIOS Y

FARMACIA NELSON

MANUEL I. NELSON, JUAN M. NELSON, RAUL A. NELSON y CARLOS M. NELSON

MEDICOS - QUIMICOS - FARMACEUTICOS

477, Suipacha, 481 - Buenos Aires - Teléfonos [U. T. 4750, Rivadavia / „ 3580, Mayo

ABIERTO TODA LA NOCHE

Historia y origen del fado portugués

El fado, que tan bien interpreta el sentimiento del pueblo portugués, es de creación reciente. Comenzó a cantarse en las calles de Lisboa el año 1840. Sin embargo, hay quien hace remontar sus orígenes a la música árabe y quien afirma que ya existía en germen en el siglo XVI, y que se le debe considerar como una renovación del viejo arte juglaresco y popular que produjo en la Edad Media muchas composiciones de los "Cancioneros" galaico-portugueses. La primera hipótesis no tiene el menor fundamento, y la segunda es muy discutible: el hecho de que en las colecciones de cantigas de fado aparecen algunas cuartetas que ya eran conocidas en tiempos de Camoens, significa cuando más que los fadistas del siglo XIX han utilizado, adaptándolos a la forma de cuarteta de la nueva canción, muchos versos que vivían en la tradición popular. Lo cierto es esto: el fado brotó, vivo, del alma del pueblo, desde el punto de vista musical; no hay el menor vestigio de él antes de 1840; el foco de su desarrollo fué Lisboa. En cuanto a sus orígenes, los folkloristas se inclinan a creer que el fado nació en el mar, a bordo de los barcos, cantado, o mejor, sollozado, por algún marinero melancólico o por algún criminal condenado y presentando como razones de esta suposición el hecho de tratarse de una canción cuyo ritmo lento monótono y triste remeda el vaivén de las olas, y la circunstancia de que el "fado de Marinheiro" sea el primero que hayan cantado y vulgarizado en Lisboa los alfamistas, en su mayoría gente marinera. Si así fuese — y no hay motivos para dudar de que así sea — el fado es realmente la canción del pueblo navegador que realizó con sus naos una verdadera revolución geográfica en el mundo, que unió en un abrazo refulgente tres océanos, y cuya obra formidable en la historia de la civilización tuvo, sobre todo, por teatro el mar.

El período de esplendor del fado fué, precisamente, aquel en que vivía solo en las callejuelas, entre gente baja, sollozando y rasgueado en las huertas de Valverde, en los encierros de toros de las Marnotas, en las innobles tabernas de la Alfama. Después se estilizó, se aristocratizó y degeneró. Lo curioso es que un fadista de la Morería, Cayetano Calcinhas, fué también quien creó el fado del "género fino", el "fado de salón", el fado "ad usum Delphini". Es una especie de vino grueso y áspero bebido en copas de Rhin o de Champaña. Calcinhas, recibido en las salas alfombradas, cantaba ya para los señores, dulce, castamente, con "smorzandos", con "pianissimos", con trinos y modulaciones de ruiseñor. Los pianos — ¡execrable instrumento! — apoderáronse de la canción que nacía. La música erudita — Itussla, Rey Collaco, Vianna da Motta — se apropió el fado, lo glosó, lo parodió, desarrolló sus motivos espontáneos y tradicionales. Ese "fado erudito" es el que se ha exportado a España, a Francia, a la América española, a la misma Gran Bretaña, donde ya se cantó con un desabrimiento que partía el corazón. El fado popular — el auténtico — tan fuertemente lisbonense, tan extrañamente indígena como los toros y la navaja, sigue viviendo en las callejuelas, en los bajos fondos de la Morería y de la Mandrágora, tan salvaje, tan voluptuoso, tan original, tan incontaminado por la erudición de los músicos y las profanaciones del piano como en la época lejana en que lo cantaban la Severa y la Custodia. Los extranjeros que visitan Lisboa van por la noche, a hora avanzada, a San Miguel de Alfama, a San Esteban o a la calle de la Judería — la vieja ciudad donde todavía hay casas del siglo XVI, con sus ventanas de reja, sus paineles de azulejos, sus tejados flamencos — para oir sollozar y gemir las guitarras de los verdaderos fadistas.

RINCONCILLOS DE LA HISTORIA

EL PADRE JESUITA MONROI

y la

FUNDACION DE JUJUY



SABIDO es que la conquista americana por las armas españolas, contó siempre con el apoyo eficacísimo de la cruz. Sin los evangelizadores que, mezclados a los soldados, recorrieron el Nuevo Mundo, la conquista hubiera sido mucho más difícil de lo que fué para los esforzados capitanes peninsulares, y mucho más cruenta, para los indígenas.

En la historia de todas las regiones de nuestra América, durante las épocas de su descubrimiento y conquista, figura siempre, al lado del bravo capitán, y frente al indómito cacique indio, la sotana de un fraile. En más de una ocasión, y en más de ciento, esa sotana, sin más ayuda que un crucifijo, se adelantó a los arcabuces, y obtuvo resultados más beneficiosos para nativos y conquistadores, que aquellos que dieron de sí las armas guerreras.

En la historia, interesantísima, de la fundación de Jujuy, y la guerra sostenida por los españoles con las diferentes tribus indígenas que poblaban sus valles y montañas, encuéntranse varios frailes heroicos, y hasta mártires. Uno de ellos, acaso el primero, cronológicamente, fué el jesuíta Gaspar Monroi, gran catequizador y diplomático, que el padre Lozano elogia justicieramente en su "Descripción Corográfica del Chaco", y que Joaquín Carrillo menciona detenidamente en su substanciosa "Historia Civil de Jujuy".

Habíase fundado la ciudad de San Salvador de Velazco, en el valle de Jujuy, para reemplazar la destruída ciudad de Nieva, y pese a todos los recursos de defensa empleados, "los días de quietud eran contados", pues los indios — ocloyas, tilianes, osas, paypayas, humahuacas — no cesaban en sus gritos guerreros, lanzándose desesperadamente sobre los hombres blancos posesionados de sus tierras. "En la fundación de Jujuy se les trató con poca dureza — anota Carrillo, — y el espíritu noble de sus gobernantes permitió usar de la seducción y el consejo para docilizar aquellas naturalezas adustas, más fuertes cuanto más luchaban." Franciscanos y jesuítas, habían acompañado a las fuerzas que capitaneaba Argañarás, estableciéndose los primeros entre los *paypayas* y los segundos entre los *humahuacas*, que fueron siempre los más temibles. El año 1593, éstos, unidos con los *chiriguanos*, prepararon un ataque a la nueva ciudad, con ánimo de destruírla, bajo la jefatura superior de Piltipico, que vivía en los valles de Zenta y Calilegua. El mismo Piltipico había sido el destructor de la primitiva *Nieva*, "resistiendo y venciendo toda tentativa de dominio."

Ramírez de Velaz, y su segundo, Argañarás, calcularon cuántas probabilidades tenían a su favor para defenderse de humahuacas y chiriguanos, y decidieron ensayar, previamente, la seducción, para lo cual encargaron la tarea de catequización necesaria, al nombrado padre Monroi. Marchó éste hasta el pueblecito en que reinaba como soberano Piltipico, donde solicitó audiencia, sin obtenerla. No desesperó, y acompañado de un cacique y algunos indios principales, el padre Monroi llegó

valientemente hasta Piltipico, y según el "cronista" Lozano, "hablóle con mucho cariño y dióle un estrecho abrazo a fin de ganarle para Dios, pero el bárbaro arrogante y soberbio estuvo tan mesurado y serio, mejor dicho, tan descortés, que detuvo al padre de pie, sin levantarse de su asiento... Todo este recibimiento era muy conforme a la soberbia arrogancia de Piltipico, quien aborrecía en extremo a cualquiera extranjero; y como, por más que lo habían pretendido los gobernadores de Tucumán, no habían podido jamás castigar sus insultos, se hallaba sobremanera orgulloso." No obstante, Monroi puso en juego todas sus buenas dotes y decidió a Piltipico a ceder y dar su consentimiento para hacer a sus pueblos "la predicación de la verdad del cristianismo", y por último, consiguió la paz, recibida con tanto regocijo por los pobladores europeos del valle de Jujuy, que el padre Monroi era llamado "el ángel de la paz".

Las bases establecidas para el cese de las hostilidades, recibiólas el gobernador Ramírez de Velazco, y ratificadas, las devolvió al cacique por mano del mismo Monroi, quien las llevó personalmente a su amigo Piltipico, siendo recibido con grandes expresiones de cariño, dándosele de comer "espléndidamente en su casa, que tenía tan bien ordenada como pudiera el caballero español más principal."

Hecha la paz, el padre Monroi, ayudado por el padre Pedro de Añasco, reanudó sus tareas de conversación y doctrinamiento; pero su corta ausencia había producido una disminución en el fervor de sus primeros neófitos, al punto que los dos frailes viéronse obligados a suspender por un tiempo su arrojada empresa. Al mismo tiempo, se propagó en la ciudad, la nueva de una "conflagración que debía poner en acción la turba hostil de los naturales", y el Cabildo y Gobierno de Jujuy, "adoptaron el plan usado otras veces, de introducir emisarios en el campo y pueblos de aquellos bravos caciques." Lograron así apoderarse de Piltipico y algunos caciquillos de menor importancia, conduciéndolos a la ciudad, con el fin de averiguar la verdad de la sospechada conflagración, que resultó incierta. Sin embargo, el Cabildo resolvió reservar como rehén a Piltipico, en prisión leve, llenándolo de consideraciones, especialmente los padres Monroi y Añasco, "con quienes tenía confidencias íntimas sobre la grandeza de la fe que con tanta firmeza poseía."

Piltipico falleció sin recuperar su libertad, y acallados en gran parte sus instintos guerreros, aceptando la paz como una resultante lógica de la religión abrazada con tanto entusiasmo. Su muerte causó "la edificación y consuelo más vivo" entre españoles y nativos, y ello contribuyó de una manera poderosa para que los indígenas, agrupados en la doctrina de Humahuaca, permitieran la formación de un pueblo, que fué luego cabeza del departamento del mismo nombre, y adquirió, durante el Virreynato, ya definitivamente vencidos los indígenas, grande importancia comercial, como punto obligado de parada en la ruta al Perú.

La acción eficaz del jesuíta Monroi debe ser recordada en Jujuy con cariño. Desde luego, sobrábanle arrestos a Ramírez de Velazco y a Argañarás, para vencer por la fuerza a los indios agrupados bajo el mando de Piltipico y su aliado Teluí — otro caudillo temible, — pero no hubiérase logrado, seguramente, sin muchas pérdidas de vidas y sin que corrieran grandes riesgos los habitantes de la ciudad de San Salvador, amenazada de desaparecer arrasada, como lo fuera Nieva. Todo eso lo evitó Monroi, sin otra ayuda que la de su palabra cálida, su profunda fe y un crucifijo...

B. GONZALEZ ARRILI

Zurdería, tartamudez y estrabismo

Padres, no os empeñéis, si tenéis algún hijo zurdo, en hacerle perder lo que consideráis como un vicio reprensible. Corréis el riesgo de que vuestro hijo se haga tartamudo o se ponga bizco.

Esta es la opinión de un ilustre cirujano inglés que ha estudiado numerosos casos de zurdería.

La mejor manera de curar casos de tartamudez o estrabismo, cuando se sabe que han sido provocados por la violentación de una tendencia natural a la zurdería, es la de volver a educar al paciente en el uso de la mano izquierda. Con este método se han conseguido muy buenos resultados.

Hay una relación entre los orígenes de las dos manifestaciones: zurdería y tartamudez. La facultad de la palabra depende de la integridad del lado derecho del cerebro en las personas zurdas. Contrariamente, la palabra depende del lado izquierdo del cerebro en las personas zurdas, normales.

El cambio de la zurdería a la normalidad envuelve, en cierto modo, el área de la materia gris del cerebro que controla la palabra.

El doctor W. S. Inman, director del hospital oftálmico y auricular de Londres, conocida autoridad en estas especialidades, manifiesta, por su parte, que ha asistido a mil enfermos de estrabismo, de los cuales sólo un número muy reducido no tenían ningún próximo familiar zurdo o tartamudo.



El ventrílocuo "moderno" invita a sus amigos para que oigan su nuevo "radio".

Añade el doctor Inman que la tartamudez aparece a veces como resultado de haber intentado una persona normal poder usar del mismo modo la mano izquierda que la derecha.

Es frecuente oír, según el doctor, que un bizco era tartamudo o zurdo en su infancia, sin que al llegar a la edad adulta quede en él huella ninguna de aquellos trastornos.

Dado lo reciente de estos descubrimientos, queda aún mucho por investigar concerniente a las verdaderas causas de las relaciones entre estas enfermedades Afortunadamente — pues que con tanta facilidad puede hacerse la cura con sólo volver al empleo de la mano izquierda.— los pacientes no tienen por qué preocuparse de las verdaderas causas de esas relaciones; a ellos les bastaría, suponemos, saber, siquiera sea empíricamente, el medio de curarse.

Su Majestad el Anuncio

Un mercader de Oriente llegó en cierta ocasión, decepcionado y triste, a pedir el consejo de un buen sabio, para reponer su hacienda.

Lo había perdido todo y no acertaba a descubrir la causa del desastre; su tienda era la tienda más suntuosa; no había telas tan finas en ninguna como las telas que tenía la suya: cristalería, alfombras principescas, plumas de aves exóticas y raras, collares de esmeraldas y de perlas.

—¿Qué te trae hasta aquí? — le dijo el sabio.

Y el respondió:

—Señor, quiero un consejo; fracasé y no acierto a explicarme mi fracaso. Tengo una hermosa tienda, la más rica de cuantas hay en mi ciudad natal, todo lo que tenía se encuentra allí, he invertido hasta el último centavo y a veces no he tenido qué comer.

—Deberías mucho — preguntó el sabio.
—No hay fortuna más limpia que la mía.
—Derrocharías dinero a manos llenas.
—Ya te he dicho que no tengo qué comer.
—Habrás abierto créditos sin cuento.
—Nadie solicitó de mi favor.
—Será muy caro lo que vendes.
—Mis precios son más bajos que los de otros. ¿Algo más eficaz puede pedirse?
—Habrás hecho algún mal y por eso nadie te quiere.
—Nadie se paró nunca en mi almacén.
—No anunciaras tu tienda.
—No, señor.

Y golpeándose el sabio la cabeza al escuchar las últimas palabras del acongojado mercader:
— He ahí la causa de tu ruina — dijo; — anda, anuncia tu tienda y verás.

En el anuncio, como en todo esfuerzo humano, la constancia siempre vence.

Aunque en forma de pregón, existe el anuncio en los lugares más humildes.

El movimiento social es el anuncio de la vida.

El anuncio es la rapidez de la venta; en un día pueden saber millares de personas lo que se vende en una tienda.

No hay anuncio insignificante, si se coloca en sitio selecto.

La publicidad es fecunda como la luz; por doquiera va derramando tesoros.

Con el anuncio sucede lo que con una batalla: para lograr la victoria no bastan los primeros disparos, sino que es preciso, con multiplicados golpes, vencer al enemigo.

El anuncio es como la lluvia que cae sobre los campos: ninguna gota se pierde. Si no da producto en el acto, dispone el terreno para dar fruto mañana.

El barómetro de la civilización de los pueblos es el anuncio. Los pueblos más atrasados son los que no anuncian.

Todo es digno de publicidad, aun lo más elevado.

El anuncio es el compañero inseparable de todos los progresos de civilización.

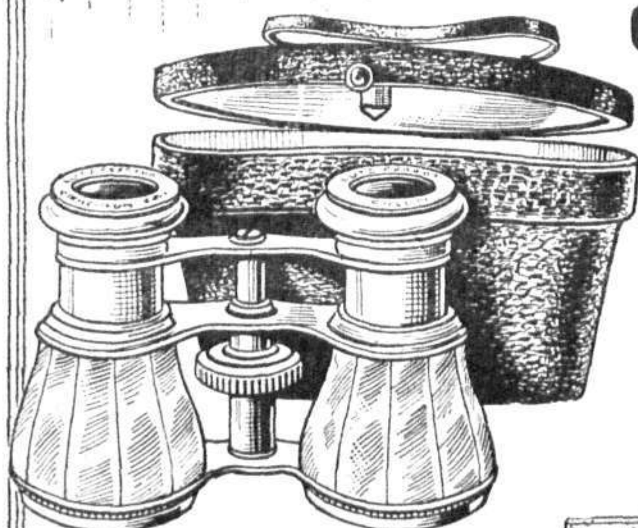
Hasta en lós momentos de recreo, es un recreo el anuncio.



GEMELOS de TEATRO

Ilustramos aquí dos de los modelos más modernos y elegantes en gemelos de teatro.

Ellos gozan de la preferencia del público entendido, por su esmerada construcción y acabado perfecto.



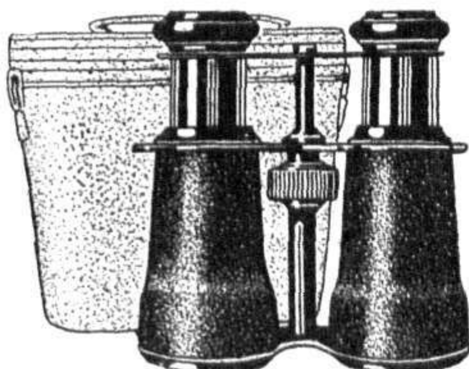
Gemelos "LYS"

PARÍS

Optique speciale
TEATRO COLON

(Exclusividad de nuestra casa)

En fino NACAR y BRONCE dorado inalterable, óptica de gran ALCANCE y LUMINOSIDAD, con estuche de cuero flexible, a .... $ **45.-**



Gemelos "LYS"

PARÍS

Exclusividad de nuestra casa. De gran alcance y luminosidad, en MARROQUI y BRONCE, con estuche flexible, a $ **18.-**

Los SABADOS la casa permanece abierta todo el dia.



PRIMER INSTITUTO OPTICO - OCULISTICO

LUTZ, FERRANDO y Cía

FLORIDA 240

CABILDO 1916 · ALM. BROWN 1067 · RIVADAVIA 6879



UNA bruma densa envuelve la ciudad del ruido; la envuelve desvaneciendo toda silueta dentro de su penumbra gris, tan densa ya, que el resplandor anaranjado de las luces parece prestar a los transeuntes una extraña semejanza con fantásticas apariciones... Casi podríamos creernos en la ciudad monumental de la niebla, y ¿a qué negarlo? me place intensamente esta evocación, que puede hacernos revivir horas muy gratas para el recuerdo... Además, considero que nada puede poetizar con mayor encanto ese incesante trajín de nuestra vida diaria, como la niebla, cuando atenúa formas y colores, cuando parece atenuar hasta las vibraciones más estridentes de este nuestro agitado vivir...

Si nos detenemos en medio de la bruma para observar las escenas — a veces tan fugaces, pero tan transcendentales, sin embargo, — que surgen inopinadamente a nuestro lado, el finísimo velo que atenúa luces y colores, las trueca en visiones llenas de sutil encanto... Así hemos visto cruzar ante nosotras, como un ensueño, la visión de una figura juvenil de singular belleza. El fulgor de su mirada, profunda y luminosa a la vez, los reflejos argentados del clásico atavío de desposada eran, en esta brumosa y opaca mañana de julio, como el símbolo mismo de la luz y de la vida...

Dentro, en la solemne y resplandeciente nave, se admira, sin restricciones, la belleza de la desposada, la señoril elegancia de su porte, la nota de suntuosidad y de recato d su traje, cubierto por el valioso manto de encaje, que podría creerse tejido por las hadas...

Luego no falta quien revele — entre la aristocrática asistencia — alguna primicia sentimental que augure nuevas y brillantes ceremonias nupciales. Se asegura con insistencia que, en breves días más, ha de anunciarse el compromiso oficial de una prestigiosa e interesante figura de nuestra alta sociedad, que ha declarado — ¡hasta ahora! — a sus amigas, que no hay motivo para comentar una franca amistad que, según las gentes que se dicen bien informadas, puede considerarse ya como un romance sentimental.

Se repite, pues, con insistencia, su dulce y breve nombre femenino, que evoca el recuerdo luminoso de alguna poetisa inolvidable que vistió, durante su vida, el hábito sagrado de las esposas de Jesús. El mismo nombre fué llevado por la desventurada soberana que *reinó, después de morir*, en tierras de Portugal, y el mismo llevó, también, la romántica heroína del drama legendario de Zorrilla... La aristocrática figurita acompaña ese dulce y breve nombre con dos apellidos que encierran, dentro de la sociedad argentina, toda una tradición de alcurnia y de cuantiosa fortuna; se asegura que ninguna manecita femenina puede atesorar, como la suya, tan fabulosa cifra de millones... En su breve actuación mundana ha conquistado afectos y simpatías, y ha sabido conquistar, sobre todo, el arrogante admirador — todo un buen mozo y perfecto bailarín, — que lleva nombre compuesto: el primero, de fama inmortal, pues lo llevó el conquistador — fabuloso héroe de leyendas y aventuras, — nombre al que acompaña el de un joven soberano desterrado hoy de su muy amada y luminosa patria. Por la ascendencia materna, pertenece el apellido de tan simpático candidato a una de las ramas de los Montescos y Capuletos porteños, o sea, de las familias que han mantenido a través de los años cierta rivalidad respecto de la histórica fundación de una ciudad feérica, fundación que ha suscitado controversias sin fin... La expectativa de las mejores amigas de la interesante figurita, y el lógico comentario de los circulillos aristocráticos constituyen hoy la nota mundana de mayor actualidad.

Se refiere también el comentario sentimental a una interesante jovencita, niña muy mimada de una familia de abolengo, que posee inmensa fortuna. La señorial residencia de los suyos se levanta — como fortaleza inexpugnable — en medio de vastos jardines, en una importante avenida que une el barrio más populoso, tal vez, de la capital con la ciudad que lleva el nombre de uno de nuestros más ilustres estadistas. De tipo criollo, muy fino, grandes y luminosos ojos negros, lleva la atrayente jovencita el mismo nombre de una emperatriz de Francia, cuya belleza criolla fuese tan admirada... Y como nota muy original — en estos tiempos que corren, — nota de que puede enorgullecerse la graciosa porteña que no ha querido sacrificar su hermosa cabellera, la recoge en enorme y artístico moño... Más bien pequeña de estatura, ha lucido alguna vez, con singular elegancia, la clásica mantilla de blondas...

Parece haber elegido ya entre varios admiradores, y que el afortunado candidato lleva un apellido de sólidos prestigios en la sociedad argentina; sólo puedo añadir que se hace notar, generalmente por su empeño de hablar muy fuerte en todas partes...

Y para terminar, lectoras y amigas mías, ya que la bruma tan persistente de estas primeras horas de julio atenúa luces y colores, y hasta puede disimular las indiscreciones del comentario inextinguible, recordemos que días pasados tuvo lugar una solemne y brillante ceremonia religiosa; que en ella ocupaba señalado lugar de preferencia, una aristocrática figura femenina que comparte, como es natural, los honores oficiales que corresponden a su esposo, por el elevado cargo que le inviste.

Pues bien; llegado el momento en que la junta organizadora de la ceremonia invitaba a tributar homenaje de respeto a una personalidad que asume aún en nuestro ambiente elevadísima representación... la distinguida dama, con encomiable discreción, halló la manera de evitar esa demostración que, por venir de quien venía, hubiera tenido un significado transcendental...

Entre el grupo de sus mejores amigas llegó a censurarse su actitud; otras, en cambio, siguieron su ejemplo, a pesar de no hallarse en su delicada situación.

Convengamos en que tan discreta actitud fué la que correspondía...

La dama duende.

Buenos Aires, Julio 1.º de 1925.



Sta. Elena María Morón Echegaray, que recientemente contrajo enlace con el ingeniero Augusto Landa.

El mayor tesoro

Polvos
FLORES DE SAN ISIDRO

De suave perfume, dan al cutis una fina blancura. Son los preferidos de las damas distinguidas. Preparados en color Blanco, Rachel, Rosa y Morisco.

OBSEQUIO. Todas las cajas contienen un delicado obsequio.

Precio en la Capital: $ **2.**—

Haga su pedido a las principales farmacias.

Crema LECHUGA

J. BEAUCHAMPS

Para hermosear el cutis. Blanquea y rejuvenece. Especialmente recomendada para masajes. Hace desaparecer las grietas, dejando la piel tersa y suave.

En venta en todas las Perfumerías, Farmacias y Tiendas de la República.

DEPOSITARIOS:

FARMACIA DANESA
y DROGUERIA
DIAZ KELLY

CABILDO 2171 — Buenos Aires
U. T. 0821, Belgrano.



Los que prácticamente fueron más allá de la imaginación de Julio Verne

Cuando Julio Verne escribió su obra "La vuelta al mundo en ochenta días" no podía sospechar que, relativamente poco tiempo después, se podría hacer ese, para él, extraordinario viaje, en bastante menos tiempo.

En efecto, Phíneas Fogg podría hacer ahora el circuito completo de la tierra en unos treinta y seis días. El libro de Verne tuvo la virtud de excitar a mucha gente a hacer una realidad de la fantasía del novelista.

El primer intento de dar la vuelta al mundo en un plazo determinado, lo realizó en 1889 Nollie Bly, lográndolo en 72 días, 6 horas, 11 minutos y 14 segundos. Jorge Francis Train dió la vuelta al mundo en 1890 en 67 días, 12 horas y 3 minutos. Charles Fitzmorris empleó en la misma hazaña 60 días, 13 horas, 29 minutos y 42 segundos.

El primero en usar el ferrocarril transiberiano fué Enrique Frederick, quien en 1903 dió la vuelta a la tierra en 54 días, 7 horas y 20 minutos. En 1907, el coronel Burnley Campbell redujo el tiempo a 40 días, 19 horas y 30 minutos.

En 1911, Andrew Jaeger-Schmidt tardó 39 días, 19 horas, 42 minutos y 37 segundos. Su viaje le costó 1426 dólares, de los cuales, solamente 596 fueron gastados en ferrocarril y transportes y 600 en hoteles, gastos suplementarios, etc.

El record de Jaeger-Schmidt fué batido en 1913 por John Henry Mears, que tardó 3 días, 22 horas y 37 segundos menos. Mears dió la vuelta al mundo en 35 días, 21 horas y 35 minutos y cuatro quintos de segundo. Puesto que el recorrido a hacer era de 21.006 millas, recorrió 587 millas por día o sean 24 ½ millas por hora. Jaeger-Schmidt había recorrido 19.300 millas a una velocidad media diaria de 480 millas.



— Mi pobre madre me decía siempre: "Si no eres feliz con tu esposo, vente conmigo Juliana!"
— Sí; pero debes pensarlo, porque hace veinte años que se murió.

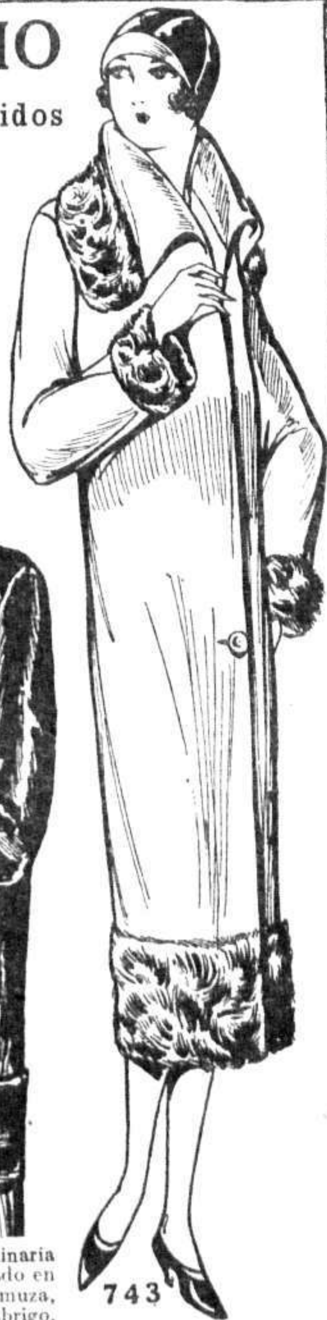
SEMANA DE JULIO

Venta Extraordinaria a Precios Reducidos









N.º 478. **Elegantísima** chaqueta en fino breisswartz francés, la verdadera imitación piel, prolijamente confeccionada y totalmente forrado en superior simili floreado, valía **$ 52,** lo liquidamos a... $ **32.-**

N.º 743. **Extraordinaria ocasión.** Regio tapado en finísimo velour gamuza, muy suave y de abrigo, con cuello, mangas y ancho ruedo de 20 cms. de riquísima imitación piel, medio forro de semi-seda, valía **$ 65,** por esta liquidación a........................ $ **39.-**

N.º 476. **Ocasión extraordinaria.** La última palabra de la moda, es este juvenil tapado en casimir inglés de excelente calidad, con tablas encontradas en la espalda y amplios bolsillos con cartera haciendo juego con las mangas, valía **$ 62,** lo liquidamos a... $ **39.50**

LA IMPERIAL

VICTORIA esq PIEDRAS B.s AIRES

LOS DE AYER

CLAUDIO MAMERTO CUENCA

¿Careció de carácter? ¿Fué un reflexivo? ¿No fué activo por timidez? Todas estas preguntas sugieren la vida y la obra de Claudio Mamerto Cuenca, poeta que florece en silencio durante los años de la tiranía y que muere, desempeñando funciones de médico en el ejército rosista, en la batalla de Caseros, fin de su vida material y comienzo de su gloria efímera.

Mientras muchos jóvenes argentinos luchan públicamente, en el destierro, contra la tiranía, Cuenca, espíritu sutil, enemigo silencioso del tirano y hombre de vasta cultura, permanece en Buenos Aires, su ciudad de origen, y, al mismo tiempo que desempeña sus funciones profesionales con cariño y ahinco, medita y escribe para sí, en la soledad de su retiro.

Poco le interesa la poesía civil. Es lírico, por temperamento; prefiere el madrigal, el idilio y el epigrama, al canto épico y a la oda magnífica y belicosa. Cultiva también el teatro, y produce «Don Tadeo», drama de ambiente argentino, y «Muza», drama de argumento gótico, demostrando, con el primero, que no es insensible a la tragedia política y social de su patria esclavizada.

Pero él, más que obrar, sabe quejarse o llorar. Tiembla, vacila, no actúa, gime y se ampara en su soledad de pensador. A las veces asoma la risa a sus labios y escribe entonces sus «Epigramas».

Ante la obra de Cuenca, debemos preguntarnos: ¿Y la mujer? Parece, según se desprende de su producción lírica, que fué poco afortunado, aunque no un ignorante, en materia amorosa. Probablemente, fué un ser tierno, sensitivo y, por consiguiente, ansioso de afectos hondos, pero, al mismo tiempo, una víctima de su cortedad de genio o acaso del linfatismo que acusan muchas de sus producciones. Lo cierto es que, con frecuencia, la mujer es el tema de sus poesías burlescas. No quiere esto significar que, guiado por su desventura y por su natural afectivo, reduzca su inspiración a la sátira: en sus obras todas, se revela el amador tierno, el amigo bondadoso, el soñador víctima de sus ideas fatalistas y de la amargura que le producen las desgraciadas andanzas, magnificadas, sin duda alguna, por su imaginación.

Recién después de su muerte, en Caseros, el 3 de febrero de 1852, cuando sólo cuenta cuarenta años de edad, comienza a divulgarse su vasta producción poética — pues escribió más de veinte mil versos — y a popularizarse su nombre, hoy casi olvidado. ¡Triste destino el de casi todos los escritores que actuaron en la época de la tiranía de Rosas: vivieron una vida angustiosa, lucharon sin descanso y murieron, en el recuerdo de sus compatriotas, a poco de morir!

Claro está que Cuenca no vivió la vida materialmente dolorosa de Mármol, de Varela, de Rivera Indarte, pero ¿puede nadie afirmar que es más trágica la libertad en el destierro que el silencio y la mordaza en un país tiranizado? Cuenca vivió en un medio ambiente contrario, sin salir de él y sin otra seguridad que la que le conquistaba su profesión de médico, muriéndose, ahogándose acaso de desesperación, sabedor de su impotencia como actor, ante la desgracia de su patria. Como único consuelo, su pluma, vehículo material de su romanticismo frenético, a la que empleaba, por desgracia, con excesiva frecuencia, movido acaso por su habilidad de versificador espontáneo.

Heraclio Fajardo, un escritor uruguayo de ayer, editó sus obras, después de elogiarlas, lo que no fué obstáculo para que muriesen en el recuerdo de los argentinos. Eso sí, fué esa edición una modesta contribución a la historia de nuestra literatura.

MI CARA

Esta cara impasible, yerta, umbría,
Hasta ¡ay de mí! para la que amo, helada,
Sin fuego, sin pasión, sin luz, sin nada,
No creas que es ¡oh, no! la cara mía.

Porque ésta, amigo, indiferente y fría,
Que traigo casi siempre es estudiada...
Es cara artificial, enmascarada,
Y, aquí para los dos, ¡la hipocresía!

Y teniendo que ser todo apariencia,
Disimulo, mentira, fingimiento,
Y un astuto artificio en mi existencia,

Por no poder obrar conforme siento
Y me lo mandan Dios y mi conciencia,
Tengo, pues que mentir, amigo... ¡y miento!

CLAUDIO MAMERTO CUENCA

C. SAUL JACOBI


FRANCESCO CINZANO & C.IA
ARGENTINA URUGUAY Y PARAGUAY
VERMOUTH
FRANCESCO CINZANO
TORINO

AÑO XXVIII BUENOS AIRES, 11 DE JULIO DE 1925 N.° 1397

CARAS Y CARETAS

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



LA ILUMINACION DE LA PLAZA DEL CONGRESO

FOTO DE VARGAS MACHUCA

Página Infantil



Esthercita A. Marini



Amelia Violeta Biaiñ Bianchini



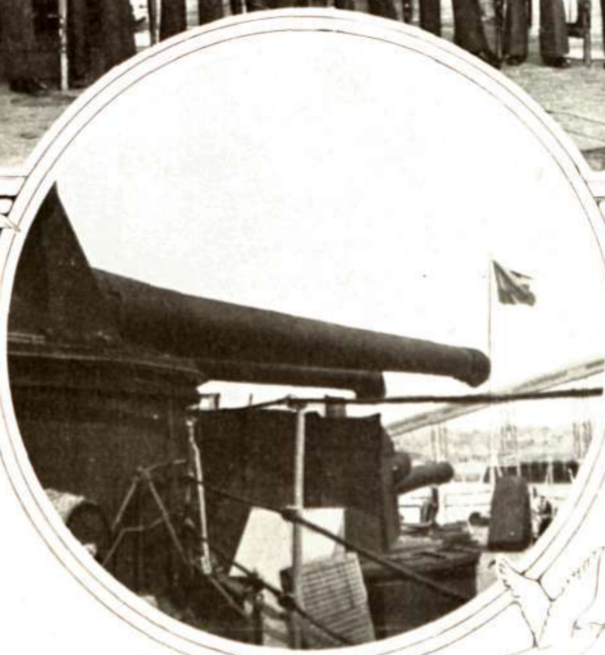


Esther Angélica Badaracco



La guardia militar del acorazado Rivadavia que prestó honores a las autoridades norteamericanas durante la visita que éstas hicieron al buque, fondeado en Quincy, el 25 de mayo pasado, rindiendo así un homenaje cordial a nuestro aniversario patrio.

Los marinos argentinos festejan a bordo del Rivadavia la Fiesta Nacional.



Los inmensos cañones de popa de nuestro buque máximo Rivadavia parecen cuidar la enseña patria, que flamea en popa gallardamente.



Señoritas y caballeros de la sociedad de la ciudad donde se halla fondeado el *Rivadavia*, que visitaron el buque, invitados por la oficialidad, el 25 [illegible]



Grupo de conscriptos de la clase de 1903, que componen la tripulación del Rivadavia. Estos jóvenes soldados prepararon un interesante programa para festejar la fecha.



LA MODERNIZACIÓN de
LO QUE NOS DICE
ALMIRANTE Manuel

Una de las cuestiones más interesantes de las producidas en los círculos gubernamentales en estos últimos tiempos, es el proyecto presentado al Honorable Congreso por el ministro de Marina, almirante Domecq García, referente a la urgente necesidad de comenzar la renovación del material de la armada nacional.

Con el fin de recoger el verdadero alcance de este proyecto, que fué comentado largamente en el exterior, visitamos al almirante Domecq García en su despacho ministerial. El ministro nos acogió con su cortesía habitual y se declaró pronto a contestar a nuestras preguntas.

Inquirimos al ministro si se trataba de adquirir nuevas unidades o de modernizar las ya existentes.

—*Un parangón sencillo y sin tecnicismos* aclarará ampliamente esta cuestión — nos contestó el almirante. — *Una empresa ferroviaria* sirve los intereses de una determinada zona; por falta de previsión o de un plan orgánico bien meditado, o por cualquier otra circunstancia, no se ha dispuesto anualmente de una suma apropiada para renovar el material desgastado y ampliar los servicios de acuerdo con los progresos y requerimientos de la región. Llega un momento en que es necesario tomar una determinación.

"La *empresa*, que desea cumplir sus obligaciones sin gastar más que el dinero estrictamente necesario, *no trata por el momento* de ampliar sus servicios tendiendo nuevos rieles que abarquen otras zonas; quiere solamente reponer lo más esencial de su maquinaria gastada, cambiar los tramos de vía más estropeados y adquirir el material rodante indispensable para atender a las necesidades de la producción.

"La Marina de Guerra está en este trance. Las primeras locomotoras que vinieron al país son contemporáneas de nuestros antiguos buques "Brown", "Plata", "Andes", etc. Esas viejas locomotoras no aceptan modernización, ni puede pretenderse que corran un tren rápido; podrán, todo lo más, ser re*paradas para continuar arrastrando a gran costo* una carga precaria a velocidad irrisoria para esta época. La mayoría de nuestros buques está en esa situación; algunos de ellos han prestado ya medio siglo de servicios y deben pasar al retiro; sus modelos deben ir a las vitrinas del Museo Naval como reliquias que ya pertenecen a la historia de la Marina; allí harán latir el corazón de más de un viejo almirante al recordar que fué en sus cubiertas donde dió los primeros pasos en la carrera.

"El "Moreno" y el "Rivadavia" y los cuatro exploradores tipo "Catamarca" son unidades relativamente modernas, que cuentan con poderosos elementos interiores capaces de gran rendimiento, y el gobierno se ha preocupado de modernizarlos, adaptándoles mecanismos y sistemas de control que permitan obtener el máximo de ese rendimiento; pero, desgraciadamente, con los otros buques no puede hacerse lo mismo, porque la escuadra está constituída por un conjunto de unidades que se acompañan y complementan, formando un todo armónico y homogéneo. Cualquiera de nuestros cruceros sirviendo de explorador a los acorazados, sería la locomotora de Sarmiento sirviendo de máquina piloto a un tren expreso a Mar del Plata.

"Es indispensable que se reemplacen algunos de nuestros cruceros por otros modernos, y que se incorporen parte de los destructores que fueron ya considerados indispensables el año 1910 y que

CARLOS

La Escuadra Argentina

El Ministro de Marina Domecq García

estando ya casi terminados se perdieron como consecuencia del conflicto europeo. Pero hay otra cantidad de servicios nacionales confiados a la Marina y que el país en general ignora. En las grandes heredades despobladas de nuestro territorio, donde sólo cruza de Norte a Sur una sola línea de telégrafo que cualquier temporal interrumpe, ha sido necesario establecer una red de estaciones radiotelegráficas que asegure las comunicaciones con cualquier tiempo; en los puertos a los que por falta de aliciente no llega aún la Marina Mercante ha debido establecerse un servicio periódico de transportes. La capital fueguina, por ejemplo, depende totalmente de los buques auxiliares de la escuadra. La vigilancia de la costa, el balizamiento de los puertos, los levantamientos hidrográficos y confección de cartas para la navegación, la construcción y mantenimiento de los faros, el aprovisionamiento de las subprefecturas, etc., son servicios hechos exclusivamente por nuestros buques auxiliares, alguno de los cuales, como la "Uruguay", vieja veterana de la escuadra, hubiera ya debido terminar su brillante carrera con aquel viaje memorable que efectuó a las regiones del Polo hace más de 25 años en busca de los náufragos del Antartic".

—¿Las experiencias de la última guerra se aprovecharán para este plan del Ministerio, y en qué medida y grado?

—El último gran conflicto ha demostrado que, sin variar en sus principios básicos, la guerra en el mar se ha complicado grandemente por la incorporación de nuevos elementos, como el aeroplano y el submarino. Las próximas batallas se librarán en el aire, en el agua y bajo de ella.

"El núcleo de la fuerza naval seguirá siendo el acorazado, el cual en síntesis no es sino una plataforma con grandes cañones, expuesto a ataques por sorpresa e incompleto, como sería incompleto un ejército que sólo contara con infantería. Es necesario que cada acorazado cuente con un cierto número de cruceros y aviones de exploración y de torpederos que lo protejan contra ataques de sus similares enemigos y de los submarinos, con transportes de aprovisionamiento, etc.

"Nosotros contamos con dos buenos acorazados, pero nos hace falta completar esa unidad táctica."

—¿Se adquirirán submarinos?

—Son indispensables. El submarino es el arma más adecuada para potencias navales débiles en lo que respecta a su defensa local. Si todavía el país no puede afrontar el gasto que implicaría la adquisición de todas las unidades de esta clase que hacen falta, es al menos indispensable que se compre un primer plantel donde nuestros oficiales y personal subalterno puedan hacer escuela y entrenarse para un servicio tan delicado e importante.

—¿Qué repercusión puede tener en el exterior la noticia de que la República Argentina se apresta a renovar sus existencias navales?

—Nadie que conozca las necesidades orgánicas de una escuadra y se detenga un instante a analizar la composición y desarrollo de la nuestra, podrá tener la menor sospecha al respecto. No se trata, como se ha dicho, de construir un segundo piso en nuestro edificio naval. Se quiere solamente cambiar los muebles viejos y tapar las goteras del existente. Nuestros vecinos, que serían los más directamente afectados por una ley de armamentos, lo saben muy bien.

O N S E



Acorazado Rivadavia, gemelo del Moreno, y que juntos constituyen las unidades más modernas de la armada.



Crucero 25 de Mayo, construído en 1891. Actualmente se halla radiado, es decir, fuera de todo servicio.



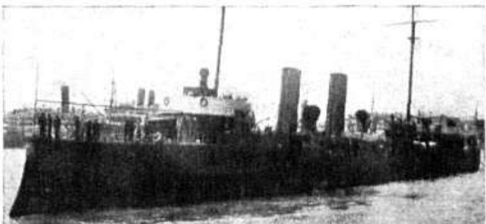
Crucero acorazado General San Martín. Tiene 27 años de servicios y fué construído en astilleros italianos.



Crucero 9 de Julio, construído en Armstrong e incorporado en 1892. Tiene 33 años de servicios. Radiado.



Crucero acorazado Gral. Belgrano, (1898). Después del Moreno y el Rivadavia es la unidad más importante.



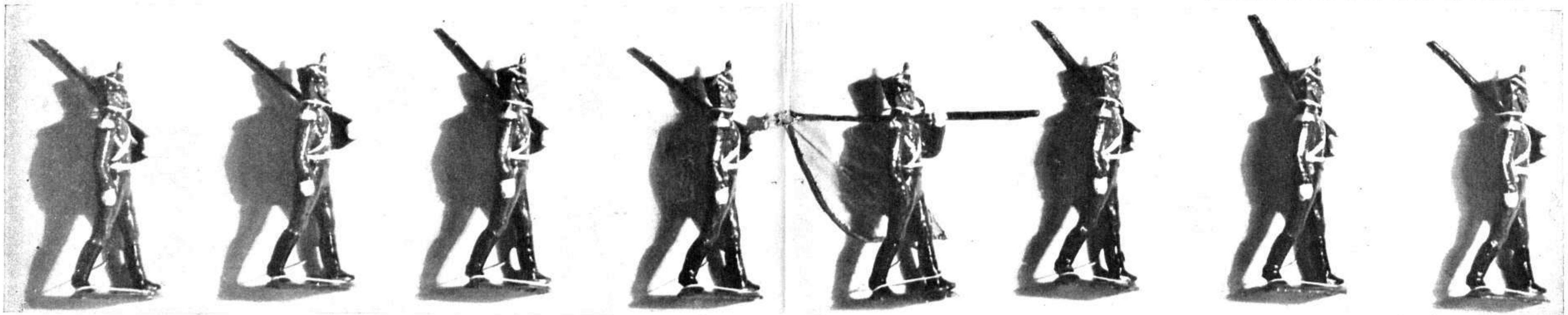
Explorador Jujuy, adquirido en Alemania en 1912, es, con sus tres gemelos, la unidad más moderna de la armada.

ALEGRIA DE NIÑOS — EMOCION DE VIEJOS



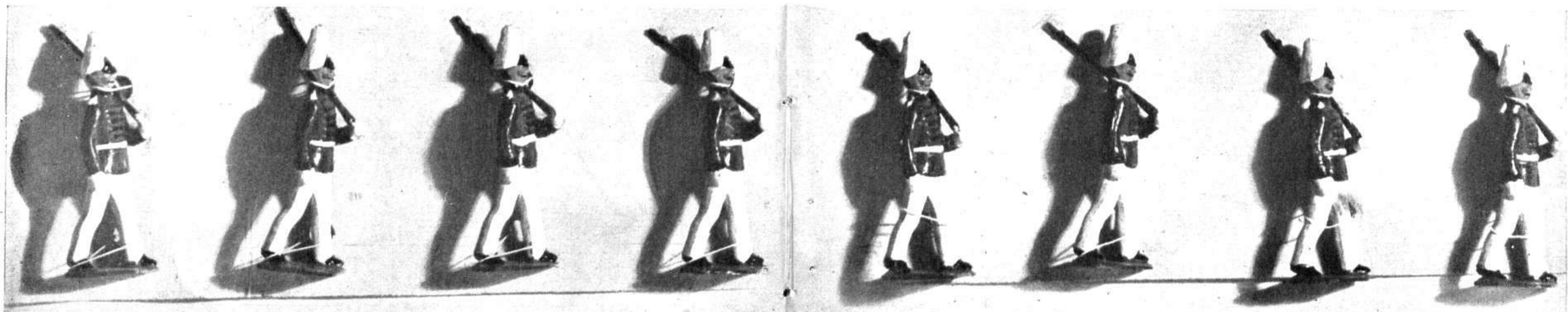
LOS SOLDADITOS DE PLOMO, OBEDIENTES, DISCIPLINADOS, QUE NO SE REBELAN ANTE LOS MÁS INFANTILES CAPRICHOS: ¿QUIÉN NO REMEMORA CON ALEGRÍA LA CAJA, DE DONDE LOS DIMINUTOS INFANTES Y JINETES IBAN SALIENDO EN TANTO LAS BOCAS IMITABAN LOS SONIDOS DE TAMBORES Y CLARINES?

MIENTRAS LOS NIETOS Y LOS HIJOS SE ENTRETIENEN CON LAS GUERRILLAS DE LOS SOLDADITOS, LOS ABUELOS Y LOS PADRES REMEMORAN LA EDAD INOCENTE. Y, POCO A POCO, ENTUSIASMADOS... PRINCIPIAN POR DAR CONSEJOS A LOS NAPOLEONES CHIQUITOS Y, CALÁNDOSE LOS LENTES,



¿QUIÉN NO SE ACUERDA DE AQUELLOS TIEMPOS EN QUE ENVIDIABA EN LOS ESCAPARATES LOS SOLDADITOS CUYA POSESIÓN LE REGATEABA LA SUERTE? BIEN DICE WELLS QUE: «QUIENES SE HAN DEDICADO A ESCRIBIR SOBRE LOS JUGUETES NO HAN HECHO JUSTICIA A LAS CAJAS DE SOLDADITOS».

PONEN SU EXPERIENCIA DE VETERANOS AL SERVICIO DE LA NIÑEZ. ASÍ, DE REPENTE, LOS VIEJOS ALUMNOS DE LA ACADEMIA MILITAR, LOS GUERREROS DEL PARAGUAY, LOS CONSCRIPTOS DE HACE AÑOS HALLAN EN LOS BÉLICOS JUGUETES INFANTILES UNA NUEVA Y VIEJA VIDA QUE LOS REMOZA Y LOS ANIÑA.



¿LLEGARÁ A REALIZARSE LA VISITA DEL REY DON ALFONSO XIII?







EL EX PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS, DON GABINO BUGALLAL, CONVERSANDO CON NUESTRO ENVIADO ESPECIAL, SEÑOR XAVIER BÓVEDA.

IMPORTANTES DECLARACIONES DE PERSONALIDADES ESPAÑOLAS PARA "CARAS Y CARETAS"

El halagador anhelo de la República Argentina por recibir la visita del Rey de España, no excede al intenso afán que el Rey y todos nosotros sentimos por su realización. Es grato al espíritu, y es conveniente al recíproco interés nacional, explicándose tan sólo por la complejidad y delicadeza de la vida política actual en todas las naciones el que sentimientos tan vivos no hayan podido tener satisfacción. ¿Es este momento más propicio que otros para que el Rey de España se decida a una ausencia del país como la que tal viaje supone? No me atrevería a afirmarlo; pero de las ventajas políticas de su realización y de las satisfacciones espirituales que con él recibiría nuestro monarca y, a través de él, la Patria española entera, apenas se concibe que haya quien abrigue duda.

Gabino Bugallal



CONDE DE ROMANONES.

Lástima que el viaje de S. M. el Rey á la República Argentina no se haya realizado hace tiempo, hoy lo encuentro mas difícil y ménos oportuno por consideraciones que mi patriotismo me veda exponer.

Lástima que el viaje de Su Majestad el rey a la República Argentina no se haya realizado hace tiempo; hoy lo encuentro más difícil y menos oportuno, por consideraciones que mi patriotismo me veda exponer.

C. de Romanones



Palacio de Liria

Madrid Mayo 7. 1925

A mi regreso de Sevilla me encuentro la carta de Vd. en la que solicita de mí la opinión que me merece el proyectado viaje de S. M. el Rey a América del Sur. Aunque mi desconocimiento de aquel hermoso país, donde aun no he estado, me impide poder enviarle la opinión que de mí solicita, no he de ocultarle la especial simpatía que me merece, tanto más teniendo en cuenta mi condición de individuo del Comité del Colegio Mayor Hispano-Americano de Sevilla, estando firmemente persuadido de que ese viaje no ha de poder por menos de estrechar grandemente los lazos de fraternidad de ambos países.

Merece el proyecto toda mi mayor simpatía y no dudo que ha de ser el viaje muy fructífero en todos los órdenes de la vida de los dos países en él interesados.

Aprovecho la ocasión para ofrecerme de Vd. muy atte. afmo. amigo s. s. q. e. s. m.

Alba

DUQUE DE ALBA.

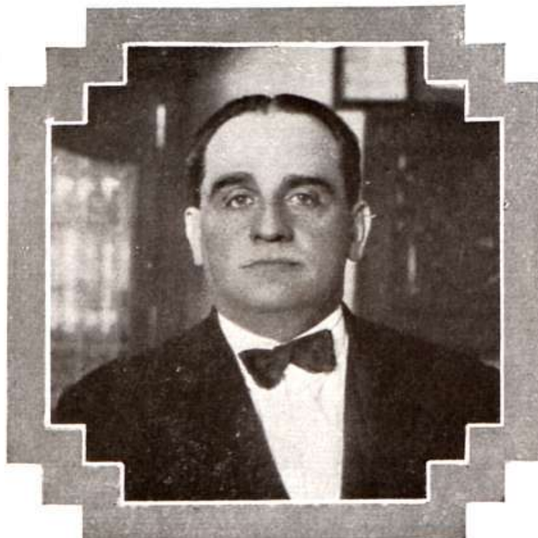
Muy distinguido Sr.: Recibo la atenta carta que se sirve dirigirme a bordo del Koln, solicitando mi opinión sobre el proyectado viaje de S. M. el Rey a la Argentina. Tanto por los periódicos que representa, como por Vd. mismo, me sería muy grato estar en condiciones de complacer a Vd.; pero en las actuales circunstancias, estoy absolutamente imposibilitado de emitir juicio alguno que con la política de mi país se refiera, y en esta línea de conducta, no cabe excepción. Siento pues no poder atender su ruego, aun estimando en mucho su deferencia.

Me complazco con tal motivo en ofrecer a Vd. el testimonio de mi mayor consideración, y en quedar suyo afmo. s. s. q. e. s. m.

A. Maura



DON ANTONIO MAURA.



EL EX MINISTRO SEÑOR C. GOICOECHEA.

Convertido, a medida que el tiempo transcurre, el viaje del Rey de España a América, de simplemente útil en absolutamente necesario, no pueden siquiera alegarse para aplazarlo anormalidades políticas y dificultades de orden interno. No guardan esas anormalidades la más lejana conexión con el designio elevado de que España tome, al cabo de los siglos, nueva y simbólica posesión del alma americana. Mientras ese designio no se realice, América podrá creer que el americanismo de que alardeamos es sólo epidérmica y superficial innovación introducida en el vocabulario y que España está respecto del continente que los españoles exploraron y civilizaron en la misma situación de espíritu en que, según el P. Acosta, se colocó respecto de la piña el emperador Carlos V: "El olor alabó; pero el sabor no quiso ver qué tal era"...

A. Goicoechea



Claudia Muzzio

Nació en Toscana. Siendo muy joven, casi niña, comenzó sus estudios de arpa y piano. Sentía vocación irresistible hacia la música. A los quince, los padres la enviaron a Turín para que continuara sus estudios de piano con la señora Casaloni, famosa maestra. Al poco tiempo la profesora descubrió en ella sus aptitudes vocales, y trató por todos los medios de educar su garganta aprovechando los tesoros naturales que en ella había. Fué así como a los veinte años, cuando su belleza de mujer recién comenzaba a insinuarse de magnífica manera, hizo su debuto con "Manón" de Massenet. Fué un éxito sin precedentes, y la sala prodigó una emocionante ovación a la joven cantante, a quien los temores del debut no habían impedido que actuara como una consumada actriz lírica.

FOTOGRAFIA DE FRANS VAN RIEL


DESFILAN
LOS
GRANADEROS
CARAS
Y CARETAS



CÓMO SE PREPARA EL DESFILE MILITAR

DESPUÉS DE LA INSTRUCCIÓN MILITAR, EL CONSCRIPTO, EN EL SILENCIO DE LA CUADRA, SE APLICA A DAR LOS ÚLTIMOS TOQUES AL UNIFORME QUE HA DE LUCIR GALLARDAMENTE EN LA PARADA.

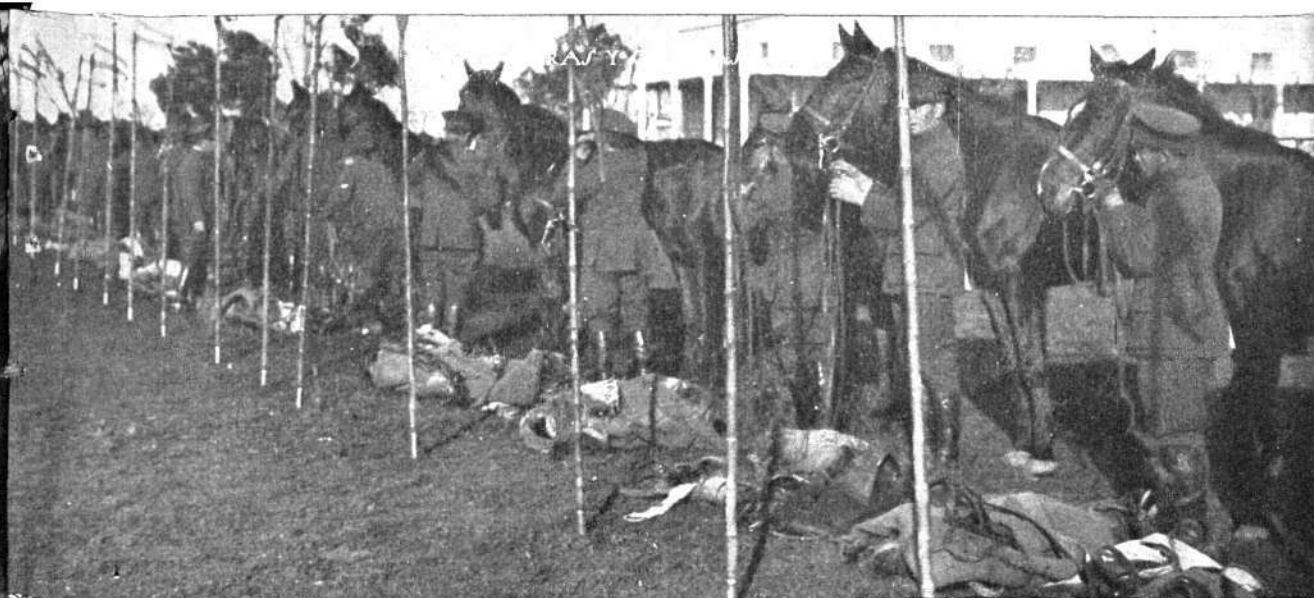
LA nota gráfica que publicamos acerca de los preparativos de nuestros conscriptos para la parada y desfile del 9 de Julio, ha sido obtenida gracias a la gentileza del señor ministro de Guerra, general Justo. Fué tomada en los cuarteles de campo de Mayo, donde el comandante de la segunda región, general Martín Rodríguez, se prestó *gentilmente* a asesorar a nuestro repórter.







SOLDADOS DE UNA BATERÍA LLEVANDO LA CABALLADA PARA ATALAJAR LAS PIEZAS. LOS OFICIALES INFUNDEN EN EL SOLDADO ESE AMOR POR EL CABALLO QUE HACE QUE ÉSTE OSTENTE SIEMPRE UN ESTADO DE PRIMER ORDEN.



PINTORESCO ASPECTO QUE PRESENTA EL ESCUADRÓN APRONTANDO LAS CABALGADURAS. LA COMPLICADA TAREA ES REALIZADA EN POCO TIEMPO. A LA VOZ DE «¡MONTAR!», EL GALLARDO ESCUADRÓN FORMA POR ESCUADRAS.





UNA SECCIÓN DE CABALLERIA SORPRENDIDA EN EL MOMENTO DE SALIR DE LA CUADRA.



UNA PROLIJA Y ULTIMA REVISACIÓN MOMENTOS ANTES DE SALIR PARA EL DESFILE.



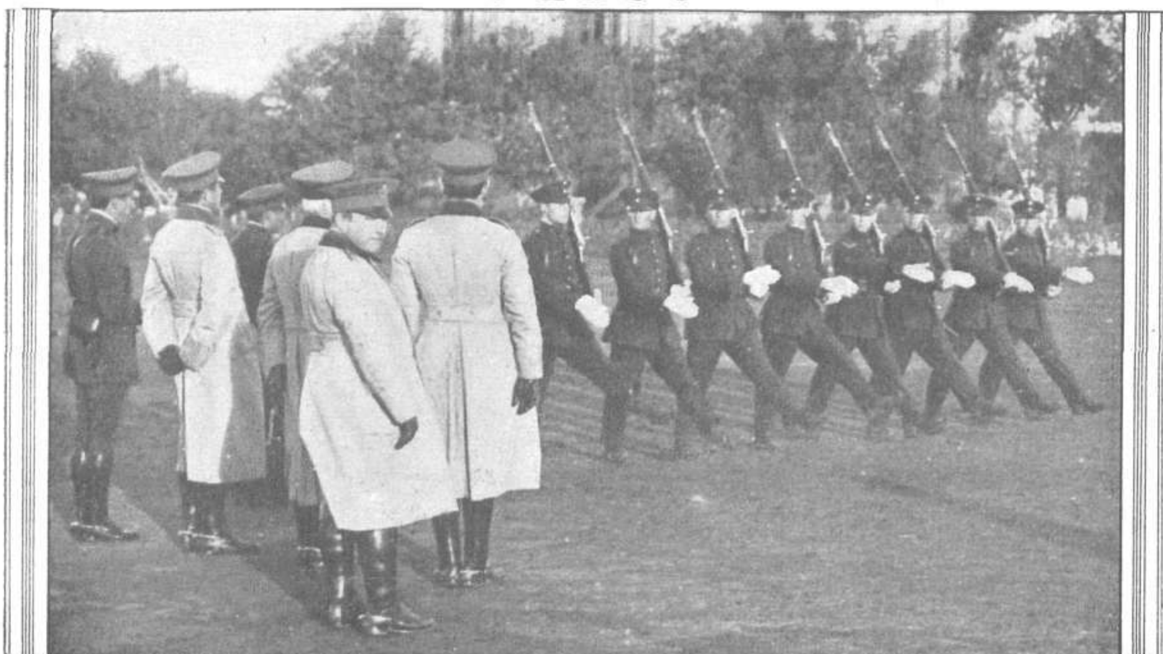




ANTES DE SALIR, EL OFICIAL DE LA SECCIÓN EFECTÚA UNA PROLIJA REVISTA A LAS PRENDAS DEL SOLDADO. NINGÚN DETALLE DEBE PASAR INADVERTIDO A LOS OJOS ESCRUTADORES DEL SUPERIOR.



EL ARMAMENTO TAMBIÉN ES OBJETO DE MINUCIOSA REVISACIÓN. EL SOLDADO, PRIMERO QUE TODO, DEBE ATENDER A LA PERFECTA CONSERVACIÓN DEL ARMA QUE LA PATRIA LE ENTREGA.



EL JEFE DE LA DIVISIÓN, GENERAL MARTÍN RODRÍGUEZ, INSPECCIONA LAS TROPAS QUE HAN DE DESFILAR Y COMENTA CON LOS OFICIALES SUPERIORES DEL REGIMIENTO LA INSTRUCCIÓN EXCELENTE QUE ÉSTAS POSEEN

LA BATERÍA FORMADA EN EL PATIO DEL CUARTEL PARA QUE LOS OFICIALES PUEDAN APRECIAR, ANTES DE LA PARTIDA, EL ESTADO GENERAL DE TROPAS, CABALLADA Y MATERIAL



UN SOLDADO DE INFANTERÍA MONTADA ENSILLANDO, DESPUÉS DE HABER RASQUETEADO Y PEINADO CUIDADOSAMENTE A SU CABALGADURA



Fotos de Arroyo.



UN LANCERO ATANDO EL GALLARDETE QUE LLEVA LOS COLORES PATRIOS, LOS CUALES HAN DE FLAMEAR AGITADOS POR EL VIENTO DE LAS CALLES DE LA CIUDAD.





General Eduardo Broquen, comandante en jefe de las fuerzas del desfile.

GUERREROS DEL PARAGUAY
NUESTRA ★ HEROICA ★ GUARDIA ★ VIEJA



IGNACIO FOTHERINGHAM, GENERAL DE DIVISIÓN.



RAFAEL BLANCO, ALMIRANTE.



DIEGO LAURE, CONTRAALMIRANTE.



MARTÍN GUERRICO, CONTRAALMIRANTE.



DEMETRIO MAYORGA GENERAL DE BRIGADA.



FÉLIX BENAVIDES, GENERAL DE BRIGADA.



JUSTO S. ANAYA, GENERAL DE BRIGADA.



ELEODORO DAMIANOVICH, GENERAL DE BRIGADA.



ENRIQUE LUZURIAGA, GENERAL DE BRIGADA.



FÉLIX ADALID, GENERAL DE BRIGADA.

Como un homenaje a los hombres que en su hora se sacrificaron por la patria, damos en estas páginas los retratos de algunos de los más destacados guerreros que intervinieron en la cruenta guerra del Paraguay. CARAS Y CARETAS rinde así su pleitesía a los viejos militares, honra de la Nación.



JUAN A. GOLFARINI, GENERAL DE BRIGADA.



DAVID MARAMBIO CATÁN, CORONEL.



CESÁREO DÍAZ, CORONEL.



ABRAHAM WALKER. CORONEL.



SANTIAGO CASTRO FEIJÓO, CORONEL.



MANUEL SILVA, CORONEL.



JUAN L. SOMOZA, CORONEL.



ANTONIO PARDO, CORONEL



ANTONIO QUIROGA, CORONEL.



ANTONIO BUSTRIAZO, CORONEL.


FLORENCIO FREDES, CORONEL.


LISANDRO VILLEGAS, TENIENTE CORONEL.


ENRIQUE BRITO DEL PINO, TENIENTE CORONEL.


DARÍO BECCAR, TENIENTE CORONEL.


CECILIO LÓPEZ, TENIENTE CORONEL.


JUAN MAC DONNELL, CAPITÁN DE FRAGATA.


ENRIQUE CONDE, TENIENTE CORONEL.


MANUEL ÁLVAREZ, TENIENTE CORONEL.


NICANOR SAGASTA, TENIENTE CORONEL.


RAMÓN MONTERROSO, MAYOR.


ANTONIO IGNACIO, MAYOR.


MARTÍN CARRASQUERA, MAYOR.


CARLOS A JUNGE, MAYOR


RODOLFO MORENO, CAPITÁN.


DOMINGO CAPELLA, CAPITÁN.


JUAN GIRONDO, CAPITÁN


COSME MASSINI, CAPITÁN


LUCIO L. RAVIER, TENIENTE DE FRAGATA.


ESTEBAN FACIO, TENIENTE 1.°


ÁNGEL FUGAZAR, TENIENTE 1.°


CARLOS DELCASSE, TENIENTE.



DE LA PRISIÓN AL DESTIERRO

Después de varias semanas de prisión, la vida a bordo se iba haciendo normal para los detenidos. Habíamos encontrado el camino fácil y seguro de comunicación con tierra por medio de oficiales amigos que nos llevaban nuestra correspondencia.

De lo único que carecíamos era de noticias políticas. Recibíamos diarios, pero los diarios no daban más informes que los consentidos por la censura oficial que regía bajo el estado de sitio. No sabíamos la suerte de nuestros correligionarios ni su estado de espíritu; pero, de cuando en cuando, algún mensaje secreto nos alentaba con la seguridad de que la masa de opinión adicta a nuestra bandera se mantenía impedida para manifestarse, pero con el mismo fervor cívico que había formado cálido ambiente a nuestra labor revolucionaria. Nuestra situación real no era de héroes ni de mártires, pero ante la imaginación popular aparecíamos, especialmente el doctor Alem, engrandecidos con la aureola de sacrificios por nuestro amor al pueblo. Más aún; en ese período era absolutamente efectivo y sincero el sentimiento que asimilaba la misión radical con el amor a la patria.

La intensidad con que este impulso dominaba entonces la psicología colectiva, si hoy se produjera, aparecería como un verdadero fanatismo. Lo era, tal vez. Por esa había pueblo de pie y abanderados con cerviz enhiesta.

Salvo aquella contrariedad, efecto de ansiosas expectativas de carácter político, nuestro aislamiento del mundo no resultaba incómodo ni penoso. En todo caso, la ausencia del hogar y de los atractivos so-

ciales estaba compensada en parte por la comunidad familiar que se estableció entre los prisioneros. Ella se afirmaba en cordialidad más o menos acentuada, según las afinidades espirituales que determinaban la formación de varios grupos de amigos.

Los más jóvenes — Arraga, Alvear y yo — formábamos en núcleos diversos de los mayores. El de mi vinculación más estrecha lo constituían don Juan Posse, de edad provecta entonces, el doctor Guillermo Leguizamón y el coronel Figueroa, maduros, pero no viejos; don Rufino Pastor y don Celindo Castro, eran devotos oyentes de la permanente elocuencia del doctor Saldías.

Liliedal era cosmopolita; formaba parte integrante de todos los grupos. El doctor Alem no pertenecía a ninguno, pero lo acompañaban con más frecuencia Barroetaveña y Torino.

Este, en aquella época, pasaba por un período de doctrinarismo científico que lo especializaba en los estudios de medicina neuropática. Se había dedicado a observar, desde este punto de vista, a todos los habitantes del barco, pero en especial a los compañeros. Y en la mayoría encontraba rasgos más o menos pronunciados de alguna neurosis. Había algunos sobre los cuales formulaba diagnósticos alarmantes, clasificándolos de *fronterizos*. Entre ellos estaba el más buen mozo de todos, pero cuyo temperamento lo inclinaba a una especie de misticismo político que al fin le llevó hacia el socialismo avanzado. Solía pasar largas horas en actitud de abstraído, mirando vagamente el horizonte, como si vislumbrara allí la visión del mundo mejor que acariciaba en sus ideales libertarios.

Torino era implacable para juzgarlo científicamente; le anotaba los gestos, la expresión y algún soliloquio misterioso, cuando en un rincón de proa, creyéndose libre de testigos, dejaba que el discurso interior se tradujera fragmentariamente en ademanes y frases aisladas.

¡Ay de él en esos momentos! Su fiscal psicológico lo espiaba anotando todos los movimientos y signos denunciadores, a su juicio, de una manía avanzada, cuyas características analizaba con citas de autoridades médicas especializadas. Según su criterio, había entre los presos tres locos: el arriba aludido, era un loco taciturno; otro de los más caracterizados, de entre nosotros, era *un loco razonante;* otro, estimado y querido por todos, era *el loco entretenido.*

El doctor Alem y yo éramos sus clientes en otro sentido. Al primero lo tenía clasificado como *asmático* o predispuesto al asma, que podía desarrollarse allí con más facilidad, a causa de la humedad ambiente. Por este motivo, lo perseguía con recetas, cuidados y precauciones que el favorecido con ellas aceptaba a medias, sin darles mayor importancia o dándosela más como manifestación amistosa que como método curativo y preventivo.

A mí me atendía como enfermo del estómago, en su carácter de médico, de buen amigo y de causante involuntario de la agravación de mi mal, por el antecedente que he referido en una de mis anteriores narraciones.

El tratamiento a que me sometió era de riguroso régimen alimenticio a base de huevos, verduras, leche, con exclusión completa de carnes, grasas, vino, etc.

Pero resultó que los artículos que debían formar mi único alimento eran justamente los que no había en la cocina del barco. El comandante y los oficiales hicieron lo posible para conseguir lo que se necesitaba para mi menú especial. Por uno u otro motivo, no fué posible obtener ni leche, ni huevos, ni verdura. No había más que carne, preparada en distintas formas, todas imposibles para un dispéptico en estado agudo. La oficialidad presenció, contrariada, que yo no me alimentaba sino con caldo claro, lo que después de dos o tres semanas, y a pesar del vigor de mi naturaleza, iba produciendo su efecto natural exteriorizado en aniquilamiento visible.

El presidente, doctor Pellegrini, fué informado del caso, y con la magnanimidad — tipo argentino antiguo — que lo caracterizaba, resolvió cortar por lo sano y mandarnos *a pasear a Montevideo*, en calidad de desterrados.

Al doctor Alem, con el coronel Figueroa, Torino, Barroetaveña y Liliedal, los retuvo presos, y nos expatrió a los demás, entre los cuales estaban don Juan Posse y el doctor Leguizamón, miembros de la Junta de Guerra revolucionaria, que con esta investidura intervinieron en dos episodios de valor histórico sobre los cuales nada se ha escrito todavía. Hay, sin embargo, un deber de registrarlos por parte de los únicos sobrevivientes a quienes consta la realidad de los hechos. Para eso se necesitan pantalones; no sé si los bien puestos que se usaban entonces, sean iguales a los que llevan ahora los mismos viejos amigos del doctor Alem.

El hecho es que por la magnanimidad, o mejor dicho, por la caballerosidad de un adversario político, que en aquel momento, como gobernante con estado de sitio, tenía toda la suma del poder público, se buscó el medio de que no fuese perjudicado en su salud un radical revolucionario que había sido, en la prensa y en la tribuna popular, un fustigador severo de la situación política dominante.

Cuando recuerdo aquel rasgo que pinta con qué hidalguía guerreaban políticamente los hombres de aquel tiempo, no puedo menos que hacer confrontaciones con sucedidos en épocas posteriores en que, no sólo los enemigos, sino hasta los correligionarios resentidos o irritados, no guardan consideraciones personales al contrario ni al compañero antagonista en ideas, sino que lo persiguen, no sólo en la esfera de la vida pública, sino en el orden privado.

Si el caso ocurrido bajo el absolutismo decente de Pellegrini se hubiese presentado en tiempos más recientes, no habría faltado quien se felicitara de que yo no pudiera alimentarme en la prisión. Y si sucumbía, hubiera dado confidencialmente la explicación, con aspavientos de lástima: "¡Pobre mozo; ha muerto a causa de sus excesos en la bebida!" ¡Matemático! Así hubiese ocurrido si en la escena oficial hubiesen intervenido ciertos actores que el público conoce.

Una mañana se nos notificó la orden de expatriación, y a la noche nos embarcaron en un paquete de la escuadra con destino a...

El rumbo era clavado hacia Montevideo; pero un compañero de índole siempre alarmista, tomando en serio la broma de un oficial que le deslizó en la lancha de transbordo una frase misteriosa, supuso que el buque transporte simulaba dirigirse hacia el oeste, pero que, a mitad del camino, debía virar con rumbo al sud. La preocupación de que nos confinasen en la Isla de los Estados, que había sido la idea fija de aquel amigo, cuando estábamos incomunicados, y temía el fusilamiento del coronel Figueroa, se

reprodujo durante el viaje. Aquella noche no durmió, esperando observar el cambio de derrotero en la dirección temida del país del frío mortal y de la niebla asfixiante, una especie de patíbulo polar...

El barco, inocente de la mala intención que se le imputaba, siguió navegando con rumbo a Montevideo hasta la media noche, en que nos separamos para ir a dormir. Pero nuestro obsesionado, que tenía indudablemente la imaginación dramática, continuaba abrigando temores, no ya con relación a los mares del sud, sino que nos llevasen a una costa desierta del Brasil, otra de las posibilidades a que habían hecho alusión los mal entretenidos que abusaban de su credulidad.

La mañana siguiente fué la de una espléndida aurora montevideana. El presidente había dicho: "Los lindos ojos de las orientales harán que me perdonen mandarlos a comer el duro pan del destierro."

La frase, que era intencionadamente irónica refiriéndose a los acaudalados que iban entre nosotros, tuvo penosa y hasta peligrosa realidad para algunos.

Al desembarcar, resolvimos constituir a uno del grupo en apoderado general para correr con todo lo administrativo, de arreglar con changadores, hotel, etc.

Yo dije, en broma: "Queda designado dictador el doctor Saldías." Todos asintieron, y él desempeñó su función con la actividad que lo caracterizaba y más competencia de la que le atribuíamos en materia tan ajena a sus actividades de historiador y publicista.

Pero resultó, según pudimos comprobarlo desde las primeras horas, que él había tomado muy a pecho lo de dictador. No sólo quiso ejercer el mando en lo relativo a nuestra instalación y a las relaciones del grupo con los periodistas, sino que quiso hacer extensiva la órbita de su poder a las relaciones privadas de los *desterrados* con la legación argentina y con los compatriotas residentes en Montevideo, de quienes él sospechaba que pudieran ser *espías* del gobierno.

Sobre este punto se promovió una serie cuestión, hasta convencerlo al *dictador* que no podíamos aceptar la rígida reglamentación a que quería someternos y las exclusiones a que pretendía obligarnos bajo el supuesto de que muchas de las personas que nos visitaban podían ser agentes policiales de Buenos Aires o interesados particulares en informar al gobierno de lo que hablábamos y hacíamos.

Y sobre este punto, las precauciones del doctor Saldías eran perfectamente fundadas.

Desde que llegamos nos visitaban numerosos argentinos, algunos desconocidos para todos nosotros, pero de buena apariencia, que se decían radicales revolucionarios y que iban a ofrecerse para una *patriada*.

Alguno, de quien desconfiamos desde el primer momento, nos propuso fundar un diario radical para repartirlo en todo el litoral argentino. El proyecto estaba muy bien combinado.

Se basaba en la circunstancia de que estando toda nuestra prensa amordazada por el estado de sitio, una hoja de libre propaganda, impresa en el extranjero y distribuída a las doce horas en Buenos Aires y Rosario, podría alcanzar un éxito extraordinario, hasta como empresa periodística, aparte de las ventajas políticas.

El empresario sólo pedía unos pocos pesos para costear el primer número, y que nosotros nos hiciéramos cargo de la redacción de todo el periódico; él se reservaría sólo la parte administrativa.

¿Era un aventurero de buena fe o un agente secreto de la policía de Buenos Aires? Este asunto se discutió por varios días. Pero hubo un momento en que prevaleció un criterio de confianza; el pensamiento fué aceptado en general, y se improvisó un banquete para festejar la próxima aparición del periódico radical en Montevideo. Durante la comida, nuestro *dictador* fué el primero en romper sus propias consignas de reserva. En el entusiasmo de los brindis, pronunció una fogosa arenga revolucionaria que bastaba como notificación de nuestro estado de espíritu para el gobierno, si es que había, entre los comensales, informantes secretos.

Seguramente los había, y el plan del diario, que se combinó en horas en que yo no concurrí a las reuniones del grupo, fué abandonado a mérito de otro plan equivalente que yo propuse, más sencillo, más rápido y seguro, sugerido por causas especiales a que me referiré en capítulo aparte.

Con ese nuevo plan de acción, comenzamos a desarrollar una propaganda política activa, pero no revolucionaria para aquel momento, en atención a nuestros compañeros que quedaban presos en *La Argentina*, y cuya suerte podíamos comprometer con trabajos desligados de su dirección central.

Con este criterio y esta actitud, tuvimos oportunidad de impedir una gran traición hacia el doctor Alem, y evitar al país un crimen de lesa civilización.



Dibujos de Requena Escalada

"A L A C R A N E O" de un PROVINCIANO de TIERRA ADENTRO



Los porteños nos llaman «otarios» y suelen reír a costa de nuestra cortedad. Confunden desfachatez con viveza; bonhomía con candidez. Sin embargo, en alguna ocasión — cuando nos atrevemos — les sale el tiro por la culata:

— ¡Picardía provinciana! — exclaman, entonces, con una ingenuidad encantadora.



Tenemos una Administración de Impuestos Internos que fiscaliza nuestro aguardiente y nuestro modesto cigarrillo de chala con anís. ¿Por qué no habría de crearse una Administración de Intervenciones Federales, si vivimos o bajo su fiscalización o amenazados por ella?



Ser diputado al Congreso Nacional es la suprema aspiración de los estudiantes pobres que vienen a Buenos Aires. Acaso la razón de ese anhelo se encontraría en el *buffet* del Palacio de Oro.



A los porteños que nos visitan en nuestro pago solemos caracterizarlos así: si buen mozo y bien trajeado, tenorio irresistible; si gasta melena, conferenciante, poeta o feminista; si usa chaquet, galera y lentes, entonces — ¡tiemble el gobierno! — entonces... es un interventor nacional.



Usted *habla de hambre!* — suele decirse en mi pago al latero impenitente. Al ver cómo tragan en el «buffet» de la Cámara ciertos representantes de tierra adentro, habría que exclamar:

— No hablan porque comen.

Cuando un porteño regresa de una provincia lejana y sus familiares le preguntan: — *¿Qué tal? ¿Cómo es aquello? ¿Qué es lo que más te ha gustado?* — responde con vivo entusiasmo:

— *¡El aguardiente de uva!... ¡los ponchos de vicuña!*

En cambio, si el interrogado es el otario provinciano que vuelve de la Metrópoli, contesta sin titubeo, aunque en voz baja:

— *¡Las bataclanas!...*



De los espectáculos que periódicamente suelen sacar del marasmo nuestra vida conventual, dos son los que más nos regocijan, a saber: *a*) El circo trashumante que viene del pueblito vecino. *b*) La intervención nacional que llega de Buenos Aires.



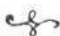
Por veces hay que creer en el presagio de los sueños. La otra noche soñé que «La Prensa» publicaba este avisito:

« Abogado con diploma de la Universidad de « Buenos Aires busca empleo. Práctico para Juz- « gados de las Intervenciones Nacionales.»

Leyendo «La Razón» del día siguiente, encuentro una noticia: «El doctor Fulano ha sido designado por la Intervención Nacional de la provincia de X. vocal de la Corte Suprema». Y a renglón seguido, el elogio del feliz mortal (gozaría un viático de 50 pesos diarios): «Ha desempeñado eficientemente el mismo cargo en las intervenciones tales y cuales de los años tales y cuales, donde puso de relieve sus condiciones de jurista, etc., etc.».

A n g e l S. P o n f e r r a d a

UN ESPIRITU INQUIETO



El hombre nacido de mujer, corto de días y harto de sinsabores: Que, sale como una flor y es cortado; y huye como la sombra y no permanece. — JOB.





QUELLA mañana, Pablo González estrenaba un magnífico sobretodo azul. A las ocho de la mañana, después de colocárselo encima de su traje claro de los días de fiesta, salió. Un día, hermoso y azul como su sobretodo, lo recibió en la calle. Encendió un cigarrillo y echó a andar hacia la avenida de Mayo. Hacía un poco de frío, y un vientecillo que subía del puerto se llevaba las bocanadas de humo hacia la cúpula del Congreso.

Iba casi alegre. Atmósfera brillante, cielo azul y claro de fines de otoño, sobretodo nuevo, veintiocho años, ¿qué más podía desear un hombre solo para ser feliz? ¿Una mujer? Ya vendría. Siempre que estrenaba una prenda de vestir, su obscura juventud se ilusionaba con la esperanza de un amor grande y fuerte. El hombre vive de grandes esperanzas y de pequeños recuerdos. Todas las mañanas, cuando el despertador lo llamaba con su gritito estúpido, se sentaba en la cama y preguntábase:

—¿Qué espero hoy...

Cuando no esperaba nada, cuando después de un momento de reflexión se daba cuenta de que nada ni nadie vendría a traerle una causa o un motivo que justificara en aquel día su razón de vivir — una carta, un libro o una cita, — se sentía amargado, y la neurastenia, adquirida en seis años de estúpida vida oficinista, bajaba de su buhardilla misteriosa hacia sus nervios destemplados.

Pero hoy era distinto. Cuando se posee un sobretodo nuevo, la esperanza se anima y hay derecho para esperar muchas cosas.

Vagaba de un acera a otra, acechando el paso menudito de las mujeres. Les decía requiebros, ofrecíase para acompañarlas, las invitaba a tomar café, les ofrecía flores; pero ellas pasaban silenciosas, arrebujadas en sus pieles o abrigos, haciendo sonar sus altos tacones sobre las veredas. Algunas le sonreían, pero ninguna le miró incitándole a seguirla. Era la hora de entrar a la oficina o al taller, y no tenían tiempo... ¡Lástima! ¡Tan buen mozo, recién afeitado, con aquel sombrero negro que daba a su rostro de criollo un encanto melancólico de enamorado, y con ese sobretodo azul, por debajo del cual la raya esplendorosa del pantalón se deslizaba vertiginosamente hacia el zapato de anca de potro! Hasta se daban vuelta a mirarle. Pero, francamente, no tenían tiempo...

Aquella aparente indiferencia y aquel resultado negativo de sus invitaciones, concluyó por cansarlo. No se dió cuenta de que la hora era inoportuna. Sólo pensaba en que tenía un sobretodo nuevo y que las mujeres casi tenían la obligación de corresponder a sus galanterías y ofrecimientos. Terminó por aburrirse, y, apartándose poco a poco de ellas, empezó a pensar en sí mismo.

No tenía qué hacer, pues estaba sin empleo; pero esto no le preocupaba. Tenía ahorros para vivir con cierta holgura mientras durara su cesantía. No tenía familia que le recordara necesidades. Su único pariente, una tía que residía en Córdoba, no necesitaba de él. Y esto lo alegraba. El hombre que está solo es el más fuerte. Por lo demás, era previsor. Meses antes había pagado a la empresa del horno incinerador de cadáveres su derecho a ser carbonizado. Cuando muriera, recogerían su cadáver, lo meterían en el horno y... ¡cenizas!, como la del cigarrillo que tiró en la esquina de Avenida y Perú. Le mandarían a la tía el recuerdo ceniciento del sobrino, y se acabó.

La idea de la muerte lo sobrecogió como un grito durante el sueño; pero fué un sobresalto que pasó rápidamente, hundiéndolo más en su pequeño abismo reflexivo.

Pasó ante las vitrinas, sin mirarse ya en los grandes vidrios — que día a día recogen la visión física de la vida de la ciudad,— filosofando. Ya la neurastenia había entreabierto la puerta de su desván obscuro y ahuyentado con su sonrisa vinagre la pequeña alegría que le causara su sobretodo nuevo. Siempre le pasaba lo mismo. Todos los pensamientos sobre su vida, insensiblemente, como por una curva suave y sin sentido, tomaban el camino de la muerte.

¡La muerte! A fuerza de pensar en ella, Pablo González había entristecido su alma y hecho de su vida un amargo grumo de hiel.

Era escéptico y contradictorio en la materia. Sus ideas sobre la muerte y la inmortalidad del alma no eran totalmente definidas. ¿Era la muerte un fenómeno físico puro? ¿Las fuerzas espirituales terminaban en el punto donde fenecían las materiales? ¿Era el alma solamente la facultad de pensar, facultad que se destruía cuando el órgano generador de ella perecía, o tenía otra manifestación posterior? No podía afirmarlo ni negarlo. Había leído bastante sobre el particular. Y sonreía, recordando de Platón, en la Apología de Sócrates, la parte aquella en que este último filósofo, desplegando toda la potencia de su cerebro prodigioso, quería probar la inmortalidad del alma. ¡Probar la inmortalidad del alma! ¿Cómo probar, con palabras de hombre nacido de mujer, la exis-

tencia de algo que necesariamente estaría fuera de los cinco sentidos humanos? Había terminado su lectura con un gran desaliento. Tampoco los materialistas llenaban con su barro panteísta el enorme vacío de su doble incredulidad. Los filósofos espiritualistas y los biólogos andaban a puñetazos dentro de su cansado cerebro de empleado de banco metido a pensador. Sócrates, Maeterlinck, Bergson, Le Dantec, Moleschot... Solamente habían agregado ciencia a su dolor, y sus pensamientos caían como por un precipicio, arañando estas dos paredes opuestas.

A veces pensaba como aquel que dijo:

— Que los hombres, al alimentar sus almas con viejas creencias — que son cual racimos secos, — han concluído por hacer sus vidas tan agrias como racimos verdes.

Pero...

Y así, por entre el zumbar de la gran arteria céntrica, Pablo González marchaba, con un andar firme en su cuerpo, vacilante en su espíritu, pensando en la muerte, esforzándose por encontrar salida en un círculo perfecto y por descubrir claridades diáfanas en un callejón obscuro, donde el único farol visible — rojo, como de fuego, en una calle de la Boca, — alumbraba el rincón de la Locura.

El sobretodo azul, tan hermoso momentos antes, colgaba ahora de sus hombros como de una percha en un *hall* de casa de pensión pobre, sin gracia, aburrido de vestir a un hombre que pensaba en problemas tan abstrusos.

De pronto sintió un inmenso griterío. Tuvo la intuición de que él era el eje magnético de un acontecimiento inminente y, volviendo a la realidad, levantó la afiebrada cabeza. Se encontraba en el centro de la calle, entre la acera de la Avenida y la de la plaza de Mayo. En ese momento, un reloj público dejaba caer diez campanadas desde su alta torre. Vió al frente los viejos pilares de la Recova, a su costado derecho el corredor del Cabildo y a su izquierdo el frente de la Casa Rosada. En un quinto de segundo sus ojos mortales recogieron la imagen de este trozo de la ciudad y se agrandaron hasta casi desorbitarse cuando Pablo González vió, a cuatro metros de su cuerpo, un enorme automóvil gris, loca la rueda de dirección, sin control, venírsele encima a una velocidad que a él le pareció de un millón de metros por segundo. Detrás de él paraba en ese instante un tranvía. ¿Para dónde huir? ¿Y cómo huir de un monstruo que no se sabe hacia qué lado torcerá su carrera? Los biólogos y los filósofos, en sus libros, no daban ninguna indicación para ese caso imprevisto, y a su vista no había ninguno de esos cartelitos en que la policía indica los mejores métodos de atravesar una calle, y que tan útiles son para las personas no atropelladas.

Pablo González oyó que aumentaba el vocerío, y el horror le corrió por el cuerpo como un escalofrío. Se quedó como una rana en las jaulas de las serpientes del Zoológico. Un aire caliente, oloroso a bencina y a aceite, le llegó al rostro, y tuvo la impresión de que un viento fuerte lo elevaba a gran altura. Se sintió un espantoso chocar de hierros, detonaciones de aceros que se rompen, de vidrios que se desmenuzan, golpes sordos en cuerpos blandos, y él perdió el sentido de su personalidad. Pero fué sólo un instante, porque inmediatamente sintió como que le crecían alas en los pies y de un salto maravilloso, inverosímil — ¡oh, Aquiles!, — se plantó en la acera de la plaza.

Se dió vuelta. El monstruo gris, volcado, destrozado, giraba aún sus ruedas y despedía un vapor caliente por entre sus intestinos rotos. El tranvía presentaba el aspecto de una persona que recibe un puntapié sorpresivamente, y los pasajeros, con los rostros descompuestos por el pavor, se tiraban de cabeza por las ventanillas. La gente se agrupaba alrededor del montón ardiente.

Pablo González suspiró:

— De buena me he librado.

Siguió andando. Se sentía ahora liviano, despejado, como si el susto hubiese obrado de válvula de escape a su opresión. ¡Qué salto había dado! En otra ocasión le habría parecido sobrenatural.

Llegó hasta la salida de la última estación del subterráneo. En ese momento, un convoy que venía de Flores arrojó una ola de pasajeros hacia el exterior. Se detuvo a mirar. Entre las personas que subían la escala reconoció a una muchacha, con la cual tiempo atrás había tenido un proyecto de pasión. La había perdido de vista durante un tiempo y la encontraba hoy, inesperadamente. ¡Qué ocasión, ahora que tenía sobretodo nuevo! Esperó, mirándola insistentemente y tosiendo para llamar su atención. La mujer miró hacia su lado, él la saludó con gesto risueño, pero ella no le contestó, y pasó, esbelta y apretada, dejando tras de sí un olor a flores. Se quedó estupefacto, siguiéndola con una mirada llena de sorpresa. ¿Por qué no había respondido a su saludo? ¿Estaría enojada? Pero no había motivo para ello. Decidió alcanzarla, y cuando iba a lanzarse tras el rastro de aquel olor a flores, una mano suave se posó sobre su hombro, y una voz, que parecía venir desde el fondo de sus recuerdos de los diez y ocho años, le dijo:

— ¿Cómo te va, Pablo González?...

Se dió vuelta, molesto. ¿Quién diablos sería el que...? Pero retrocedió dando un grito de espanto. ¡Ahí, a tres pasos de él, alto, delgado, moreno, con el rostro sonriente, Alfredo Valenzuela, un amigo de su juventud muerto en sus propios brazos hacía diez años, lo saludaba!

— ¿Qué te pasa, querido? ¿Por qué te asustas?

Pablo González sintió que su cerebro se deslizaba en una espiral de locura.

— ¡Pero, cómo! ¡Alfredo Valenzuela! ¡No puede ser!

— Pero ¿por qué no puede ser?

Pablo hizo un poderoso esfuerzo para recobrar el dominio de sus nervios; avanzó hacia el aparecido, le puso las manos en los hombros, le miró en los ojos, ojos sin pupilas, en cuyo fondo flotaba la sombra, y le preguntó:

— Pero, tú, tú, ¿no estabas muerto?

Alfredo acentuó su sonrisa:

— Sí... Pero ahora tú también lo estás.

— ¡Mentira!

— Si estuvieras vivo, no me verías, y esa muchacha no habría pasado al lado tuyo sin saludarte.

La espiral se acercaba a su vértice agudo.

— ¡Pero, yo estoy loco o estoy soñando!

— No; no estás loco ni estás soñando; estás muerto. Y te lo voy a probar.

Lo tomó de un brazo y lo arrastró tras él. Pablo se dejó llevar.

— Mira.

Estaban en el punto en que Pablo creyó librarse del automóvil. Miró, y vió, entre el hacinamiento de hierros doblados y aceros rotos, a un

joven como de unos veintiocho años, vestido con traje claro y sobretodo azul. Tenía la cabeza destrozada, y sobre su pecho hundido descansaba la cabeza de una mujer rubia. Reconoció su magnífico sobretodo, reducido ahora a un guiñapo ensangrentado, y todas sus demás ropas de vestir. Se reconoció él mismo.

Toda la angustia del mundo, la tristeza de la tierra y la soledad del mar cayeron sobre él como un martinete sobre un maní. Se sintió empequeñecer hasta lo infinito y cayó sentado, llorando con unos sollozos inmensos que nadie oía. Alfredo Valenzuela lo levantó y se lo llevó a través de la ciudad.

Pablo González, conducido por su amigo, parecía una bolsa de trapos viejos colgando del brazo de un trapero.

Así pasó de esta vida a la otra, en una mañana de principios de invierno, un hombre de vida solitaria y ánimo triste.



Anduvo así durante un largo rato, sin pensar, sin hablar, sin mirar, como corresponde a un muerto, sumido en una inconsciencia absoluta. Pero poco a poco fué reponiéndose. Se atrevió a mirar, es decir, a ver, y notó, con sorpresa, que nada le era desconocido. Caminaban por la calle Corrientes. A su lado pasaban mujeres, hombres, niños, perros y rostros de amigos vivos que no lo veían y rostros de amigos muertos, que lo saludaban al pasar con una sonrisa de bienvenida. Parecían decirle:

—¡Hola, Pablito!

—¡Adiós, viejo!

—¡Tanto gusto!

—¿Tú también *por aquí?*

Empezó a pensar. Lo que le pasaba era casi divertido. Había muerto para unos y nacido para otros. Y lo curioso era que todo estaba igual y que él era él mismo, con su misma alma, idéntico sentido de las cosas e igual personalidad. ¿Qué había pasado, entonces? Le parecía casi sencillo: Pablo González, empleado cesante, había cambiado — por medio de un accidente callejero — su realidad material por otra inmaterial. Había dejado de ser persona para transformarse en otra cosa distinta. ¿Valía más lo que había dejado de ser o lo que empezaba a ser? Esto le pareció esencial. Hizo un rápido balance de su vida extinta: ¿qué podía haber perdido en ella? Bienes materiales, no, puesto que había sido pobre; bienes espirituales tampoco, ya que su vida había sido desolada y su alma fué triste hasta la muerte. ¿Qué, pues? Después de una concienzuda reflexión, Pablo González concluyó por convencerse de que lo único que podía lamentar, como pérdida sufrida en la mudanza, era su hermoso sobretodo azul. Pero, en cambio, ¡qué mundo infinito se abría ante sus ojos nacidos de nuevo; mundo seguramente lleno de sorpresas y de milagros, de paisajes y de emociones jamás sospechadas!

Terminó por tranquilizarse. Tiró del brazo a su amigo y le dijo:

—Oyeme. Comprendo algo de lo que ha pasado, pero no es suficiente. Quiero saber, además, lo que va a pasar. Te escucho.

Alfredo Valenzuela entró en un café, se sentó en una silla, indicó a su amigo que se sentara en otra y, mientras la orquesta típica tocaba un tango que defendía malamente, dijo:

—Es muy sencillo. Tú eras un cuerpo y un espíritu, es decir, un hombre. La muerte, que no es más que un fenómeno de separación de los cuerpos compuestos, ha desunido esos dos elementos; pero ninguno de ellos ha perecido, en el sentido exacto de la palabra. El primero sigue su curso de renovación y simplificación material: se disgrega, entrega sus substancias a la tierra, a las plantas, al agua. El segundo asciende por la escala de la purificación moral. Ambos, una vez separados, obedecen a leyes completamente diversas. Tú, como espíritu, no sabes ya nada del cuerpo, y tu cuerpo, como materia, no sabe ya nada del espíritu. Ambos existen, y lo único que ha desaparecido es el hombre como animal ciudadano... Este es el hecho, simplemente examinado.

—Bien, ¿qué más?

—Al principio, cuesta acostumbrarse a este nuevo estado. Generalmente, el hombre amolda el espíritu a su cuerpo y no el cuerpo a su espíritu. De este modo, y en la mayoría de los casos, el hombre, a no ser que sea bastante cultivado intelectualmente, adquiere, mientras vive su vida dual, muchos hábitos y costumbres, de los cuales hace participar a los dos elementos, cuya influencia persiste después de la desunión, y de la que es difícil desprenderse. Así, por ejemplo: cuando yo comencé a vivir como espíritu puro, sentía, a las horas del almuerzo y de la comida, un irresistible deseo de ir al *restaurant*. ¿Para qué, si no había de comer? Pero es que el hábito persistía en mí como un mal olor en un cuarto cerrado. Y así en lo demás, en el cansancio orgánico, en la sed, en el sueño, en el amor físico. El espíritu siente al principio todos esos reflejos inconscientes, como el amputado experimenta, dos o tres días después de la operación, el deseo de rascarse la pierna que el cirujano ha separado del cuerpo...

—Sigue.

—Y es un vagar y un caminar... Como su existencia no tiene una causa de resolución inmediata, y procede de un animal de costumbres, anda desorientado, vaga de un lado a otro y ambula por los mismos sitios que frecuentaba el cuerpo dentro del cual ardía como una llama — clara o turbia — en una lámpara de barro. Hasta que poco a poco esas influencias se disipan, se liberta el espíritu de esas groseras taras y empieza a vivir libremente, sin necesitar más que del aire y la luz para existir, y poseyendo nada más que tres sentidos: la vista, el oído y el olfato, llevados a un máximo de perfección... Eso es todo.

—Bien; pero eso es, podríamos decir, el estado exterior del espíritu. ¿Y el interior?

—Aunque me parece que preguntas y quieres saber demasiado, te contestaré. El espíritu, al cobrar su libertad individual, trae a esta vida el mismo grado de quietud o de inquietud que poseía en su cautividad. Si cuando eras hombre eras sano, normal, equilibrado, es decir, un ente que no pensaba y vegetaba como cualquier poste de tranvía, o bien un hombre que había pensado y asentado bien su espíritu sobre el mundo, continuarás igual. Pero si no fuiste ninguno de esos dos seres, si fuiste vacilante, desvelado, febril, continuarás lo mismo que allá, devorado por la angustia.

—Lo mismo que allá...

—Igual, con sólo una diferencia: generalmente, la angustia y la inquietud provienen de insatisfacciones morales o materiales. Aquí no padecerás eso, salvo que tus insatisfacciones sean

superiores a lo que la vida espiritual puede darte. Tienes toda la belleza del mundo a tu disposición. Ninguna puerta te será infranqueable ni ninguna muralla impenetrable. Verás y oirás todo lo que desees. Para ti la luz, el aire, son más puros que para nadie. Puedes amar a todas las mujeres que quieras, espiritualmente. Vivirás aquí lo que anhelaste allá. Tal es la noción rudimentaria que puedo ofrecerte... Pero, querido Pablo, me pareces un espíritu inquieto en demasía, y eso te será fatal.

Pablo González no contestó. Lo que al principio le pareció un canto nuevo, lleno de ritmos desconocidos, tomaba al final el mismo estribillo. Miraba las cosas desde un punto de vista distinto al anterior, pero todo lo veía igual, cuadrado o redondo. Y volvía a estar triste como antes, como cuando era hombre. Pensaba que casi no valía la pena haber muerto.

Por la calle pasaba la vida, múltiple, inmensa. Sentía el zumbido de su marcha, la pulsación de sus anchas venas, el aliento ardiente de su respiración, el hondo crepitar de su renovación incesante, su grito de hembra que se entregaba al llamado del amor. ¡Qué lejos estaba él de todo aquello que existía completamente! Quiso llorar, como cuando era un animal humano, con lágrimas gruesas y calientes, pero no pudo. ¡De dónde iba a sacar lágrimas si ya no tenía ojos!

De pronto, Alfredo se levantó exclamando:

—Me llaman.

Y salió hacia la calle. Pablo González fué tras él. Caminaron en silencio durante un largo rato, apresuradamente.

—Si seguimos caminando así, no llegaremos nunca — dijo Alfredo. — Atravesemos por aquí.

Embistió a una pared y la atravesó, luego otra, y otra, y así sucesivamente pasaron a través de casas de comercio y de habitación. Mientras marchaban, Pablo miraba. Vió en una pieza una pareja que se amaba, en otra un viejo que moría, una señora gorda que se bañaba, niños que nacían, hombres que dormían, que comían, que escribían, que pensaban, que reían, que lloraban. Toda la tragedia, la comedia y el sainete de la vida íntima de la ciudad se representaba ante sus ojos espectrales.

Llegaron, por fin, a una casa de pensión. Atravesaron una última pared y se encontraron en una habitación obscura; cerradas sus puertas y ventanas, sólo se alumbraba con una lamparilla azul. En el centro de ella, y alrededor de una mesita de tres patas, estaban varios señores y señoras — entre ellos un joven pálido, con cara de enfermo del hígado, y entre ellas una hermosa e insustancial mujer de unos cuarenta y cinco años, — todos con las manos apoyadas sobre la cubierta del pequeño mueble.

Alfredo se sentó en la mesita y Pablo hizo lo mismo. La señora insustancial, con voz de tonadillera, dijo:

—¡Qué pesado viene!...

—Bájate — dijo Alfredo a Pablo. — Es a mí a quien llaman y no a ti.

Pablo se bajó.

—Ahora se ha alivianado — dijo la señora.

—Pero ¿qué es esto, qué hace esta gente aquí y a qué vienes tú?

—Son espiritistas. Este que está aquí es un tío mío. Todos los días me llaman para preguntarme necedades.

La mujer insustancial dijo:

—¿Estás aquí, querido espíritu? Si estás, contéstame con dos golpes; si no estás, con uno.

Alfredo balanceó su pierna y la mesa se levantó tres veces, golpeando, al descender, en el piso de tablas.

—Está aquí — dijo la voz de cupletista.

—¿Qué le preguntamos? — inquirió una señora.

—Pregúntele cuántas veces se dará mi sainete en el teatro — dijo el enfermo del hígado.

—Distinguido espíritu — dijo la hermosa mujer de cuarenta y cinco años, — ¿podrías decirme cuántas veces se dará en el teatro Avenida la obra del señor Ramos, titulada *Cuidamela vos, por si acaso?* Contéstame por golpes.

Alfredo balanceó su cuerpo y la mesa ascendió diez y ocho veces.

—¿Tan pocas veces? ¡Entonces no voy a cobrar nada de derechos de autor! — exclamó el joven pálido.

Alfredo agregó dos golpes. Pablo se aburría.

—Vámonos; déjate de tonterías.

—Espérate que me pregunten algo.

La voz de la médium se elevó de nuevo.

—Honorable espíritu: ¿puedes decirme cuánto es dos más dos, menos cuatro?

La mesa golpeó quince veces.

—Se ha enojado — dijo una señora.

—¿Te quieres ir, querido espíritu?

La mesa se levantó dos veces.

—Vete.

Levantaron todos las manos, y Alfredo salió, riéndose, seguido de Pablo.

A dónde vamos?

—Mira, podemos hacer una cosa: vamos a ver cómo te incineran.

Vagaron por varias calles hasta que llegaron al sitio deseado. Entraron. Sobre una camilla, el cuerpo exánime de Pablo, despojado de sus ropas, yacía en una postura que él jamás hubiera imaginado adoptar en su estado de occiso. Un señor gordo avisó:

—Ya está listo.

Dos robustos mozos, que seguramente no creían ni se preocupaban de la inmortalidad del alma, cogieron el cuerpo por los brazos y los pies y se lo llevaron. Abrieron la puerta del horno y lo arrojaron dentro.

En ese instante, una moscarda verde voló de la boca del cadáver, y de su nariz, transparente y brillante ya como cera, salió un gusano negro, con dos hermosos y humanos ojos azules, que reptó en dirección a Pablo y lo increpó duramente:

—Señor: en nombre de todos mis camaradas, presento a usted nuestra formal protesta. Esto, además de ser imbécil, es criminal. Si todos los hombres disponen en vida que sus cuerpos sean cremados cuando estén muertos, ¿qué será del gremio nuestro, tan numeroso como indigente? Todos tenemos derecho a la vida. ¿Por qué entonces violentar y destrozar nuestros derechos naturales adquiridos, con esta medida que, no sólo ataca leyes humanas, sino que también va en contra de las leyes divinas? ¿Cómo podría realizarse, en un futuro cercano, la resurrección de la carne, si ésta es reducida ahora a cenizas? Porque si un cadáver, depositado en una fosa o en un nicho, conserva a su alcance e intactos sus

elementos constitutivos y puede, en un momento dado, reunirlos, incorporarlos y amalgamarlos, volviendo así a su primitivo estado orgánico, no sucederá lo mismo con uno que ha sido quemado y sus cenizas esparcidas en el viento. ¿Le habría parecido a usted bien, cuando existía en figura de hombre, que los animales sacrificados en el Matadero fueran reducidos a cenizas? Indudablemente que no. Igual cosa nos sucede a nosotros. Los hombres se están poniendo egoístas y descreídos. Privan al gusano de su parte humana, y a Dios, de su parte divina.

Pero Pablo no escuchaba el discurso del gusano de ojos azules. Este se encogió de hombros, se arrastró un poco y desapareció en un agujero.

La fuerza eléctrica había sido dada. Al recibir el contacto, el cadáver estiró un brazo, encogió una pierna, tal como una rana atacada por la corriente galvánica, quedando al fin rígido. Por un instante, Pablo creyó que vivía de nuevo, pero no era posible. El estaba fuera de su cuerpo, faltaba a éste su fuerza anímica y la vida no volvería a agitar aquellos miembros inertes, que se doraban lentamente, como un pavo en el asador.



CUANDO salieron, la tarde inmensa caía sobre el mundo y el viento sudeste empezaba a arrear las sombras sobre el río.

Anduvieron, anduvieron, sin rumbo, al azar, tal como cuando eran hombres y no tenían nada que decirse ni nada que hacer.

—¿Qué hacemos, Alfredo?

—Yo pienso ir a un concierto del maestro Risler en el Odeón. ¿Vamos?

—No, sentémonos aquí, y hablemos. Oyeme: Yo estoy triste... Siento haber perdido mi hermosa vida, hermosa porque la he perdido y porque en ella pude haber hecho muchas cosas dignas y buenas. Me faltó el sentido de la vida misma. Me preguntaba: ¿para qué vivir?, sin comprender que no hay que preguntar, sino afirmar. En vez de decir: ¿para qué vivo?, debí decir: Vivo para esto, para ser puro, para ser fuerte, para ser perfecto y para decir a los hombres que deben ser puros, fuertes y perfectos. Este es el secreto que ahora poseo, aunque ya es tarde. Pero quiero que me indiques cuál es el sentido de la nueva vida, cuál su desarrollo, cuál su finalidad.

En el silencio del crepúsculo, la voz atonal de Alfredo se elevó:

—Esta vida es igual que la otra, con las diferencias ya indicadas. Pero ahora posees el secreto. Sé aquí lo que no pudiste ser allá: puro, perfecto, fuerte. Lo tienes todo: sabiduría, comprensión, entendimiento, medios. El hombre tiene cinco sentidos, todos ellos le sirven admirablemente, mas él no los utiliza para elevarse por medio de ellos, sino para rebajarse. Ellos priman sobre el espíritu. Tiene ojos para ver, mas no ve con ellos la belleza del mundo; le sirven únicamente para no tropezar con los postes, para mirar las piernas de las mujeres cuando suben al tranvía y para cuando va al biógrafo. Tiene oídos, pero no los usa para oír la armonía del universo; los utiliza para hablar por teléfono, para escuchar la radio y para otros menesteres. Tiene voz y posee el don de la palabra, pero no usa estas facultades para cosa alguna de provecho; ellas le sirven para hablar en las cámaras del Congreso, para vender papas o para gritar en los mítines. Y así en todo. Cuando el hombre suavice sus sentidos y los use para bien de su espíritu y no para saciedad de su carne, estará salvado, puesto que su espíritu se suavizará también y todos sus sentimientos serán plácidos y sencillos. A esta situación has llegado tú por medio de la muerte. Estás en el principio; entra más adentro.

—¡Pero yo no quiero ser un espectro perfecto, sino un hombre perfecto! ¿Cómo es posible que yo sea feliz, cuando a mi lado, en las calles, en las casas, en todo el mundo, los hombres viven y mueren sin saber, sin comprender, devorados unos por la angustia, otros por la grosería, otros por la idea de la muerte, sin realizar nada sano, nada bueno y llevándose consigo, cuando mueren, aquello que en ellos habría de puro y que se pudrió en ellos sin que nadie sospechara que existía? Por un hombre que llega a entender algo, hay millones que no entienden nada y que viven como en el primer día del lenguaje articulado. ¡No! Yo quiero que todos los que viven sean como yo puedo ser ahora. Decirles lo que deben hacer, pensar, realizar.

—Eso no es posible, querido. No tenemos ninguna influencia sobre la humanidad. ¿No ves que somos espíritus? Los hombres viven entregados a sí mismos y llegarán, o no llegarán, a perfeccionarse dentro de una eternidad. Nadie puede hacer nada por ellos, sino ellos mismos.

—¿Y Dios?

Alfredo puso la cara que pone el transeunte a quien se le pregunta por una calle que no conoce:

—No me preguntes por él, pues no le conozco. No vive en este barrio, ni nadie sabe en cuál.

—¡Cómo! Ni aun siendo espíritu...

—Sí, ni aun siéndolo.

—Pero, ¿entonces, esto es el eterno vagar, el eterno ambular, sin fin, sin conclusión? ¿O hay otra vida más, aún?

—Tal vez. Muchos espíritus desaparecen. No vuelven nunca más. Quizá van a un plano superior, a transformarse en aire, en luz, en éter, en sombra, y giran alrededor nuestro sin que nosotros los veamos, como nosotros alrededor de los hombres, sin que ellos nos vean.

Hubo un largo silencio, durante el cual Pablo pensaba, y Alfredo, con sus manos sosteniendo las rodillas, decía para sí:

—Voy a llegar tarde al concierto.

De pronto Pablo se levantó y dijo:

—¿No es posible, como en la vida del hombre, eliminarse, en busca de la nada o de otra vida?

Alfredo señaló hacia el río, y contestó:

—El agua es un elemento disolvente para nosotros.

Se separaron, dándose la mano. Pablo se dirigió hacia el río y Alfredo, sentándose en la capota de un automóvil que pasaba, se fué al Odeón.



CUANDO Pablo llegó a la orilla del río, la hélice del día daba su última vuelta sobre la ciudad. Parado sobre el murallón, con los brazos abiertos, miró por última vez al mundo. Luego, se dejó caer rectamente y se hundió en el río. Un espíritu que pasaba por ahí, gritó:

—¡Hombre al agua!

Pero nadie acudió.

MANUEL ROJAS



MELANCOLÍA

Busqué la caricia del sol, pero el día
estaba sombrío, con esa tristeza
que es como un remedo de melancolía,
fatiga, desgano, lasitud, pereza.

Fatiga y desgano como yo tenía
de tantos anhelos casi irrealizables,
aunque la esperanza cantaba y reía
su eterna promesa de ensueños amables.

La tarde propicia ponía en el alma
las tristezas grises de las desazones...
¿Qué pena ignorada turbaba la calma
y activaba el ritmo de mis pulsaciones?

¿Acaso un augurio de penas futuras,
de desilusiones, de dolores nuevos?
La vida y las plantas y las criaturas
son como las ramas llenas de renuevos.

Y desilusiones... ¡he tenido tantas!
¡Quién no las sufriera, si se pasa errante
sin destino fijo, llagadas las plantas
en la senda abrupta para el caminante!...

Y no son de ahora, que ya muchas veces —
¡Oh!, tantas, que apenas me atrevo a pensarlas —
soporté la angustia de aquellos reveses
y escondí el sollozo para no mostrarlas.

Y bajé la frente para volver luego
a alzarla, altanero, con fiereza mucha.
Sintiendo en las venas un extraño fuego,
planteado el problema, provoqué la lucha...

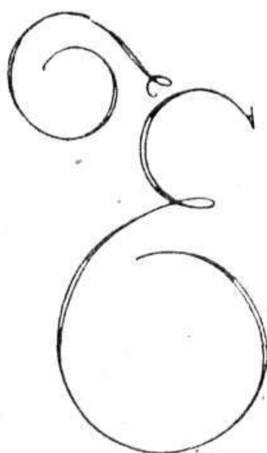
Y voy por la vida lleno de ideales,
sin rencor, sin odios, sin afectación,
poniendo en mis versos y en mis madrigales
el sereno ritmo de mi corazón...

RODOLFO FAUSTO RODRIGUEZ

DIBUJO DE REQUENA ESCALADA

El huevo de pato





STA es una larga y dolorosa historia. Acaso se necesite, para narrarla fielmente, un estado de ánimo especial, que no sé si poseo en este momento. Pero afuera hace una noche horrible. Llueve a torrentes y un viento huracanado hace gemir las ramas de los árboles en un largo lamento sin fin. Estoy confortablemente instalado en mi rincón habitual, y de a ratos pienso, con cierta tristeza, en los innumerables seres que estarán sufriendo los horrores de esta noche sombría. Pero la paz de que disfruto es tan dulce y profunda que bien pronto se disipan esas malas ideas, y gozo entonces, con todas las potencias fruitivas de mi alma, de la fúnebre música de los pinos cercanos y de la música del viento que silba rabiosamente en el aire una canción de muerte...

Es, pues, el momento propicio para narrar desdichas ajenas.

Hace muchos años conocí a un hombre excelente, Tomás Siburu. Trabajaba conmigo en una sórdida oficina de ferrocarril.

Tomás Siburu era un hombre bueno. Yo le tomé cariño enseguida por esa condición, tan rara. A pesar de que entonces era tan joven, que creía aún en la fuerza de la bondad humana. Tomás Siburu era, repito, un hombre bueno. Por bondad, se había casado muy joven, teniendo un sueldo ridículo, con una muchacha que no aportaba al matrimonio otra cosa que su buena voluntad. Aparte, claro está, de sus 45 kilos, una carita agradable, una boca más o menos roja y cabellos rubios. Pero Tomás Siburu se encontró — contra todas las previsiones posibles, dada la estrechez de la vida que hacían — con que su frágil mujercita se convertía, en el término de unos meses, en una sólida jamona.

Pero él no dejó de quererla por esto. Al contrario. A medida que su mujer aumentaba sus kilos, él sentía crecer su cariño hacia ella, hasta el punto de convertirse la simple simpatía primitiva en amor duradero, profundo y tranquilo.

Ella se llamaba Pepa. El, ya lo he dicho, Tomás. Pepa y Tomás vivieron durante algunos años — al margen de sus estrecheces pecuniarias — una vida dichosa y serena. Al final de esa época les conocí. Primero a Tomás; luego, al poco tiempo, a Pepa. Cuando la vi comprendí inmediatamente que Pepa era una mujer honrada; tenía ya dos hijos, pero a pesar de esto y de todos sus kilos, conservaba aún el raro don de ruborizarse a la menor pavadita. Este pudor anacrónico me desconcertaba. Como debido a su volumen no podía recordar precisamente a la humilde violeta, hacíame evocar, al verla así, a una ruborosa sandía madura, tratando de ocultarse bajo las anchas hojas.

De este rubor se había prendado Tomás. Naturalmente, él lo tomaba por la expresión de la más pura y candorosa inocencia. A veces, para divertirla, él le contaba chistecitos un poco verdes. Ella lo escuchaba atenta, callaba un instante, como si no comprendiera, y luego decía:

—¡Pero Tomás!...

Y se ruborizaba. Completamente felices, como se ve.

Y sin embargo, en este lugar apacible entró la tragedia; y entró, como siempre, por la puerta en que menos se la esperaba.

Pepa tenía una hermanita llamada Julia. Una tarde Julia, sofocada y risueña, entró como una tromba en la casa de Pepa. Traía una noticia sensacional: se casaba. Sí, se casaba. ¿Y saben ustedes con quién? Pues con un "dotor", nada menos que con un "dotor" que, por añadidura, era rico. La cosa estaba ya formalizada y sólo era cuestión de meses. Julia dijo todo esto de un solo sofocón y salió como había entrado, como una tromba. Iba a llevar la noticia a sus amigas, a sus enemigas, a todo el mundo. No podía más.

Imagínese el estupor de nuestros buenos amigos. Tomás, que era inteligente, adivinó enseguida la negra nube de desdichas que sobre ellos se cernía. En cuanto a Pepa, no pudo pensar nada. Quedó anonadada. Cayó sentada sobre un sillón, donde se quedó quieta un instante. Luego, de pronto, se ruborizó hasta las orejas.



Asistir a la lenta e inexorable descomposición de las felicidades ajenas, es acaso un consuelo para los que nunca conocieron de la felicidad otra cosa que el resplandor que enciende en los rostros de los que la poseen. Yo tuve el mezquino placer de seguir paso a paso la parábola descendente de la de mi amigo Tomás. Este buen hombre comenzó a adquirir manías inocentes, pero muy sugestivas. Se enfurecía, por ejemplo, si en un descuido alguien le sacaba los cigarrillos; negaba un fósforo, sólo porque le molestaba que fueran a pedírselo; regañaba una hora entera si le hurtaban los lápices u otras menudencias. Otro síntoma: había mañanas que llegaba a la oficina visiblemente fastidiado. Se sentaba en su sitio de siempre, sacaba un cigarrillo y durante un rato largo fumaba en silencio. Yo lo observaba desde mi rincón y, cuando me parecía oportuno, según mis cálculos, me acercaba a él para decirle cualquier cariñosa futileza. Y en efecto, descubría que con esto el rostro de Tomás se serenaba del todo, y volvía a ser el buen Tomás de siempre, el excelente Tomás que todos conocíamos. No cabía duda de que en esos instantes se sentía feliz. Impertinentes y malos como éramos con él, esto no impedía que le ayudáramos a encontrarse de nuevo a sí mismo, a recuperar la paz que perdía para siempre. Otra cosa aún: de noche, a la salida de la oficina, aprovechaba cualquier conversación sin importancia para dilatar la breve y cotidiana reunión de despedida, él, que solía ser el primero en retirarse. Retardaba en lo posible la vuelta a su hogar, porque sentía que su felicidad se rompía sin remedio, como el cristal del búcaro famoso.

No me costó mucho averiguar la causa. Pequeñas insinuaciones acerca de la conveniencia de lucir una placa de bronce en nuestra casa, para que lo saluden a uno con cierto respeto; observaciones inocentes acerca de la variada insolencia de las bocinas de los autos de lujo, me dieron la clave del enigma. Tomás se irritaba oyendo hablar de estas cosas. Era evidente que el "dotorcito" de su cuñada — con su lujoso bastón, su auto, su placa de bronce y su aire de lechuguino a la gomina — se le había atragantado. Y esto no era todo. Estaba de por medio el rubor de Pepa. Ahora Pepa salía de un rubor para caer en otro. Si alguien, en su presencia, nombraba al "dotor", Pepa callaba y permanecía taciturna. Una hora después, Tomás la hallaba en la misma postura. Pepa, al verlo, se ponía roja, desde el cuello hasta las orejas. En su lento cerebro, dos imágenes estaban frente a frente: la del "dotor" y la de Tomás. El "dotor" usaba guantes, galera, polainas, lentes de carey, lujosos bastones... Se peinaba con gomina, usaba ciertas finísimas expresiones al hablar, saludaba con distinción, hacía reverencias a las damas, viajaba siempre en auto... Además, por sobre todas las cosas, era un "dotor" y de los legítimos, con gran placa de bronce en la puerta, consultorio propio, y horas de visita. En cambio, Tomás, el pobre Tomás, ¡qué pobre y menguado resultaba con su sueldo miserable, su ridículo empleo oficinesco y su aspecto vulgar! Y la gorda y bondadosa Pepa, al considerar todo esto, enrojecía de vergüenza.

Tomás no era ajeno del todo a esta confrontación silenciosa. La adivinaba. Lo curioso es que, junto al grande hombre, sentíase singularmente *empequeñecido*. Pero era un ser tenaz, que no abandonaba el terreno sin luchar. En su sólida cabeza había anidado una idea. Confusa y arbitraria al principio, pero que se precisaba rápidamente, a medida que las circunstancias la hacían más necesaria.

Yo no sé qué alquimia misteriosa del pensamiento o qué serie de azares obscuros orientaron a mi amigo en este sentido. Lo cierto es que un día me interpeló, a boca de jarro:

—¿Qué piensa usted de la gallina?

Acostumbrado como estaba a contestar en tono jocoso a todas sus preguntas, le respondí:

—¡Hombre! Como pensar habría que pensarlo. Depende de las circunstancias. Si es de mañana, por ejemplo, me gusta mucho al horno, con un buen relleno y unas papas doradas. Ahora, si es en la cena, la prefiero en caldo...

—No, no — atajó Tomás; — le pregunto qué es lo que piensa de la gallina en sí.

—¡Ah! Esa es una vieja y famosa cuestión. ¿Quién es anterior: la gallina o el huevo? Pero yo me he decidido ya. Pienso que la gallina es anterior al huevo. Usted me dirá que no. Pero yo le voy a demostrar que...

Tomás se impacientaba. Estas ridiculeces le molestaban.

—¡Pero, amigo! Digo la gallina, considerada así... como una gallina.

—¡Ah! Ahora comprendo. Pienso que es un animal impúdico.

El bueno de Tomás renunció por ese día a hacerme comprender nada. Pero a la mañana siguiente volvió a insistir. No podía resistir solo el peso de su grande idea; necesitaba un confidente. He aquí, más o menos, lo que me dijo:

El carácter de Pepa se agriaba. Habían sido inútiles sus esfuerzos para evitarlo, tratando de inculcarle ideas de resignación y conformidad. Inútil, inútil. Pepa no discutía, pero había perdido la alegría, permaneciendo callada horas enteras. Para colmo, el día que por azar lograba olvidarse un poco, aparecía de pronto el "dotorcito" ese, con su estúpida Julia y su auto odioso, cuya ruidosa bocina alborotaba con su insolencia a todo el barrio. A la postre, y a fuerza de pensarlo, concluyó adoptando el criterio de su mujer. Sí, sí; era una vergüenza ser tan pobres. Aunque ambas eran descendientes del mismo viejo y cachazudo zapatero remendón, él, Tomás, no dejaba de reconocer que, ahora, los vecinos saludaban complacidos y muy respetuosamente a su cuñada, que se había convertido en "doña Julia", mientras que apenas si devolvían un displicente a su mujer que, para ellos, seguía siendo, inexorablemente, "la Pepa". Frente a esto, él no había tenido sino un pensamiento: superarse. Hay que superarse, repetía. Es decir, juntar dinero, salir de la vulgaridad, hacerse rico. Y para lograrlo, había descubierto una cosa única, infalible, maravillosa: la gallina.

—¿La gallina?

—Sí, señor; la gallina. No se imagina usted

qué ave tan extraordinaria es. Un día pone un huevo; al otro día, otro huevo; al día siguiente, otro, y así durante veinte, treinta o cuarenta días. Y no es esto todo; durante una semana entera observa usted que la gallina no sale del nido. ¿No sale? Alégrese usted: está clueca. Muy bien: ahora, toma usted un canasto más o menos pequeño, lo rellena de paja en forma de nido, y coloca dentro diez huevos, quince huevos, veinte huevos. Y ya está. Saca usted la gallina del nido, y la coloca sobre este que acaba de preparar. Nada más. Ahora, amigo mío, puede usted sentarse a descansar o hacer un viaje largo, irse a Buenos Aires, a Chile, al Brasil, donde usted quiera. Disfrute de la vida, que es corta y no vale la pena. Durante tres semanas, no se le necesita. ¿Y qué cree usted que hallará a su vuelta? ¿Un canasto de huevos? Pues una gallina amorosa, rodeada de veinte polluelos... Maravilloso, sencillamente.

Maravilloso, sin género de duda. Pero no se me alcanzaba bien adónde quería ir a parar.

—¡Pero amigo! ¿No comprende? ¿Cuándo concluirá la ignorancia en este país? ¿No sabe usted lo que significan veinte polluelos? Pues bien: veinte polluelos se convierten, al cabo de seis meses, y descontando los gallos, en diez gallinas, doce gallinas, quince gallinas. Pongamos que sean quince gallinas. Perfectamente. Al cabo de cuarenta días, y aparte los huevos que se haya comido usted, fritos, hervidos o en tortilla, como más le agraden, tendrá usted veinte huevos por cada gallina clueca. Multiplique usted quince por veinte, y tendrá trescientos huevos. Repita la operación anterior, paja, canastos y todo lo demás. Y una vez listos los nidales, váyase a pasear, diviértase, que la vida no hay que tomarla demasiado en serio. Seis meses después, poseerá usted más de trescientas gallinas. Cómase, si quiere, unas cuantas docenas; regale otras cuantas a sus amigos. Pero mejor será que deje las gallinas. Cómase los huevos. Regale los huevos. ¡Y a empollar otra vez! Trescientas gallinas, a veinte huevos cada una, son, me parece, seis mil huevos, es decir, seis mil gallinas. Venda usted cinco mil a buen precio y obtendrá, si sabe hacer las cosas, más de siete mil pesos. Con este dinero y mil gallinas de reserva, ríase usted de la humanidad entera. Cómprese un auto, use guantes, galera, bastón, polainas, lo que usted quiera. Hasta puede hacer colocar en la puerta de su casa una gran placa de bronce, con esta leyenda: "TOMÁS SIBURU. Inventor de gallinas." Todo le estará permitido, porque ahora tiene usted "plata". Y no vaya a creer que parará allí la cosa. ¡No faltaba más! Con un auto, unos cuantos pesos y mil gallinas, abandone usted la oficina, arriende cinco o seis hectáreas, construya corrales adecuados y empiece a multiplicar gallinas. Revolucione la economía de este país. Inunde la tierra de gallinas. ¡Basta de carne vacuna, casi siempre flaca y enferma! ¡A comer gallinas! Que todos, ricos y pobres, coman gallinas. ¡Hurra por la igualdad del hombre ante la gallina!

Divagaba.



Pero no quedó en palabras la cosa. Tomás no quiso ser sólo un teórico de la gallina, un doctor en avicultura. Se compró un canasto; se compró unos huevos; se compró una gallina. Hizo más: pidió presupuestos por incubadoras; adquirió libros especiales; solicitó su admisión como socio de la "Sociedad de criadores de aves, conejos y abejas"; se convirtió en otro hombre.

Tenía grandes proyectos; hablaba vertiginosamente; nos mareaba con su constante barajar de cifras fabulosas. A veces, hasta nos convencía. Y ¿por qué no decirlo? no faltó quien se dió en soñar una vida eglógica, quien se vió a sí mismo pisando maíz para los pollitos, en un rústico mortero, a la sombra de unos grandes árboles o cortando hierba fresca y menuda para un millar de conejitos, mientras llega a sus oídos, como una música incesante, el zumbido embriagador de las abejas, vibrando en el aire azul... ¡Ensueños de esclavos de la sombra y del pupitre!

Llegó a convencernos del todo. Un día me llevó a su casa. Como es lógico, fuimos a ver la gallina. En fuerza de oír hablar de ella, este humilde ser había adquirido proporciones fabulosas en mi imaginación. Tomás me la mostró.

—Mírela usted — me dijo, — es maravillosa.

Yo la miré; era blanca y negra; y si no maravillosa, me pareció que era bastante linda; pensé que daría un buen caldo y que al horno no haría mal papel. Pero intervino la Pepa.

—No se aproxime usted — me dijo, — porque lo va a picar.

Y agregó con inexpresable candor:

—No es que sea mala, sino que está "culeca".

Pepa, al parecer, no sabía decir clueca. Tomás no reparó en esto, absorto como estaba en la contemplación de la gallina. Pepa, entonces, comenzó a narrarme todos los proyectos de Tomás, que yo ya conocía. Al principio, ella no los había aceptado; prefería otra cosa, una agencia de lotería, por ejemplo; pero poco a poco Tomás había logrado convencerla, y ahora estaba entusiasmada.

—Este canasto contiene veintiún huevos — me decía. — De éstos, dentro de unos meses, tendremos quince gallinas. Pondremos quince canastos, con veinte huevos cada uno: darán trescientas gallinas. ¡Oh! entonces sí que.. ¡Cuando todas se "enculequen"!...

Y al decirlo, se ruborizaba.

Me alejé de esa casa pensando en muchas cosas. Primero, que el ideal es una cosa grande, aunque sea un ideal gallináceo. Pepa y Tomás, por ejemplo, tornaron a ser felices junto a este canasto con huevos de gallina, que les hacía vislumbrar una fortuna, posible al fin. Pensaba que hay hombres predestinados, puesto que conciben y ejecutan los más grandes proyectos. Y por último, pensaba, también, que la gallina es un animal muy útil, sobre todo cuando se "enculeca".

Días después vi a Tomás muy preocupado.

—¿Y los pollitos? — le pregunté.

—Hoy debían salir del huevo.

—¿Y salieron?

—Todavía ninguno.

Pero al otro día entró radiante. Todos los compañeros de oficina le rodeamos.

—Ya está, ya está — nos decía. — Un huevo ha comenzado a romperse...

A la noche fuimos casi todos a admirar de cerca el prodigio. Tomás venía con nosotros.

—Es una gallina extraordinaria — nos explicaba. — Es de una constancia única. No salía

casi del nido. Apenas comía. A veces llegaba a temer que pudiera morirse. Es maravillosa.

Llegamos. Pepa, sin poderse contener, había llamado a dos vecinas. Nos esperaban. Rodeamos el canasto, desde el cual la gallina nos miraba en actitud agresiva. Tomás quiso sacarla del nido, pero sólo consiguió llevarse un formidable picotazo. Pepa ya había probado esto, de manera que por nada del mundo quería aproximarse. Entonces una de las vecinas, conocedora y animosa, la sacó, sin titubeos. Un huevo aparecía semicascarado. Los otros, intactos. La vecina colocó el canasto sobre la mesa, cerca de la lámpara, y comenzó a observar los huevos, uno tras otro, a través de la luz. Los observaba y los rompía. No servían. Un hedor bastante molesto se esparció por la habitación. Nosotros nos miramos significativamente. La vecina proseguía su obra implacable.

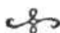
—No sirve... No sirve... No sirve...

Tomás estaba pálido. Nosotros, mudos. Todos los huevos estaban perdidos. Le llegó el turno al último, el que estaba cascado.

—Este sí es bueno — declaró la vecina. Y empezó a descascararlo. Estrechamos el círculo en derredor de ella. Se oía claramente un suave piído. De pronto, la vecina nos miró a todos, y exclamó, asombrada:

—¡Pero si es un patito!

Ahogamos una estruendosa carcajada. Tomás perdió el habla. En cuanto a Pepa, se ruborizó hasta las orejas.



Puede el destino, esa fuerza augusta, adoptar, para burlarse de un hombre, la forma ridícula de un huevo de pato?

Tomás lo cree. El había colocado en el canasto veintiún huevos, fruto de una selección cuidadosa: Leghorn blanca, Plymouth Roock y Rhode Island. Siete por cada raza. Sellados y garantidos. Ninguna precaución había sido olvidada: La gallina era fiel, amorosa y constante; apenas si salía del nido para comer y beber. ¿Cómo explicar, entonces, que todos los huevos se echaran a perder? Y sobre todo, ese misterioso huevo de pato. ¿Cómo justificar su presencia entre huevos de gallinas de raza? ¿Y por qué había de resultar él, precisamente él, el único fecundo entre los demás? No cabía duda: era la mano del destino, una burla del destino, sangrienta y cruel.

¡Un pato! Tomás se desazonaba. Veintiún huevos, veintiún huevos de gallina, una fortuna en germen, que después de tantos sueños y tantos afanes, se traduce en un miserable patito. Era como para maldecir de su estrella. Pepa cayó en la mayor perplejidad de su vida. Había cosas que su estrecho cerebro no podía comprender. El huevo de pato era una de ellas. Toda la serie de coincidencias misteriosas, de azares obscuros, que habían dado margen a esta extraña aventura, tomaban ante sus ojos la vaga apariencia espectral de lo desconocido. Y la intuición de la presencia de esta fuerza obscura, tomando parte en su vida y mezclándose a todos sus sueños, la entregó sin defensa al fatalismo de una resignación sin esperanza. Se hizo buena. Se tornó humilde, silenciosa, serena. Y sobre todo, no se ruborizó ya más.

Ya dije, al comenzar a narrarla, que ésta era una larga y dolorosa historia. Tomás tuvo que sufrir, además de la muerte de todas sus ilusiones, la presencia del patito, mensajero del destino. El lo habría matado, regalado, cualquier cosa. El destino se había servido de él para anunciarle que había nacido para ser oficinista y que era inútil que intentara torcer el curso de las cosas. Bien; se daba por advertido y, por lo tanto, la presencia del patito no era necesaria. Pero la Pepa, con ese fácil sentimentalismo de las mujeres demasiado robustas, se había enamorado repentinamente de él. Y por nada del mundo quería regalarlo. Por otra parte, ella le servía de madre, pues la gallina se había negado a criarlo.

Plañidero y huerfanito, el pobre patito seguía a Tomás por toda la casa. Era su pesadilla. Su mala sombra.

—Pipípipi... Pipípipi...

Dondequiera que Tomás se refugiara, le llegaba el eco de la dulce y quejumbrosa vocecita, que tanto enternecía a Pepa:

—Pipípipi... Pipípipi...

Y para colmo, en cuanto lo veía, lo seguía por toda la casa.

Agotados todos los recursos para convencer a su mujer, Tomás meditó algo terrible. Una noche, mientras ella dormía, fué donde estaba el patito y, alevosamente, lo asesinó. Pepa, al otro día, lloró amargamente. Pero Tomás se mantuvo inexorable. Con esto quemaba el último cartucho de su voluntad.

Si hubiera tenido más carácter, Tomás se habría comido el patito. Comerse al mensajero de su propio destino debe ser de una sensación deliciosa. Pero Tomás no pudo. Muerta y todo, sentía por la desventurada avecita un supersticioso terror.



Ahora es Tomás un oficinista jubilado. Es casi viejo. Su traje está raído, y sus ojos, extáticos de tan quietos, tienen un dulce mirar extralontano. Cuando Tomás va por las calles, camina sin ver las innumerables placas de bronce que lucen los portales de las casas modernas. Y si por acaso hiere sus oídos, por sorpresa, la aguda bocina de un auto de lujo, ésto sólo logra arrancarle una amarga sonrisa desdeñosa. Se ha convertido en un místico, de la línea de Kempis.

Armando Cascella

Una frase de Mitre

Acababa de regresar de Europa el general Mitre. Una inmensa multitud se agolpó bajo los balcones de «La Nación», reclamando su presencia. Apareció Mitre, con su clásico chambergo, e instantáneamente todo el mundo se descubrió, saludándolo con un ¡viva! interminable. El general, con gesto clásico, se quitó el chambergo, e imponiendo silencio a la multitud dijo la famosa frase, que fué una orden: «Todo el mundo cubierto, menos el orador, que se dirige al pueblo soberano».

* *

El color de las grandes ciudades visto por los aviadores, presenta: Londres azul en el centro, Wáshington verde, New-York arlequín. Buenos Aires, sin duda, tiene el color de la austeridad.

El sitio es todo

¡Tantos sitios vacíos y tan fiero empujar por un sitio! ¡Tantos puestos vacantes y disputarse los puestos ocupados! Y es que, en esta bendita tierra, sólo caemos en la cuenta de que había un lugar aprovechable cuando lo vemos aprovechado.

Así vivimos en continua hostilidad.

El que trabaja se siente envuelto en una atmósfera de odios, de insidias, combatido por todos los que, sin trabajo, quisieran ocupar el puesto donde se trabaja.

No se dice: «Yo debiera estar ahí, porque soy tanto como el que está». Se piensa: «Si yo estuviera ahí, sería tanto como él».

No se hacen méritos para lograr el puesto; se pretende el puesto para tener merecimientos.

¡Qué grandes cosas haría yo si me nombraran ministro! — piensa el uno.

¡Qué plan de campaña trazaría yo si me nombraran general! — piensa el otro.

¡Qué drama escribiría yo si me lo representaran!

¡Qué artículos yo, si me los publicasen!

Pero ni el uno ha pensado las grandes cosas, ni el otro ha estudiado sus planes, ni éste ha escrito sus dramas, ni el otro sus artículos.

¿Para qué? Si todos los puestos están ocupados. El puesto es todo. ¡Si los puestos estuviesen libres!

El que trabaja, trabaja asediado: pierde lo mejor de sus energías en defenderse. Así cunde tan poco el trabajo. Nadie trabaja tranquilo.

Hasta el pensador ha de convertir en ametralladora la mitad de su pensamiento. De dos libros, uno ha de ser arma arrojadiza. Se siembra con una mano y se dispara con la otra.

Toda nuestra labor es labor de inquietud, de zozobra.

A tal punto, que la paz nos parece menosprecio, y más estimamos el valor de nuestra obra por el odio de los enemigos que por la admiración de los amigos.

El día en que no nos sentimos odiados, nos parece que no hicimos nada de provecho.

Un día de paz descorazona, acobarda. ¿Será que el enemigo se disfrazó de amigo? Y cuando no se oye el tiroteo, se piensa en el puñal escondido traidoramente.

¿Quién trabajará con amor, si sabe que ha de recibir odio en pago?

Y menos mal que, como entre todos nos encargamos de hacer desdichados a los hombres de talento, estamos seguros de que no son dichosos. ¡Pobres de ellos, si, sobre tener talento, supiéramos que eran felices! Sería para matarlos.

Y menos mal, también, que también estamos seguros de que si tienen talento no es por mérito suyo; es... por suerte, por chiripa, por haber encontrado un puesto... ¡Oh! ¡El puesto! ¡El puesto es todo! Pero, nosotros, en su puesto, hubiéramos valido más, mucho más.

¡Si cualquiera hubiera sido Cervantes, cualquiera se hubiera contentado con escribir el «Quijote»!

Yo, en el lugar de Fulano... que me pusieran a mí en su lugar, ¡ya veríamos!

No quisiéramos ser como el otro. ¿Qué vale el otro? Quisiéramos estar en su lugar; eso sí.

La vida del santo, ¿qué importa? Lo que importa es que está en el altar. Si yo me viera en un altar, ya me tendrían por santo.

Es lo que dicen los autores noveles a los empresarios, cuando les rechazan una obra. «¡Vaya! Que si esta obra fuera de un autor aplaudido, ya le parecería a usted buena».

Porque ellos no aspiran a que la obra sea buena.

Por eso miran al lugar. En el lugar del otro, ellos pudieran parecer el otro.

¡El lugar, el lugar es todo! La persona, ¿qué importa?

Sin embargo, el lugar estuvo mucho tiempo vacío y nadie reparó que allí había un lugar hasta que lo vieron ocupado.

Y entonces, todos dijeron: «¡Ya nos ha quitado nuestro puesto! ¿Qué podemos hacer ahora si nos han quitado nuestro sitio?» Por eso son tantos los que no trabajan, ni estudian, ni piensan. ¿Para qué? ¡Si les han quitado el sitio!—JACINTO BENAVENTE

* *

CELOS ENTRE FLORES.—Un naturalista ha descubierto que la rosa y el resedá no pueden sufrirse. Cuando se ponen juntas estas flores en un vaso donde haya otras, se notará, al cabo de una hora, que la rosa y el resedá se han marchitado completamente, perdiendo toda su aroma, mientras que las otras flores parecen haber revivido.

Una respuesta

En una de nuestras luchas políticas, el general Mitre fué privado de sus grados militares, y, teniendo que ir a inscribirse al registro cívico, los encargados de ello, tratando de inferirle una humillación, le preguntaron por su nombre y profesión. La respuesta fué instantánea y magnífica: Bartolomé Mitre, tipógrafo...

Enlaces


Rinaldo-Nicosia. — Lanús.


Latessa-Yeno. — Salto.


Milloc-Orellano. — Ayacucho.


Bedacarratz-Unsurun. — Ayacucho.


Muñoz-Mateo. — Salliqueló.



NOTA COMICA DEL

GLAUDA

VERMOUTH ARGENTINO

— ¿Por qué has puesto tan lejos el coñac?

— Porque el médico me ha dicho que me aleje de la bebida.

De Rivadavia


Señor Fernán González Guerrico, ganador del primer premio.


17.° ANIVERSARIO DEL GUN CLUB. — Señores Florencio Parravicini, Badano y Campomar, ganadores del 2.°, 3.° y 4.° premios en el torneo de tiro a la paloma realizado en celebración del 17.° aniversario del Gun Club.


Señor Pini, presidente del Gun Club.


Señoritas Elvira Piñeyro y Margarita Rives.


Grupo de concurrentes haciendo los honores al lunch con que finalizó esta interesante fiesta.


Señora de González Segura y nietos.

De una acertada elección

derivan muchos beneficios. Por ello, las personas que para su toilette prefieren el

AGUA DE COLONIA

SUPREMA

y el Polvo Grasoso

SUPREMA

obtienen de hecho las importantes ventajas que puede ofrecer el uso de artículos que se distinguen no sólo por su delicioso, discreto y original estilo de perfume, sino por las excelentes propiedades inherentes a su alta clase.

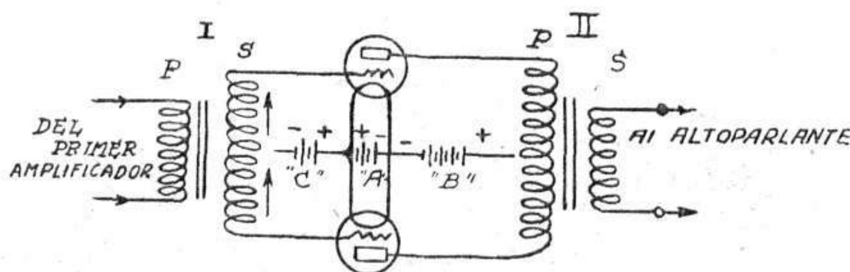
DE VENTA EN TODAS PARTES



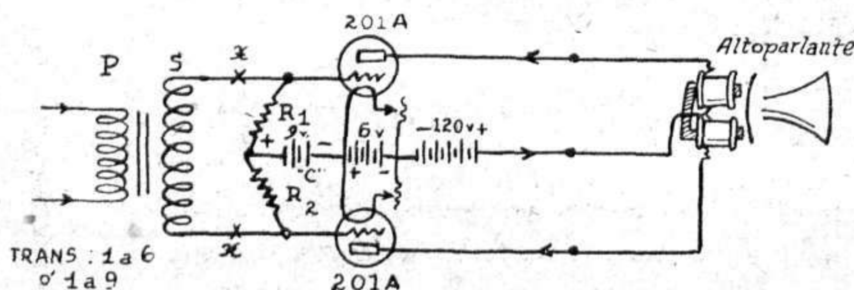
RADIOTELEFONIA

UN AMPLIFICADOR PUSH - PULL ECONOMICO

Las ventajas que presentan los amplificadores Push-Pull sobre los amplificadores de una lámpara por etapa se notan cuando es necesario mucho volumen de corriente modulada. Evitan distorsiones provenientes de aplicar variaciones demasiado acentuadas sobre las rejas de las lámparas y permiten el volumen de dos lámparas en paralelo. Su empleo es recomendable como última etapa, antes del altoparlante y únicamente cuando las señales son ya de regular potencia.



En la mayoría de los amplificadores Push-Pull se emplean transformadores especiales, uno con una derivación en el centro del secundario (I) y el otro con una derivación en el centro del primario (II). Se conectan como indica la figura 1, de modo que la corriente de una reja aumente mientras la de la otra disminuye de potencial: variaciones semejantes se producen en las corrientes de las placas, las cuales se aplican a los altoparlantes por intermedio del transformador de salida (II).



El sistema más sencillo, que hoy nos ocupa, no requiere ningún transformador especial y evita las pérdidas y distorsiones que pudieran provenir del transformador de salida, pues trabaja directamente sobre el bobinado del altoparlante.

Se obtiene el "punto medio" del transformador de entrada por medio de un potenciómetro constituído por dos resistencias de reja de 1|2 megohms cada una, conectadas en serie, entre los bornes del secundario del transformador. El punto de unión entre las dos resistencias constituye el "punto medio" y va unido a la batería "C".

En el altoparlante habrá que hacer una pequeña modificación para obtener que las corrientes de las placas sumen sus efectos a través del bobinado y substituír así el transformador de salida del amplificador Push-Pull.

El altoparlante deberá ser del tipo con imán permanente, bobinado en dos secciones como la mayoría de los teléfonos. Generalmente estos dos bobinados están unidos por dos pequeñas conexiones soldadas juntas; en esta unión se hará una derivación mediante un cordón flexible que tenga la misma longitud del cordón empleado para conectar el altoparlante. Esta derivación sustituye el punto medio del transformador de salida.

En resumen, los materiales necesarios para la construcción de este amplificador son: Un transformador de audiofrecuencia con relación 1 a 6 ó 1 a 9 (T de la figura 2); dos resistencias de reja calibradas de 1|2 megohms cada una, con sus correspondientes soportes (R1 y R2); dos lámparas del tipo 201A o A216, más adecuadas por su mayor corriente de placa. Conviene hacerlas funcionar con 120 a 130 volts, en placa y 6 a 10 volts negativos en las rejas: estos valores varían según el potencial de placa empleado.

La construcción no presenta dificultades. Es tan simple como cualquier circuito de amplificación. Queda, pues, a criterio del aficionado, quien encontrará, entre otras ventajas, la economía de espacio, proveniente del empleo de un solo transformador. Podrá mejorarse el rendimiento en algunos casos, intercalando un condensador de ½ microfardad en cada punto, marcado XX en el circuito.

JORGE A. DUCLOUT

Facultad de Derecho y Ciencias Sociales

Escribanos egresados



Valentín Areu Crespo.



Amadeo Villa.



Eduardo Polemann



Aníbal J. Busso



Avelino M. Zabala.



Horacio de Azevedo



Raúl Castro Olivera



Alberto Obejero Paz.



Raúl F. Devoto



Juan La Rocca.



Mauricio Braver-mann



Federico González del Solar.



Joaquín O. Pano.



Roberto N. Scarica-barozzi.



Juan Seta.



Jacinto M. Cabred.



Armando Meguira.



Horacio Heredia.

Facultad de Derecho y Ciencias Sociales

Escribanos egresados


Humberto Maneles.


Raúl A. Galmarini.


Horacio Cidale.


Ernesto A. Rocca.


Luis Robutti.


Raúl A. Pampliega.


Agustín A. Calviño.


Luis A. Estoup.


Juan Luis Adamoli.


Carlos Facontti.


Victor B. Tenreyro.


Alberto López Fidanza.


Ricardo Bengolea Cardenas.


Martín Amadeo Rivadavia.


Victor M. Galtieri.


Francisco Mendizábal.


Oscar Manito.


Manuel José Calize.



DAMAS ARISTOCRÁTICAS PRESENCIANDO LAS PROEZAS DE LOS DIESTROS.

DE LO TÍPICO SEVILLANO

FIESTAS *en el* CORTIJO

ESTÁ reputada la gentil Sevilla como una de las ciudades más hospitalarias y acogedoras del mundo.

Pasados algunos días de su estancia en ella, se le suele oír a todo forastero: "me parece estar al lado de los míos, en mi propio hogar, en mi nativa tierra". Que tal es el cariño y la amabilidad y la franqueza con que por los naturales se le recibe y se le trata.

Con ocasión de sus fiestas primaverales, Sevilla viene a ser como la Meca que atrae a su contemplación a los espíritus más admirativos y selectos, a las almas anhelosas de las más peregrinas bellezas artísticas y naturales, del goce de lo típico y pintoresco.

Pasadas las suntuosas procesiones de Semana Santa, cuyo lujo, y cuya riqueza, y cuyo arte deslumbran, y las de la feria de Abril, cuya alegría más que el vino embriaga, los sevillanos retienen todavía a las gentes que de todas partes los llegaron a visitar, con otras fiestas particulares de lo más divertido.

Y entre ellas las más interesantes son las que preparan en sus cortijos camperos los ricos hacendados, cuya hidalguía y largueza son harto famosas.

Un buen día de sol esplendoroso y de ambiente cargado del aroma de los azahares, el cortijo se pone de fiesta para recibir a los próceres de la linajuda aristocracia o del arte y el talento, que previamente fueron invitados por el dueño y señor.

La campiña verde, atesorada de trigales florecidos, parece afanosa en mostrar su abundancia, y el caserío blanco, radiante por los reflejos de la luz del sol que en las paredes se quiebran, parece bañado de alegría en obsequio a cuantos lo han de visitar.

El señorito y toda la amable familia, con la obediente y gustosa cooperación de los servidores de su campo, a tono con el ambiente de franco regocijo y de cortesanía que lo llena todo, hacen los honores a los invitados, con tan amistosas deferencias y tan gentiles obsequios, como no habrá idea.

De par en par están las puertas de todas las estancias, a la mano todas las comodidades, y de cada uno y de todos, cuanto hay en la casa y se pueda



UNA SEÑORITA PERUANA PRESIDIENDO EL PASEO DE LOS TOREROS ANTES DE LA LIDIA DE LAS RESES.



UNO DE LOS TORETES ACORRALADO ENTRE LOS AUTOMÓVILES.

apetecer: flores, vino, manjares suculentos. Visitados todos los lugares del hermoso caserío, entre los que hay más que admirar: la morada lujosa de los dueños, la ancha pieza para la comida y el descanso de los trabajadores y los tinados, y las cuadras y los graneros, comienza la divertida fiesta en la placita del cortijo. El mujerío y los señores ocupan asientos sobre el pretil de la blanca pared que circunda a la plaza, y los invitados con afición y arte para la lidia de los toros, toman posiciones en los burladeros.

A la señal ordenada, salta al ruedo un ágil y bravo becerrete, y en él se revuelve y corre de una a otra parte, arremetiendo contra quienes en medio de la arena lo burlan y engañan.

Los señoritos, toreros improvisados, bregan con sus capotes de vivo color grana, y unas veces logran esquivar las acometidas de la enardecida res y otras son por ella alcanzados y volteados y dados con los cuerpos en tierra, constituyendo todo ello la mayor diversión y el más alegre jolgorio de los espectadores.

También se celebra a campo libre el acoso y derribo de los toretes, faenas de las de mayor agilidad y majeza de cuantas pueden celebrarse con las reses de lidia.

De entre los cabestros, bueyes mansos que guían y apadrinan a los novillos y toros bravos, se hostiga y se saca a la explanada al animal por dos garrochistas. El bicho huye en los primeros momentos, perseguido por los jinetes en ligeros y gallardos corceles, luego se repone y trata de acometer, pero los garrochistas burlan la tarascada, haciéndolo de nuevo huir. Y cuando, en instante propicio, logran dar sobrado alcance al animal, híncale uno de ellos la fuerte garrocha en una de las ancas, derribándolo en tierra.

La agilidad de los caballos; el arte y el valor de los jinetes; la bravura y acometividad del becerro, son cosas que animan e interesan a cuantos asisten a la fiesta, haciéndoles gozar unos momentos placenteros.

Después se obsequia a los invitados con abundante y rica merienda: pan moreno y blando de Alcalá; jamón y chorizos serranos; dulces de las monjas y vino de Jerez, y tras de la merienda, con el baile hasta cansar los cuerpos y embriagar a los sentidos.

Las horas pasan con deleites de paraíso, que a veces sufren leves treguas de zozobra y de inquietud, fáciles de reponer. Esos momentos son los de las bromas inesperadas que se dan para hacer reír y producir la hilaridad de las gentes.

Alguna vez, cuando más engolfadas están las parejas en el baile o más descuidados se hallan los invitados gozando del placer de la merienda, se da suelta a un becerrete promoviendo sustos y carreras.

Evitado todo peligro, otra vez suena la risa y otra vez salta la alegría, hasta que el atardecer avisa de la noche y se organiza el retorno a la ciudad hospitalaria y acogedora. Y ninguno que las gozó podrá olvidar estas típicas fiestas camperas.



MERIENDA EN EL CORTIJO.

J. Muñoz San Román

De Vedia



Monseñor Copello rodeado por un núcleo de caracterizadas damas y caballeros que lo agasajaron durante su reciente visita a esta localidad.

REFRANES Y SU SIGNIFICADO

1.º — "Decidlo en cabildo y allí seréis respondido." — Enseña que no se han de tratar ni resolver las cosas públicas en secreto, a escondidas, sino donde se puedan y deban conferir, para que las resoluciones sean prudentes y acertadas.

2.º — "Quien por codicia vino a ser rico, corre más peligro". — Explica que lo mal ganado dura poco.

3.º — "Amigo del buen viento se muda con el tiempo". — Enseña la inconstancia con que se comportan muchos que se tildan de amigos, volviendo la espalda cuando la suerte del protector se hace adversa, o cuando hallan otra conveniencia más favorable.

Mi desayuno favorito...

CHOCOLATE

GODET

EXTRA (PAPEL BRONCE)



A. GODET

NO ADMITA OTRO,
SIEMPRE
GODET
EN CUALQUIER MOMENTO
Y A TODAS HORAS
SIEMPRE ES BUENO

DANIEL BASSI & Cia. B. MITRE 2538-54 Bs. As

TOS

CURACIÓN PRONTA Y SEGURA
CON LAS
PASTILLAS del Dr. ANDREU
De venta en todas las Farmacias

Los que tengan **ASMA** o sofocación usen los **Cigarrillos antiasmáticos** y los **Papeles azoados** del Dr. Andreu, que lo calman en el acto y permiten descansar durante la noche.

Festival benéfico


Con asistencia del Presidente de la Nación, doctor Alvear y de su esposa señora Regina Paccini, realizose en el teatro Politeama un gran festival artístico a beneficio de la Sociedad Italiana "Pro Asili D'Infanzia".

La moda al día

por

Luz y Sombra

El *tailleur* ha evolucionado mucho en Europa. Hasta unos años ha, la preferencia era para el traje-sastre derecho, austero, cortado en un buen tejido inglés, y solamente adornado por la clásica flor blanca en el ojal. Este era el vestido que se llevaba siempre, menos para visitas obligadas y teatros.

El traje sastre ha sido hoy confinado entre los vestidos de mañana por culpa del traje sport y del *tailleur trois-pièce* que, a pesar de su nombre, se compone de dos partes: el vestido y el saco. Es éste el "Don Juan" de la moda 1925, y no sin razón. El saco largo afina la silueta, mientras es más juvenil que un tapado, y el vestido entero, debajo de él, ofrece ventajas que toda mujer aprecia. Además, todo el conjunto constituye precisamente esa uniformidad que es la nueva reforma de la moda. Gracias al *tailleur* moderno tenemos mujeres marrón, mujeres verde, ladrillo, azules; con preferencia, marrón y ladrillo. No se puede negar que el verdadero ladrillo lo constituye la moda sobre el estómago de los hombres; pues ellos dicen que el *tailleur trois-pièce* no es sino un traje más en el guardarropa y unos ceros más en las cuentas.



Vestido blanco perlado, para fiesta; capa de breitschwanzen blanco Boheme y nutria.

Ahí está la ironía de la vida: el marido trabaja para comprar a la mujer las quimeras que despertarán insanos apetitos en los otros hombres... Hablábamos, creo, del *tailleur*. Al lado del *trois-pièce* con saco largo, encontramos en las nuevas colecciones europeas el vestido entero, recto, con saco o godets. Y con él, el traje sastre con blusa de seda del mismo color formando casi un vestido entero. El traje sastre conserva su corte severo, y no admite más adorno que pliegues, recortes discretos, recuadros que ensanchan la pollera y botones blancos. Este traje ofrece la oportunidad de lucir sentadores cuellos de linón, volados de puntillas, chalecos de alta distinción. Llévase siempre con el traje sastre el zorro u otra piel y, en la buena estación, la echarpe tejida y con borde de *fourrure* de verano.

Es sabido que el talle ya no está de moda. Los sacrificios hechos por tantas generaciones para la conservación del "talle de avispa", orgullo y ambición femenina, han sido desperdiciados en un santiamén por las hijas de nuestro siglo, a las que hace falta un nuevo Diógenes en busca, no del hombre, sino de caderas.



La misma capa, cerrada. Obsérvese el cuello Pierrot y el adorno de nutria en forma de cinta.
(Creación Antonietti.)

El Diógenes, en ese caso, ha de ser una mujer. "En el silencio de su casa, dice Sem Benelli en *La cena delle Beffe*, la mujer afina su mente"; y no en vano hemos visto por las calles de Milán, en estos días, dos siluetas llamando la atención por sus traje-sastres, bien entallados, que marcaban sus talles de vírgenes. Las miradas que los hombres les tributaban habrán tenido de seguro la resonancia de unos gritos de alarma en el corazón de las mujeres que lo vieron.

En cuanto al traje sport, hay el tapado tres-cuartos, cortado en un suple *chevreau* dorado, con sombrerito haciendo juego. También hay tapados de gamuza con cuello y puños de linón. Más práctico es para automóvil el tapado liviano, con un forro "desmontable" de indolaine. Una casa parisiense ha expuesto un nuevo modelo de tapado sport, de corte recto, llevando en la espalda un pañuelo del mismo género, como una pequeña *pelerina* que se puede cerrar al cuello con una echarpe, lo cual constituye en el mismo tapado dos líneas distintas. El traje de montaña, en su última creación, es por ahora representado por el modelo del que ya en otra ocasión hablamos. Un calzón sport, con medias de lana inglesa y zapatos ídem, bajo una túnica de lana finita o crepe pesado, blanca, ribeteada del color del calzón, y una capa como el ribete. Tres elegancias en un solo vestido: con la capa se puede causar sensación a la llegada, y luego asistir a las carreras de *sky* y a todas las otras manifestaciones deportivas propias de aquellas cumbres. Caída la capa, se perfila la línea elegantísima de la túnica blanca, en el comedor del hotel de montaña. Y, en fin, en la hora de los juegos sobre la nieve, en la excursión hacia mayores cumbres, donde las huellas de tanta lozana juventud manchan la blancura de una Naturaleza muerta de frío y de soledad, entonces la capa y la túnica habrán desaparecido, para dar lugar al varonil traje de sport.

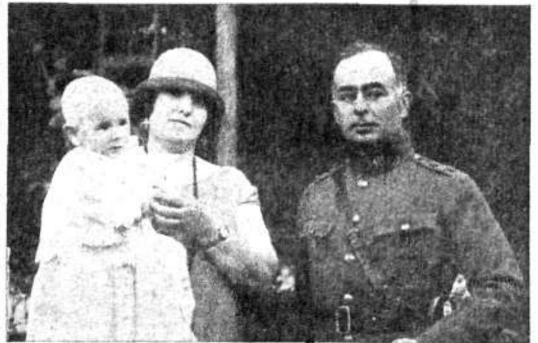
Claro está que esta creación presentada en los salones de la ciudad, esta unión de capa de fiesta y calzado sport, no produce la impresión de lógica que podrá producir en la sierra.

¡Así como no nos convence el moderno zapato de gamuza con taco de tennis, que los zapateros crearon para el tailleur, y las clientas llevan de tarde y de mañana con el traje sastre y con el tapado!

Padrinazgos presidenciales



Padrinazgo presidencial del séptimo hijo de los esposos Grimaldi, actuando en representación del Presidente el señor Alfredo Duplux. Hénderson.



La madrina, señora María Teresa Balerdi, con el séptimo hijo varón de los esposos Zoilo-Cis, quien fué apadrinado por el señor Arturo Clipton Goldney. — Gualeguaychú.



Los esposos Canceladich-Scarpa, con sus siete hijos varones, el último de los cuales fué apadrinado por el señor Ignacio V. Aguirre, quien actuó en representación del doctor Alvear. — Ramallo.



Los esposos Jost con sus siete vástagos, el último de los cuales es ahijado del Presidente de la República. — Bompland.



Los glóbulos blancos de nuestra sangre. — Ahora podemos estudiar la otra especie de glóbulos que contiene nuestra sangre: los glóbulos blancos, sobre los que sabemos ya algunas cosas. Su número es bastante inferior al de los glóbulos rojos. En una gota del tamaño de una cabeza de alfiler, o más exactamente en un milímetro cúbico hay de cuatro a cinco millones de glóbulos blancos cuando estamos en buena salud. En ciertas enfermedades el número de los glóbulos blancos puede crecer en proporciones considerables y puede venir a ser cinco y hasta diez veces más grande. Los médicos pensaban antes, que esa era seña de los malos efectos de las enfermedades, pero hoy estamos un poco mejor informados y sabemos que los glóbulos blancos son particularmente necesarios durante las enfermedades y que su multiplicación es una de las maneras mediante las cuales se manifiesta el poder que tiene la naturaleza de curarse ella misma.

Esos glóbulos blancos varían mucho en su aspecto, contrariamente a lo que ocurre con los rojos que se parecen todos entre sí. Los blancos varían de tamaño y de color, porque son susceptibles de llevar diversas materias colorantes. Es probable que esos diferentes aspectos correspondan a diferentes estados de su vida. No están cubiertos por una capa elástica, lo cual les permite tomar diversas formas, como deben poderlo hacer.

Durante numerosos años el papel de los glóbulos blancos fué un verdadero enigma. Se había visto, por ejemplo, glóbulos blancos que contenían microbios, y se había pensado que los microbios se introducían en los glóbulos y los mataban.

Pero se descubrieron también glóbulos blancos que contenían pequeños fragmentos de polvo de carbón y pareció necesario admitir que esos glóbulos habían absorbido ellos mismos el polvillo. Cuando se encontró la manera de conservar una gota de sangre caliente bajo el microscopio, de manera de poder observar durante un número de horas suficiente, se descubrió que los glóbulos que contenían los microbios a su substancia no se morían, sino que, tras cierto tiempo, los microbios desaparcían y los glóbulos seguían vivos.

Después de aquello se han conocido procedimientos que nos permiten actualmente observar los glóbulos blancos cuando absorben los microbios o los fragmentos de materias extrañas que pueden encontrarse en la sangre, absolutamente de la misma manera que los *amibes* absorben y digieren los pequeños corpúsculos de que se nutren. Pero hay más aún. Por el estudio bajo el microscopio, de los vasos sanguíneos, en los tejidos vivientes, se ha descubierto que los glóbulos tenían la facultad de pasar a través de los vasos para penetrar en los tejidos mismos por los cuales viajan. De aquí el nombre que se les ha dado de: *células migratorias.*

Supongamos que uno se hace una pequeña herida en un dedo. Algún polvo o algunos microbios han podido penetrar en la herida. Entonces sucederá que los glóbulos blancos atravesarán los vasos vecinos de la herida y no solamente algunos de ellos, sino miles. Se les ha observado durante ese tiempo y se ha comprobado que se necesita una media hora para que un glóbulo blanco se abra camino a través de los vasos sanguíneos.

El ejército de los glóbulos blancos se moviliza para salvarnos la vida. — Los glóbulos blancos se reunen pues cerca del lugar herido. Si se trata de una herida seria, todos los órganos del cuerpo parecen estar advertidos de ello por una maravillosa señal de alarma, y todo órgano que es capaz de fabricar glóbulos blancos entra inmediatamente en movimiento inusitado, como los arsenales y las fárbicas de guerra... Si contamos entonces el número de glóbulos blancos contenidos en una gota de sangre tomada de cualquier parte, los encontraremos considerablemente aumentados. Los glóbulos blancos están tratando de ir en masa hacia el lugar herido como si obedeciesen una orden imperativa, y se precipitan al ataque de los microbios. En la mayoría de los casos matan los microbios y se eliminan. Así se reparan los pequeños accidentes de que podemos ser víctimas.

Si alguna vez os ha pasado, a consecuencia de una pequeña herida, de tener un dedo infectado, son los glóbulos blancos los que os han curado. Son ellos los que han matado al enemigo que había conseguido penetrar en vuestra herida. Pero los glóbulos blancos, durante ese combate, mueren por decenas de miles, y esa especie de líquido espeso y blancuzco que se llama pus, y que el médico ha estado obligado de hacer salir de vuestra heridita, está formado en gran parte por los cadáveres de esos bravos compañeros soldados que sucumben por nosotros.

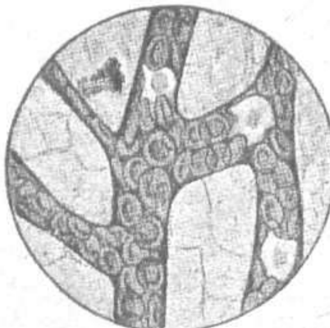
Uno de los más maravillosos capítulos del libro de la Vida. — Los glóbulos blancos, que fueron durante largo tiempo un enigma, nos dan también la ocasión de contar el más maravilloso episodio que se pueda encontrar en el libro de la vida. Esos glóbulos constituyen el *ejército defensivo que se opone* a los malos invasores de nuestro cuerpo, sean microbios o materias sin vida. Los glóbulos blancos, son la policía de nuestro cuerpo! En cuanto nos es posible juzgar hoy, durante una buena parte de nuestra vida los glóbulos blancos tienen poco que hacer. Pero es preciso que estén siempre listos, como los bomberos, para cualquier urgencia.

Parece, pues, perfectamente probado en nuestros días, que la curación de todas las enfermedades infecciosas se debe a los glóbulos blancos. Lo que solamente puede hacer el médico, y que es lo que debe, es ponernos en las mejores condiciones posibles a fin de que estemos en estado de curarnos nosotros mismos.

Desde la antigüedad se ha escrito y disertado mucho sobre el poder que la naturaleza tiene para curarse ella misma. La expresión latina que traduce ese pensamiento merece recordarse, pues se la emplea aún frecuentemente, y que es: *Vis medicatrix natural.* Vis significa potencia, fuerza; medicatrix significa curadora o curativa.

Cada día, cuando se estudia el cuerpo en estado de salud o de enfermedad, sea el cuerpo humano o el de un animal y hasta el de una planta, llegamos a comprender, cada vez mejor, y a admirar ese poder de la naturaleza de curarse ella misma, sobre todo si pensamos en el número de enemigos que rodean la vida desde que aparece sobre la tierra. La vida está expuesta a los cambios de la temperatura, a los asaltos de los vientos, al rigor de las intemperies, a los accidentes de toda clase, a los ataques de las otras especies de la vida, a los peligros de las substancias venenosas.

Cómo la naturaleza nos cura. — Ha sido, pues, necesario, desde los comienzos, que las criaturas vivientes sepan reparar los daños que pueden sufrir. Si todos los ataques que ha sufrido hubieran sido para ella accidentes irreparables, la vida no hubiera podido subsistir. A través de las edades el poder de defensa y de reconsti-



VASOS SANGUINEOS VISTOS A TRAVES DEL MICROSCOPIO. — Están llenos de líquido sanguíneo y de glóbulos. La mayor parte de ellos son rojos y de forma regular, pero muchos otros son glóbulos blancos, más grandes y muy parecidos al granizo.

tución ha tenido que irse perfeccionando y puede ser que en el hombre más que en los demás seres vivientes.

Cierto es, que no podemos negar la existencia de las enfermedades, de los accidentes y de la muerte y vemos producirse daños irreparables, pero no debemos olvidar el considerable número de accidentes, de daños, de envenenamientos, que han sido evitados gracias a la *vis medicatrix* de la naturaleza. Cuando esta expresión fué inventada, los hombres no tenían la menor idea del modo con que esa fuerza natural podía actuar. No tenían sino un conocimiento muy vago del cuerpo; habían solamente observado que las criaturas vivientes tenían en sí un medio de preservación y de curación. Pero ahora sabemos que ese poder reside en los glóbulos blancos de la sangre, y podemos decir que allí está, bajo una forma visible, la virtud curativa de la naturaleza de que hablaban nuestros predecesores. Si sacamos una gota de sangre de un enfermo que está convaleciente de una enfermedad infecciosa, podremos ver en esa gota los glóbulos blancos englobar y absorber los microbios, de tal manera que nos damos cuenta de lo que ocurre en la sangre en ese momento. Henos, pues, muy lejos de la vaga y primitiva idea de acuerdo con la cual el cuerpo se cura él mismo; y ello es aún más maravilloso.



Esta figura nos muestra algunos glóbulos blancos: los que aparecen unidos. Ellos son los que atacan a cierto número de microbios, que aparecen en forma de bastoncitos negros.

Las sorprendentes consecuencias de la picada en un dedo. — El estudio de los glóbulos blancos nos permite por otra parte, formarnos una idea de la maravillosa solidaridad que une las partes de nuestro cuerpo. La más pequeña herida, una picada en un dedo, parece molestar a todo el cuerpo. Los ganglios o glándulas linfáticas, especie de pequeñas glándulas que se pueden sentir en la piel del cuello o en las axilas — aunque están situadas en lugar lejano — son avisadas, por decirlo así, por la herida, probablemente por medio de meonismo químico de lo que ha pasado. Entonces, la actividad de esos ganglios se doblará o triplicará, produciendo millones de glóbulos blancos, y todo ello nada más que porque la punta del dedo está herida. Los glóbulos blancos formados en los ganglios circulan en seguida en vasos especiales llamados *vasos linfáticos*. Las vías muy complicadas de esos vasos linfáticos recorren o cubren todos los órganos corporales y reunen a todos los ganglios, llevando los glóbulos blancos que ellos producen para echarlos finalmente en dos venas importantes del cuerpo. Es de esta manera como la sangre se enriquece, en ciertos momentos, de un número considerable de glóbulos blancos que transporta donde sea necesario.

Ese es uno de los grandes servicios que nos presta nuestra sangre, el que se une a los demás. No solamente nos sirve la sangre para transportar el oxígeno y las materias alimenticias, así como los defensores de nuestro cuerpo que navegan en esos canales. La sangre es, además, la gran llevadora de mensajes. Nada importante puede acaecer en cualquier parte del cuerpo sin que se produzca una modificación química. Los productos de esa modificación pasan a la sangre y son llevados al torrente de la circulación, llegando así hasta los órganos que pueden estar interesados en lo que haya sucedido, y el resultado necesario se obtiene. Podremos esperar que llegará un día en que las diversas clases sociales vivirán en la misma armonía, unidas entre sí por la misma solidaridad que une las diferentes partes de nuestro cuerpo?

Como obstaculiza el alcohol la acción de los glóbulos blancos. — Está reconocido, que en el curso de nuestra vida los glóbulos blancos pueden afectarse de diferentes maneras, fuera de los casos de heridas o enfermedades y por diversas substancias.

Es así como su número se acrecienta en la sangre cuando estamos digiriendo los alimentos y no sabemos todavía por qué se produce eso. Pero se ha reconocido también, que un gran número de drogas, entre las que se creían las más eficaces, paralizan los glóbulos blancos de tal modo que los impiden actuar. Es una de las razones por las cuales los médicos de nuestros días usan mucho menos de cierto número de remedios que se empleaban en otras épocas. Han aprendido que es bueno confiar en los recursos de la naturaleza misma.

Entre las substancias que tienen sobre los glóbulos blancos una acción muy neta, el alcohol es una de las más notables. En presencia de una muy pequeña cantidad de alcoho, los glóbulos blancos cesan de moverse y no prestan la menor atención a los microbios que debieran devorar. Esto explica por qué un hombre o un animal intoxeiado por el alcohol, no puede oponer a las enfermedades infecciosas la misma resistencia que los que no lo absorben.

Además de los glóbulos rojos y blancos, se ha observado en la sangre una tercera clase de pequeños elementos, aunque se piense que no hay lugar para otra cosa... Son pequeños cuerpos redondos y transparentes llamados globulinos hematoblastas. Son mucho menos numerosos que los glóbulos rojos, pero más que los blancos. Hasta hoy se ignora el papel que desempeñan.

El gas que fabrica nuestra sangre. — Hay un gas muy importante que se encuentra constantemente en la sangre, parecido en eso al oxígeno. Es el gas ácido carbónico, cuya molécula está compuesta de un átomo de carbono y dos de oxígeno, de tal modo que se la puede representar por: $CO2$. Este gas se forma sin cesar en nuestro organismo y es producto de todas las combustiones en general.

Si se impide escapar al ácido carbónico producido por un fuego, éste será rápidamente extinguido; y esto pasa en nuestro organismo. Existen, pues, dos grandes diferencias, y no una solamente, entre la sangre que corre hacia la extremidad de nuestros miembros y la que lo hace en sentido opuesto. La sangre que corre hacia el extremo de los dedos es rica de oxígeno, pero es muy pobre en ácido carbónico. La sangre que vuelve de las extremidades a través de las venas, es pobre en oxígeno, pero está cargada del ácido carbónico que es transportàdo a los pulmones, los que lo expulsan con cada cantidad de aire de las que eliminan constantemente. Es asimismo imposible que esa cantidad de ácido carbónico pueda llevarse bajo forma de gas a la sangre, desde los tejidos hasta los pulmones; y, del mismo modo que el oxígeno debe combinarse con una substancia para presentarse bajo la forma de un sólido $HbO2$, el ácido carbónico ha de combinarse con una substancia.

Por qué no podríamos vivir sin sales. — Parece que ni los glóbulos rojos ni los globulinos tengan algo que hacer aquí. Es el papel de una de las sales preciosas que se encuentran disueltas en la parte líquida de nuestra sangre. Un número crecido de sales es, en efecto, necesario a la vida y deben, en consecuencia, encontrarse en los alimentos. La mayor parte, si no todas, existen en la sangre de todas las criaturas o en el líquido que reemplaza la sangre en algunas. La sal particular que transporta el ácido carbónico, o al menos la mayor parte, desde los tejidos hasta los pulmones, se llama carbonato de sodio.

Ese carbonato de sodio es él mismo un compuesto, como su nombre lo indica, de metal sodio y de ácido carbónico. Pero existe aún otra sal casi parecida, que contiene dos dosis, por decirlo así, de ácido carbónico en cada una de sus moléculas. Esa sal se llama bicarbonato de sodio. Ustedes conocen ciertamente, esa otra sal llamada bicarbonato de soda, que se encuentra en todas las aguas minerales y gaseosas. Los químicos que estudian esas dos sales fuera del cuerpo de los seres vivientes, han notado que, en ciertas condiciones, el simple carbonato tomará ácido carbónico transformándose en bicarbonato; y que bajo otras condiciones, el bicarbonato producirá ácido carbónico para volver a ser simple carbonato.

De Avellaneda



"San Pedro y el libro de la conciencia", diálogo, cuya representación fué muy aplaudida.



"La barquilla del pescador". Coro y solo, interpretados admirablemente por las educandas.



En el salón de actos públicos del Colegio María Auxiliadora, durante el interesante festival literario-musical.

Las familias de las educandas siguieron con gran entusiasmo el desarrollo de la linda fiesta.



El elixir de vida

Fácil es contrarrestar el deprimente estado que predomina en las personas debilitadas, sea a consecuencia de una enfermedad sufrida, imperfecta asimilación de los alimentos o falta de apetito.

Bien probada, y ya de todos conocida, es la eficacia imponderable de la Malta Palermo en tales casos.

Por la completa asimilación de sus altos valores nutritivos, su fácil digestión y agradable sabor, ocupa una ventajosa posición como reconstituyente natural, nunca mejor justificada que cuando se trata de personas de estómago delicado.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO S. A. — Buenos Aires





De San Fernando




Festival realizado en el teatro Tamagni, en ocasión del aniversario del Colegio Nacional, acto al cual asistió el ministro de Instrucción Pública, doctor Sagarna, y en el cual se procedió a la entrega de los diplomas de las nuevas maestras. La señorita Herminia Piazzi pronunció un discurso en nombre de las nuevas profesoras.

LAS TORRES DEL SILENCIO

Los parsis de la India descienden de los adoradores del fuego. Perseguidos por los sucesores de Alejandro el Grande, los parsis se refugiaron primero en Ormus y después en Guzarat.

Los ingleses supieron apreciar las buenas cualidades de aquel pueblo inteligente e industrioso, e hicieron emigrar a los parsis a Bombay, en donde forman una dilatada tribu.

El tipo parsi es europeo y tiene la nariz aguileña.

El pueblo a que nos referimos tiene en mucha estima sus creencias y sus costumbres, y entre estas últimas hay una de la que ya hace mención Herodoto: los parsis ofrecen sus muertos como pasto a los buitres.

Cerca de Bombay, sobre la colina de Malabar, se hallan las seis *torres del silencio*, esto es, el cementerio de los parsis.

En cinco de ellas se depositan los cadáveres y la otra sirve de depósito a las ropas que se quitan a los muertos.

Las torres tienen de 100 a 200 pies de altura y de 20 a 50 de diámetro, y constan de gran número de aberturas.

Sólo los sacerdotes pueden acercarse a aquellos sitios.

Los árboles del inmediato parque están cubiertos de buitres, a los que el hambre arranca espantosos chillidos.

Al llegar la noche, los sacerdotes reciben los cadáveres, los desnudan, los bendicen y los colocan en sus correspondientes nichos.

A los pocos instantes se oye un ruido insoportable y da comienzo la lúgubre tarea.

En dos horas los buitres han convertido el cadáver en esqueleto, batiéndose luego encarnizadamente sobre los últimos despojos de los muertos depositados allí momentos antes.



— ¿A que con este jabón
la cabeza no te escuece?
— No, mamita. Si parece
que frotas con algodón.
— Porque ***Reuter*** da una espuma
blanca y suave como armiño.
— Yo parezco en vez de un niño
un pichoncito con pluma.

— Con el ***Reuter*** notarás
que el pelo no se oscurece.
— Cierto, mamita, y que crece.
¡Cada día tengo más!
— Y no te quedan, monín,
los cabellos como cerdas.
— Con el otro sí. ¿Te acuerdas?
Parecía un puerco-espín.

MOMENTOS EMBARAZOSOS

Por el dibujante norteamericano CHARLES DUNN



Cuando se le desata la liga en la calle.



Cuando llevó usted a un amigo a visitar a su presunto suegro.



Cuando ha ido usted a pescar con los amigos y le juegan una broma.



Cuando sacó usted el automóvil de su presunto suegro del garage.



El día que telefoneó usted al jefe que no iría a la oficina porque estaba con una fiebre terrible.



Cuando está usted saludando a través del patio a la linda casita de enfrente.

La Elegancia no es un don de la Naturaleza



Es el arte con que toda señora adorna el encanto de su figura. El vestido de moda, el color más apropiado a su rostro y cuerpo, el calzado, etc., son factores que cooperan a la mayor elegancia; pero el lucimiento de su silueta la deberá únicamente **A LA FAJA O CORSE** que use, por ser ésta la prenda básica de toda elegancia. La

CASA IZQUIERDO

en su constante y probada habilidad en el arte, esmero en la confección e **INDISCUTIBLE SUPERIORIDAD** en los materiales, ha conquistado la supremacía en el ramo y la confianza del público. El criterio artístico de sus técnicos y la más alta **CALIDAD** de las prendas que confecciona son garantía que atestigua la fama de que goza.

MODELO "MARCELA"

Lindísima faja toda cerrada y sin ballenas, la más práctica y cómoda, confeccionada en rico tricot inglés mercerizado, con cuatro ligas de seda.

$ 35.—

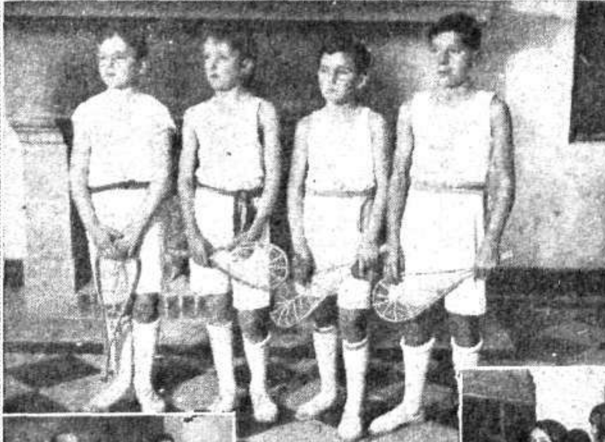
CASA IZQUIERDO

LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA

CARLOS PELLEGRINI, 490 — BUENOS AIRES

UNION TELEFONICA: MAYO, 0313

De San Isidro





V. del Rio y P. Olhagaray.



V. Artadi y J. Amundarain.



A. Rodríguez Egaña y . Balda.

Precoces jugadores que obtuvieron entusiastas aplausos por el brillante juego.

En la bonita cancha que el Club Atlético San Isidro ha inaugurado recientemente, ante una numerosa y selecta concurrencia se realizaron varios interesantes partidos de pelota en los cuales demostraron su entusiasmo y virtuosidad los pelotaris que actuaron.



Grupo de señoritas que presenciaron los partidos.

De Quequén



Grupo de niños que, bajo el patrocinio del señor Femesio Olariaga, han constituído el club infantil "San Lorenzo", con el propósito de practicar diversos sports.

LA ZORRA Y EL CHIVO

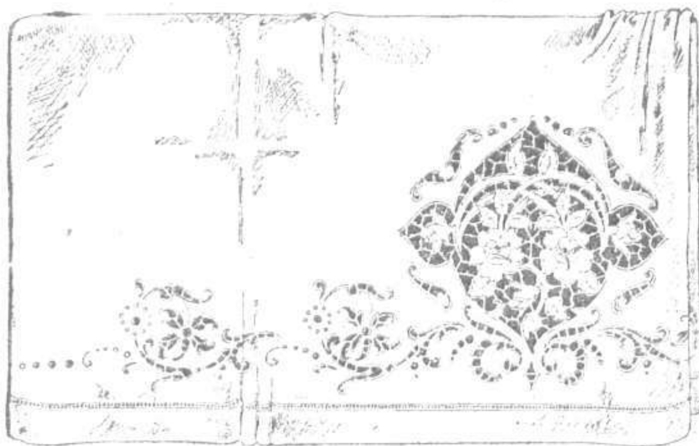
Cayó la zorra en un pozo y no podía salir por más esfuerzos que hiciese. Acercóse un chivo sediento y le preguntó si estaba buena y fresca el agua. — "Baja, le contestó la zorra, porque es tan buena que no me canso de beberla". Bajó el chivo y allí se quedó, porque saltándole, al momento la raposa encima y sirviéndose de sus cuernos como de escalera, se escapó inmediatamente del pozo.

Algunos hombres, por no esperar, pierden a otros. En algunos casos conviene no obrar tan ligero que no se prevean los peligros.

La MUJER y la CASA

LABORES DECORATIVAS DE AGUJA

Motivo para sábana



Sábana bordada.

Ya, queridas lectoras, vuestras manos han ejecutado lucientes y frescos "stores", encantadoras lámparas, mantelitos y carpetas de diversos estilos; pero de la ropa de cama nos hemos ocupado poco, y esto no puede ser. ¿Y, acaso, no nos place sentir, por ejemplo, la suavidad y frescura de las sábanas, cuando por las noches la cama nos acoge como verdadera amiga?

Más grande será su encanto si a todo eso se añade el encanto de sus bordados y calados. Hoy presentamos en estas páginas un precioso bordado: es un medallón compuesto de rosas bordadas en encaje Richelieu sobre fondo de bridas festoneadas. Algunos pétalos son hechos en relieve y el corazón o centro está perforado a la inglesa.

Esta decoración se dispondrá sobre un largo *ourset a jour*.

Muchas personas aconsejan perfumar las sábanas, mas a nosotros nos parece un refinamiento exagerado, ya que nada hay tan delicioso, sabroso, podríamos decir, que el olor tan fresco y peculiar de la ropa limpia; pero, en fin, esto depende completamente del gusto de cada señora.

También ofrecemos hoy otro encantador dibujo, que se puede emplear para bordar una funda de almoadón para cama; este delicado y lindísimo motivo se puede ejecutar en los cuatro ángulos; pero si se prefiere, por demorar menos, se puede hacer solamente en un ángulo, quedando de todas maneras muy vistoso.

Esta encajería está totalmente hecha en bordado inglés, a bridas y está limitado en todo su derredor por *tru-tru*.



Bordado para funda de almondón.

S A B O R E A N D O

Pichones a lo cardenal.—Se frotan con zumo de limón, para blanquearlos, y se les hace revenir con grasa de cerdo, sin dejarles que tomen color; después se ponen en una cacerola preparada con tocino, se les echa encima la grasa en que se han cocido, se cubren con otras lonjas y un papel, y, cuando estén a punto, se sirven, poniendo entre ellos cangrejos y con una salsa preparada con éstos.

Huevos espirituales. — Bátense en una taza dos yemas de huevo, y, poco a poco, se va echando vino o alcohol, muy caliente; añádese azúcar en polvo; bátese muy bien y pónese canela en polvo, y, al llenarse la taza, se puede beber.

Sardinas con "petit - pois". — Póngase en una cacerola una cucharada de manteca, una cebolla chica picada y arvejitas frescas y tiernas; se las deja saltar algunos minutos en el fuego y se les agrega un vaso grande de agua hirviendo, se sazonan y se dejan cocer bien cubiertas; por último se les pone una cucharada de harina bien mezclada con una cucharada de manteca.

Se arreglan las arvejas en una fuente redonda, en el centro y alrededor se ponen las sardinas rellenas (para esto se tienen sardinas grandes y bien firmes, se las escama y se les quita la cabeza y los intestinos), se les abre por el vientre a todo el largo y se les pone un relleno de algún pescado u otro relleno que se quiera, y se tapan con otra sardina, como haciendo "sandwich". Se colocan alrededor de las arvejitas, se les espolvorea miga de pan, manteca derretida y se ponen al horno un rato.

Pudín de arroz. — Se pone a hervir una media botella de leche, cuatro onzas de azúcar, y cuando esté hirviendo, se agregan dos onzas de arroz. Cuando todo está cocido y espeso, se añade un pequeño pan deshecho en leche, pasas sin semillas, un poco de limón rallado, canela molida y dos huevos batidos.

Se pone en el molde untado de manteca y se mete al horno, tratando de que no esté demasiado caliente.

PARA TENER LAS MANOS SUAVES

Lavarse las manos con agua tibia en la cual se disuelve una cucharada de miel pura.

I V O N N E



MÉDANOS

Pasa el viento de fuego con su tono invariable
como una larga palabra de desolación;
y desmenuza el médano en su vagancia eterna
empenachado y solo su postrera ilusión.

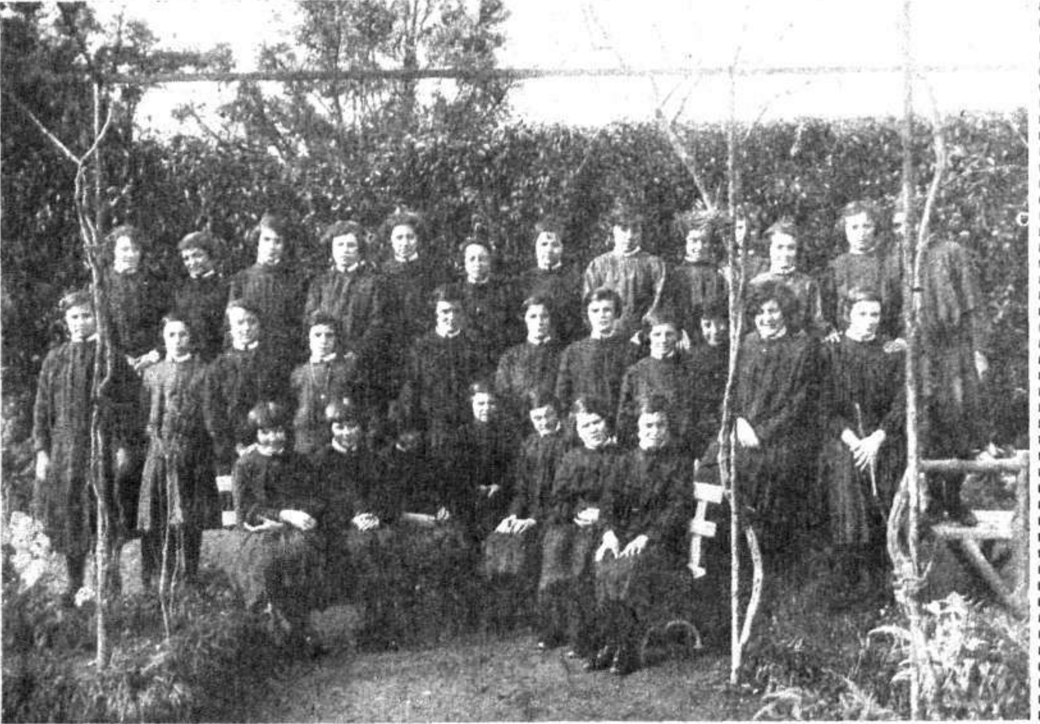
Como la vida misma, como el puro deseo
de llegar a ser mole de su propia ilusión;
y deshacer su alma vagabunda de pájaro
en el breve silencio que formó la canción.

Aquella que fué médano inconstante y adusto,
que fué gaviota y nube, que fué voz y sentido,
que fué ramita verde sobre el drama de arena
que asfixia al arbolito que se quedó dormido.

RICARDO GUTIERREZ

DIBUJO DE REQUENA ESCALADA.

De Suipacha



Grupo de niñas que reciben educación en el colegio de Nuestra Señora del Carmen de esta localidad.



Si desea llegar a ser rico, es conveniente estudiar una profesión.

Mande su dirección y recibirá gratis un ***manual para aprender a escribir a máquina*** y folletos explicativos de las profesiones que enseñamos ***por correo.***

Usted estudia en su casa con los libros que le entregaremos y envía los ejercicios ***por correo*** para que nuestros profesores se los corrijan.

TENEDOR DE LIBROS — TAQUIGRAFIA — ORTOGRAFIA — ARITMETICA DIBUJANTE — CONSTRUCTOR — CONDUCTOR DE MOTORES AGRICOLAS — CONTADOR MERCANTIL - CORRESPONDENCIA - CALIGRAFIA — MECANICO — CHAUFFEUR —MAQUINISTA - ELECTRICISTA— OPERADOR CINEMATOGRAFICO.

Regalamos a los alumnos: papeles, sobres, libros de estudio, diploma al terminar, etc.

GARANTIA: Devolvemos el dinero al alumno desconforme durante los dos primeros meses de estudio. A esta garantía, que cumplimos fielmente, debemos la gran prosperidad alcanzada por esta Institución.

ESCUELAS SUDAMERICANAS

DE ENSEÑANZA POR CORREO

1059, Lavalle, 1059 — Buenos Aires

(Las escuelas más grandes del mundo)

....

Nombre

....

Dirección

....

Localidad C. C.

De La Plata



La señora Rosa Torres de Leidi, rodeada por sus descendientes el día en que cumplió 100 años de edad, a pesar de lo cual conserva su salud y su memoria.


Frente de la basílica de Superga.

DE PASO POR TURIN



TURIN, en proporciones más reducidas, es la Buenos Aires de Italia. Una Buenos Aires rodeada por una imponente y encantadora cadena de montañas, que va desde las alturas de Tenda al sud, hasta el monte Presolana sobre el lago de Garda.

Pero, mientras en la capital argentina la vida es febril, en Turín se vive con más calma. A juzgar por las apariencias, se diría que los turineses no se sienten atormentados por el afán del dinero. Procuran vivir bien con lo que tienen. Y hay que reconocer que son muy señores, muy amables.

Podéis entrar en una casa de negocio cualquiera, comprar una insignificancia, y se manifestarán tan agradecidos como si les hubierais adquirido la mitad de las mercaderías existentes.

Hay señoras (en todas partes del mundo las hay) capaces de hacer revolver de arriba abajo una tienda para encontrar un género que les agrade.

Miran, admiran, charlan, desprecian, toquetean, vuelven a mirar una y después otra pieza y otra más... para luego salir con que ninguna les sirve. Pues bien. El dependiente turinés no va a molestarse por eso... Por lo menos no lo aparenta. Agradece, protesta que es su deber hacer que las señoras clientes se conformen y lamenta no haber podido conseguir su objeto. Y... acompañará a las señoras hasta la puerta, muy obsequioso, correctísimo.

Recorrer la ciudad resulta muy fácil, pues las calles están dispuestas como en Buenos Aires, forman tablero, y, a más, la Mole Antonelliana, visible desde cualquier punto de la ciudad, señala el centro.

Lástima que la Mole quede entre un montón de casitas que impide admirarla en toda su elegancia.

Este curioso edificio mide 165 metros de alto y es la más elevada construcción en material que existe en Europa. (La torre Eiffel está construída en hierro).

La base de la Mole Antonelliana es cuadrada y descansa sobre 60 enormes pilares. Cada lado de la cúpula mide cuarenta metros.

En este edificio está ahora el "Museo del Risorgimento", pero había sido destinado a templo israelita.

Eso de subir mil escalones para llegar a la cumbre de la Mole es empresa algo dura, no solamente para quien ha pasado las veinte primaveras desde hace cinco o seis lustros, sino también para un alpinista entrenado y joven. Los guías aseguran que vale la pena, que se trata de un espectáculo admirable, que el panorama es encantador...

¡Mas qué quieren!... No he nacido para aviador... Y la idea de recorrer esa escalerita de caracol, que rodea la cúspide del clavo colosal que remata la Mole, me producía un vértigo anticipado.

—Va usted a abrazar de un vistazo todos los Alpes... el valle del Po, la ciudad entera...

—¡No!... ¡He dicho que no!... Si quiero abrazar panoramas, como dice usted, mi querido amigo, voy a abrazarlos en Superga, donde llego con más comodidad y me encuentro a más altura. Porque mientras arriba de la Mole estaría a 165 metros, a los pies de la basílica de Superga contemplo un panorama grandioso desde 450 metros más o menos...

Frente a semejante argumentación era inútil insistir, y así lo comprendió el que quería seducirme con las lisonjas de los abrazos panorámicos.

Las resoluciones, una vez tomadas, hay que efectuarlas en seguida, y volví a Piazza Castello, corazón de la ciudad, desde donde salen todos o casi todos los tranvías para todas las direcciones.

El que lleva a Superga se parece a un mastodóntico Lacroze y trae acoplados dos cochecitos abiertos, dos "cucarachas".

La única diferencia entre primera y segunda clase, es el resorte en los asientos. Pasaje: ocho liras, ida y vuelta. Barato, pues son diez y ocho kilómetros de recorrido, y de éstos, ocho en funicular.

Pasamos sobre el puente construído por orden de Napoleón I y que lleva frente al templo de la Gran Madre de Dios, una especie de panteón, edificado para celebrar el regreso a sus estados del rey de Cerdeña y Piamonte. Los pasajeros van aumentando durante el camino, pero con eso y todo podemos quedar holgados.

Una señora de bastante edad paga 48 liras de pasajes y parece algo emocionada por la cifra inesperada. Otra dama mucho más joven que está a su lado, especie de secretaria, le ayuda a integrar la suma que el guarda está esperando, mientras explica a la señora el... fenómeno.

—Comprenderá... Somos seis... A ocho liras...

Las dos hablan castellano, pero la vieja pronuncia como una santiagueña. Esto basta para que me interesen y procure entablar conversación con ellas.

—Io he pagado, pero usted apunte los gastos como lo hago io... No sea que después vengan cuestiones, diferencias... ¡Qué se io!... ¿Anotó los 20 céntimos del diario? ¿Los 3.75 de estampillas?... Ia ve... Se había usted olvidado... Apunte, apunte...

No puedo menos que sonreírme. La secretaria mira de soslayo y se ríe con disimulo como diciendo:

—¡Qué clavo esta vieja!...

Desde ese momento no dejo pasar ninguna preocupación administrativa de la anciana señora sin cambiar una sonrisita con la más joven; pero el momento de abandonar tantas vueltas y rodeos se presenta al empezar la subida arrastrados por el funicular.

La anciana señora abre tamaños ojos y parece impresionadísima: instintivamente se agarra y mira afuera de la ventanilla, como para darse cuenta de cómo podría salvarse en caso de accidente.

—¡No tenga usted miedo, señora!... ¡No va a pasar nada! — le digo.

—¿Cree usted?... Sin embargo..

—Quédese tranquila... Hace años que el funicular funciona y nunca ha pasado percance alguno.

La secretaria parece muy contenta de poder cambiar una palabra con otro que no sea la excelente, pero pesadísima señora, y subraya:

—Es de una impresionabilidad de no creer...

—¿ Sudamericanas, las señoras?

La secretaria es la que da los informes:

—La señora es mejicana; yo, italiana... La señora viaja mucho... Acaba de llegar de Roma, donde fué recibida por el Sumo Pontífice... Es hermana de un senador; está muy vinculada con la legación de Méjico... La conocí en Madrid, donde estuve tres años... Conociendo Turín al dedillo, acompaño a mi amiga...

—¡Qué ocurrencia la de levantar una basílica a esta altura!...



Plaza, Castillo y Palacio Real

—La basílica fué erigida por orden de V. Amadeo II. Resulta que Turín se encontraba sitiada por los franceses. El duque V. Amadeo II. pudo salir y encontrarse con su primo el príncipe Eugenio de Saboya, que le venía en ayuda a la cabeza de un ejército austríaco. Los dos príncipes, desde la altura de Superga, pudieron darse cuenta de la ubicación de las fuerzas enemigas. Amadeo hizo voto que, en el caso de ganar la batalla, levantaría ahí mismo, en Superga, una basílica a la Virgen. Ganó brillantemente el 7 de septiembre y mantuvo la promesa.

—¿ Quién fué el arquitecto?

—Un siciliano: Felipe Juvara, español de origen, sacerdote, de Mesina.

—¿Y cómo fué a buscar un arquitecto hasta allá el duque Amadeo?

—Amadeo II había sido proclamado rey de Sicilia, fué a Palermo y un tal Diego Aguirre le habló del joven arquitecto Juvara. Se lo llevó consigo y lo encargó de la basílica, cuyo costo fué de tres millones y necesitó 14 años de trabajo. Precisaron dos años, solamente, para plantar la cumbre de la montaña.

El tren de la funicular entra en una especie de patio limitado a la izquierda por un restaurant, enfrente por las instalaciones de la funicular y a la derecha por un bazar, donde se venden tarjetas, velas, imágenes, cuadros, de todo un poco.

Detrás de las instalaciones de la funicular y debajo de unas planchas de zinc, una especie de cañón reluciente, de latón, apunta indeciso al horizonte. Un cartel de proporciones descomunales explica: ¡Telescopio de gran alcance!

Me propongo aprovechar el "gran alcance", una vez de regreso de la visita a la basílica, y mientras tanto me resigno a recorrer de a pie la distancia que aun nos separa del templo, distancia que no es muy grande en el sentido horizontal, pero apreciable en el otro: el vertical.

Un portero de gran uniforme nos espera y dos carabineros también pasean como si necesitaran tomar una bocanada de aire.

Recién me viene a la memoria que nos encontramos en el radio de las propiedades reales.

El portero explica con una tonada llorona que cansa y a veces daría ganas de soltar la carcajada, si no fuera por el respeto que inspira la magnificencia de la basílica y los sepulcros de los Saboya.

La basílica, desde el piso hasta la cumbre de la cúpula, mide 75 metros y en los subterráneos, en forma de cruz latina, es donde están sepultados todos los reyes fallecidos antes que Italia quisiera que descansaran en el panteón de Roma.

Los príncipes de Saboya continúan recibiendo sepultura en la basílica de Superga, y una tumba abierta espera los restos del Duque de Saleni, muerto en la gran guerra.

Somos cincuenta visitantes, que obsequiamos con una o dos liras cada uno al... orador que nos ha acompañado lloriqueando.

Todos los días van de cuatro a cinco remesas de pasajeros... ¡Dense cuenta de las ventajas que lleva un casi analfabeto en la lucha por la vida sobre un periodista, literato, doctor, abogado y... compañía!

Y henos aquí de vuelta, y cerca del telescopio de gran alcance.

La garita donde el dueño del aparato aguarda a los clientes está casi en contacto con la gran rueda en la que se enrolla el cable del funicular, de manera que el observador, en cierto modo, permanece siempre algo preocupado. Sería suficiente un momento de distracción, para sentir un golpe de volante en el lomo y verse el traje manchado de grasa.

Por otra parte, no es posible exigir un cambio de... local. Es desde ahí que se domina sin obstáculos un panorama que abarca casi la misma superficie que se puede admirar desde la cúpula. Así lo asegura el hombre del telescopio.

El mismo reparte los boletos para tener derecho a la contemplación del panorama y él mismo los retira. De manera que no es posible un control más severo de entradas y salidas.

—¡Una lira!...

Con la cara de hombre que sabe la sorpresa que va a causar, el dueño del instrumento apunta, mira y luego me dice:

—A ver si sabe decirme qué hora es, en aquel reloj.

—Muy bien... Se ve que tiene usted buena vista... ¡Cuatro y cuarto!... ¡Y sabe usted a qué distancia se encuentra ese pueblito? ¡Adivine!... veinte kilómetros...

Me parecen muchos, pero lo mismo compongo la cara con la más perfumada maravilla.

—¡Ahí tiene el pueblo de las lavanderas!... ¡Fíjese si hay ropa al sol!...

Efectivamente, nunca he visto tan prodigiosa cantidad de ropa blanca al sol. Son centenares de hileras de camisas flameantes como banderas y de otras prendas interiores que se agitan como brazos de un semáforo.

—¡Queda a treinta kilómetros de distancia!

Me parece que nos vamos alejando siempre más y empiezo a limitar mis manifestaciones de asombro, pues de otra manera muy pronto este astrónomo me va a hacer ver Nápoles y Palermo.

—¿No podríamos dar un vistazo a los Alpes? ¿Eh? ¿Le parece?

—¿Los Alpes? Hay neblina allá... ¿No ve?... Sería tiempo perdido... Más bien fíjese en esos autos que van por el camino real que lleva a Milán...

—¿A qué distancia se encuentra, más o menos?

—¿Esos? A unos treinta y siete kilómetros.

—¡Qué instrumento este!... Tiene usted razón Es de gran alcance.

—¿Verdad?

—Y usted también. Ha resuelto el problema, y lo felicito. Poco capital. Toma fresco... A veces también, el pelo a los que miran, y se la pasa tranquilamente... Vivir no es difícil... La cuestión es saber vivir.

DOCTOR A. VACCARI



Mole Autanelliana

Notas varias


Doctor León Hojman, designado recientemente médico interno del hospital Villa Devoto, nombramiento que ha sido recibido con unánime beneplácito.


Doctor José María Paz Vázquez, encargado de Negocios de Bolivia. Acaba de dar una notable conferencia sobre límites boliviano - paraguayos.


Señorita Tilly Wiederkekr, notable pianista recién llegada al país, cuyas relevantes cualidades han sido justamente apreciadas por nuestro público.


Señor Pedro Milieta, electo presidente del centro "Namuncurá", a cuyo frente está realizando una obra patriótica en Esquel (Chubut).


Señor Juan Jorge Gschwind, que obtuvo el premio "Sarmiento" en el concurso general universitario organizado por la Institución Mitre.

LOS PELIGROS DEL JABÓN

Todo el mundo sabe que la piel puede ser dañada por ciertos cuerpos irritantes, como el agua de Javel, el jabón negro, el jabón mineral, etc. Lo que es menos sabido es que los jabones corrientes pueden también perjudicarla.

Los jabones ordinarios contienen, en efecto, un exceso de sosa para que saquen fácilmente espuma. Este exceso de álcali ataca la capa córnea de la epidermis; indudablemente, el jabón, mejor que el agua clara, limpia el polvo y las otras suciedades, pero si se insiste algún tiempo frotando la piel con el agua jabonosa, las células epidérmicas se maceran y los microbios encuentran de este modo fácil y expedito el camino para hacer de las suyas causando verdaderas lesiones.

Esto explica las enfermedades de la piel en ciertas personas que se enjabonan demasiado o que pertenecen a profesiones en que se emplea mucho el jabón, como las lavanderas.

Muchas de las enfermedades de la piel son debidas a la mala calidad de los jabones o al emplea de jabones medicinales sin las debidas precauciones.

Las personas de piel fina son más propensas a estas enfermedades. Los rubios más que los morenos y las mujeres más que los hombres, por consiguiente.

Alrededor de los cincuenta años la piel ofrece menos resistencia a los efectos del jabón.



Señora...

De su salud depende la robustez de sus hijos. De su alegría, la felicidad del hogar. Tonifique usted su organismo con el gran tónico alimenticio

AFRICANA EXTRACTO DOBLE

y estará usted alegre y sana. Sus amigas que lo toman lo saben.

EN LA COMIDA Y A TODA HORA

Venta en todas partes.

Elaborado por la

Cía. CERVECERIA BIECKERT Lda.

San Juan 3334
Buenos Aires



De San Andrés de Giles



Equipo de hurling de esta localidad, que jugó un interesante partido con el Mercedes Hurling Club, venciendo por 4 a 3



Team del Mercedes Hurling Club, que, a pesar de su brillante juego, resultó perdedor.

LA LECCIÓN DE FRANKLIN

Un hombre que se había pasado una hora frente al escaparate de una librería de Benjamín Franklin, entró por último y le preguntó al dependiente:

—¿Cuánto vale este libro?

—Un dólar.

—¿No lo puede dar por menos?

—Vale un dólar.

Echó perezosamente nuestro hombre una mirada sobre los libros puestos a la venta y volvió a preguntar:

—¿Está el señor Franklin?

—Sí, señor, pero tiene mucho que hacer en las prensas.

—Es que desearía hablar con él.

Avisó el dependiente a su principal, y le preguntó el comprador:

—Señor Franklin, ¿cuál es el último precio de este libro?

—Dólar y cuarto.

—¡ Pero si el dependiente me acaba de pedir tan sólo un dólar!

—Es verdad; porque hubiera preferido entonces un dólar a dejar mi trabajo.

Pareció el hombre sorprendido de la réplica, y deseoso de cerrar el trato repuso:

—Bien, pero dígame el último precio.

—Dólar y medio.

—¡ Cómo! ¡ Si acaba usted de decirme dólar y cuarto!

—Es verdad; pero antes me era más ventajoso el dólar y cuarto que ahora el dólar y medio.

Dejó silenciosamente el hombre las monedas sobre el mostrador, y salióse de la tienda con el libro y la saludable lección recibida del maestro en el arte de transmutar a voluntad el tiempo en riqueza o en sabiduría.

Por doquiera hay malgastadores de tiempo.





CUANDO se aproximaba la hora de almorzar, Salomón, que cosía preocupado y silencioso, se transformaba en un hombre locuaz. Arrugaba el rostro, y esa gran arruga era una sonrisa. Sus labios descoloridos caían y embozaban con dificultad las primeras palabras de sus historias Le faltaban las vocales y a veces la *f*, suprimía completamente la *b*.

Los obreros pensaban en irse a comer y el trabajo aflojaba entre sus manos. La verba de Salomón los reanimaba y, lo que era mejor, los retenía más allá de la hora de salida. Era lo que quería Salomón: hacerlos trabajar algunos minutos más en su provecho.

Como la Scharazada de «Las mil y una noches», sus cuentos debían hacerle ganar tiempo.

—¿Es que llaman aún en Polonia «perro judío» a los hijos de Israel?

—Los «goi», tienen aún ese insulto en la boca — repuso Mosche. — La guerra no ha cambiado en nada nuestra miseria. Los «aschkenagi», que vivimos en el norte de Europa, seremos siempre los más pobres entre los judíos.

—Cuando yo me venía a embarcar a Dantzik—dijo Salomón —era en el año trece. Conmigo en el mismo tren viajaba un general ruso con su perro. El «goi» quería evidentemente molestarme llamando a su perro Moisés. «Moisés, levanta la pata», «Moisés, ven aquí», «Moisés, acuéstate allá». Y el perro inteligente obedecía. De pronto el general, creyendo herirme en mi amor propio, me dijo:

—Y bien, «perro judío», ¿qué te parece mi perrito?

—Es un perro admirable. Lástima que sea judío, porque sino, es tan inteligente que podría ser general.



VIAJES *en* FERROCARRIL

EL ferrocarril no fué para nosotros los hebreos de Rusia una ganga. Los vagones militares llevaban un cartel: «Capacidad para cuarenta hombres de tropa, 8 caballos a lo largo ó 250 judíos». ¡Y lo caros que eran!... Me acuerdo del primer viaje que mi compadre Mayersonh quiso hacer a Cracovia. Fuimos a la estación del Sud y pidió su boleto.

—Son sesenta rublos — dijo el empleado.

—¿Sesenta rublos?... ¿No se equivoca usted, mi estimado amigo?

—No, señor. Son sesenta rublos.

—Pero cuando yo era niño valía sólo 15 rublos. He ido más de cien veces...

—Sí, pero usted ha crecido y el precio de los boletos también...

—¡Ah, pero yo no quiero pagar sesenta rublos!—dijo Mayersonh.

—Lo siento mucho... Pero si usted quiere tomar el tren, apúrese. Parte dentro de cinco minutos.

—Sea bueno, hágame una rebajita.

—¿Está loco? ¿Usted cree que aquí se discute el precio? —dijo el boletero.

—Treinta y cinco rublos y le tomo un boleto.

—Faltan tres minutos.

—¿No quiere treinta y cinco rublos?... Está bien. Me voy a la estación del Oeste, allí me lo darán al precio que ofrezco. — Y mi amigo se fué a la estación del Oeste, pero no pudo irse a Cracovia.

CUANDO yo quise a mi vez ir a Cracovia, procuré tomar tren sin boleto. Así anduve como una hora hasta que apareció el guarda. Al decirle que no tenía con qué pagar mi sitio, el guarda me tomó a puntapiés y me hizo bajar en la estación primera. No bien el tren se echó a andar, volví a subir y me escondí bajo un asiento. El guarda me encontró de nuevo y entonces sí que me dió de patadas... Cuando me entregó al inspector, éste me preguntó:

—¿Es que piensas continuar el viaje?

—Mientras pueda aguantar las patadas, sí — le repuse. Seis días después llegaba a Cracovia





Si se sube en tercera clase, los guardas saben que uno es pobre y lo tratan mal. Por eso yo subí, desde ese viaje, siempre en primera. La molestia era si encontraba militares. Procuraba hacerme simpático, pero son tadespóticos que pocas veces solía evitar las cachetadas... Apenas me veían la nariz, comenzaban a despreciarme. Yo viajaba generalmente envuelto en una bufanda, y en un viaje estuve a punto de ahogarme, ante un exaltado que presentía que yo era judío. Una de esas veces me hallé con un oficialito. Tenté, con distintos motivos, entrar en conversación, hasta que por fin exclamó:

— ¡Vas a concluir, al fin, de fastidiarme!

Y para que lo entendiera mejor, me dió dos cachetadas.

¿Cómo vengarme? Sube el inspector.

— Señor inspector — le dije, con voz tímida, — el señor oficial me acaba de pegar. Yo quiero que lo haga bajar del coche.

El inspector no sabía qué hacer, al saber que era un oficial mi adversario.

— Y por otra parte — insistí, — se halla en primera clase, cuando él sólo tiene boleto para tercera.

El inspector comprobó que, efectivamente, el oficial sólo tenía un boleto de tercera clase, y lo obligó a pagar la multa y a cambiar de compartimiento en la estación próxima.

Cuando llegamos a Varsovia, oí que alguien me gritaba:

— ¡Judío! ¡Eh judío, detente!

— ¡Dios sea loado — me dije, — es el oficial; me va a estrangular. ¡Y desgraciadamente me alcanzará!...

— No te voy a hacer nada... pero dime ¿cómo sabías que yo llevaba boleto de tercera clase?...

— Muy sencillo — le repuse. — Era del mismo color que el mío...

¡Ah! los oficiales... me pegaron sí, pero también me las pagaron...

Una vez viajaba, sentado frente a un oficial que me despreció y puso sus botas encima de mi asiento. Me sentí descompuesto del estómago. Tal vez la emoción de verme maltratado.

Ya se había dormido el oficial cuando, mi descompostura me hizo vomitar. Pronto tomé mi desquite ensuciando todo un lado a mi ofensor. Nadie me había visto. Lo sacudí de una manga para despertarlo.

— Señor oficial... señor oficial...

Cuando apenas abrió un ojo le pregunté:

— ¿Es que se siente aliviado, señor oficial?

— ¿Pero, de qué?

— Yo no sé, pero usted acaba de vomitar. ¿Es que se siente todavía mal de la cabeza?

Yo no he gastado mucho en tren... Mi pobreza no me lo permitía. En cierta ocasión asistí a una escena verdaderamente patética. Imagínense que por la maldita costumbre mía de querer ir siempre en primera clase, me encontré una vez en compañía de Block y Roschild, cuando unos bandidos nos asaltaron.

— ¡Arriba las manos!

Todos los viajeros, con espanto, vieron diez revólveres que apuntaban. Block temblaba como una hoja. Roschild no temblaba menos. De pronto con una voz ahogada Block dijo:

— ¿Señor jefe de bandoleros, me permitiría bajar las manos? Me encuentro muy enfermo.

— Ese judío no es peligroso — dijo un bandolero. — Puede bajarlas.

Entonces Block metió la mano al bolsillo y sacó un billete de mil rublos, lo único que tenía y entregándoselo a Roschild le dijo:

— Yo te debía tres mil rublos, toma mil rublos a cuenta...

No se vayan todavía — dijo Salomón, planchando una hombrera del saco que terminaba. — Otro viaje no menos dramático que hice en ferrocarril, fué a causa de ese estúpido de Minck que vino a verme los otros días. Figúrense que no tenía con qué sacar su boleto y entonces lo metí en una bolsa y lo puse bajo el asiento. Llega en esto el inspector y me pide mi boleto.

— ¿Y esta bolsa? — preguntó.

— Es mía.

— ¿Qué lleva dentro?

— Una cantidad de tachos.

El inspector tuvo sus dudas y le dió una patada a la bolsa. Si el imbécil de Minck no hubiera dicho nada, todo hubiera pasado muy bien, pero se le ocurrió imitar el ruido de los tachos.

— ¡Bum! ¡Bum!

Cuando lo sacamos de la bolsa el inspector, un policía y yo, estaba lleno de abolladuras.



De Tapalqué



La escuela de telares del subcomité de la Cruz Roja de esta localidad inaugurada recientemente, cuya fundación es obra del más alto patriotismo a la par que llena filantrópicos fines, fomentando la industria nacional y proveyendo de abrigo contra los rigores del invierno a la menesterosa clase escolar. Dirige la escuela la señorita Clelia Tavella.

AL OÍDO DE NUESTRAS MUJERES

El fruto que ustedes, mujeres de mañana, han de dar al mundo, han de ser sus hijos. Piensen ustedes en esto valerosamente, sin falso rubor; el rubor no está bien en cosa santa, y el más santo, más alto, más noble privilegio del mundo es sostener a una madre en las dificultades de su santa misión. La madre es creadora con Dios; puede y debe ser redentora con él. Piensen ustedes en la gloria de dar al mundo un hombre, y tiemblen ante la tremenda responsabilidad de tener entre los brazos un hijo y no saber hacer un hombre de él.

Gregoria Martínez Sierra.

Bodas de plata



Señor Nicolás Moyano y su esposa, señora Sala Toledo.—Capital.



El señor Inocencio Dauria y su esposa, María P. de Dauria, rodeados por un núcleo de amistades el día en que festejaron sus bodas de plata. — Capital.



Señor Santiago Balbuena y señora Bonifacia Bilbau.



Esposos Ortiz-Sanchez. — Corrientes

ELIJA EL INSTRUMENTO DE SU PREDILECCION

Nuestras ofertas proporcionan la oportunidad de adquirir los mejores a precios verdaderos de origen.

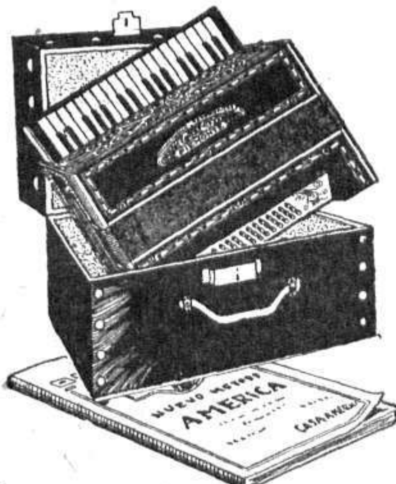
HERMOSO **VIOLIN**, modelo de auténtico STRADIVARIUS muy bunas voces. Lo remitimos con arco fino, pez y embalaje gratis, por sólo

$ 25.-



Otros modelos hasta **$ 1.250**

Catálogo N.º 24 remitimos gratis.



ACORDEONES A PIANO

de la afamada marca

"PIEMONTE"

Sonoridad, Armonía, Elegancia, Presentación Artística y Lujosa.

Cada acordeón se entrega en sólido estuche con correa y método para aprender por cifra y música.

N.º 6035—36 bajos y 34 voces teclado a botones........ $	175
N.º 6036—48 bajos y 34 voces, teclado a botones..... $	195
N.º 6037—36 bajos y 34 voces a piano............. $	190
N.º 6038—48 bajos y 34 voces a piano............. $	210
N.º 6040—60 bajos y 34 voces a piano .... $	235
N.º 6039—80 bajos y 34 voces a piano............ $	275
N.º 6041—120 bajos y 34 voces a piano .... $	330

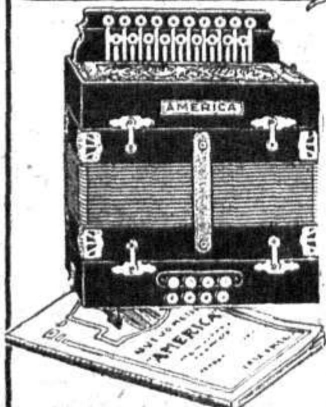
Esta Regia Guitarra "AMERICA"

Nº. 3007. — formato sumamente elegante, construída en maderas finas de nogal, la remitimos con buen encordado, método para aprender por cifra, y embalaje gratis, por sólo

$ 13.90

Otros modelos hasta pesos 500.—
Catálogo N.º 23 remitimos gratis.





ACORDEON "AMERICA"

8 bajos y 19 voces, sonido fuerte y vibrante, construcción esmerada.

Lo remitimos con método para aprender sin maestro y embalaje gratis, por sólo........ $ **18.-**

GRANDIOSO SURTIDO en otros tipos y modelos de ACORDEONES que ofrecemos a precios de fábrica.

Catálogo ilustrado N.º 26 de ACORDEONES y BANDONEONES remitimos gratis.

CASA AMERICA

SOCIEDAD ANONIMA Lda.

Avda. de Mayo 979
BUENOS AIRES

NECESITAMOS AGENTES ACTIVOS EN CADA LOCALIDAD

P I E N S A Y

EL CALCULO MENTAL

El cálculo mental es de suma importancia en la instrucción escolar, pues la vida reclama constantemente esa ejercitación.

Hombres o mujeres, sea cual fuere su destino, recordarán con gratitud la acción de la escuela, cuando resuelvan fácilmente una situación o reconozcan su superioridad sobre un compañero, merced a la base sólida que adquirieron en el aula.

El cálculo es aplicable a mil cosas diversas; lo usamos constantemente, mas como lo hacemos en una forma semiconsciente, no se analiza, con frecuencia, la utilidad que nos presta.

Es, en la casa de comercio, la cuenta rápida de tantos metros a tanto, de tantos kilos, de tantas latas, tantos litros, etc.

Es, para el obrero, la solución del material que necesita.

La mujer, cualquiera que sea su condición y posición social, ya sea actuando en las esferas semejantes al hombre, como en la más grande de sus actividades, en el hogar, en el que debe sentirse dueña, reina y señora, adquiriendo tales derechos a base de deberes altamente cumplidos, el cálculo mental aparece como elemento de indiscutible valor.

Es la compra menuda que la casa reclama, el gasto del mercado, almacén, panadería, que suman buenos pesos, que, mal administrados, resultan una filtración que desmorona todo presupuesto, no permitiendo equilibrio ni ahorro

Dadas las formas variadas con que en la práctica se presenta, permite hacer ejercitación en formas diversas, evitando el cansancio y pudiendo prolongarse mayor tiempo que el que generalmente se destina en los horarios escolares (cinco minutos diarios), sin que los niños muestren fatiga.

Recordemos que dos grandes divisiones podemos hacer del cálculo: el concreto y el abstracto.

Partiendo con criterio lógico, es obvio advertir que el concreto debe ser el comienzo de toda lección.

Aprovechemos, para ello, la aplicación de los casos que la vida nos ofrece.

No rebusquemos asuntos, ni lleguemos a la fantasía, cuando tanto resta hacer en el plano de la verdad.

Mandar a compras a los niños, reclamando claridad y precisión al rendir cuentas, es hacerlos útiles al hogar, siendo así la lección de provecho mediato e inmediato.

Debe el maestro conocer el valor positivo de las cosas comunes, a fin de evitar la idea falsa que de la escuela y su obra puede formarse el niño, que ve que tres kilos de azúcar le cuestan siete pesos o que compra ocho metros de paño por cinco pesos.

(Continua en el próximo número.)

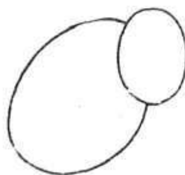
EL PASTOR LANGUIDAMENTE...

El pastor, lánguidamente,
con la cayada en los hombros,
mira, cantando, los pinos
del horizonte brumoso,

y el rebaño, soñoliento,
levanta nubes de polvo,
y hace llorar sus esquilas
bajo la luna de oro.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ.

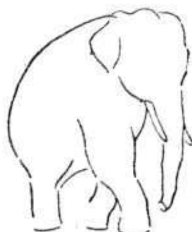
PAQUIDERMOS



Caracteres { Los mayores mamíferos terrestres Herbívoros, milares (corona plana); carecen de clavículas; dedos rodeados de pezuñas; estómago sencillo o dividido en muchas cavidades; piel desnuda o cubierta de pelos, muy gruesa.

Tribus {

De trompa. — Enormes colmillos de marfil. No tienen caninos; nariz prolongada (trompa), órgano del olfato, tacto prehensión. Elefante de Asia y Africa. Tipos de gran tamaño, inteligencia y docilidad.



Dedos impares. — Rinoceronte; regiones cálidas de Asia y Africa; uno o dos cuernos en la cabeza; Tapir (tamaño de asno) el hocico termina en una prolongación móvil.

Solípedos. — Caballo, asno, cebra.

Dedos pares. — Hipopótamo: gran tamaño, miembros cortos robustos; cerdos, jabalí.

ELEFANTE

Caracteres. — Paquidermo de piel gruesa y dura, de tres a cuatro metros de altura. Cabeza enorme, ojos pequeños pero vivos y dulces. Nariz prolongada formando una trompa dotada de movimientos variados, siendo órgano del olfato, tacto y prehensión. Tiene hasta dos metros de largo y termina en una especie de dedo. Cuello corto, boca con enormes dientes colmillos que salen de la mandíbula superior. Orejas anchas, penden a cada lado de la cara. Extremidades: cuatro, cortas y gruesas, terminan en pezuñas con cinco dedos.

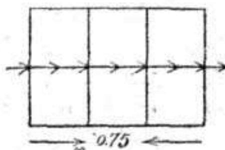


Costumbres. — Origen: Asia y Africa. Viven en manadas, son muy inteligentes y se encariñan con sus amos, siempre que éstos los traten bien, pero se vengan si los maltratan. Comen con rapidez. Recorren ciento cincuenta kilómetros por día sin sentir fatiga. Los más jóvenes y débiles son rodeados por los más fuertes. Se alimentan de hierbas y granos.

Utilidades. — Se emplean como acémilas, y llevan en su lomo cargas de dos mil kilos.

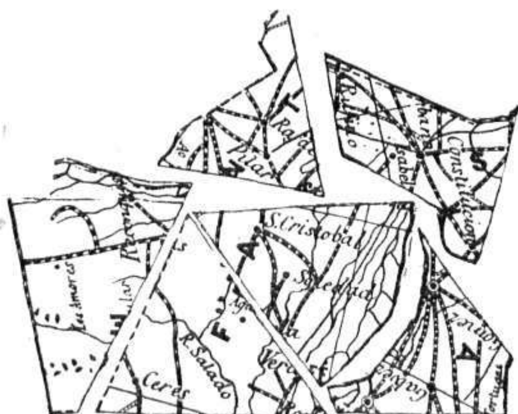
Con los colmillos se hacen objetos de lujo y curiosidades.

EJERCICIO DE GEOMETRIA



Hállese, mentalmente, la diferencia entre el perímetro de esa figura y el de la que se construiría si, cortándola en el sentido que indican las flechas, reuniéramos los dos trozos formando uno solo.

E J E C U T A



Pon en orden estos recortes y hallarás el mapa de un pedazo de tu suelo.

Si tienes constancia, puedes coleccionar la serie que en esta hoja aparece y formar luego un hermoso mapa de tu patria.

EL CONDOR Y LA LECHUZA

(FÁBULA)

Mientras sobre una alta roca
Destroza un cóndor su presa,
Una chismosa lechuza
Dícele de esta manera:
"¡Oh!, príncipe de las aves,
Tú que de fuerte te precias,
Vé a la araña que te insulta:
¿Por qué de ella no te vengas?"
A lo que el cóndor responde:
"Porque a esta altura no llegan
Jamás los necios insultos
Ni los chismes de tu lengua."
Y siguió después comiendo
Con no poca indiferencia.

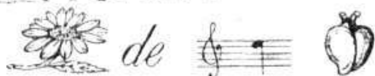
Si alguna vez, en tu vida,
Con un chismoso te encuentras,
No le hagas el menor caso
Ni le des otra respuesta.

X. X.

SOLUCIONES del NUMERO ANTERIOR

De las charadas:
1.ª: Sorpresa. — 2.ª: Pepito.
Comprimidos:
1.º: Soda. — 2.º: Dedos — 3.º: Sobremesa.





En breve nos ve
Son tan los deseos que nemos de estar a tu lado que
hemos decidido hacer un G a esa.
Ri por unos se ocupará de de
s cuidar el y atender a
nuestro fiel ya que no es posible llevarlo con
n tros. Todo está ar solo es mos un
rápido para hacer - tig el viaje.
H pronto, tuya

ROMPE MATES

1 De la Argentina	2 Nombre propio	3 Para vivir
RosI	M. T. Colorado	T R A

A R C A D I A D E M U L B R O D H

CHARADA

Condición de buena ama de casa

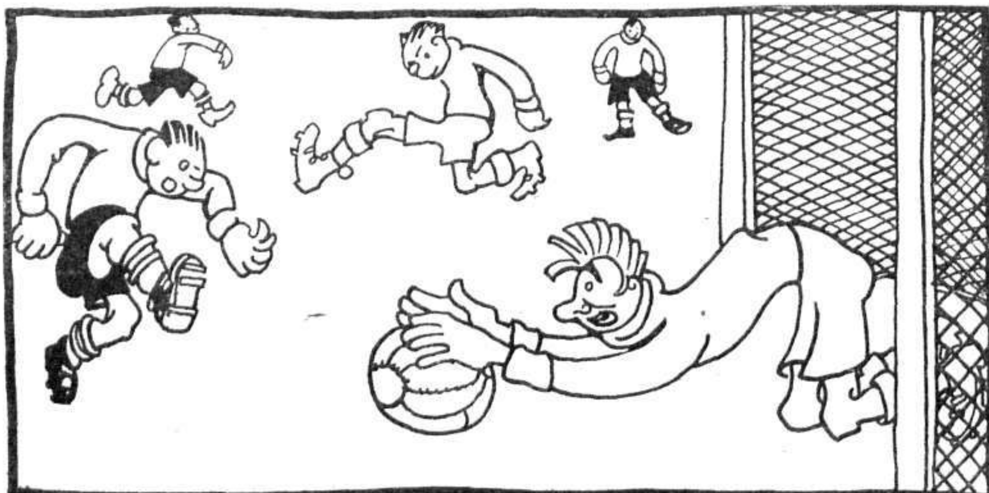
—¿Qué *prima* se siente?
—Yo *segunda* oigo nada.
—No es extraño, *tres tres*, pues con toda la *tres cuatro* que te han tirado, estás medio tonta.
—Por cierto que el Carnaval no es nada *todo*.

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección:

Concurso infantil de CARAS Y CARETS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS. — N.º 120

Nombre y apellido..

Domicilio..

Población..

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

COMO Vd. SABE



La CASA

Mᵗ ALVAREZ

LA SASTRERIA DE LUJO
(MAS GRANDE EN SUD AMERICA)

NO ANUNCIA PRECIOS
SINO

CALIDAD

Esa calidad que Vd. habrá deseado tantas y tantas veces, esa perfección de corte que Vd. se imaginaba obtener, esa elaboración esmerada que Vd. pretendía, pero que no podía lograrlo, esas cosas las obtiene en todo traje o sobretodo que adquiera en la Casa M. ALVAREZ.



TRAJE de saco derecho, un botón, pantalón y chaleco a la americana. Modelo listo para usar, en excelente casimir importado,

$ 70.-

TRAJES de MEDIDA
en excelente casimir inglés

$ 120.-

SOBRETODO cruzado a seis botones, en inmejorable casimir, con forro de seda. Modelo listo para usar, a

$ 80.-

SASTRERIA DE LUJO

(La más grande en Sud América)

Todos nuestros trajes llevan forros y entretelas de lana.



Al interior enviamos álbum de figurines y muestras; al solicitarlas, *sírvase* indicarnos color y precio del traje que piensa encargarnos.

NO TENEMOS SUCURSAL

Es humano el irresistible deseo de vestir trajes o sobretodos de la Casa M. ALVAREZ



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



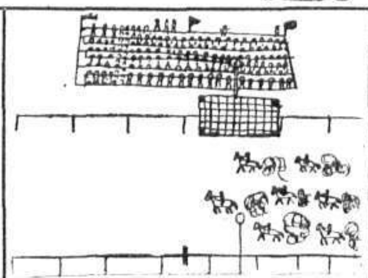
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso Infantil» CARAS Y CARETAS Chacabuco 151.



2023. — Don Juan y mi hermano. LUIS CHEVET



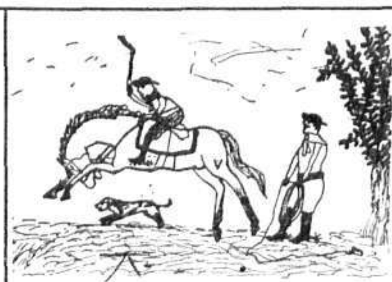
2024. — Entrenándose para boxear. ERNESTO PAGANO



2025. — La llegada de una carrera. OSCAR DILOSA



2026. — Comprando fainá. EDUARDO F. CATALANO



2027. — Una escena en el campo. DELFOR A. PECOTCHE.



2028. — Laurita y su canario. CONSUELO BENAVIDEZ.



El Ajuar para el Bebé.

Suele decirse que nada proporciona más placer a una madre, que preparar ella misma el ajuar que llevará su querido hijito. Es tanto el cariño y la satisfacción que en ello ponen, que las ropitas, generalmente, son un modelo de delicada y paciente ejecución.

Y en esto, como en todos los trabajos de costura y bordado que requieran prolijidad y perfección, es donde más se aprecian las ventajas que ofrecen sobre sus similares las Máquinas "NAUMANN".

Se venden al contado y en mensualidades. Se dan lecciones Gratis.

Pida una demostración GRATIS a sus Agentes y Vendedores en cualquier punto de la República, o en los siguientes locales de venta: En Buenos Aires: Carlos Pellegrini, 326; Defensa, 926; San Juan, 3653; Asamblea, 338; Avenida Sáenz, 1123; Corrientes, 4615; Montes de Oca, 819; Mendoza, 2468; Rivadavia, 8326; Lautaro, 910. Avellaneda: Mitre, 933; Uriburu, 4262. Piñeyro: Rivadavia, 851. Lanús: J. C. Paz, 263; Santa Fe, 4132. Lomas: Laprida, 257. Quilmes: Rivadavia, 311. Bernal: 9 de Julio, 17. San Isidro: Centenario y Alsina. Tigre: "La Numancia". La Plata: Calle 6 número 876. Ensenada: La Merced, 453.

NAUMANN

MAQUINA PARA COSER Y BORDAR

Unicos Introductores **Kirschbaum & Cía.** Independencia 401-37 U. T. 7176, Av. Bs. As.



Estos son los cartuchos que nunca fallan

Si no quiere usted malograr una jornada en días lluviosos que es cuando más abunda la caza y cuando más pronto la humedad inutiliza los cartuchos ordinarios, use CARTUCHOS REMINGTON cuya absoluta impermeabilidad está verdaderamente garantizada.

Ellos aseguran al cazador precisión matemática. Son de acción muy rápida y de gran fuerza de penetración. Los técnicos de Remington inspeccionan minuciosamente cada una de las fases de fabricación de estos famosos Cartuchos para asegurar su completa eficacia en todo sentido.

Provéase de estos excelentes Cartuchos absolutamente impermeables

PIDALOS EN TODAS LAS ARMERIAS

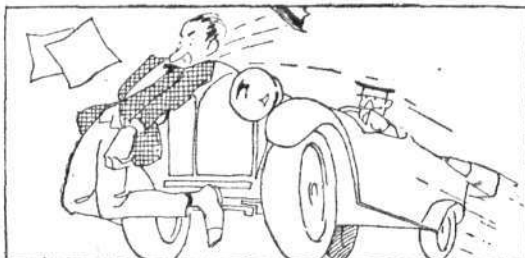
Remington Arms Company, Inc., 25 Broadway, New York

Representantes: DONNELL & PALMER - Moreno, 562 - Bs. Aires

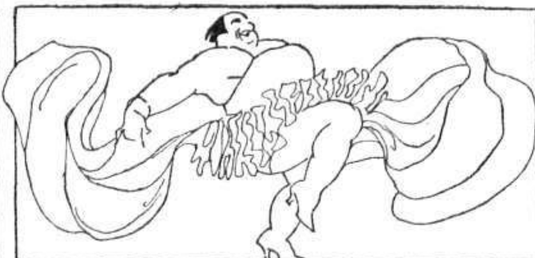
Cartuchos Remington

A PUNTA DE

NUEVAS ACEPCIONES DE



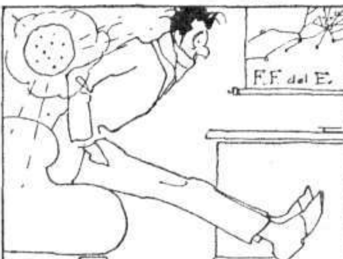
Atropellador. — Chauffeur.



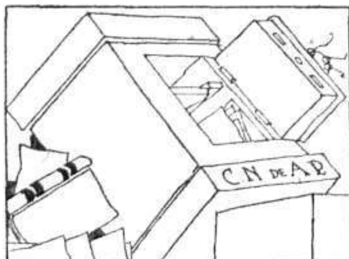
Bataclana. — Artista lírico-coreográfica, muy ligera de ropa, que debe ser forzosamente mayor de edad.



Caudillo. — Oficio venido muy a menos.



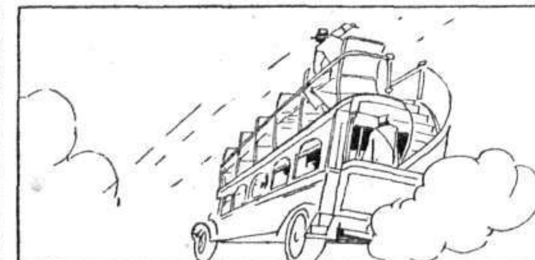
Chuchería. — Lugar donde todos tienen chucho. Ferrocarriles del Estado.



Desbarajuste. — Caja nacional de ahorro postal.



Explosión. — Discurso en el Concejo Deliberante.



Frigorífico. — Actualmente, la imperial de determinados ómnibus.



Gripe. — Pretexto para faltar a la oficina.



Galimatías. — Documento personalista.



Gris. — Documento antipersonalista.



Homero. — Payador griego a quien dará a conocer dentro de poco el doctor Le Bretón.



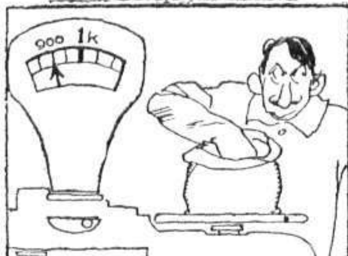
Intervención. — Emplasto poroso.



Jiste. — Espuma de la cerveza. Voz que se usa únicamente en las "Palabras cruzadas".

LAPIZ, POR VALDIVIA

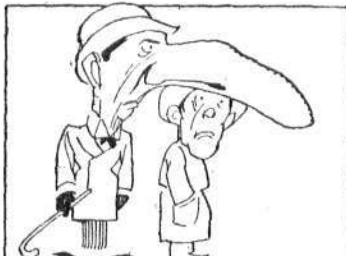
ALGUNAS PALABRAS



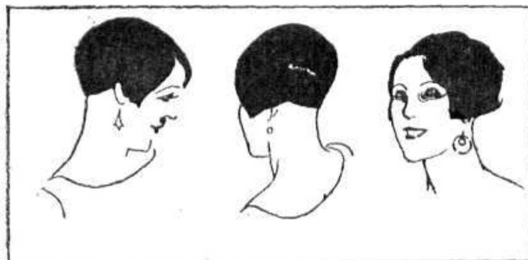
Kilo.—900 gramos, según ciertos almaceneros.



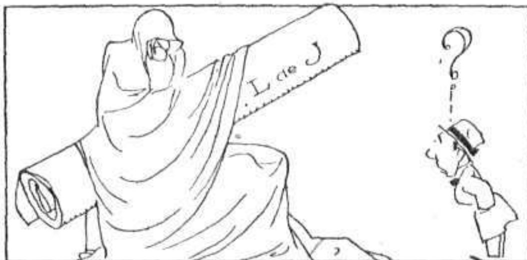
Lunfardo. — Idioma usado por mucha gente distinguida.



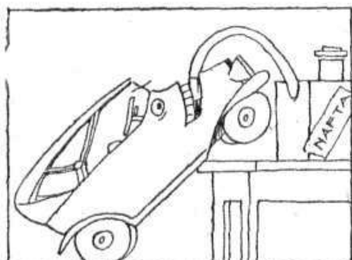
Llamativa.—La nariz de Noel.



Melena. — Epidemia que hace estragos entre el bello sexo.



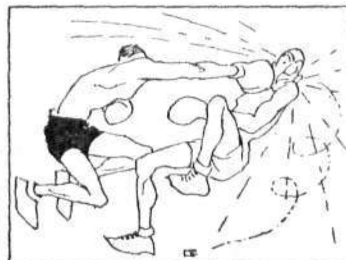
Mito. — La ley de jubilaciones.



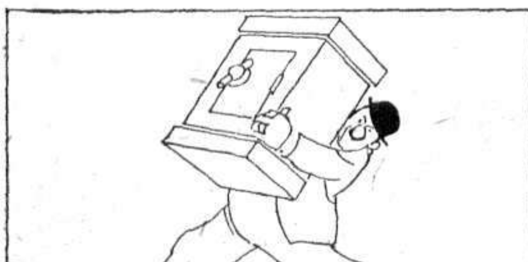
Nafta. — Bebida predilecta de los H. P.



Obcecado. — Consejo Nacional de Educación.



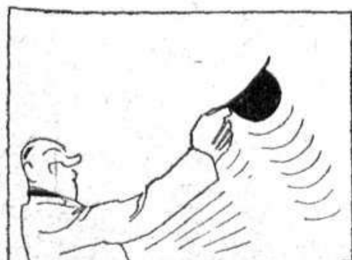
¡Paf! — Ruido muy común en los asaltos de box.



Quiebra. — Operación comercial.



Rábula. — Título honorífico que se da a alguno en el Palacio de Justicia.



Saludo. — Ocupación favorita del doctor Alvear.



Tartamudeo. — Elocuencia de ciertos oradores parlamentarios.



Vicepresidencia. — Vocablo vacío de sentido.

Enlaces




Cangiano-Chioffi. — San Luis.




Cedeño-Burgos. — América.




Hachondo-Thomas. — C. Dorrego.




Venturini-Rosso. — Quilmes.




Gaich-Crespo. — Santa Rosa.

LECTURAS INFANTILES

PARA VIVIR CONTENTO

Juanito es un niño que, a pesar de sus pocos años, quiere saber el porqué de todas las cosas, acosando a sus padres con innumerables preguntas.

Cierto dia encontró en la calle una herradura de caballo. Agachándose para tomarla, exclamó:

—¡Una herradura! ¿Quién la habrá perdido?

Luego de recogerla le quitó el polvo con mucho cuidado, como si se tratara de un objeto precioso.

—La llevaré a casa — se decia el niño, — y la ataré detrás de la puerta de calle.

Juanito no sabia a punto fijo la utilidad de una herradura de caballo atada detrás de una puerta; pero como él había observado que en varias casas de amigas de su mamá, estaban colgando de un clavo herraduras semejantes a la encontrada por él, algunas de ellas recubiertas de fina seda o terciopelo, y le dijeran en una ocasión que traian suerte, pensaba hacer un lindo obsequio a su mamá, llevándosela para ese mismo fin.

Pero a Juanito le estaba reservada una sorpresa. Cuando quiso hacer entrega a su mamá del objeto hallado, ésta le dijo:

—¡Tirarás en seguida a la calle este hierro, porque aquí no hay lugar para las cosas inútiles!...

—Mamá querida — respondió en seguida Juanito, — me han dicho que las herraduras de caballo encontradas en la calle alejan las desgracias.

—¿Y tú, zoncito, lo has creido? — exclamó la madre riendo. — Esas son creencias de gentes ignorantes. ¡Estaría bien que un pedazo de hierro bastase para hacernos vivir contentos! — Y así diciendo, la mamá arrojó la herradura al cajón de los desperdicios.

Juanito quedó silencioso y enfadado. Luego, repuesto de su desagradable sorpresa, se aproximó a su mamá y despacito, como para que no oyera su hermanita que presenciaba la escena, le preguntó:

—Entonces, ¿qué se necesita?

—¿Para qué? — replicó la madre.

—Para vivir contentos...

La madre sonrió.

—Se necesita — dijo, — antes que nada, querer mucho a su mamá.

La señora aun no habia terminado de hablar, cuando ya Juanito se abrazaba a su cuello, exclamando:

—¡Qué contento estoy, mamita, de quererte tanto!

Y reia fuerte.

Otro dia, el niño tuvo que acompañar a su mamá que se dirigía al centro de la ciudad para hacer unas compras.

En el ómnibus en que viajaban, vió Juanito un cartelito que decia: *"Seamos agradables y tratemos con respeto al prójimo"*. Aquello llamó la atención del niño y se proponia interrogar a su mamá, cuando advirtió que en el otro costado del vehículo colgaba otro cartel en que se leia lo siguiente: *"Con educación y buenos modales viviremos más años sin enfermarnos"*.

—¡Ah, mamá! Dime, ¿qué quiere decir eso de vivir más años sin enfermarnos? — exclamó el niño señalando el cartelito.

—Quiere decir, hijo mio, que si te portas bien y tienes buenas maneras con todas las personas con quienes trates, siendo siempre cortés y amable, conservarás más tiempo tu salud.

—¡Ah, si!... ¿Los niños mal-educados son, entonces, los que más se enferman?

—Claro; la mala educación es castigada al igual de las malas acciones.

—Trataré, mamita, de portarme siempre bien para no enfermarme — respondió Juanito alegremente, mientras sonreia a su mamá, con una de esas sonrisas de la niñez llena de promesas halagadoras.

ADELIA DI CARLO



—¡Tomá Seneguina y dejáte de toser

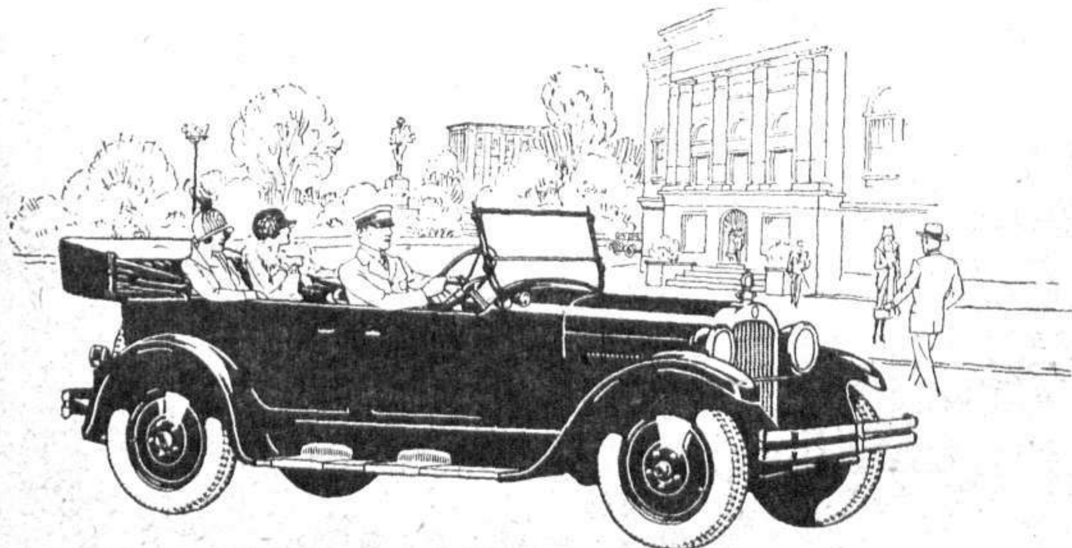


AUTOMÓVIL ESPECIAL DE TURISMO DODGE BROTHERS

Bien sea que el comprador se guíe por la primera impresión que recibe, o por el tributo de los dueños, la reputación de DODGE BROTHERS, o bien sea que, investigando más concienzudamente, compare y examine, pieza por pieza, el Automóvil Especial de Turismo, el resultado es invariablemente el mismo.

De una simple ojeada reconoce el valor intrínseco básico del automóvil. Por todas partes escucha los testimonios que la bondad de un bien probado producto inspira. Y al examinarlo, todavía más, descubre la calidad de la mano de obra, y los materiales que DODGE BROTHERS emplean para mantener sin tacha el alto prestigio de su nombre.

Julio Févre y Cía
AV. LEANDRO N. ALEM Nº 1620 - 40
BUENOS AIRES







AGRICVLTVRA



EL TRIGO Y SU HISTORIA

PODRÍASE decir que el cultivo del trigo es tan antiguo como el hombre; efectivamente, su grano, que constituye el pan nuestro de cada día, ha sido siempre y es la base fundamental de la agricultura de todos los pueblos de la tierra. Los orígenes de este cultivo, entre los pueblos más antiguos del viejo mundo, se atribuyeron siempre a las divinidades. Según esas tradiciones, Brahama enseñó su cultivo a los indúes; Isis, a los egipcios; Demetra, a los griegos, y Ceres, a los latinos. Granos de este cereal, que, aunque de tamaño menor de los actuales, pueden considerarse como pertenecientes a las especies modernamente cultivados, han sido encontrados en las pirámides Dashur, en prehistóricas, a la edad de la piedra y del bronce, en Suiza, Italia y Hungría; y granos de trigo han sido encontrados en las pirámides Dashur, en Egipto, cuya fundación se cree anterior en 3.360 años a la era cristiana.

Investigando este punto en el campo de la historia, sabemos que Berosio, sacerdote caldeo, el más antiguo de los historiógrafos, afirma que el trigo nacía espontáneo en la Mesopotamia, entre el Tigris y el Eufrates, donde Oliver sostiene haberlo encontrado en el mismo estado silvestre veintiséis siglos después. Strabon, poco antes de la era cristiana, cree, en cambio, que el trigo es originario del país de los musicanos, en la India. Diodoro Sículo, a su vez, refiere que Osiris lo descubrió entre varias plantas que naturalmente crecían en Palestina. Según Homero, esta planta se propagaba sin cultivo alguno en Sicilia.

En China el trigo es una de las cinco plantas que todos los emperadores, desde Chin-Nong, 3.000 años antes de Cristo, cada año sembraban con sus propias manos, con rituales solemnes; y por esto mismo la tradición de aquel país lo asigna como su patria originaria.

En la Biblia, en el antiguo testamento, se encuentran frecuentes pasos en que se cita este grano con el nombre hebreo de chitta, que equivale al de sitera de los griegos y al de frumenta o triticura de los latinos; y se recuerda también las abundantes cosechas del país de Canaán, en Egipto.

De Candolle, concretando sobre el origen del trigo en el viejo mundo, dice que debe considerarse como prehistórico, inclinándose a creer que más probablemente es la Mesopotamia la patria de este noble cereal, siendo el núcleo principal de su habitación natural la región del Eufrates.

En el nuevo mundo no se encontró el trigo en estado espontáneo en ninguna parte, y cuando Cristóbal Colón descubrió la América, esta planta no era absolutamente conocida. Humboldt dice que su introducción se debe a los europeos, y narra que un negro esclavo de Hernán Cortés, cuando éste se encontraba en Méjico en 1530, halló entre el arroz importado de España para la alimentación de la tropa, algunos granos de trigo, los que sembró en buena tierra, con cuya cosecha se inició y se extendió más tarde en aquel país el cultivo de este cereal. En Perú, narran las crónicas, que fué doña María Escaba, mujer de Diego de Chaves, la que importó los primeros granos de trigo de Europa y los sembró en las proximidades de Lima el año 1547. En Ecuador, dícese que el padre José Rixi de Gand, trajo de Europa unos cuantos granos que sembró en una maceta en el jardín del convento de San Francisco, en Quito. En Norte América también fué introducido el trigo durante el período colonial inglés; pero recién a mediados del siglo pasado tomó su cultivo gran incremento.



Tipo de trigo primitivo.

En la Argentina el cultivo del trigo remonta a la época en que Sebastián Gaboto, en sus expediciones al Río de la Plata, por el estrecho de Magallanes, sembró en tierra hoy argentina, en 1526, cincuenta y dos granos, de los cuales, dícese, recogió cinco mil en el mes de diciembre del mismo año.

Cuando don Juan de Garay fundó en 1580, por segunda vez, la ciudad de Buenos Aires, repartió a sus 60 soldados que le acompañaban, lotes afuera de la ciudad, para quintas, chacras y estancias. Los pobladores se dedicaban en esos tiempos a la agricultura "cosechándose excelente trigo, como no se daba mejor en Valencia. En el interior también se cultiva trigo desde tiempos inmemoriales, y pocos años después de la fundación de Córdoba, en 1573, eran numerosos los molinos hidráulicos y tahonas para la fabricación de harina. En esa misma época, en las provincias del norte Salta y Jujuy, se conocía este cereal.

Pero fué hacia la mitad del siglo pasado que, promovidas las corrientes inmigratorias e iniciada la colonización en Santa Fe, Entre Ríos, Córdoba y Buenos Aires, el cultivo del trigo adquirió gran extensión, importándose variedades nuevas de Europa, como el Barletta, el Ruso, el Francés, el Húngaro, el Candeal y otros, a las que se agregan hoy las novísimas, que la moderna genética crea y adapta al ambiente, para ampliar nuestro catálogo triguero nacional y elevar a su más alto grado de potencialidad nuestra producción cerealera que es la base sólida y segura de nuestra riqueza agrícola.



Tipo de trigo actual, fruto de la genética.

HUGO MIATELLO

INGENIERO AGRÓNOMO

De Chivilcoy



Concurrentes al banquete realizado en el hotel Internacional en honor de los esposos Méndez-Rodriguez, con motivo de su próxima partida de esta localidad.

De Carlos Casares



La señora Dora K. de Kohan, presidenta de la Sociedad de Damas Israelitas, rodeada por un núcleo de amigas que le hizo objeto de una demostración de aprecio con motivo de su próxima partida de esta localidad.

BAÑOS QUE IMPIDEN CRECER

En ningún país del mundo hay tanta afición a los baños de agua caliente como en el Japón. Cerca de Ikao, hay un balneario adonde acuden muchos japoneses ricos para pasar semanas enteras metidos en agua casi hirviendo. Comen dentro del baño y cuando les asalta el sueño, para que su cuerpo no flote, sino que quede medio sumergido se atan piedras a la cintlra.

Parece, en opinión de algunos, que esta pasión por los baños excesivamente calientes es una de las causas de que los japoneses sean generalmente de corta estatura, y hasta hay quien supone que influye en los rasgos fisonómicos del tipo japonés.

Atendiendo a esta creencia, que no tiene nada de inverosímil, muchos japoneses han renunciado a los baños calientes y se han decidido por los de agua fría.

Proteja su coche y su vida

Instale en su automóvil uno de los fuertes e insuperables

PARAGOLPES

Stewart

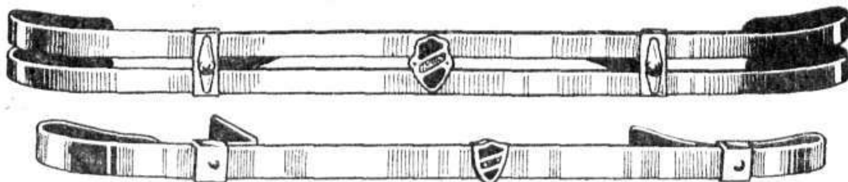
y viajará Vd. tranquilo, por mucha humedad que haya y por intenso que sea el tráfico.

En caso de producirse un choque, el Paragolpe STEWART salvará su vida y su coche.

Unicos Importadores:

ARTHUR S. HAWTREY & Cía.

SANTIAGO DEL ESTERO. 354
U. T. 6249, Riv. — Buenos Aires.





CASA PORTA

Especialidad en fajas a medida

CINTURAS en tricot elástico, tejido especial muy buena clase por su fuerte presión: reemplaza ventajosamente a las de **Cautchú**, por ser más higiénicas y de mayor duración, desde.............................. $ **13.-**

Fajas **ORTOPEDICAS** de todas clases, para ambos sexos, tanto para embellecer el cuerpo como para corregir cualquiera dolencia del mismo, siendo las más eficaces para **Obesidad, Vientre caído, Dilatación del Estómago, Eventración, Riñón móvil, Hernia Ventral, Umbilical. MODELOS** perfeccionados para embarazo y operados, etc., desde.............. $ **15.-**

MEDIAS Y VENDAS ELASTICAS PARA VARICES, ORINALES, SUSPENSORIOS DE GOMA, ETC. — Pidan precios y folletos que remitimos gratis

PIEDRAS 341 — BUENOS AIRES





Precioso dormitorio "Jacobain", regiamente tallado a mano en finas maderas estacionadas, con ropero 1.60 ms. con gran luna, toilette, 5 cajones. 2 mesas de luz, cama camera con elástico reforzado, lunas Saint-Gobin biseladas, bronces pavonados y un regalo, $ **355.-**

Catálogos; los remitimos gratis al interior. El más completo y de precios mas bajos.
LUIS TORETTI e Hijo.

Regio Comedor "Jacobain" haciendo juego, tallado a mano en finas maderas estacionadas, compuesto de 1 aparador 1.50 ms., 1 trinchante 1.25 ms., 1 mesa, 8 cubiertos haciendo juego, 6 sillas asiento tapizado o esterillado y un lindo obsequio de regalo....... $ **390.-**
Hermosa vitrina haciendo juego 110.—

MUEBLERIA "EL SOL" Corrientes 1118

GANADERIA



ADVERTENCIAS A LOS CRIADORES DE AVES

Si obedecen ciegamente los dictados de la caprichosa "moda", se arruinarán y arruinarán la raza que cultivan

En su calidad de ministro de Agricultura, el doctor Le Bretón está sirviendo eficientemente los intereses de la nación, gracias a sus perseverantes esfuerzos de estimular el progreso de la industria avícola. Parece que el fin primordial de su proyecto es convencer al terrateniente de que puede obtener resultados financieros buenos y rápidos dedicándose a la cría de aves. Es curioso que el Departamento de Agricultura haya necesitado tanto tiempo para llegar a la conclusión de que, así el productor como la nación, pueden beneficiarse grandemente de la industria avícola, una vez que ésta alcance el mismo desarrollo o grade de florecimiento que ha logrado en Estados Unidos, acerca de cuya industria se han publicado estadísticas, en estas mismas columnas, hace unas dos semanas.

Dieciocho años ha, el que subscribe se hizo el deber de llamar la atención sobre el hecho de que la Argentina importaba entonces demasiados productos de aves, pagando al extranjero por tal concepto ingentes sumas de dinero; y a intervalos frecuentes, desde el año 1907, no ha cesado en su prédica de que hay utilidad, mucha utilidad, en la cría de aves. Un buen número de criadores, no pocos de ellos suscriptores de CARAS Y CARETAS, han tenido la fineza de informar al autor de estas líneas que sus consejos les han beneficiado bastante; con todo, distamos mucho de producir lo suficiente para el consumo local.

Hace una semana, el que subscribe encontró en una carnicería huevos de hermosa apariencia, de tamaño uniforme, y de buena calidad, y al preguntar el precio, el empleado le contestó, textualmente: "Sí, señor, estos huevos son muy baratos; *sólo* cobramos $ 1.60 por docena. Los garantizamos importados directamente. Hace pocos días que los recibimos. Puede usted tener la seguridad de que no son del país, pues aquí tenemos la factura para comprobarlo. En esta época, señor, los huevos del país son harto escasos, y mucho más caros; además, los importados están mejor conservados que los del país..."

La elocuente sinceridad del vendedor persuadió al comprador quien no tardó en adquirir una docena, de la que entregó la mitad a la Asociación Argentina Criadores de Aves, Conejos y Abejas, en sus oficinas de la calle Chacabuco 273. Los otros seis fueron utilizados para el consumo del que suscribe, con resultados excelentes. Dichos huevos estaban sumamente bien conservados, y en punto a color y tamaño eran superiores a muchos de los expuestos en recientes torneos de granja realizados en Palermo. Cualquier lector que sospechase de la veracidad de estos datos, no tiene más que apersonarse en el local de la calle Chacabuco 273 y examinar los huevos que allí se han dejado. Esto es hablar claro...y lo demás es un cuento, como diría algún escritor cursi.



Capones de la raza Sussex Arminada, ganadores de 1.er premio y medalla de oro. Expositor: B. Muñiz Barretto.

¿Es de extrañar, pues, que el ministerio de Agricultura esté desplegando inauditos esfuerzos para inducir al público a consagrarse a la cría de aves? ¿Es de extrañar, repetimos, que los principales órganos de la prensa nacional ocupen buen espacio de sus artículos de fondo o, como vulgarmente se les llama, "editoriales" para comentar el asunto? Lo que sí extraña es que, en un "gran país" como la Argentina, sean tan escasos y caros los huevos frescos y los pollos jugosos, tan esenciales para la alimentación de niños delicados, inválidos y enfermos.

Sea lo que fuere, hay que hacer hincapié en que el éxito de la industria avícola exige ante todo y sobre todo la producción de buenas y conocidas razas de ponedoras y de utilidad, y esto conforme a su tipo y no siguiendo caprichos de la moda. Cabe señalar en términos inequívocos que, debido principalmente a la acción de criadores profesionales, algunas famosas razas están dando señales de degeneración. Hace cinco años, menos aún, hace tres años, había, *por término medio, mejores especímenes* en los certámenes donde se exhibían razas como la Rhode Island Red, Plymouth Rock Leonada, Plymouth Rock Blanca, Orpington Negra, Lagshan tipo croad, Leghorn Blanca y Orpington Leonada; mejores sí, que los observados en recientes torneos de este año. Es ésta una afirmación que alguien podrá calificar de aventurada; pero desgraciadamente está recalcada en la realidad.

¿Puede algún lector negar, concienzudamente, que muchos criadores que se especializan en la producción de lo que podríamos llamar aves de pedigree, han incurrido en errores garrafales, en más de un sentido? Algunos—no vacilaremos en llamarlos criadores profesionales — han concentrado toda su energía y actividad en la producción de cierto color o rasgo de plumaje, o de ambos a la vez, descuidando lastimosamente la vitalidad, tipo, y muy a menudo las más estimadas y apreciadas cualidades de la raza en cuestión. Por otra parte, otros criadores, obsesionados por la elegancia, largo, profundidad de cuerpo, patas cortas o largas, crestas especiales, etcétera, han llegado a hacer *degenerar* la raza que cultivaban.

Más aún: hay criadores profesionales que mantienen dos o más planteles de la raza en que se especializan.

¿Qué móvil inspira al autor de estas líneas a expresarse en esta forma? Sólo el de exponer la verdad y contribuir sinceramente a subsanar un estado de cosas perjudicial a los intereses de la nación.

En ciertas exposiciones celebradas este año, observábanse aves de un *mismo criadero*, de diferentes tipos, formas y plumaje, o una combinación de todo. Esto es desacertado. En efecto: ¿cómo puede un criadero, en tales condiciones, ejecutar honradamente un pedido de huevos para cría? Que el lector conteste por sí mismo la pregunta. Durante los dos últimos años hanse importado de Europa excelentes especímenes de importantes razas. Que los criadores de aves de pedigree sean justos consigo mismos y lo serán con el público comprador; y entonces habrá ave de buena calidad en el país y aumentará la buena producción. Eso es lo que se necesita para que prospere la industria avícola.

Antes de poner fin a estas líneas, recordemos al amable lector que, ya sea criador profesional, estanciero en pequeña o grande escala, etc., si se considera aludido con las observaciones que anteceden, no debe molestarse por ello, en obsequio de los sanos propósitos que inspiran estos párrafos. Fácil es decir cosas que agraden a todo el mundo, pero se requiere valor moral para exponer la verdad, llana y sencillamente. Sírvanle, en cambio, las indicaciones que preceden, de saludable advertencia para evitarle los costosos errores en que incurrieron años pasados los criadores de bovinos Shorthorn. Aproveche la experiencia ajena para salvaguardar sus intereses y fomentar la prosperidad nacional.

GMO. ST. J. PETERS.


Si está imposibilitado de abandonar al enfermo
o simplemente no quiere incomodarse en llegar hasta la farmacia para efectuar sus compras, pida lo que necesite por teléfono a GIBSON. Su pedido telefónico se despachará de inmediato, como los hechos por carta desde el Interior, bajo el seguro control de GIBSON, es decir: lo mejor que puede encontrarse en artículos farmacéuticos, el servicio más competente y los precios que convienen.
FARMACIA Y DROGUERIA
DIEGO GIBSON
DEFENSA, 192 — BUENOS AIRES
Unica Sucursal: FLORIDA, 159, Pasaje Güemes

Padrinazgos presidenciales



Los esposos Soladori con su séptimo hijo varón, que fué apadrinado por el señor Daniel de Amaral, quien actuó en representación del Presidente de la República. — Inriville.



Los esposos Dezeta rodeados por sus siete hijos varones, el último de los cuales fué apadrinado por el doctor Alvear. — Rojas.



El señor Belisario Flores, que apadrinó al séptimo hijo varón de los esposos Bernabé, en representación del Presidente de la Nación. — Necochea.

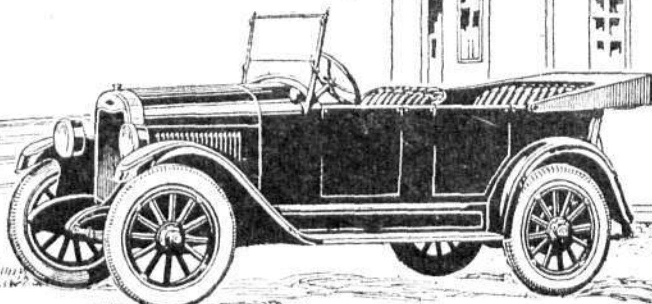


El señor Antonio J. Moreira y señora, con sus siete hijos varones, siendo el último ahijado del doctor Alvear, quien se hizo representar en la ceremonia del bautismo por el mayor Florit.

NUEVO CHEVROLET

$ 2085

S/W Buenos Aires



OBSERVE el hermoso diseño de la carrocería «streamline» y la altura del capot.

CHEVROLET es un coche de bella apariencia, del cual puede Vd. estar orgulloso y compararlo a coches de mayor precio.

No es compromiso ni implica cargo pedir prospectos descriptivos «C» al Agente local o a la

GENERAL MOTORS ARGENTINA S.A.

Distribuidores también del

Garay, 1 — Buenos Aires





POSEER

un rostro hermoso y aterciopelado es el ideal de toda dama elegante.

EL POLVO GRASOSO

Brissac.

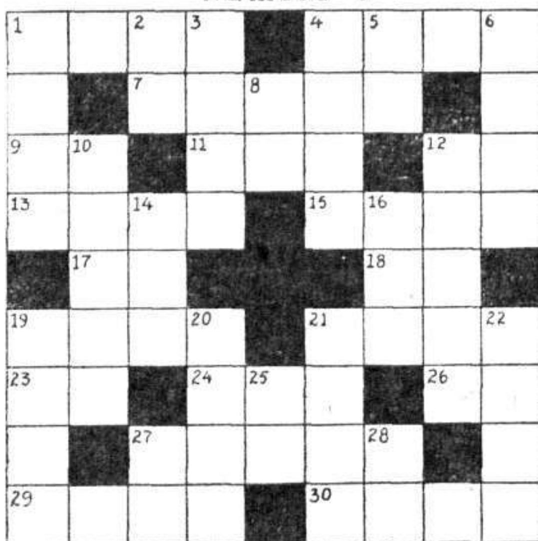
por su suavidad y sutil fragancia da al cutis un encanto que seduce y atrae.

PERFUMERIA Aubert

J. Newbery 3443/55 Bs. Aires

Problema de palabras cruzadas

Número 7



Solución en el número próximo.

Referencias

LEASE HORIZONTALMENTE

1. Lo que todos ocultan.
4. Escasa.
7. Medio de transporte (plural).
9. Preposición.
11. Extensión de agua.
12. Nombre de letra.
13. Tosca.
15. Fruta (plural).
17. Nota musical.
18. Artículo determinado.
19. Animal.
21. Accidente del terreno.
23. Preposición.
24. Animal ovíparo.
26. Contracción.
27. Algo perfecto.
29. Moneda.
30. Río de Francia.

LEASE VERTICALMENTE

1. En la atmósfera.
2. Terminación de indicativo.
3. En el ajedrez.
4. República sudamericana.
5. Dativo y acusativo de un pronombre.
6. Lamentos.
8. Lo contrario de viene.
10. Divinidad, genio poético.
12. Apellido de un cirujano.
14. Entregó.
16. Tiempo del verbo «ver».
19. Fiel.
20. Negación absoluta de las cosas.
21. Tiempo de verbo.
22. Elevada.
25. Nombre de letra.
27. Verbo.
28. Pronombre.

SOLUCION DEL NUMERO 6



EXPLICACION

Cada cifra indica el principio de una palabra, anotándose en las referencias si ésta debe leerse vertical u horizontalmente, correspondiendo una letra por cuadro. Las palabras terminan en el borde o en las casillas blancas inmediatas a las negras.

Si en una línea horizontal o vertical se hallan varias cifras, debe tomarse como punto de partida, en las horizontales la primera cifra de la izquierda y en las verticales la primera de arriba hacia abajo, sin tener en cuenta para nada las intermedias, que significan el punto de partida de otras tantas palabras en diferente dirección.

A NUESTROS LECTORES

Insertaremos las «palabras cruzadas» que se nos remitan, previa revisación y correcciones necesarias, sin más derecho que a la publicación.

Es imprescindible que los colaboradores envíen la solución correspondiente, mencionando las referencias, a fin de facilitar el control. En cuanto al tamaño y dificultad, siempre que sean correctas, se publicarán.



Los cochecitos Sidway son los únicos que tienen elásticos graduables al peso del bebé para anular siempre los perniciosos efectos de choques y barquinazos. Son tan amplios y confortables que pueden utilizarse como camitas para la siesta. Su capota impermeable protege al pequeño pasajero contra los rigores del viento y de la lluvia.
El respaldo inclinable permite al nene permanecer sentado, reclinado o acostado.
Como son plegadizos y de poco peso se llevan con la mano, en el pescante del auto o en la plataforma del tranvía.
Precios desde.............. **$ 45.—**

Solicite catálogo de camitas, coches-cuna, sillas altas, corralitos, bañaderas, etc.

Pida prospecto C. C.

CASA Gesell
AV. DE MAYO 1431
ESMERALDA 370
Buenos Aires



Para el resfriado

el mejor tratamiento es el de la **Bronquialina Ruxell.** Tómese una cucharada del Jarabe a distintas horas del día y llévese una pastilla en la boca. Esto corta la tos, suaviza el catarro y cura en muy breve tiempo.

Venta en Farmacias

Concesionario:
FEDERICO TAUBER
ESTADOS UNIDOS, 1499 - Bs. Aires

Bronquialina Ruxell En jarabe y Pastillas

$ 40.- m/n.



REVOLVER sistema COLT, marca "Defensor" legítimo, calibre 38, pavonado, caño de 5 ó 6 pulgadas, modelo 1925, con amplia garantía, por solo $ 40.— Porte pago. Catálogo gratis. Pedidos a:

G. A. MATUCCI
Sgo. DEL ESTERO, 653 - Buenos Aires



Las máquinas inglesas "MANCHESTER" DE TEJER MEDIAS
y artículos de punto, son las más perfectas, y tan livianas que con ellas podría trabajar un niño de ocho años.
Soliciten catálogo ilustrado.
Repuestos, agujas e Hilados a los mejores precios de plaza.
Cía. "La India Sud Americana"
Venezuela, 1441. Buenos Aires.



La famosa silla **Tres en Una**

o sea **3 muebles** en una sola

Somos únicos concesionarios de las sillas "TRES EN UNA" es decir:
Silla alta, coche y cama, en madera natural $ 60.-
La misma, al laqué $ 60.-

Unicos concesionarios:
FEENEY & Co. Almacén inglés.
CANGALLO 461


CAMITA


COCHECITO VIS - A - VIS


SILLA ALTA

Clisés usados

Se venden clisés usados en "Caras y Caretas" y "Plvs Vltra".
Dirigirse a la Administración: Chacabuco, 151/155 Buenos Aires.


General Juan Manuel de Rozas

UNA PAGINA de LOS HIJOS NATU

(Carta abierta)

Señor Enrique García Velloso.


i querido amigo:

Hace muchos años que vengo con el propósito de hacer una publicación que debería arrojar plena luz sobre una época de la vida íntima del dictador Rozas, de la cual no han querido ocuparse los historiadores, seguramente por falta de hechos positivos en que fundarse, que es lo que el narrador imparcial y concienzudo busca siempre. Me refiero a la vida de Rozas, no como gobernante, sino *como hombre*, desde la muerte de su esposa, doña Encarnación Ezcurra, hasta su caída por consecuencia de la batalla de Caseros.

Escrita esa página, fuí aplazando por largo tiempo su publicación. ¿Por qué? Por un sentimiento un tanto egoísta — debo confesarlo — pero que, a mi parecer, tiene su justificación. Después de todo, no había mayor urgencia en que se hiciese la luz sobre el particular. Yo tengo escrito un libro, aun inédito, en dos tomos, intitulado "Contra la Corriente. — Cincuenta años de América", en realidad, mis memorias, en el cual hay un capítulo — el XXV del tomo I — que se titula: "Los hijos naturales de don Juan Manuel de Rozas"; y en la esperanza de que esa nota, como algunas otras de mi vida, de cierto relieve, no muchas, ciertamente, contribuyese a dar algún interés a mi narración, aguardaba a que el libro apareciese para que el caso fuese, no sólo ampliamente conocido, sino tomado en serio. Ese libro debe aparecer en lo que resta de año, formando los volúmenes IV y V de mis "Obras Completas", de las que sus editores, los señores Jesús Menéndez e hijo, llevan publicados ya dos tomos, "Katara" y "Narraciones", debiendo aparecer en breve la segunda edición de "La Patria de Colón", ya en prensa. Saldrá en seguida el cuarto, o sea el primero de "Contra la Corriente", en el cual se contiene, según va dicho, el enunciado capítulo. Estaba, pues, bien próximo el momento en que volviese a moverse el comentario público alrededor del "asunto ruidoso", como fué calificada por los diarios, la demanda de los hijos naturales del dictador, y sobre el cual cayó el silencio por espacio de cerca de cuarenta años, por cuanto el informe de los cronistas fué el de que los demandantes habían perdido el pleito.

*

Y bien, querido Velloso: ¿quién me había de decir que en este preciso momento había de publicar usted un extenso y muy notable artículo, como lo es siempre todo lo suyo, en uno de los últimos números de CARAS Y CARETAS — el 1384, — haciendo una relación bastante verídica de este curioso pleito que también, según usted, "tras larga discusión curialesca", fué perdido por los actores? Para esa interesante relación, se vale usted, según manifiesta, de un recorte que encontró entre unos papeles viejos, comprados en un remate, sin poder precisar siquiera a qué diario corresponde; y, pues, ese recorte le induce a usted a decir varias inexactitudes, como lo de "perder el pleito", que los hijos calificaban de "fiera" al padre, que la demanda era "escandalosa", etc., etc., puesto que fuí yo quien, como letrado, promovió ese pleito — siendo apoderado de los actores, por indicación mía, don Alfredo C. Fernández, — usted me ha de permitir que, teniendo a la vista el expediente, tramitado en 1886, por el Juzgado del doctor Benjamín Basualdo, y secretaría de don Carlos Silveyra — hoy en el archivo de los Tribunales, — establezca, con toda exactitud, la verdad de lo ocurrido.

En el referido año de 1886, hallándome yo en Lomas de Zamora, se me dijo que vivía en la localidad una señora que se decía hija del dictador Rozas. Sorprendido por la extraña noticia, la hice venir, trayendo los documentos que tuviese, y me convencí de que así era, pues me entregó varias cartas, fechadas en Southampton, dirigidas por Rozas a su mamá, doña Eugenia Castro, y a sus hermanos. No trataba a éstos de hijos, precisamente, en esas cartas, por razones fáciles de explicar, pero estaban escritas con tal cariño y efusión, que no dejaban duda de que las inspiraba el amor de padre. Se llamaba la señora aludida doña Nicanora, vivía trabajando como lavandera y era de porte más bien distinguido. Ella me presentó a su hermano menor Adrián, de 34 años, nacido en Palermo, en la casa de Rozas, apenas hubo éste salido del país. Recuerdo perfectamente que era un hombre alto, rubio, de barba, buen mozo y de ojos azules. El tipo del dictador. Era analfabeto y trabaja haciendo pozos en Lomas.

En posesión de aquellos, para mí, preciosos documentos, me preocupé de buscar testigos que corroborasen y completasen el reconocimiento de paternidad que aquellos hacían presumir, y encontré varios, sin la menor dificultad, algunos, hasta parientes de la finada esposa de Rozas; y, hecho esto, formulé la demanda de filiación natural y petición de herencia, en la firme convicción de que ganaría aquel pleito. Expuse en ella que el comandante (no el general, aunque pudo llegar a serlo, después de testar) don Juan Gregorio Castro, dejó en su testamento a Rozas como albacea y tutor de sus hijos menores Eugenia y Vicente; y una vez que falleció, Rozas llevó a su lado a la niña, que tendría unos 13 años, para que estuviese al cuidado y servicio de su esposa doña Encarnación, considerándola como una persona de la familia. Sigo exponiendo en la demanda:

HISTORIA ARGENTINA

RALES DE ROZAS


Doña Encarnación Ezcurra de Rozas

"Una vez que hubo fallecido doña Encarnación Ezcurra, la hizo públicamente su concubina (a Eugenia), teniéndola siempre a su lado, durmiendo en su propio lecho y procreando en ella seis hijos, que se llamaron Angela, Nicanora, Emilio, Justina, Joaquín y Adrián Rozas. Angela, a quien su padre llamaba "soldadito", por el gusto que tenía en vestirla de militar, falleció hace tiempo, casada con don Adrián Gaitán, el cual vive en esta capital, si bien se ignora su domicilio. Emilio, falleció soltero y sin sucesión en la guerra del Paraguay. Joaquín, conocido por el sobrenombre de "El chileno Rosas", andaba hace no mucho tiempo por el partido de Tres Arroyos, entregado a las faenas del campo. Los otros tres, son mis poderdantes. Del último de ellos, el menor, Adrián Rosas, se encontraba en cinta doña Eugenia Castro cuando el dictador se embarcó para Inglaterra, después de la memorable jornada de 3 de Febrero de 1852."

Se dice, entre otras cosas, que la vida que hacía Rozas con doña Eugenia era conocida de todos, que salía a paseo en carruaje con ella y sus hijos, sentándolos a su mesa; y que, si los informes recogidos son exactos, fueron aquéllos bautizados por el capellán de Palermo. Se expone más adelante:

"Doña Eugenia Castro no se separó un momento de Rosas hasta el día en que éste abandonó la República. Sólo en ella confiaba Rosas para infinidad de detalles de la vida íntima, obligándola con frecuencia a probar los alimentos que se le preparaban, temeroso siempre de algún atentado; ella era quien elegía la yerba que él había de tomar y le preparaba el mate y, por último, nada más elocuente que el hecho de que en nadie tuviese confianza para que lo afeitase, sino su Eugenia.

"Que lo dicho es verdad, se demostraría fácilmente si fuese necesario, por medio de multitud de personas que han sido testigos presenciales de los hechos; pero la mejor prueba que puede aducirse en su apoyo, es la exhibición de la adjunta carta escrita por el mismo Rosas a Eugenia Castro desde Southampton, cuatro años después de su destierro."

. . . .

"Por otra parte, las personas más allegadas a Rosas y aun sus mismos hijos legítimos, consideraron siempre a Eugenia y a sus hijos como a personas de la familia. Prueba acabada de ello, es la adjunta carta dirigida por don Máximo Terrero, esposo de doña Manuela Rosas, a la madre de mis poderdantes, llamándola *"mi querida Eugenia"* y prodigándole toda clase de cariñosas atenciones."

Después de la exposición, muy sucinta, de algunos otros hechos, termina el escrito de demanda en esta forma:

"Pues bien, fundado en estos antecedentes e invocando en apoyo de los derechos de mis representados lo dispuesto en los artículos 325, 3421, 3423 y sus concordantes del Codigo Civil, vengo a entablar formal demanda de petición de herencia contra doña Manuela Rosas de Terrero por lo que se refiere a los bienes heredados de su finado padre don Juan Manuel de Rosas, sin perjuicio de ejercitar la misma acción contra su coheredero el referido don Juan Manuel de Rosas. Y, en su consecuencia, suplico a V. S. que, habiéndome por presentado con el poder que acredita mi personería y cartas de mi referencia, se sirva condenar en oportunidad a la expresada doña Manuela Rosas, a que reconozca mis poderdantes como sus coherederos naturales y les haga entrega de la proporción correspondiente de la herencia que haya recibido del finado padre común, etcétera."

*

Esta fué, mi querido amigo, la demanda que yo redacté, con la brevedad y la sencillez propias de todos mis escritos, y que fué presentada en nombre de doña Nicanora, doña Justina y don Adrián, en 8 de agosto del enunciado año. Reproducida esa demanda con gran profusión por los diarios y enterado de ella el viudo de doña Angela, don Adrián Gaitán, se presentó el 18 del mismo mes, ante el recordado doctor Basualdo, accionando por separado y por su cuenta, lo cual resultó en grave daño de mi plan, pues lo práctico hubiese sido marchar de acuerdo con sus coherederos. Se limitó a parafrasear mi escrito, agregó lo de llamar "fiera" al padre de su finada esposa, invocó la larga lista de matrimonios que se celebraron después de Caseros, legalizando uniones ilegítimas — ignoro con qué objeto, — etc., etc.; y de ese escrito, publicado también, debe ser, probablemente, por lo que veo, el recorte que ha encontrado usted entre los papeles adquiridos en el remate. En el mío, como usted ha visto, se le guardan a Rozas todas las consideraciones y respetos que merece un padre.

En cuanto a la carta que usted transcribe, es copia exacta de la por mí presentada, que mento en mi demanda, fechada en Southampton en enero de 1855, dirigida a la madre de los actores, de *puño y letra* del dictador, que puede verse a fojas dos del expediente formado a mi instancia. En esa carta, de plena autenticidad, escrita con pulso firme y excelente caligrafía, se excusa Rozas de su tardanza en contestar — después de llamar a la destinataria "Mi querida Eugenia",— dice que mandó a don Juan Nepomuceno Terrero el testamento de don Juan Gregorio Castro, "dejándote, y a Vicente, por sus herederos, y facultándome para testar. Es todo lo que tengo, con lo que hay bastante para que no te quiten la casa ni los

terrenos. No puedo, en mis circunstancias, hacer más en tu favor, pues que lo muy poco que tengo, sólo me alcanza para vivir..." Más adelante, le dice: "*Si cuando quise* traerte conmigo, según te lo propuse *con tanto interés* en dos *muy expresivas y tiernas cartas*, hubieses venido, no habrías sido desgraciada. Así, cuando hoy lo sois, debes culpar solamente *a tu maldita ingratitud*. Si, como debo esperarlo de la justicia del gobierno, me son devueltos mis bienes, entonces *podría disponer tu venida, con todos los hijos*, y la de Juanita Sosa, si no se ha casado, ni piensa en eso... Nada me has dicho hasta hoy del apero, con todo lo que corresponde, que sacaste de mi casa poco después del 3 de Febrero de 1852... Adiós, querida Eugenia. Te bendigo, como a los queridos hijos, bendigo también a Antuca y te deseo todo bien."

A fojas tres del referido expediente, aparece la carta dirigida a ella por don Máximo Terrero, afectuosísima, tratándola de "Mi querida Eugenia", y terminando con estas palabras: "Con Manuelita, la saluda su siempre afmo..."

La simple lectura de estas cartas excusa todo comentario. Si los hijos de doña Eugenia lo fuesen de un extraño, ¿habría puesto empeño Rozas en llevarlos a vivir con él en su destierro? Es que eran sus hijos y por tales los tenía. El se rebela contra la "maldita ingratitud" de su antigua amada, a la cual llama con cartas "expresivas y tiernas" — las que sólo escriben los amantes, — y le dice que se resigne a su desgracia, de la cual sólo ella, por ingrata, se tiene la culpa. Con todo esto, con otras cartas que presentaría, con la prueba de haber sido bautizados los hijos en Palermo, con la abundante prueba testifical que yo tenía preparada, ¿no era natural que confiase en ganar el pleito? Por de pronto, comencé ganando el primer incidente que se suscitó. Opuso Terrero las excepciones dilatorias de falta de personería y defecto legal en la demanda, que conseguí fuesen rechazadas, con costas.

Mientras esto sucedía en mi pleito, en el del buen Gaitán todo iba de mal en peor. Le opusieron la excepción de incompetencia de jurisdicción, fundándose en que, habiendo fallecido el causante en Inglaterra, ante los jueces de aquel país debía proveerse la demanda, según el artículo 3284 del Código Civil, y perdió el incidente, con costas, a causa, según me pareció, de una pésima defensa. Confirmado por la Cámara el fallo adverso a Gaitán, se aplicó a mis patrocinados, y no fué posible dar un paso más. No me sentí con ánimos para ir a pleitear ante los jueces de Southampton, mucho más siendo unos pobres mis clientes.

Pero, ¿se perdió el pleito? De ninguna manera. Perdió el tal Gaitán, a quien jamás vi, en daño suyo y mío, una *excepción dilatoria*, la recordada de incompetencia. Mas, como dijeron los diarios que el pleito se había perdido y yo no tuve ningún interés en desmentirlo, nadie se volvió a ocupar del asunto hasta que CARAS Y CARETAS, *con el interesantísimo artículo de usted*, vino a sorprenderme, removiendo aquello mismo que tan cuidadosamente venía yo guardando, pareciéndome ser el verdadero y casi único guardador de tan curiosos antecedentes.

Lo que dejo expuesto, resulta con mayor amplitud del recordado capítulo, en el que transcribo otras cartas del dictador, una de 6 de junio de 1855, en la que dice a Angelita:

"Mi querida Angelita Castro:

"Con mucho gusto recibí tus mui apreciables escritas a 7 de Mayo de 1854 y 14 de Febrero último.

"El pañuelo que me enviastes, lo sigo usando en tu nombre.

"Es mui bueno.

"No me he casado, porque no tengo con qué mantener a la mujer, e yo con mujer con plata, no quiero ni pienso casarme. Por eso verás que en lo que me dices te han engañado.

"Abraza en mi nombre a tu Mamá, y a tus hermanos.

"Mañana te enviaré una libranza por cien pesos de nuestro papel moneda corriente.

"Memorias a Camilo y a la ingrata y desleal Juanita Sosa.

"Adiós, mi querido soldadito. Recibe el constante cariño de tu afectísimo.

"Paisano JUAN MANUEL DE ROSAS."

A los dos días, le escribía:

"Mi querida Angelita:

"Es adjunta la libranza por los cien pesos moneda corriente de ésa que en mi carta de ayer te dije mandarte hoy.

"Te bendice como a tu querida Mamá y hermanos tu afectísimo.

"Paisano JUAN MANUEL DE ROSAS."

A su Eugenia, en 8 de abril de 1870, le decía lo siguiente:

"Mi querida Eugenia:

"Uno de estos tres pañuelos es para vos, el otro para el soldadito y el otro para Canora.

"No le mando algo bueno, porque sigo pobre.

"Bendice a usted su afmo. patrón

"ROSAS."

En presencia de todo esto, yo digo en el capítulo tantas veces recordado: "¿Cómo es que los historiadores — Pelliza, Ramos Mejía, Saldías, etcétera, etcétera — llevando sus escrúpulos hasta un extremo que nada justifica, no han querido ocuparse de un aspecto tan interesante de la vida del tirano? Se dirá que tal vez aguardasen para hablar de los hijos naturales de Rozas, a que los jueces, por sentencia firme, los declarasen tales hijos; pero es que si la historia hubiese de pender, en ciertos casos, de los tribunales, no habría historia posible. También el historiador, guiado por un criterio racional y ecuánime, a falta de jueces, tiene el derecho y hasta el deber de serlo de todos aquellos hechos que ha de relatar y se hallan a su alcance. En este caso especial, es indudable que los tribunales habrían reconocido el derecho de los hijos del dictador; pero ya se ha visto por qué no llegó el caso de que pudiesen resolver nada."

Diré, querido Velloso, para terminar esta desmesurada carta, que lo más seguro es que los historiadores, cuando mucho, "oyeron hablar" de este pleito; no lo estudiaron, por considerarlo como una de las tantas aventuras judiciales en materia de filiación natural; creyeron, como usted, que se trataba de una causa perdida, "con desconocimiento del derecho de los actores", y dieron patente de castidad, o poco menos, al dictador — que tenía un hijo en su propia casa cada dos años — durante el tiempo que medió entre la muerte de su esposa y su salida para Inglaterra.

Cordialmente le abraza y quiere este su admirador y viejo amigo.

R A F A E L   C A L Z A D A



¿RECUERDA USTED AQUELLA DAMA DE PINTORESCO SWAETER?

La PLANTADORA *de* FRESCAS

BOCETO PORTEÑO

(De una carta a lady Chryssio Camelsfield)

Una vez más, "y'm sorry"; reconozco, mi lady, que soy culpable e incorregible, advirtiéndole que, en mi concepto, una persona deja automáticamente de ser bien educada cuando habla un idioma ajeno a sus oyentes o cuando emplea términos chocantes a la conversación familiar.

No me extraña su curiosidad por saber lo que significa entre nosotros una plantadora de frescas, ese calificativo que se me deslizó en la anterior, sin pensar que su castellano es demasiado puro para admitir un criollismo tan caprichoso y que, seguramente, escapará a la propia erudición de nuestro común amigo Toro y Gilbert, que allá en Europa practica estudios lingüísticos tan interesantes.

Por otra parte, la plantadora de frescas no es un tipo que usted habrá sorprendido con frecuencia en sus envidiables andanzas por el mundo; puedo asegurarle que ni Rusia, ni Suecia, ni Noruega, ni Dinamarca, sus países predilectos, han producido un solo ejemplar; es un privilegio de la raza hispanoamericana, y aunque usted tiene un espíritu tan agudo como observador, no es difícil que no lo advirtiera durante su breve permanencia en Madrid, donde sólo se ligó al grupo simpático y ultraelegante que desde Londres le recomendara el impecable Quiñones, y con mucha más razón aquí, en Buenos Aires, donde apenas pudo vincularse a unos pocos argentinos, acaparada por el presunto "flirt" del duque de York, que hoy disimula en vano el derrumbamiento previsto de sus tontas ilusiones por haber creído con demasiado candor en el vaticinio legendario del auspicioso miseltoe.

Pero ya que usted se interesa tanto por nuestras pequeñas cosas insignificantes; ya que su travieso y adorable dilettantismo literario la conduce a investigar el verdadero significado de la palabra "guarango", con preferencia a otros temas que darían mayor substancia, aunque no más sabor, a su próximo libro sobre la Argentina, permítame que la distraiga un momento aclarándole esa expresión que, según parece, le ha intrigado sobremanera y que por aludir a una trivialidad indiscutible, a un asunto muy poco serio, entra precisamente en el campo de mi marcada predilección.

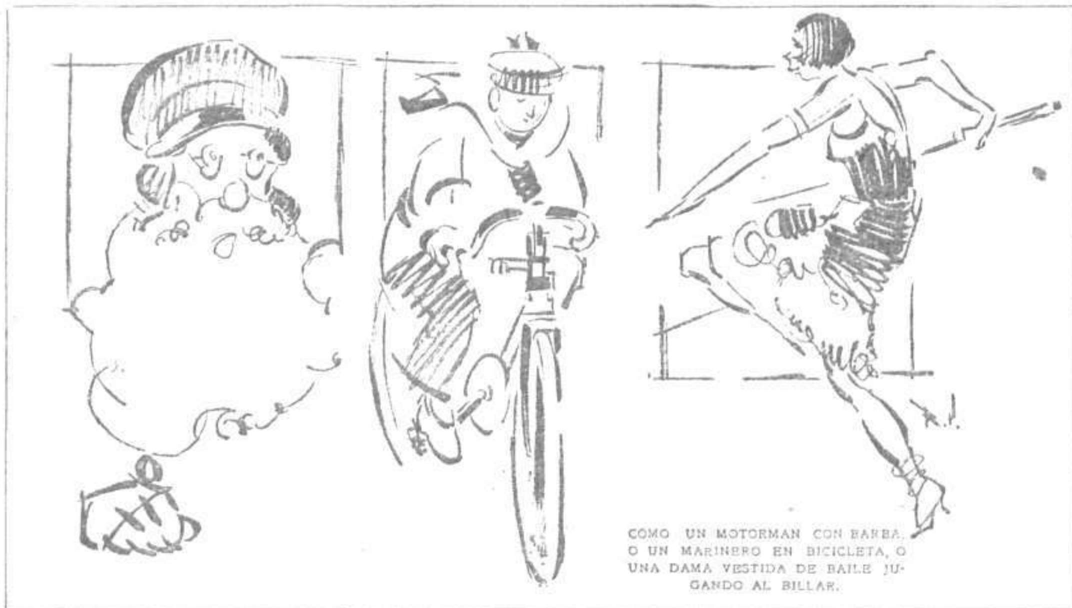
La plantadora de frescas es un producto genuinamente nacional; nace, vive, se desarrolla y muere en todo el territorio de la República. Desde Jujuy hasta la Tierra del Fuego, desde el Plata hasta los Andes, habita todas las latitudes y se encuentra lo mismo en los centros poblados como en la inmensidad del desierto. No pertenece a un núcleo social determinado; se la descubre en todos los círculos, en todos los rangos, en todos los ambientes. Si es aquí, en la Capital, su característica inconfundible se diseña tanto en los salones aristocráticos de la avenida Alvear — en el riñón mismo de la metrópoli, donde nadie vende,—como en las modestas casitas de la zona inundable de Villa Soldati, barrio lejano, pero de gran porvenir; si es en el interior del país, se la advierte igual bajo las arcaicas higueras de la Salta de abolengo, donde, al decir probable de un pensador nativo, "se pulsa la siesta sacrosanta de las nobles tradiciones criollas", como en las retretas dominicales de Trenque Lauquen, la agrícola, al lado de la pampa, donde, "al connubio de Céres y Afrodita, una nueva estirpe al mundo asombra", como afirmaría, levantando la mano, un mantenedor de juegos florales.



Entretanto, no he dicho aún en qué consiste la plantadora de frescas. Francamente, no vaya a creer que es muy fácil definirla, pero, de todas maneras, trataré de darle una idea aproximada.

Plantar una fresca significa, ¿cómo le diré?, significa decir una verdad, una pequeña o una gran verdad completamente inútil, inesperada y estéril; la verdad que choca sin ofender, que lastima sin herir, que mortifica sin lesionar; la verdad que callan los discretos que nos rodean, porque su exaltación, así, a boca de jarro, sin causa, a sangre fría, inopinadamente, *no tiene objeto* práctico, no beneficia; en fin, plantar una fresca viene a ser algo así como proclamar la verdad a pura pérdida.

No sé si me ha comprendido. ¿Quiere que le cite un ejemplo? ¿Recuerda usted a aquella dama del pintoresco sweater escocés, campeona de booby, que una tarde, tomando el te con nosotros en el golf de San Isidro, cuando usted me aceptó un cigarrillo, dijo que en nuestro país las señoras de la sociedad no acostumbraban a fumar? Pues


COMO UN MOTORMAN CON BARBA, O UN MARINERO EN BICICLETA, O UNA DAMA VESTIDA DE BAILE JUGANDO AL BILLAR.

bien: esa dama le plantó a usted una fresca. Evidentemente, la pobre mujer afirmó una cosa ciertísima, no se apartó en un ápice de la verdad, pero ¿para qué?, ¿con qué propósito sino para resultarle un poco desagradable? Además, lo dijo con retintín, y sabrá usted que el retintín es precisamente el alma, la esencia misma de la fresca, lo que le da carácter, fuerza, intención; una fresca sin retintín resulta siempre desairada e inofensiva como esos mosquitos vistosos que usted conoció en el Tigre, esos mosquitos que se entregan a variadas expansiones filarmónicas, pero que, en definitiva, no se atreven a picar.

No puede usted imaginarse, admirable amiga, cuánto lamento carecer en absoluto de conocimientos científicos sobre psicología; no puede usted figurarse cuánto deploro haber desperdiciado mis olvidadas lecturas de Spencer, de Bain, de los Smill, de aquel amenísimo Wundt, traducido por Rouvier; de Ribot, de Waltz y de Lazarus, para no referirme a Paul Bourget, demasiado accesible y excesivamente mundano; porque, se lo juro, en este momento, para serle útil en mi explicación, quisiera penetrar el fondo mismo de la plantadora de frescas, descubrir en su cerebro, en su sistema nervioso, en su sensibilidad, el resorte oculto que la mueve, así, irresistiblemente, sin poderlo remediar, a ese coraje innocuo de decir lo que los demás silencian.

Sin embargo, tengo sobre el punto una teoría que no le ocultaré sobre todo si, como espero, quedará entre nosotros, ya que su difusión me traería, por fuerza, disgustos y daños irreparables. Sólo Dios y yo sabemos lo que tuve que pagar por la indiscreción suya que hizo caer hace tiempo en manos extrañas aquel "sketch" sobre el optimismo de los guarangos.


EL TRIUNFO Y LA FRESCA SON DOS COSAS QUE NO ANDAN JUNTAS.

Cuando una mujer decide "no tener pelos en la lengua" — que tal es la divisa de la plantadora de frescas, — quiere decir, desde luego, que esa mujer no es una triunfadora. Deténgase a pensar un segundo sobre ese aforismo y en seguida me dará la razón. El triunfo y la fresca son dos cosas que no andan juntas, son dos instituciones absolutamente incompatibles. ¿Usted concibe a una mujer joven, hermosa, elegante, agasajada, provista de todos los atractivos y de todos los encantos, la concibe usted chocando a sus interlocutores con verdades incómodas e innecesarias? ¿Usted concibe a una bella niña, colmada por el éxito, distribuyendo impertinencias gratuitas, por más veraces que sean? ¿Usted concibe a una señora cuyas hijas son atendidas y cortejadas en las fiestas y que nunca se quedan solas cuidando las puertas de los salones, la concibe usted esgrimiendo esa arma terrible de la afir-

mación sin réplica que conduce a esa especie de knock out técnico de la palabra contra el cual nadie puede defenderse?

No. La fresca, que siempre resulta más terrible que la injuria por aquello de que "il n'y a que la verité qui blesse", es el resultado orgánico y la reacción latente de un gran despecho, de una honda amargura, de una profunda desilusión. Es cierto que existe la plantadora de frescas por instinto, pero ésa es la excepción, el fenómeno raro, lo que a simple vista desconcierta como un motorman con barba, o un marinero en bicicleta, o una dama vestida de baile jugando al billar.

Esa indulgencia por lo menos verbal que detiene en los labios el concepto que nos surgieren las personas que nos frecuentan, a simple título de vivir en paz, ese discreto recato con que es preciso y humano eludir los malos juicios que nos inspiran nuestros semejantes cuando están de cuerpo presente, constituyen a mi modo de ver, la forma más estimable del pudor; pues bien, ¿qué quiere que le diga, mi lady? una mujer que pierde ese pudor desde el momento que lleva a todas partes sus puños llenos de verdades, que al pan le dice pan y al vino le dice vino a la manera de un bravo periodista de campaña o de un diputado de la oposición, esa mujer pierde para mí todo su interés sin que le sirva de atenuante esa proclamada calvicie lingual de que tanto se jactan siempre los redentores insoportables de la Humanidad.


LA INSUFRIBLE, LA CORROSIVA, LA IRACUNDA.

No vaya usted a suponer, mi querida amiga, tomando muy al pie de la letra estos desvaríos, que la ausencia de amor sea la característica fundamental de la plantadora de frescas. ¡Ah, no! Un momento. Me guardaría bien de lesionar al dignísimo gremio de las solteronas. Debo prevenirle que tengo la más alta consideración por el solteronismo; lo respeto como estado civil, como temperamento, como vocación, como ejercicio de voluntad y como obra del destino. El solteronismo (no pierda su tiempo buscando la palabra en el diccionario; se dice: celibato, pero me molesta el terminito), el solteronismo, decía, asume en las mujeres infinidad de fórmulas y matices de exteriorización, mil maneras de reaccionar que varían con los caracteres y las edades, posturas y actitudes diversas que se rigen por el mayor o menor optimismo para administrar la esperanza.

Me abstengo de fatigar esos, sus bellos ojos azules, con una clasificación prolija de las solteronas—tema que se prestaría, por cierto, a divertidos desarrollos,—pero usted convendrá conmigo en que existen los dos tipos clásicos y opuestos; por un lado, la tranquila, la resignada, la que toma las cosas con calma y con prudencia, la que aun suspira y tan sólo en secreto, la que guarda discretamente sus reservas de ilusión, la que se mira en el espejo y advierte que también tiene sus encantos la segunda juventud, la que, con todo, cree que los hombres no son malos y la vida es buena, en fin, la razonable, la que se aviene a su suerte, la que sabe esperar; por el otro, la violenta, la inconsolable, la que toma las cosas con acritud y con furia, la que ya no suspira ni tiene secretos, la que ha concluído por no tolerar espejos en su casa, la insufrible, la corrosiva, la iracunda, la que no sabe conformarse a ese renunciamiento que también tiene sus compensaciones, ya que puede conducir a los goces inefables del heroísmo y de la santidad.

Excuso decirle en cuál de estos dos géneros se encuentra el prototipo de la plantadora de frescas, en cuál de ellos la susceptibilidad y el sentimiento revélanse con esos impactos inesperados e insolentes que sacan en el rostro de la víctima el rubor ausente en la boca de la victimaria.

Antes de concluir, permítame una distinción oportuna; hay dos clases específicas de plantadoras: la *terminante* y la *irónica*, como quien dice, la amarga y la dulce. Supóngase que usted ha dado una fiesta en su casa y ha omitido invitar a las dos. Al encontrarlas, más tarde, la primera, la terminante, le dirá más o menos: "Bien podrías haberme invitado a tu fiesta; no te hubiera hecho mucho gasto ¿sabes?"; la otra, la dulce, en cambio, exclamará con el inevitable retintín: "Me han dicho que tu fiesta fué magnífica. Bueno, se explica; la verdad es que sólo has convidado a tus amigas muy distinguidas y muy elegantes. Suerte que tienen algunas."

A último momento se me ocurre anticiparme a una pregunta que usted se formulará a propósito de esta ya cansadora digresión: ¿Por qué "las" y no "los" plantadores de frescas? ¿Acaso los hombres no son capaces de plantarlas? No, mi lady; la fresca no es un recurso varonil; los hombres insultan, pegan, se baten, pero nunca plantan frescas. Tal vez hay algunos, de una sensibilidad muy fina, espíritus peculiares a quienes no gusta insultar, ni pegar, ni batirse; pero son pocos, muy pocos.

En fin, mi buena y tolerante amiga, Dios quiera que usted nunca se convierta en una plantadora de frescas; créame que perdería todos sus encantos, y aunque esto otro seguramente poco llegaría a importarle, perdería también y por completo mi admiración y mi amistad.

Mientras tanto, ya le habrá contado el indiscreto Jack.

AMERICUS

DIBUJOS DE PARRAGNOLI



Comentarios.



—No tiene talento.
—No tiene buen gusto.
—No es fino ni atento.
—Es torpe y adusto.
—¡ Qué atroz mamarracho !
—Pero es buen muchacho.

—No entiende de nada.
—Fastidia a la gente.
—¡ Con esa parada !
—¡ Y ese aire insolente !
—¡ Qué tipo indiscreto !
—Pero es buen sujeto.

* * *



Con cierta melancolía
y hablando pausadamente,
un viejo, al que se tenía
por hombre astuto, prudente
y reservado, decía:
—Si de un bruto estás al lado,
por más que seas astuto,
y prudente, y reservado,
te llamará el bruto: —¡ Bruto !—
el día menos pensado.

* * *

Quiere Julia ser buena
y la vemos con aire de aburrirse
o llorando como una Magdalena
que no consigue nunca arrepentirse.

—Ya nadie se dedica a las charadas—
dice Alvear. — Hoy nos tienen subyugados
las palabras cruzadas
y los brazos cruzados.

* * *



—¿ Se batirá?
—¡ Quién sabe!
Aunque es un adalid de la Edad Media,
dijo: "Yo no me bato hasta que acabe
mi gran enciclopedia".
—¿ La acabará algún día?
—¡ Claro ! Es muy caballero;
pero está todavía
en el tomo primero.

* * *

—Derrochaba su elocuencia
en charlas interminables.
Hoy que tiene más prudencia,
sus latas son tolerables.
—Se ve que está en decadencia.

* * *



—Porque mide los versos hábilmente,
se ha vuelto más altivo que Luzbel,
y desea ¡ insolente !
medirle las narices a Noel.

DIBUJOS DE LUCERO

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: Portada: Del gran concurso de belleza de "CARAS Y CARETAS", en tricromía, señorita Dinorah Viscaya. Segunda carátula: Figuras de actualidad, doctor Lucas Luna Olmos, en tricromía, por **Alonso**. Página infantil en colores. Album de artistas: Claudia Muzzio, en colores. Un encuentro inesperado, caricatura política de actualidad, a tres colores. Los perros de monte, por **Horacio Quiroga**. Versos de España, por **Arturo Capdevila**. Amarrete recibe una visita, por **Francisco Grandmontagne**. A un instante, por **Arturo Vázquez Cey**. La Garza y el Caimán, por **Fernán Félix de Amador**. La misma señal, por **Jomer B. Villa**. Demasiado tarde, por **Luis A. Rossi**. Hoy, siempre hoy, por **Carlos Alberto Silva**. El ombú, por **Santiago Maciel**. El minero jujeño, por **José Luis Torres**. Juancho, por **Marta Brunet**. Recuerdos de la vida literaria, por **M. Soto Hall**. La cerradura secreta, por **Henry C. Rowland**. Una tragedia en Sijota, por **F. Ossendoswky**. El amigo del marido, por **Federico Boutet**. Luz que llegaba desde la ventana frontera, por **Luis Pirandello**. Ultimos modelos de la moda, en colores. Secciones fijas: Crónicas de Italia, por el **Dr. Vaccari**. Notas sociales, por **La Dama Duende**. Cuento infantil. Moda al día, por **Luz y Sombra**. La mujer y la casa, por **Ivonne**. Radiotelefonía. Ganadería y Agricultura. Caricaturas y comentarios de actualidad. Versos de **Luis García**. Auto-Moto-Aviación. Pasatiempos, palabras cruzadas y ajedrez. Desde el mirador. Crítica de arte, teatros y música. Anecdotario deportivo. Crítica de libros nacionales. Las más nutridas actualidades gráficas de la Capital Federal, de las provincias y del extranjero. Colaboración artística de **Alvarez, Macaya, Valdivia, Kupfer, Requena Escalada, Parpagnoli y Besares.**